



“Grandes capítulos en la historia mesoamericana”

p. 193-400

Obras de Miguel León-Portilla.

Tomo II. En torno a la historia de Mesoamérica

Miguel León-Portilla

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/El Colegio Nacional

2004

542 p.

Figuras

ISBN 968-36-9538-8 (obra completa)

ISBN 970-32-1809-1 (volumen II, pasta dura)

ISBN 970-32-1808-3 (volumen II, rústica)

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de junio de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras_leon_portilla/434.html

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



IV. GRANDES CAPÍTULOS EN LA HISTORIA MESOAMERICANA

1. LOS CHICHIMECAS DE MIXCÓATL Y LOS ORÍGENES DE TULA*

La arqueología y las fuentes históricas permiten conocer, al menos en sus grandes rasgos, la situación que prevalecía en el altiplano central hacia principios del siglo X. Varias centurias habían transcurrido desde la desintegración del gran estado o imperio teotihuacano. Con el ocaso de la Ciudad de los Dioses, otros antiguos centros, y asimismo gentes venidas de distintos lugares, pudieron alcanzar entonces diversas formas de prepotencia. Recordemos primeramente los casos de El Tajín, en el área totonaca, y de la ciudad de Monte Albán, entre los zapotecas de Oaxaca, que durante el periodo clásico habían estado bajo la considerable influencia de Teotihuacan.

La ruina de dicha metrópoli hizo posible que tanto El Tajín como Monte Albán lograran mayor expansión por distintos rumbos de Mesoamérica. Algo parecido ocurrió, aunque en menor proporción, con la ciudad de Xochicalco, en el actual estado de Morelos. Su pujanza habría de perdurar durante algunos siglos. Ello le permitió influir en el desarrollo cultural de distintos pueblos, específicamente en el de los chichimecas, invasores oriundos del norte, que pronto iban a asentarse en la región central.

Sin embargo, la desintegración de Teotihuacan no significó la pérdida de su legado de cultura, ni tampoco el aniquilamiento, por muerte o fusión con otros grupos, de quienes habían sido sus habitantes o habían participado de algún modo en el contexto de su civilización. Gentes de origen teotihuacano subsistieron en diversos lugares del Valle de México. De ello da testimonio, entre otras cosas, la que se conoce como cerámica Coyotlatelco, de color rojo sobre café, que parece ser natural evolución de piezas que se produjeron durante la última etapa del desarrollo de Teotihuacan. Tal tipo de cerámica, así como otros

* *Historia de México*, México, Salvat Editores de México, S.A., v. 3, p. 1-58, 117-152, 183-246, 279-337.



elementos culturales derivados de la Ciudad de los Dioses, han sido descubiertos en centros como Azcapotzalco, Oztotícpac, Coyoacán, el cerro de la Estrella, Culhuacán y otros varios. Confirma esto el carácter de reductos teotihuacanos adjudicado con razón a algunos de dichos sitios, como en el caso, particularmente obvio, de Azcapotzalco.

Por otra parte, consta que la ciudad y gran centro religioso de Cholula se mantuvo bajo la dominación de los teotihuacanos hasta principios del siglo IX. Por este tiempo, grupos venidos del norte de Oaxaca y de las tierras menos elevadas del sur del actual estado de Puebla, se apoderaron violentamente del recinto cholulteca. Los que de este modo desalojaron a los teotihuacanos fueron los que se conocen como olmecas xicalancas y también como “olmecas históricos”, haciendo así expresa distinción con respecto de los más antiguos olmecas, creadores de la cultura madre en Mesoamérica. El triunfo de los olmecas-xicalancas trajo consigo el inicio de un nuevo proceso de migraciones y dispersión de los teotihuacanos.

Recordaremos aquí tan sólo que muchos de ellos penetraron entonces en el país de los totonacas por la zona de El Tajín, para seguir luego hacia el sur de Veracruz, donde hoy se nombra Los Tuxtlas. Estos emigrantes teotihuacanos, de los que quedaron algunos en los sitios mencionados, pasaron a conocerse con el nombre de pipiles. Semejante título fue probable alusión al carácter de nobles o *pipiltin* que les reconocieron los pueblos con que fueron entrando en contacto. Y no dejaremos de recordar nuevamente que algunos contingentes de pipiles culminaron su penetración hasta sitios mucho más apartados en Chiapas, Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua.

Resumiendo lo expuesto sobre la situación que prevalecía en el área central de Mesoamérica hacia los comienzos del siglo X encontramos que antiguas ciudades como El Tajín, Xochicalco y Cholula, lejos de desaparecer, habían logrado distintas maneras de florecimiento y expansión. En consecuencia, tales centros constituían una especie de puente cultural entre lo que había sido el desarrollo del periodo clásico y lo que ocurrió luego en la etapa posclásica. Estos núcleos de civilización, así como las comunidades menos importantes que se habían convertido en lugares de refugio de grupos teotihuacanos, desempeñaron un papel de importancia en el conjunto de las nuevas alteraciones que entonces se produjeron. Nos referimos a la influencia que en ocasiones les tocó ejercer sobre las hordas chichimecas que habían comenzado ya a penetrar desde las fronteras septentrionales de Mesoamérica.

Irrupción de los chichimecas acaudillados por Mixcóatl

Debemos acudir a fuentes como los *Anales de Cuauhtitlán* en busca de una descripción de los invasores norteros cuya presencia marcó entonces nuevos rumbos a la trayectoria cultural mesoamericana. En este manuscrito, conservado en lengua náhuatl, mito e historia parecen confundirse al hablar de estos antiguos grupos de chichimecas que más tarde fueron conocidos como tolteca-chichimecas. Veamos la descripción que de ellos hace el documento indígena:

Cuando los chichimecas vinieron a irrumpir, los guiaba Mixcóatl. Los Cuatrocientos mixcoas así vinieron a salir por las nueve colinas, por la región de las nueve llanuras. Sobre ellos cayó la diosa Itzpapálotl, “Mariposa de obsidiana”. Devoró ésta y dio fin a los Cuatrocientos mixcoas. Tan sólo Iztac Mixcóatl, “el Mixcóatl blanco”, el que se llamaba también Mixcoaxocóyotl, escapó de sus manos y se metió en el interior de una biznaga. Itzpapálotl arremetió entonces contra la biznaga. Mixcóatl salió de prisa: flechó en seguida a Itzpapálotl repetidas veces e invocó luego a los Cuatrocientos mixcoas que habían muerto. Vinieron éstos a erguirse. Volvieron a vivir. Luego flecharon una y otra vez a la señora Itzpapálotl.

Cuando ésta murió, la quemaron. Los mixcoas, con sus cenizas se empolvieron y se pintaron alrededor de los ojos. Cuando hubieron hecho esto, prepararon el envoltorio donde habían colocado las cenizas y fueron a reunirse al lugar que se nombra Mazatepec, “en el cerro del Venado”.

Allí tuvieron su principio los cuatro portadores calendáricos de los años: el primero fue *Ácatl*, “caña”; el segundo, *Técpatl*, “pedernal”; el tercero, *Calli*, “casa”, y el cuarto, *Tochtli*, “conejo”.

En el año 1-Caña, salieron de Chicomóztoc, “el lugar de las siete cuevas”, los chichimecas, según se dice, se refiere, en su historia. La cuenta de los años, la cuenta de los destinos, la cuenta de las veintenas de días estaban al cuidado de los que se nombran Oxomoco y Cipactónal. Oxomoco era un hombre: Cipactónal era mujer. Ambos eran de los viejos y viejas muy ancianos...

En el año 5-Caña vinieron a llegar los chichimecas. Vivían como flechadores. No tenían casas, no tenían tierras su vestido no eran capas tejidas, solamente pieles de animal era su vestido y con hierba también lo hacían. Sus hijos sólo en redcillas, en “huacales”, se criaban. Comían tunas grandes, grandes cactus, maíz silvestre, tunas agrias. Mucho se afanaban con todo esto... Se dice, se refiere, que durante todo este tiempo vivían los chichimecas todavía en oscuridad. Se dice que,

estando todavía en tinieblas, ninguno era su renombre, ninguna su fama, nulo su bienestar, sólo vivían como vagabundos...

Los orígenes y las formas de vida de los chichimecas, así descritas en esta larga cita del texto indígena de los *Anales de Cuauhtitlán*, eran ciertamente muy distintas de las que habían preservado los pueblos sedentarios herederos de la civilización clásica mesoamericana. La organización social, política, económica y religiosa de estos últimos, sus poblaciones en mayor o menor grado urbanizadas, sus campos de cultivo, formas de alimentación y, en una palabra, su realidad cultural, contrastaba con cuanto era atributo de las hordas nómadas de agresivos cazadores y guerreros de la flecha y el arco.

Sin embargo, debemos notar expresamente que no todos los textos que describen las formas de vida de estos chichimecas, que más tarde habrían de ser los fundadores de Tula, coinciden en cuanto a la penuria de su desarrollo cultural. Hay desde luego algunos testimonios, como los del cronista Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, que, por el contrario, adjudican a los chichimecas rasgos y sistemas de organización que en mucho se asemejan a los que fueron característicos de los pueblos sedentarios. Aunque al parecer fantaseó en esto el cronista Ixtlilxóchitl, hay también otros textos en los que, atenuadas las exageraciones, encontramos noticias que no conviene pasar por alto.

Los tolteca-chichimecas como pueblo que “regresa” a Mesoamérica

Del *Códice Matritense* de la Academia de la Historia, donde se conservan los testimonios en náhuatl de los informantes de Sahagún proviene la información que en seguida vamos a analizar. Al hablar allí de la procedencia y atributos de los que más tarde se conocieron como tolteca-chichimecas, se afirma insistentemente que no habían sido éstos originalmente gentes primitivas. Los informantes indígenas de Sahagún dejan entrever indicios de que los tolteca-chichimecas eran descendientes de grupos que —saliendo del altiplano central— habían penetrado en tiempos antiguos en las regiones del norte. Allí habían establecido avanzadas, o si se quiere especies de “marcas”, como expansión de las fronteras de la zona de alta cultura. Su irrupción o marcha hacia el sur (tras la que hoy conocemos como “desintegración” del mundo clásico mesoamericano), podía interpretarse como una forma de regreso a su patria original. A continuación transcribimos una parte del texto en el que precisamente se expresa esta opinión:

Todos éstos se llamaban a sí mismo chichimecas. Todos así se jactaban de la *chichimecáyotl* (naturaleza y conjunto de los chichimecas), porque habían marchado a las tierras chichimecas, allí habían ido a vivir. En realidad ahora regresaban ellos de la tierra chichimeca, de las grandes llanuras de la casa de los dardos, del norte, la región de los muertos...

Los distintos pueblos nahuatlacas se llamaban chichimecas porque vinieron a regresar, desde allá, desde la tierra chichimeca. Se dice que retornaron de Chicomóztoc... Los toltecas se nombran también chichimecas...

De aceptar como cierta esta tradición de los informantes indígenas de Sahagún, cabe percibir en ella un nuevo elemento de explicación. Proporciona éste ayuda para comprender mejor cómo pueblos, al parecer nómadas y de cultura primitiva, se transformaron durante un lapso relativamente breve en comunidades sedentarias, anticipo del poderoso estado cuya metrópoli fue Tula, en el actual estado de Hidalgo.

Por otra parte, creemos que esta antigua tradición puede entenderse, desde un punto de vista distinto, en relación con los hallazgos de la arqueología. Hemos hablado en páginas anteriores de la aparición, en varios lugares del Valle de México, de la que se conoce como cerámica Coyotlatelco, de color rojo sobre café. Dicha cerámica constituyó, según se ha señalado, una forma de derivación de producciones teotihuacanas, también en rojo sobre café, de los últimos tiempos del florecimiento de la Ciudad de los Dioses. Así, el hallazgo de la cerámica Coyotlatelco ha permitido identificar lugares donde la tradición cultural teotihuacana subsistió de algún modo. Como ha notado el arqueólogo Román Piña Chan: “El complejo cultural que implican los hallazgos de cerámica Coyotlatelco marca la convivencia de grupos teotihuacanos, entre los años 650 a 900 d. C., con gentes nahuas que habían llegado a la cuenca de México y que más tarde habrían de convertirse en los célebres toltecas”.

A nuestro parecer resulta posible relacionar tales testimonios arqueológicos con el texto que hemos citado de los informantes de Sahagún. Este puede tener el sentido de que los tolteca-chichimecas, tras una convivencia con habitantes de reductos teotihuacanos, regresaban para iniciar, por cuenta propia, procesos de reacomodo y transformación cultural.

Sin pronunciarnos necesariamente por una u otra de las hipótesis que hemos esbozado, queremos dejar al menos constancia de que, con apoyo en las fuentes, hay indicios de diversas formas de influencia —en grado de alta cultura— recibidas de tiempo atrás por las que generalmente se describen como “hordas de chichimecas”.



El porqué de la doble designación “tolteca-chichimeca”

Dejando para investigaciones ulteriores la posible respuesta acerca de cuestiones como las que hemos discutido a propósito de la procedencia y niveles de cultura de los chichimecas de Mixcóatl, pasamos ya a ocuparnos de lo que fue de hecho su irrupción en el Valle de México. A modo de consideración preliminar diremos al menos algo en relación con el nombre mismo de tolteca-chichimeca con que fueron conocidos muchas veces los descendientes de este pueblo de invasores.

Como bien lo notó fray Bernardino de Sahagún, se aplicó a dichos grupos la designación de *chichimecas* en función de la vida nómada que se pensaba habían llevado antes. A dicho nombre se añadió el de *toltecas* para precisar que, más tarde, fueron ellos fundadores de una *Tollan*, o sea de una gran ciudad o metrópoli.

Como explicación de esto último recordaremos que los mismos textos en lengua náhuatl emplean la voz *Tollan* para designar no a una, sino a varias metrópolis. Así hablan en ocasiones de Tollan-Teotihuacan, es decir, de la antigua metrópoli de Teotihuacan o, por el contrario, de Tollan-Cholollan, la ciudad sagrada de Cholula.

Antes de que los chichimecas de Mixcóatl pasaran a ser fundadores de una metrópoli y a convertirse, en consecuencia, en toltecas, realizaron diversas incursiones en el ámbito del Valle de México. Después de haber cruzado el de Toluca, pasaron, según todo parece indicarlo, hacia el rumbo de Acolman y Teotihuacan.

Más tarde se establecieron temporalmente en el cerro de la Estrella, al sur de los lagos. Desde allí su afán de dominio los llevó a la conquista de la región donde en el futuro llegarían a erigir la ciudad de Tula-Xicocotitlan. Al penetrar en esta zona, tuvieron que someter a grupos otomíes que la habitaban de tiempos antiguos. La dominación sobre los otomíes tuvo, entre otras consecuencias, la de que los futuros toltecas, de estirpe chichimeca y lengua náhuatl, comenzaran a mezclarse con una población otomiana.

De acuerdo con la interpretación de distintas fuentes indígenas, hecha por el investigador Wigberto Jiménez Moreno, sabemos que los afanes expansionistas de Mixcóatl, el gran caudillo chichimeca, lo llevaron también a enfrentarse con pueblos de honda raigambre cultural. Si por una parte los chichimecas ampliaron entonces sus conquistas por diversos lugares de la región central, por otra se vieron asimismo culturalmente influidos por los pobladores del gran centro de Xochicalco

y por los olmecas-xicalancas, dueños de Cholula desde el momento en que había expulsado de ella a los teotihuacanos.

Antecedentes más inmediatos de la fundación de Tula

Fuerza es reconocer que ni los textos indígenas ni la arqueología permiten asignar una fecha precisa al establecimiento de las gentes que había acaudillado Mixcóatl en el sitio donde llegó a erigirse Tula-Xicocotitlan. Nuestra preocupación por la cronología tendrá que limitarse, por tanto, a señalar los comienzos del siglo X como el lapso durante el cual ocurrió dicho asentamiento. Por lo que toca a las circunstancias que lo rodearon, inevitablemente vuelve a hacerse presente lo legendario. En este caso se trata de los relatos en torno a quien, más que nadie, alcanzaría renombre en Mesoamérica, el sabio sacerdote “Nuestro príncipe”, Quetzalcóatl.

Fue probablemente en la región de Morelos donde la mujer de Mixcóatl, Chimalman, dio a luz un hijo, futuro héroe cultural de los tolteca-chichimecas. El nombre del vástago, que por cierto muy pronto quedó huérfano, fue el de *Topiltzin*, “Nuestro príncipe”, conocido igualmente por el signo calendarico del día de su nacimiento como *Ce-Ácatl*, 1-Caña, y asimismo, recordando la advocación de una importante deidad, como Quetzalcóatl. Puesto que acerca de él habremos de tratar más ampliamente, nos limitamos aquí a referir lo que significó su actuación hasta el establecimiento definitivo de su pueblo en la que llegó a ser la metrópoli Tula-Xicocotitlan.

Según los *Anales de Cuauhtitlán*, en un año 6-Caña murió Mixcóatl, Totepeuh, “nuestro conquistador”, considerado en algunos textos como padre de Quetzalcóatl. Su muerte dio ocasión de que otro guerrero principal, seguido por una facción de los tolteca-chichimecas, el señor Ihuitimal, se adueñara del mando supremo. Al parecer, quienes reconocían en Quetzalcóatl niño la legítima sucesión de Mixcóatl, optaron por ocultar al príncipe, temerosos del usurpador Ihuitimal.

Algunas tradiciones indígenas de Tepoztlán en el estado de Morelos, refieren que el joven *Ce-Ácatl* Topiltzin pasó en aquel lugar algunos años, refugiado con sus abuelos maternos.

Por su parte, los *Anales de Cuauhtitlán*, continuando el relato, describen la ulterior estancia de Quetzalcóatl en Tulancingo (*Tollantzínco*: “la Tollan pequeña”). Allí permaneció cuatro años. En ese lugar edificó una casa de tablones, que era también su lugar de penitencia y meditación. Desde Tulancingo pasó más tarde Quetzalcóatl a Cuextlan,



la región de los huastecos. Para ello hubo de vadear un río. Allí edificó un puente de piedras... En un año 5-Casa, muerto ya el usurpador Ihuitímal, un grupo de tolteca-chichimecas fue a buscar a Quetzalcóatl en Tulancingo para que fuera su sacerdote y a la vez su gobernante supremo.

La entrada de Quetzalcóatl en la que comenzó a llamarse Tula-Xicocotitlan marca así de algún modo el nacimiento o fundación de la nueva ciudad. La confluencia de elementos culturales que en ella se dejaron sentir tenía de hecho procedencias muy distintas entre sí. Innegablemente subsistieron allí algo del legado teotihuacano y también rasgos y tradiciones chichimecas. Xochicalco, Cholula, Culhuacán, El Tajín y aun algunos centros del país de los huastecos y de otros rumbos hicieron aportaciones, directa o indirectamente, a la carga de cultura que no pocos relatos describen como creación o descubrimiento tolteca-chichimeca, realizado gracias a la sabiduría de Quetzalcóatl. El hecho es que en Tula-Xicocotitlan se consumó la transformación cultural de los antiguos nómadas. Allí iba a florecer una especie de edad de oro, paradigma siempre enaltecido por los pueblos mesoamericanos de los tiempos posteriores. Lo que hoy conocemos acerca de Tula-Xicocotitlan es precisamente el tema que en seguida habrá de ocupar nuestra atención.

BIBLIOGRAFÍA

- ALVA IXTLILXÓCHITL, Fernando de, *Obras históricas*, 2 v., México, 1892 *Anales de Cuauhtitlán en Códice Chimalpopoca*, fototípica y traducción del Lic. Primo Feliciano Velázquez, México, 1945.
- JIMÉNEZ MORENO, Wigberto, "Tula y los toltecas según las fuentes históricas", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, México, 1941, t. V, p. 79-83.
- "Síntesis de historia pretolteca de Mesoamérica", *Esplendor del México antiguo*, México, 1959, t. II.
- KRICKEBERG, Walter, *Las antiguas culturas mexicanas*, México, 1961.
- LEÓN-PORTILLA Miguel, *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, 3a. ed., México, 1971.
- Piña Chan, Román, *Una visión del México prehispánico*, México, 1967.
- Tula y los toltecas*. Primera mesa redonda, Sociedad Mexicana de Antropología, México, 1941.

2. TULA Y LA TOLTECÁYOTL

Los pueblos nahuas de tiempos posteriores —entre ellos de modo muy especial los tetzcochanos y mexicas— mantuvieron viva, como habremos de verlo, su elevada estimación por todo aquello que consideraban como legado cultural de los toltecas. Quienes así se sentían herederos del conjunto de creaciones alcanzadas por los vasallos de Quetzalcóatl en Tula, conservaron, por medio de la tradición, numerosas leyendas y otros relatos, en parte históricos, sobre este pasado tenido como de máximo esplendor. De hecho, para designar tal herencia de cultura se valieron de un término sumamente expresivo. Era ésta la voz *toltecáyotl*, derivada de la palabra *toltécatl* y formada con el sufijo o partícula *yotl*, que le confiere un sentido abstracto y colectivo a la vez. *Toltecáyotl*, es decir, toltequidad, significó, por tanto, el conjunto de las realizaciones de los toltecas y asimismo la esencia de los ideales que fueron guía e inspiración de dicho pueblo.

Las modernas investigaciones acerca de la cultura tolteca

Para valorar —hasta donde ello es posible— lo que fueron realmente Tula-Xicocotitlan y el legado de la *toltecáyotl* es necesario tomar en cuenta antes los cambios que historiadores y arqueólogos han ido introduciendo en sus apreciaciones y, de modo especial, en la división en periodos de la secuencia cultural que se desarrolló en el altiplano central de México. Antes de las exploraciones arqueológicas de Tula, iniciadas de modo sistemático hacia 1941, se pensaba generalmente que la gran metrópoli de los toltecas había sido Teotihuacan. En este sentido se consideraba, al menos implícitamente, que la *toltecáyotl*, la herencia de alta cultura recibida por pueblos como los mexicas, que más tarde entraron en el Valle de México, derivaba fundamentalmente de la Ciudad de los Dioses.

Ésta era tenida como “la Tula” más importante del México antiguo. En apoyo de tal aseveración se recordaba que precisamente la voz náhuatl *Tollan* (Tula) significaba “ciudad, metrópoli” en el mundo hispanico. De este modo, para la gran mayoría de los estudiosos ambas designaciones, *teotihuacano* y *tolteca*, significaban realmente lo mismo.

Cuando en la década de 1940 comenzaron las excavaciones sistemáticas en la Tula-Xicocotitlan del estado de Hidalgo, y se relacionaron tales hallazgos con las fuentes históricas, comenzó a modificarse

radicalmente el esquema de la secuencia cultural en el altiplano central. La nueva tesis implicó atribuir en exclusiva la designación de toltecas a los habitantes de Tula-Xicocotitlan, de tiempos muy posteriores al esplendor teotihuacano. Una mesa redonda, convocada expresamente por la Sociedad Mexicana de Antropología para discutir esta problemática, tuvo como consecuencia la formulación de otras varias conclusiones. Entre ellas hubo el reconocimiento definitivo, como dos realidades diferentes, de las que en adelante se llamaron cultura teotihuacana o del periodo clásico y cultural tolteca de Tula, esta última situada ya en los primeros siglos del horizonte posclásico. Mutación tan radical en lo que se conocía sobre la evolución cultural del México antiguo trajo consigo una larga serie de nuevas investigaciones, que todavía prosiguen.

Considerando a Tula-Xicocotitlan como la auténtica metrópoli tolteca, se atribuyó a ella haber sido el gran centro creador de todo el conjunto de artes y más elevados ideales que los nahuas posteriores afirmaban haber recibido de los toltecas. En otras palabras se pensó que en dicha ciudad se hallaba la raíz de la *toltecatyotl*. Al aceptar esto, Teotihuacan, desde el punto de vista histórico, quedó entonces en la oscuridad. Con toda su grandeza, la Metrópoli de los Dioses, privada de historia, y hasta cierto punto de resonancia ulterior, pasó a ser una especie de “ciudad fantasma” del mundo mesoamericano.

En busca de los orígenes de la “toltecatyotl”

Sin embargo, un examen más detenido de la documentación en náhuatl, donde se describe con vivos colores el conjunto de creaciones de los toltecas, y en donde, precisamente para designarlas, se emplea el término abstracto *toltecatyotl*, movió a algunos investigadores a plantearse nuevos problemas. Por ejemplo, entre ellos estuvieron el referente a los orígenes del culto a la deidad Quetzalcóatl, que parece remontarse a tiempos anteriores al florecimiento de Tula-Xicocotitlan. Otra cuestión, de mayores alcances todavía, apuntó a lo que debía entenderse como raíz o foco de inspiración de las más elevadas formas de creación de los pobladores de la región central. ¿Debía restringirse el origen último del gran desarrollo cultural descrito en los textos a la etapa del posclásico, durante la cual se fundó y existió Tula-Xicocotitlan?

Según los testimonios en náhuatl, los toltecas fueron extraordinarios artífices, “que ponían su corazón endiosado en sus obras”. Entre

éstas destacaban sus pirámides, templos y palacios, sus pinturas murales y esculturas, su refinada cerámica, en la que el barro “había aprendido a mentir” hasta tomar las más variadas formas de dioses, hombres, animales, plantas y de cuanto cabía imaginar. De modo especial los toltecas habían sido quienes fomentaron el culto del dios Quetzalcóatl, como divinidad suprema que atraía a sus seguidores a una vida de perfeccionamiento moral y de sabiduría. En resumen, decir *tolteca* en el contexto de los mexicas, tetzcocanos y otros, así como aludir al sacerdote conocido también con el nombre de Quetzalcóatl, equivalía a evocar los más elevados atributos espirituales.

Podía aceptarse que esto era aplicable hasta cierto punto a quienes habían edificado la ciudad de Tula-Xicocotitlan. Sin embargo, un elemental conocimiento de la arqueología teotihuacana obligaba, por otra parte, a afirmar que casi todo lo bueno y grande descubierto en Tula había existido antes, en mayor proporción y con mayor refinamiento, en la Ciudad de los Dioses. Desde luego, el reconocimiento de estas realidades no podía ser —después ya de los nuevos hallazgos arqueológicos— un intento de volver a identificar a la Tula de que hablan los textos indígenas con la metrópoli teotihuacana. Por tanto, el punto que debía dilucidarse era el referente a la más honda raíz de las creaciones culturales en el altiplano central, a todo aquello que, en esencia, se significaba con la voz *toltecáyotl*, toltequidad.

A la luz de estas ideas hubo que analizar y comparar elementos y estilos característicos en la arquitectura, la escultura, la pintura mural, la cerámica y los jeroglíficos, sobre todo calendáricos, así como en las representaciones y la simbología de las deidades tanto de Teotihuacan como de Tula-Xicocotitlan. Menor grado de refinamiento, menor grandiosidad, y aun ausencia de algunas formas de creación (como los grandes murales o la riqueza y variedad de cerámica), fueron características fácilmente perceptibles en Tula-Xicocotitlan, puesta en comparación con lo que, por la arqueología, conocemos de Teotihuacan. Y a la vez venía a ser insoslayable que había existido una dependencia, en lo que toca a la inspiración de estilos culturales, de la población erigida por los tolteca-chichimecas con respecto a la Ciudad de los Dioses. Razonablemente era imposible dudar de que la raíz última de la *toltecáyotl* había que buscarla en Teotihuacan. En última instancia debía recordarse que la Ciudad de los Dioses se conoció también con el nombre de Tollan-Teotihuacan.

Como ya lo dijimos en páginas anteriores, sabemos de hecho que los fundadores de Tula-Xicocotitlan estuvieron influidos por grupos que habían preservado no pocos elementos del legado cultural teotihuacano.



En este sentido conviene insistir en la bien comprobada existencia de reductos de gentes de estirpe teotihuacana que alcanzaron a subsistir en el Valle de México. A esto pueden sumarse los contactos de los tolteca-chichimecas de Mixcóatl con centros como Cholula, Xochicalco y El Tajín, donde lo teotihuacano no estuvo ausente.

Una justificación de los testimonios históricos

El que las fuentes nahuas de tiempos posteriores hagan atribución plena de la *toltecáyotl* a los fundadores de Tula-Xicocotitlan tiene explicación bastante aceptable. En realidad, dichos testimonios se refieren al florecimiento más cercano en el tiempo, del cual se pensó que provenía el propio legado de cultura.

Los mexicas y los tetzcocanos se habían esforzado por vincular su nobleza con la de origen tolteca-chichimeca. Así, sin remontarse a periodos mucho más alejados y seguramente oscurecidos en el recuerdo, se dejó establecido el nexo con quienes en realidad habían sido, en muchos aspectos, portadores y transmisores de la alta cultura, los moradores de Tula-Xicocotitlan.

Las descripciones de los textos indígenas, lejos de perder por esto su significación, no son obstáculo para mejores formas de comprensión, si se atiende a lo que revela la arqueología tanto sobre Teotihuacan como acerca de la más tardía fundación en el actual estado de Hidalgo. Como en otro lugar lo hemos expuesto, no creemos, en consecuencia, que tenga sentido introducir alteración en las designaciones adoptadas de *teotihuacanos* (para los habitantes de la Ciudad de los Dioses) y de *toltecas* (para los fundadores de Tula). A no ser que se opte por establecer cierta diferencia dentro del concepto mismo de tolteca. Podría así llamarse a los creadores de Teotihuacan, *toltecas antiguos* y, a los de Tula, *toltecas recientes*. Tal distinción tendría la ventaja de subrayar que la relación en que se encuentran Teotihuacan y Tula es la que existe entre una gran metrópoli, que fue foco y raíz de inspiración cultural, y otra ciudad menor, que pudiera tenerse como resurgimiento tardío, logrado por un pueblo distinto, influido de un modo o de otro por quienes, como creadores, lo precedieron.

Precisamente corresponde tratar ahora acerca de ese resurgimiento posterior, objeto de la investigación de los arqueólogos desde hace tiempo.

La descripción de lo que fue Tula-Xicocotitlan nos ayudará a comprender, al menos en parte, el significado que tuvo la *toltecáyotl* entre

los que, de seguidores del gran caudillo Mixcóatl, pasaron a ser pueblo del sabio sacerdote *Ce-Ácatl Topiltzin* (1-Caña Nuestro Príncipe), Quetzalcóatl.

La zona arqueológica de Tula-Xicocotitlan

El nombre mismo con que se conoce la ciudad edificada por los tolteca-chichimecas es ya apuntamiento a su ubicación. Xicocotitlan significa “junto al Xicoco”, es decir, a un lado del cerro de dicho nombre, a unos 80 kilómetros al norte de la ciudad de México, dentro ya de lo que hoy es el estado de Hidalgo. La zona arqueológica abarca parte de valle, aprovechable para la agricultura y surcado por el río que justamente se nombra de Tula. El núcleo principal de edificaciones de la ciudad tolteca se yergue en sitio atinadamente escogido, o sea en una especie de promontorio fácilmente defendible gracias a la hondonada a través de la cual corre el río, que al menos en parte la circunda.

Aunque el conjunto principal, que es el que ha sido objeto de más intensas investigaciones, tiene dimensiones relativamente no muy grandes, hay, dentro de la zona, otros numerosos montículos que dejan ver claramente que Tula-Xicocotitlan llegó a ser un centro de considerable significación. Su núcleo de edificaciones más importantes está debidamente planificado en función de una gran plaza. En el centro de la misma quedan aún vestigios de un adoratorio pequeño. Al oriente se levanta el que se conoce como “Edificio C”, que es una pirámide elevada a la que se le ha adjudicado el carácter de haber sido “templo del sol”. Al poniente, cierra la plaza el juego de pelota, clasificado como “Número 2” para distinguirlo de otro que ha sido explorado y se sitúa fuera ya de la plaza central.

Al norte de ésta destacan, por su tamaño y características la pirámide designada por los arqueólogos como “Edificio B”. Es éste el monumento mejor estudiado hasta ahora dentro de la zona y el más suntuoso de la misma. La pirámide estuvo dedicada al dios Quetzalcóatl en su advocación de *Tlahuizcalpantecuhtli*. “Señor de la aurora”. Con una planta cuadrada de unos 40 metros de lado, la pirámide se compone de cinco cuerpos escalonados, también de planta rectangular como su base. Su altura total es de 10 metros aproximadamente. Los varios cuerpos de la pirámide terminan en talud y rematan en su parte superior con tableros verticales.

Tanto taludes como tableros estuvieron recubiertos por lápidas talladas y con bajos relieves. De hecho se ha conservado sólo una parte

de las antiguas lápidas talladas. En ellas aparecen águilas y zopilotes reales que devoran corazones cuya sangre escurre en grandes gotas. En alternancia con tales representaciones hay también rostros que emergen de las fauces de serpientes emplumadas, símbolos de Quetzalcóatl. En la parte superior de los tableros aparecen jaguares y coyotes que se asemejan a algunas imágenes pictóricas de palacios teotihuacanos y también a las representaciones de jaguares en el templo superior del juego de pelota de Chichén-Itzá, en Yucatán.

Subiendo por la escalinata, situada en el centro del lado de la pirámide que mira a la plaza, se llega, en lo más alto, donde estuvo edificado un santuario con dos recintos interiores. A la entrada de éstos había dos columnas en forma de serpientes emplumadas, con sus cabezas en el suelo y, en la parte superior, el remate de sus cuerpos con sus característicos cascabeles. La techumbre del primer recinto se hallaba sostenida por cuatro grandes figuras de guerreros con sus armas e insignias, los que hoy se conocen con el nombre de “atlantes de Tula”. El recinto posterior estaba a su vez formado por cuatro pilares de grandes piedras rectangulares, talladas por todos sus lados y también con representaciones alusivas a la guerra. Al parecer, bajo la techumbre del santuario interior existió un altar, como fue también el caso en otros recintos sagrados de Mesoamérica.

La pirámide de Quetzalcóatl, *Tlahuizcalpantecuhtli*, “Señor de la aurora”, fue edificada en varias etapas. Durante la última se le adicionó al frente, es decir, en su costado sur que mira a la plaza, un gran vestíbulo o pórtico de 55 metros de largo y 15 de ancho. La techumbre almenada del pórtico estaba sostenida por tres hileras de catorce columnas que se continuaron en su extremo oriente en dirección a la pirámide del Sol, o “Edificio C”, hasta acabar de cerrar por este lado el recinto de la plaza central. Como muchas veces se ha destacado, este gran vestíbulo o pórtico con su conjunto de columnas guarda estrecha semejanza con el que también existió en el “Templo de los guerreros” de Chichén-Itzá.

En el costado norte de la pirámide —fuera por tanto de la plaza central— hallamos al que se ha designado como “muro de serpientes” o *Coatepantli*. Con una altura de 2.20 metros, el muro está rematado por almenas que ostentan la forma de cortes de caracol. En el muro, y a modo de friso central, entre dos series de grecas escalonadas que estuvieron policromadas, hay una serie de representaciones de serpientes. De las fauces de éstas surge el cráneo de un personaje, cuyas extremidades, en parte descarnadas, son también visibles, juntamente con los cuerpos de los ofidios. Los arqueólogos han supuesto que es-

tas representaciones, que convergen en un punto central, son alusión a la simbología de la “Gran estrella” (Venus) y se hallan por tanto en relación con *Tlahuizcalpantecuhtli*, “Señor de la aurora o estrella de la mañana”, uno de los títulos de Quetzalcóatl.

Continuando con la descripción del conjunto principal de edificaciones, deben mencionarse los restos del que se conoce como “palacio quemado”, situado al lado izquierdo de la pirámide de Quetzalcóatl y mirando también hacia la plaza central. Su planta comprende varias habitaciones. En el interior hay tres patios. Cada una de las estancias principales, de forma cuadrangular, incluye una banqueta que la circundaba y varios altares. Son perceptibles asimismo los vestigios de las columnas que sostenían la techumbre. En una de las salas la banqueta interior conserva su decoración original. Allí en bajo relieve policromado, puede verse la procesión de trece personajes con lanzas y escudos. Más arriba, en la cornisa de la misma banqueta, hay una hilera de serpientes, probable alusión a Quetzalcóatl, “Serpiente emplumada”. Otras parecen ser recordación de Mixcóatl, “Serpiente de nubes”.

Dentro de la que se conoce como sala número 2, se descubrió la escultura de un *Chac Mool*, conocida con este nombre por su semejanza con otras del área maya. En realidad se trata de la probable representación de una deidad de la lluvia.

Finalmente, debemos mencionar otras edificaciones. Una es la que se conoce como “juego de pelota número 2” situado al norte de la pirámide de Quetzalcóatl y separado de ésta y del “muro de serpientes” por otra plazoleta. Este juego de pelota se encontró originalmente en avanzado estado de deterioro. Al parecer había sido privado del revestimiento de piedra que anteriormente tuvo. Su planta característica, de forma de doble T, mide aproximadamente 67 metros de largo por 12.50 de ancho. En el centro, a ambos lados, hay indicios de los lugares en que se hallaban los anillos de piedra por donde los jugadores tenían que arrojar la pelota. En los dos extremos del patio interior o cancha son visibles los vestigios de los nichos que allí existieron y en los que, según se ha supuesto, debieron estar colocadas efigies de deidades. De hecho las excavaciones realizadas han permitido encontrar varias esculturas y lápidas. Entre ellas mencionaremos la de un portaestandarte y la de un guerrero. Por lo que toca a las lápidas, hay una en la que aparece un jugador de pelota.

La tradición indígena acerca de Tula

La descripción que hemos hecho, tomando en cuenta los informes de los arqueólogos, del conjunto principal de edificios en Tula-Xicocotitlan, cobrará mayor significación si recordamos algunos de los antiguos textos que hacen referencia a la metrópoli tolteca. Citaremos al menos una parte del relato que obtuvo fray Bernardino de Sahagún de labios de sus informantes indígenas:

De haber morado y vivido allí juntos (los toltecas) hay señales por las muchas obras que allí hicieron. Entre las cuales dejaron una que está allí y hoy en día se ve, aunque no la acabaron, que llaman *Coatla-quetzalli*, que son unos pilares de la hechura de culebra y tienen la cabeza en el suelo, por pie, y la cola y los cascabeles de ella tienen arriba...

Las casas que hacían muy curiosas, que estaban de dentro muy adornadas de cierto género de piedras preciosas, muy verdes, por encalado; y las otras que no estaban así adornadas, tenían un encalado muy pulido que era de ver, y piedras de que estaban hechas, tan bien labradas y tan bien pegadas que parecían ser cosa de mosaico...

Había también un templo que era de su sacerdote llamado Quetzalcóatl, mucho más pulido y preciso que las casas suyas, el cual tenía cuatro aposentos. El uno estaba hacia el oriente, y era de oro, y llamábanle aposento o casa dorada, porque en lugar del encalado, tenía oro en planchas y muy sutilmente enclavado; y el otro aposento estaba hacia el poniente, y a éste le llamaban aposento de esmeraldas y de turquesas, porque por dentro tenía pedrería fina... El otro aposento estaba hacia el mediodía, que llaman sur, el cual era de diversas conchas mariscas, y en lugar del encalado tenía plata, y las conchas de que estaban hechas las paredes estaban tan sutilmente puestas que no parecía la juntadura de ellas; y el cuarto aposento estaba hacia el norte, y este aposento era de piedra colorada y jaspes y conchas muy adornado.

También había otra casa de labor de pluma, que por dentro estaba la pluma en lugar de encalado, y tenía otros cuatro aposentos; y el uno estaba hacia el oriente, y éste era de pluma rica amarilla, que estaba en lugar de encalado, y era de todo género de pluma amarilla muy fina; y el otro aposento estaba hacia el poniente, se llamaba aposento de plumajes, el cual tenía, en lugar de encalado, toda pluma riquísima que llaman *xiuhtótotl*, pluma de un ave que es azul fino, y estaba toda puesta pegada en mantas y en redes muy sutilmente, por las paredes de dentro a manera de tapicería, por lo cual le llamaban *quetzalcalli*, que es aposento de plumas ricas; y al otro aposento, que estaba hacia el sur llamábanle la casa de pluma blanca, porque toda era de pluma blanca por dentro, a manera de penachos, y tenía todo género de rica

pluma blanca; y el otro aposento que estaba hacia el norte le llamaban el aposento de pluma colorada, de todo género de aves preciosas por dentro entapizado. Fuera de estas dichas casas hicieron otras muchas, muy curiosas y de gran valor.

La casa u oratorio del dicho Quetzalcóatl estaba en medio de un río grande que pasa por allí, por el pueblo de Tula, y allí tenía su lavatorio el dicho Quetzalcóatl, y le llamaban *Chalchiuhapan*. Allí hay muchas casas edificadas debajo de tierra, donde dejaron muchas cosas enterradas los dichos toltecas, y no solamente en el pueblo de Tula-Xicocotitlan se han hallado las cosas tan curiosas y primas que dejaron hechas, así de edificios viejos como de otras cosas...

Desde luego sería ingenuo entrar en busca de correspondencias entre la descripción que nos conservó Sahagún y el conjunto de los hallazgos arqueológicos. Lo que debe destacarse, por encima de todo, en los testimonios de los informantes indígenas es su empeño en sublimar la grandeza de la metrópoli de Quetzalcóatl, de cuyas creaciones e instituciones se sentían, en fin de cuentas, herederos. Buena prueba de esto último lo dio el hecho, por lo que a los aztecas se refiere, de los propósitos que tuvieron de vincularse para siempre con la estirpe tolteca, al escoger como supremo gobernante suyo al señor Acamapichtli, oriundo de Culhuacán y presunto descendiente de la antigua nobleza de Tula. Y si la magnificencia de dicha metrópoli se siguió exaltando de múltiples modos, lo mismo ocurrió respecto del conjunto de instituciones que, según se pensaba, habían florecido en ella y habían integrado la *toltecáyotl* o toltequidad.

Sobre esto podríamos citar también otros muchos textos. Por vía de ejemplo transcribimos la versión castellana de lo que consigna en náhuatl el siguiente párrafo del *Códice Matritense de la Real Academia*:

Estos toltecas, como se dice, eran nahuas. No eran popolocas, no eran bárbaros. Se llamaban también habitantes antiguos... Eran ricos, porque su destreza pronto los hacía hallar riquezas. Por eso se dice, hasta ahora, acerca de quien pronto descubre riquezas: es hijo de Quetzalcóatl. El es su príncipe. Así era el ser y la vida de los toltecas...

Ponderaciones como éstas continuaron siendo frecuentes en los textos en que los nahuas de tiempos posteriores hablan del florecimiento de Tula y de la riqueza y esplendor de la *toltecáyotl*. Sin género de duda puede afirmarse que, a los ojos de quienes más tarde habrían de sentirse herederos del legado tolteca, parecían pocas todas las formas de exaltación del mismo. Así, una y otra vez, se siguió repitiendo que “el pueblo de Quetzalcóatl estaba compuesto por gentes sabias y experi-



mentadas... Cuanto éstas hacían era maravilloso, precioso, digno de aprecio...”

Comprendible es que, frente a tan gran caudal de sublimaciones de lo tolteca, más de una vez haya surgido la duda entre los modernos investigadores acerca de la veracidad histórica de semejantes relatos y atribuciones. Por ello, como ya hemos señalado, se requiere ciertamente someter a una valoración crítica dichos testimonios. Entre otras cosas habrá que tomar conciencia de que, si bien el florecimiento de Tula-Xicocotitlan marcó una nueva etapa de desarrollo en la evolución de Mesoamérica, en última instancia la inspiración de muchas creaciones atribuidas a los toltecas tuvo raíces bastante más antiguas y profundas. En este sentido cabe repetir que no pocas de las exaltaciones de la *toltecáyotl* abarcaron de hecho, aun cuando sea inconscientemente, formas de cultura cuyo origen ha de situarse en el periodo clásico y por tanto, debidas a los teotihuacanos.

Pero a la vez este reconocimiento no implica minusvaluar lo que fue en realidad adquisición y logro de los tolteca-chichimecas, descendientes, enriquecidos ya culturalmente, de los grupos que habían tenido como caudillo a Mixcóatl. Por tanto, obligado es reexaminar hasta dónde es posible tanto lo que fue herencia más antigua, desde el periodo clásico, como también lo que significó la aportación propia de quienes tuvieron por metrópoli a Tula-Xicocotitlan. Sólo así podrá comprenderse más adecuadamente lo que, en resumidas cuentas, significó la *toltecáyotl*. Con este criterio parece conveniente dar información complementaria sobre lo que se conoce por la arqueología acerca de la ciudad de Tula, y asimismo de la prepotencia cultural y la expansión política que la misma llegó a alcanzar.

*La zona arqueológica de Tula fuera del conjunto
de sus monumentos principales*

Contrarrestando la impresión que a veces se tiene de que Tula-Xicocotitlan fue un centro relativamente pequeño, existen no pocos indicios —montículos hasta ahora no explorados y restos de otras construcciones— de los que es necesario tomar nota para lograr una apreciación más justa. Con este propósito describiremos brevemente algo de lo que ya se conoce aparte del núcleo de edificaciones asociadas a la plaza central y a la plazoleta norte.

Al suroeste de la zona arqueológica se sitúan los vestigios del que llamó “palacio tolteca” el investigador francés Désiré Charnay, que rea-

lizó allí algunos trabajos hacia 1880. Al norte, también algo apartado, existe otro edificio de características muy especiales, conocido generalmente con el nombre de monumento de “El Corral”. Su planta comprende una construcción circular en el centro, con otras dos rectangulares al este y al oeste. Como han señalado algunos arqueólogos, tal tipo de edificación recuerda hasta cierto punto la de las *yácatas* o templos indígenas de la zona de Michoacán. El cuerpo central denota, en su forma circular, haber estado consagrado a Quetzalcóatl en su advocación de Ehécatl o dios del viento. Un pequeño altar adosado ostenta otro interesante bajo relieve en el que asimismo pueden verse procesiones de guerreros, cráneos y tibias humanas, así como serpientes emplumadas. Al nordeste de esta edificación principal de “El Corral” hay asimismo vestigios de habitaciones, probablemente restos de lo que cabe suponer fue un palacio.

En la zona arqueológica de Tula pueden verse además otros muchos montículos que hasta ahora no han sido objeto de investigación sistemática. Su existencia lleva a reconocer que, durante los días de su esplendor, fue éste un centro más amplio de lo que generalmente se supone. Allí debió de haber vivido una población de varios miles de habitantes. Además del supremo gobernante, la nobleza, los funcionarios, los jefes de los guerreros, los sacerdotes, los artífices y artesanos, había también conglomerados de gente del pueblo, antecesores de los que, en etapas posteriores, se conocieron como *macehualtin*.

Expansión y logros de la cultura tolteca

La arqueología y algunos testimonios históricos permiten afirmar que durante el florecimiento de Tula-Xicocotitlan la alta cultura mesoamericana alcanzó su mayor expansión, ensanchadas por el norte las fronteras de la civilización mesoamericana. De un modo o de otro, la influencia tolteca se dejó entonces sentir hasta el río Soto la Marina, en Tamaulipas, hasta la región de La Quemada, en Zacatecas, y por el rumbo del río Fuerte, en Sinaloa. Más tarde, como habremos de verlo, cuando ocurrió la ruina de Tula y la dispersión de los toltecas, su influjo llegó a ámbitos, también muy apartados, del centro, el sur y el sureste mesoamericanos.

Como atinadamente señala el investigador Wigberto Jiménez Moreno

desde el punto de vista arqueológico, el criterio de lo tolteca lo dan los monumentos de Chichén-Itzá porque allí es fácil distinguir los ele-

mentos toltecas extraños, adventicios, de la cultura maya preexistente. Ahora bien, si uno compara estos elementos extraños, que las fuentes mayas atribuyen a los toltecas, con elementos similares en la región del centro de México, encuentra inmediatas semejanzas con la Tula del estado de Hidalgo.

Entre estos elementos, creaciones características de los seguidores de *Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl*, pueden mencionarse los siguientes: una arquitectura de grandes conjuntos, en la que los detalles reciben con frecuencia atención secundaria. Asimismo la concepción de los vestíbulos o pórticos sostenidos por hileras de columnas y las amplias salas, erigidas al parecer con fines de carácter ceremonial. En la escultura pueden mencionarse las siguientes formas principales: columnas de serpientes con la cabeza en el suelo y el extremo del cuerpo hacia arriba, columnas de grandes proporciones a modo de cariátides, anillos de juego de pelota, *Chac Mooles* y portaestandartes. En lo que toca a los bajos relieves, muchas veces policromados, deben recordarse los que aparecen en múltiples frisos: procesiones de guerreros, representaciones de serpientes emplumadas en asociación con figuras humanas de *Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl*, que aparece teniendo como fondo una serpiente emplumada, águilas devorando corazones, figuras de tigres y coyotes.

La cerámica tolteca muestra, por una parte, relación con Teotihuacan en las producciones designadas como del tipo “Coyotlatelco”, en rojo sobre café. Por otra, deja ver una evolución propia en la que se conoce como “Mazapa” y de la que hay numerosos ejemplos: ollas con cuello hacia afuera, trípodes, platos, incensarios, sahumadores, braseros, pipas, comales, representaciones de deidades.

En lo que a éstas últimas se refiere, sus efigies en barro, así como los bajos relieves y esculturas en piedra, permiten esbozar el elenco de los principales integrantes del panteón venerado por los toltecas. Lugar de suma importancia ocupaba el dios Quetzalcóatl, representado de múltiples formas, como serpiente emplumada, como hombre-pájaro-serpiente, como dios del viento y como estrella de la mañana. El fomentador de la agricultura, señor de la lluvia, Tláloc, era también objeto de especial adoración, y otro tanto puede decirse de Cintéotl, deidad del maíz, Itzpapálotl, la diosa de origen chichimeca, “Mariposa de obsidiana”, Tonatiuh, “el Sol”, así como el dios viejo, señor del fuego, Huehuetéotl.

Por lo demás, como insistentemente lo repiten códices y tradiciones, figura central en el florecimiento tolteca fue la del tantas veces mencionado sabio sacerdote y héroe cultural, nacido en la fecha calendárica

1-Caña, Nuestro Príncipe, Quetzalcóatl. Al ocuparnos más directamente de él, veremos cómo su pensamiento y actuación fueron símbolo y raíz de la *toltecáyotl*. Confundido en ocasiones con la deidad de igual nombre, aparece otras veces como personaje distintivo, vástago portentosamente concebido por Chimalman y de algún modo descendiente también del caudillo Mixcóatl. Quetzalcóatl penitente, consagrado a la meditación, descubridor de maravillas, hacedor de portentos y escudriñador de las realidades divinas, que a la postre tuvo que marcharse rumbo hacia el oriente, volverá a ser mencionado en los textos indígenas por sus legendarias actuaciones en diversos lugares, en el área maya y en otras apartadas regiones. Finalmente, la creencia en su anunciado retorno, lejos de desvanecerse, sobrevivió varios siglos después de la ruina de Tula, hasta los tiempos de la conquista española.

Algunos estudiosos han pretendido establecer relación entre las fechas de los cómputos indígenas, dadas por los antiguos textos al tratar de la vida de Quetzalcóatl, y el calendario de origen europeo. Según esto, el sabio sacerdote debió de haber vivido a lo largo de buena parte del siglo X. Específicamente ha llegado a sostenerse, por ejemplo, que su muerte o desaparición ocurrió en otro año también 1-Caña, que correspondió al de 999. Las fuentes que relacionan su salida de Tula con la decadencia de dicha metrópoli no dejan por esto de hacer referencia y dar los nombres de quienes fueron tenidos como sucesores suyos en el gobierno de los toltecas. Se habla así de Matlacxóchitl, que reinó hasta el año 10-Conejo (1034); de Nauhyotzin, que vivió hasta 12-Casa (1049); de Matlacoatzin y de Tlicohuatzin, hasta llegar al año 9-Conejo (1098). Es precisamente entonces cuando entra en escena la figura de Huémac, durante cuyo reinado tuvo lugar el colapso definitivo de Tula-Xicocotitlan.

Los testimonios acerca de Huémac y de la ruina de la metrópoli tolteca —fusión, una vez más, de historia y leyenda— serán objeto de nuestra atención más adelante. Sin embargo, antes, debemos tratar más detenidamente de lo que se ha llamado el gran complejo cultural, conjunto de enigmas, simbología de luz y misterio, en torno al sabio sacerdote y supremo gobernante Quetzalcóatl.

BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA J. R., "Interpretación de algunos de los datos obtenidos en Tula relativos a la época tolteca", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, México, 1956-1957, 2a. parte, t. XIV, p. 75-110.



Anales de Cuauhtitlán en Códice Chimalpopoca, de. fototípica y traducción de Primo Feliciano Velázquez, México, 1945.

JIMÉNEZ MORENO, Wigberto, "Tula y los toltecas según las fuentes históricas", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, México, 1941, t. V, p. 79-83.

LEÓN-PORTILLA, Miguel, *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, 3a. ed., México 1966.

PIÑA CHAN, Román, *Una visión del México prehispánico*, México, 1967.

SÉJOURNÉ, Laurette, "Tula, la supuesta capital de los toltecas, *Cuadernos Americanos*, México, 1954, año XII, núm. 1.

SODI, Demetrio, "Consideraciones sobre el origen de la Toltecáyotl", *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, 1962, v. III, p. 71-72.

3. QUETZALCÓATL

Oscuros son los orígenes del conjunto de símbolos, mitos e historias que dieron forma a la imagen y atributos de la figura primordial de Quetzalcóatl, concebida siempre en relación con el universo de las realidades sagradas. Desde los días de los cronistas hispanos hasta el presente, muchas han sido las hipótesis propuestas, dirigidas a elucidar los atributos de la deidad y a explicar la aparición del héroe cultural, el sacerdote sabio y benévolo, a quien se atribuye la invención de las artes y la grandeza de los antiguos tiempos toltecas. En el campo de la fantasía se llegó a pensar que el barbado señor Quetzalcóatl había sido un monje budista, un misionero cristiano y hasta un tardío vikingo llegado por obra de un naufragio a las costas de Anáhuac.

Mucho más interesante que las fantasías y las interpretaciones simplistas se presenta la realidad del complejo cultural, que comprende desde las más antiguas representaciones de la Serpiente emplumada hasta los relatos indígenas acerca de la vida y los portentos del sacerdote nacido en un día 1-Caña, Nuestro Príncipe Ce-Ácatl, Topiltzin, Quetzalcóatl. Por consiguiente, es necesario acercarse al exuberante mundo de la simbología arqueológica en las esculturas, en los murales y en la plástica prehispánica en general y al de los mitos y leyendas, en los códices y documentos indígenas, principalmente en náhuatl, maya, quiché y cakchiquel, si se quieren vislumbrar al menos algunas de las significaciones que tuvo para el hombre prehispánico el que cabe llamar enigma de Quetzalcóatl. Así quizás alcanzarán a entreverse los

posibles sentidos de un simbolismo que, por ser profundamente humano, tiene resonancias de validez universal.

Quetzalcóatl, enjambre de símbolos

Comencemos por recordar los rasgos, elementos y atributos que, gracias a la arqueología y a las fuentes escritas, encontramos estrechamente relacionados con Quetzalcóatl. Como su nombre indica, símbolo primordial suyo es la serpiente, *cóatl*, de cuyo cuerpo nacen plumas preciosas, como las que tiene el ave quetzal. Quizá como un primer antecedente de lo que llegará a ser el gran complejo que tiene por centro a la Serpiente emplumada aparecen las representaciones de la misma y de otros ofidios fantásticos, desde los orígenes del florecimiento hacia una cultura superior de las principales zonas que integran el ámbito mesoamericano.

Ya en el país de los olmecas, entre Veracruz y Tabasco, antes de la era cristiana, se encuentra esculpida en más de una ocasión la imagen de la serpiente al lado de otras figuras de probable significación religiosa. En la zona maya, también desde los tiempos clásicos, hay no pocos bajos relieves y esculturas con diversas formas de serpientes, algunas de ellas emplumadas, las cuales, aunque connotan diversas categorías de deidades y elementos cósmicos, a la vez confirman la antigua presencia de una simbología que es afín. Y casi parece superfluo decirlo, es en la Ciudad de los Dioses, en Teotihuacan, donde la maestría del arte clásico ofrece los más conocidos ejemplos, algunos extraordinarios, como los de la llamada pirámide de Quetzalcóatl. Allí, lo mismo que posteriormente en otros lugares del altiplano central, como Cholula, Xochicalco y Tula, se plasman y enriquecen los símbolos que integran el enjambre de atributos ligados a la imagen de la serpiente.

En Teotihuacan comienza a hacerse visible la relación que existirá entre ella y la deidad de rasgos felinos, el omnipresente señor de la lluvia, designado por los nahuas con el nombre de Tláloc. También allí se insinúa la asociación de Quetzalcóatl con la región de las aguas divinas e inmensas que hay en el oriente, el país de la luz. De ello dan prueba los caracoles y conchas marinas que, juntamente con la efigie de Tláloc, acompañan a la Serpiente emplumada. Verosíblemente se halla también aquí la raíz de la ulterior relación con el Señor de la casa del alba, el dios Tlahuizcalpantecuhtli, origen de su vinculación con la *Huey citlalín*, el planeta Venus, como estrella de la mañana.

Los códices o libros de pinturas de etapas más tardías confirman estas relaciones y las enriquecen con nuevos elementos y atributos. El mismo señor barbado que, junto con la Serpiente emplumada, aparece ya en vasijas teotihuacanas, también se presenta en varios libros indígenas, como los códices *Borgia* y *Laud*, donde ostenta los mismos atributos de Tláloc, dios de la lluvia, o los de Ehécatl, el Señor del viento, que barre los caminos de las aguas celestes e insufla la vida. El es asimismo guía de quienes emprenden grandes jornadas, como los comerciantes, y así se le invoca con el título de Yacatecuhtli, el “señor de la nariz o la punta”.

Como otras deidades del México antiguo, Quetzalcóatl aparece frecuentemente con rasgos que denotan que su realidad es una y dual a la vez. Su doble o *nahual*, una especie de *alter ego*, es la sombría y monstruosa deidad que se conoce con el nombre de Xólotl. Como tal, tiene atributos que lo ligan a veces con la estrella de la tarde y con las realidades misteriosas de la región de los muertos. Pero el gran complejo de símbolos que giran alrededor de Quetzalcóatl es todavía más amplio. En varias leyendas y representaciones plásticas lo encontramos como personaje que actúa en el contexto de los mitos de los orígenes cósmicos y del existir primordial. Unas veces se dice de él que es uno de los cuatro hijos del supremo dios Ometéotl, el Señor dual por excelencia; otras se le llega a identificar con esta misma deidad y se afirma de él, valiéndose de un juego de palabras, que, en cuanto *cóatl*, no sólo es serpiente, sino también *cuate* o mellizo divino, al que hay que atribuir la realidad preciosa que simbolizan las plumas de quetzal.

También dentro del tema de sus actuaciones cósmicas se afirma que él ha presidido y creado algunas de las edades que han existido, las llamadas “soles” por los antiguos mexicanos. De estas remotas épocas, cuando ocurrieron en alternante sucesión los nacimientos y las destrucciones de la realidad visible, datan las pugnas de Quetzalcóatl con su eterno rival, el Señor del espejo humeante, el dios Tezcatlipoca. Quetzalcóatl está asimismo presente y actúa en la creación del quinto sol, el último de la serie, el que tuvo su mítico principio en Teotihuacan. Igualmente se debe a él la más reciente restauración de los seres humanos, ya que él descendió a la región de los muertos en busca de los huesos preciosos sobre los que había de sangrarse para hacer posible una nueva forma de vida en la tierra. El robo del maíz, el alimento por antonomasia de los mortales, habría de lograrse también gracias a Quetzalcóatl, que, en connivencia con la deidad de la lluvia, lo arrebató a las hormigas que lo tenían escondido en el “Monte de nuestro sustento”.

Quetzalcóatl es deidad de múltiples rostros que reflejan, por encima de todo, sabiduría extraordinaria e inclinación constante de favorecer a los seres humanos. Sus actuaciones en el mundo de los dioses no tienen número. Las que se han recordado son únicamente las más conocidas y principales. Otras muchas podrían mencionarse, como aquellas en que aparece como inventor del calendario y como deidad que preside diversos periodos de tiempo, algunos de ellos tan grandes como las edades cósmicas y otros más restringidos a lo largo de las cuentas del año y de los días.

Compleja era sin duda la naturaleza de Quetzalcóatl en el pensamiento teológico de los sabios del México antiguo. Pero los misterios que circundan al dios que tuvo por símbolo a la Serpiente emplumada se acrecientan más, todavía, al recordar la variada serie de mitos y leyendas acerca del personaje del que se afirma vivió en la metrópoli de los antiguos toltecas y tuvo por nombre el de Ce-Ácatl, Topiltzin, Quetzalcóatl, el de la fecha calendárica 1-Caña, Nuestro Príncipe, Quetzalcóatl. Héroe cultural, sabio entre los sabios, a él se atribuye en los antiguos textos la invención de las artes, elevadas doctrinas religiosas y todo lo grande y lo bueno: aquello que llegó a connotar en resumen la voz *toltecáyotl*, la toltequidad, el conjunto de las creaciones de los toltecas.

¿Son uno en el fondo la deidad dueña de los múltiples atributos y el gran sacerdote sabio y benévolo, verdadero héroe cultural para la conciencia indígena? ¿Qué explicación cabe dar a mitos como el que refiere la desaparición final de Quetzalcóatl y su transformación en la estrella del alba? ¿Cómo pueden entenderse las afirmaciones en textos indígenas provenientes de diversas regiones del altiplano central y de la zona maya acerca de la presencia del mismo héroe cultural en tiempos y lugares muy distantes entre sí? Estas preguntas y otras que podrían proponerse son reflejo del cúmulo de oscuridades que dan origen al llamado enigma de Quetzalcóatl. A lo largo de los años, y aun de los siglos, han surgido variadas respuestas, muchas de ellas fruto de fantasías, pero también algunas ofrecidas por investigadores de la religión prehispánica y en particular de este complejo cultural. Entre los mejores acercamientos recordaremos aquí el de Eduard Seler, profundo conocedor de las antigüedades mexicanas, para quien el tema de Quetzalcóatl constituye el mito principal de los pueblos mesoamericanos. Laurette Séjourné, en un trabajo reciente, busca la comprensión del “universo de Quetzalcóatl” desde el punto de vista de una interpretación de la simbología religiosa, para encontrar un conjunto unitario de lucubraciones que, a su juicio, parecen reflejo de un

pensamiento casi mítico. Con un enforque más fáctico, César A. Sáenz ha precisado elementos y rasgos diversos en la multiplicidad de atribuciones de la deidad y del héroe cultural.

Aquí, sin pronunciarnos por una de estas formas de interpretación y análisis, preferimos dejar hablar a los antiguos documentos indígenas, religando así nuestra búsqueda de la imagen de Quetzalcóatl con lo que acerca de ella llegaron a expresar los sabios y los artistas del México anterior a la Conquista. Entre otros textos acudimos a los que se conservan en el *Códice Matritense*, en los *Anales de Cuauhtitlán*, en la *Historia Tolteca-Chichimeca*, en las *Colecciones de cantares prehispánicos* y en los *Huehuetlahtolli* o discursos de los ancianos. Tomamos igualmente en cuenta la simbología y las diversas connotaciones expresadas en códices como el *Borgia*, el *Borbónico*, el *Vindobonense*, los conocidos como *Vaticano A* y *B* y otros más. Esto, como ya dijimos, sin dejar de tener presente siempre el mundo de testimonios que ofrecen los otros descubrimientos de la arqueología.

El dios Quetzalcóatl en los textos indígenas

Comencemos por aducir un texto proveniente del *Codice Matritense* en el que, al hablar de los toltecas, se proclama la supremacía divina de Quetzalcóatl y simultáneamente se establece la distinción entre él y el sacerdote que ha sido guía del pueblo, el sabio que ha lucubrado sobre los misterios de la divinidad y conoce las formas del culto que es menester practicar:

*Eran cuidadosos de las cosas de dios;
sólo un dios tenían;
lo tenían por único dios;
lo invocaban,
le hacían súplicas:
su nombre era Quetzalcóatl.
Y eran tan respetuosos de las cosas de dios,
que todo lo que les decía el sacerdote
Quetzalcóatl
lo cumplían, no lo deformaban.
El les decía, les inculcaba:
—Ese dios único,
Quetzalcóatl es su nombre.*

*Nada exige,
sino serpientes, sino mariposas,
que vosotros debéis ofrecerle,
que vosotros debéis sacrificarle.
(Códice Matritense de la Academia de la Historia).*

Aunque a veces las figuras del sacerdote y del dios parecen confundirse en una sola realidad, el texto citado nos muestra que el pensamiento indígena concibió también la diferenciación de dos seres distintos: el de la deidad de los múltiples atributos y el del sabio, que mejor que nadie se ha acercado a ella y tal vez por eso mismo es el héroe cultural por excelencia, nuestro príncipe y señor Quetzalcóatl, cuyo signo es la fecha 1-Caña. Esta distinción, por encima de oscuridades, aparecerá al menos implícitamente en buena parte del caudal de testimonios indígenas conservados.

Así encontramos los textos que manifiestamente se refieren al personaje cuya realidad pertenece al mundo de los dioses y también aquellos que de manera diferente hablan del sacerdote que lleva igual título y que, si bien ha tenido una existencia portentosa, nació y vivió entre los seres humanos.

Múltiples son las descripciones que dejaron los antiguos sabios acerca de la naturaleza y atributos de Quetzalcóatl concebido como un dios. En plena concordancia con las representaciones plásticas de los códices y de los hallazgos arqueológicos, el ser divino de Quetzalcóatl se menciona unas veces relacionado y aun identificado con el supremo dios dual y otras con distintas deidades; entre ellas, principalmente, Tláloc, el señor de la lluvia, y Ehécatl, el numen del viento. De los memoriales indígenas que se incluyen en el denominado *Códice Matritense* tomamos esta primera imagen del dios Quetzalcóatl, en la que se hace alusión a no pocos rasgos de su compleja realidad:

*Atavíos de Quetzalcóatl:
tiene puesto en la cabeza
un gorro cónico
hecho de piel de tigre.
Lleva rayas negras en todo su cuerpo;
suyos son los atavíos propios del viento;
envuelto en varios ropajes,
tiene orejeras de oro torcidas en espiral;
un collar de oro en forma de caracoles marinos.*

*Lleva a cuestras su adorno de plumas de guacamaya;
un ropaje de orilla roja ciñe sus caderas;
en sus piernas hay campanillas
atadas con piel de tigre.
Blancas son sus sandalias.
Su escudo tiene la joya de la espiral del viento.
En una mano está su bastón de medio codo.
(Códice Matritense del Palacio Real).*

El dios que tiene por propios los atavíos del viento, los caracoles marinos y las plumas de guacamaya ostenta asimismo en su característico gorro cónico la piel del ocelote que parece evocación de Tláloc, que tuvo, desde tiempos antiguos, rasgos felinos. Entre los varios textos que nos confirman esto mismo, así como la identificación de Quetzalcóatl con el viento, está el que sigue, tomado también del *Códice Matritense*.

*Así se llamaba, así lo invocaban: Quetzalcóatl.
Viene de los cuatro rumbos del mundo;
llega de los cuatro grandes sectores.
En primer lugar viene de allá,
de donde sale el sol,
de donde se dice lugar de Tláloc.
A este viento que de allá viene
lo nombran Tlalocáyotl,
esencia y fuerza de Tláloc...
(Códice Matritense del Palacio Real).*

Significativo es también un hecho, recogido en el mismo códice al hablar de las celebraciones que tenían lugar con motivo de la fiesta del fuego nuevo. Describe los atavíos de los sacerdotes que actuaban como representantes de diversas deidades, y afirma, al reiterar la antigua vinculación, que entre ellos había algunos que indistintamente podían asumir el papel de Quetzalcóatl o de Tláloc:

*Se ponían en orden todos,
los sacerdotes que hacen la ofrenda de fuego
van muy ataviados;
se han puesto las vestiduras de los dioses.
Cada uno representa a uno de ellos.*

*Algunos podían personificar
bien sea a Quetzalcóatl o a Tláloc...
(Códice Matritense del Palacio Real).*

Pero sin duda la más importante de todas las manifestaciones que se hacen acerca de Quetzalcóatl es aquella que lo relaciona definitivamente con la suprema divinidad dual, adorada y conocida bajo múltiples títulos. Las palabras de un *huehuehtlahtolli*, discurso de los ancianos, dirigidas al recién nacido a modo de imprecación, constituyen uno de los varios ejemplos que podrían citarse:

*Te has fatigado, te has afanado;
fuiste forjado en el lugar de la dualidad,
más allá de los nueve travesaños celestes.
Te forjó, te labró, tu Madre, tu Padre,
el Señor y la Señora de la dualidad
que ciertamente es el mismo
que el Señor Nuestro Quetzalcóatl...
(Códice Florentino).*

Corroborar esta idea, en la misma colección de antiguos discursos, la atribución a Quetzalcóatl del título de *teyocoyani*, inventor de los seres humanos:

*Así es en verdad;
fue por merecimiento del señor Quetzalcóatl,
el inventor de los hombres,
el hacedor de los seres humanos...
que es Señor y Señora de la dualidad.
Así se transmitió la palabra...
(Códice Florentino).*

Ya en las antiguas edades cósmicas había ejercido Quetzalcóatl esta función de hacedor de los seres humanos. Así, según el texto de los *Anales de Cuauhtitlán*, se le atribuye esta forma de actividad creadora, al tiempo mismo de la aparición de la primera edad y sol que han existido:

*Dicen que a los primeros hombres
su dios los hizo,*



*los forjó de ceniza.
Esto lo atribuían a Quetzalcóatl,
cuyo signo es 7-Viento;
él los hizo, él los inventó.
El primer sol que fue cimentado,
su signo fue 4-Agua...
(Anales de Cuauhtitlán).*

Y en el segundo de los soles o edades que, de acuerdo con varias fuentes, tuvo por signo el día 4-Viento, encontramos nuevamente a Quetzalcóatl rigiendo la realidad del universo hasta el momento en que su siempre activo rival Tezcatlipoca inicia una de las primeras luchas cosmogónicas de las que hablan los mitos nahuas. Nos dice la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*:

Duró Quetzalcóatl siendo sol otras trece veces cincuenta y dos, que son seiscientos y setenta y seis años, los cuales acabados, Tezcatlipoca, por ser dios, se hacía tigre, como los otros sus hermanos lo querían. Y así andaba hecho tigre y dio una coz a Quetzalcóatl, [con la] que lo derribó y quitó de ser sol...

Pero una vez más en la siguiente edad, en el sol presidido por el signo 4-Lluvia, encontramos a la deidad de la Serpiente emplumada que realiza portentos para influir en el destino de quienes en ella habrían de existir. Veamos lo que dice la misma *Historia de los mexicanos por sus pinturas*:

Pasados estos años, Quetzalcóatl llovió fuego del cielo y quitó que no fuese el sol a Tlalocatecli y puso por sol a su mujer (la de éste) Chalchihuetlicue, la cual fue sol seis veces cincuenta y dos años, que son trescientos y doce...

Recreados y también destruidos por tercera y cuarta vez consecutivas el sol y la tierra, al referirse los mitos a la última edad de la serie, la de los tiempos presentes, la que lleva el nombre de *Nahui Ollin*, 4-Movimiento, indefectiblemente repiten que éste fue el sol por antonomasia del señor Quetzalcóatl. Entre otras cosas, en el relato de los orígenes en el que se describe la hoguera cósmica encendida entonces por los dioses en Teotihuacan, aparece Quetzalcóatl como la figura más importante del mito. Bajo la advocación de Nanahuatzin, el penitente señor de las llagas, es Quetzalcóatl mismo quien en realidad se arroja en la hoguera y se transforma en el sol. A él se atribuye igualmente la

predicción de que el hacedor de los días y el calor, el astro que ilumina las cosas, habría de aparecer por el rumbo del oriente.

También es él quien con rostro y figura de Ehécatl, señor del viento, propicia el sacrificio de los dioses para hacer posible que el sol continúe su camino y quede establecido, al fin, lo que hoy llamaríamos el orden cósmico de la nueva edad.

Más tarde, en el conciliábulo de los dioses que deliberan sobre la manera como ha de restaurarse la vida humana en la tierra, será Quetzalcóatl el escogido para realizar los portentos que culminarán con la nueva aparición de los hombres. El dios sabio y benévolo emprende el viaje al *Mictlan*, la región de los muertos, en busca de los huesos preciosos que allí se conservan y que servirán para la formación de los humanos. El texto del mito que aquí ofrecemos figura ciertamente entre los más bellos poemas dejados por los antiguos mexicanos.

Y luego fue Quetzalcóatl al Mictlan. Se acercó a Mictlantecuhtli y a Mictlancíhuatl y en seguida les dijo:

Vengo en busca de los huesos preciosos que tú guardas, vengo a tomarlos.

Y le dijo Mictlantecuhtli: ¿Qué harás con ellos, Quetzalcóatl?

Y una vez más dijo (Quetzalcóatl): Los dioses se preocupan por que alguien viva en la tierra.

Y respondió Mictlantecuhtli: Está bien, haz sonar el caracol y da vueltas cuatro veces alrededor de mi círculo precioso.

Pero su caracol no tiene agujeros; llama entonces Quetzalcóatl a los gusanos; éstos le hicieron los agujeros y luego entran allí los abejones y las abejas y lo hacen sonar.

Al oírlo, Mictlantecuhtli dice de nuevo: Está bien, tómalos.

Pero, dice Mictlantecuhtli a sus servidores: ¡Gente del Mictlan! Dioses, decid a Quetzalcóatl que los tiene que dejar.

Quetzalcóatl repuso. Pues no, de una vez me apodero de ellos.

Y dijo a su nahual: Ve a decirles que vendré a dejarlos.

Y éste dijo a voces: Vendré a dejarlos.

Pero luego subió, cogió los huesos preciosos: estaban juntos de un lado los huesos de hombre y juntos de otro lado los de mujer y los tomó e hizo con ellos un ato Quetzalcóatl.

Y una vez más Mictlantecuhtli dijo a sus servidores: Dioses, ¿de veras se lleva Quetzalcóatl los huesos preciosos? Dioses, id a hacer un hoyo.

Luego fueron a hacerlo y Quetzalcóatl se cayó en el hoyo, se tropezó y lo espantaron las codornices. Cayó muerto y se esparcieron allí los huesos preciosos que mordieron y royeron las codornices.

Resucita después Quetzalcóatl, se aflige y dice a su nahual: ¿Qué haré, nahual mío?

Y éste le respondió: Puesto que la cosa salió mal, que resulte como sea.

Recoge los huesos, los junta, hace un lío con ellos, que luego llevó a Tamoanchan.

Y tan pronto llegó, la que se llama Quilaztli, que es Cihuacóatl, los molió y los puso después en un barreño precioso.

Quetzalcóatl sobre él se sangró su miembro. Y en seguida hicieron penitencia los dioses que se han nombrado: Apantecuhtli, Huictlolinqui, Tepanquizqui, Tlallamánac, Tzontémoc y el sexto de ellos Quetzalcóatl.

Y dijeron: Han nacido, oh dioses, los macehuales (los merecidos por la penitencia). Porque por nosotros hicieron penitencia los dioses.

(Leyenda de los soles).

Restaurados los macehuales, fue necesario proporcionarles un alimento para que vivieran. Quetzalcóatl acomete entonces la empresa de redescubrir para ellos el maíz, “nuestro sustento”. Haciéndose en contradicho con la hormiga negra que lo tenía escondido, Quetzalcóatl la acosa a preguntas hasta que la hormiga se rinde y lo guía hasta el Tonacatépetl, el Monte de nuestro sustento. Llegados allá, el Señor de la Serpiente emplumada obtiene el maíz para los hombres y los dioses, ya que las mismas deidades, al enterarse del hallazgo, prueban también las semillas desgranadas. Después Quetzalcóatl pone maíz en los labios de los primeros hombres, Oxomoco y Cipactónal, para que, comiéndolo, como dice el texto, “se hicieran fuertes”.

Rico, más allá de lo que pudiera sospecharse, es el ciclo de los mitos acerca del dios Quetzalcóatl en sus múltiples aspectos y advocaciones. Pero como ya hemos dicho, paralelamente a los relatos que sin lugar a duda lo vinculan con la suprema deidad creadora desde los orígenes cósmicos, existe asimismo la serie de textos, no ya sólo en náhuatl, sino también en varios idiomas de la familia maya, en los que se habla del héroe cultural, el sacerdote Ce-Ácatl Topiltzin, Quetzalcóatl. Aunque no puede negarse que en ocasiones parecen confundirse o aunarse la deidad y el sacerdote obrador de prodigios, ya hemos visto también que hay textos en los que la diferenciación es manifiesta para la conciencia indígena. Claramente se percibe esto en el fragmento del *Códice Matritense* que hemos citado y en el que, después de hablar de la deidad Quetzalcóatl, se afirma que “el guardián de este dios, su sacerdote, su nombre era también Quetzalcóatl...”

De lo mucho que llegaron a decir los antiguos sabios acerca de este héroe cultural intentaremos aquí una breve recordación. A través de

ella podrá quizá revivirse la imagen de aquel que, dedicado a la meditación religiosa y a la creación cultural, es símbolo del más elevado espiritualismo en el ámbito de la América precolombina.

El sacerdote Ce-Ácatl Topiltzin, Quetzalcóatl en los textos indígenas

*Año 1-Caña,
se dice, se refiere
que en él nació Quetzalcóatl,
el que se llamó Nuestro Príncipe,
el sacerdote 1-Caña Quetzalcóatl.
Se dice que su madre fue
la llamada Chimalman.
Y así se refiere
cómo se colocó Quetzalcóatl
en el seno de su madre:
ésta se tragó una piedra preciosa...
(Anales de Cuauhtitlán).*

Al relato de la portentosa concepción del sacerdote parece contraponer el texto indígena las preocupaciones de Quetzalcóatl-niño, ansioso por saber quién había sido su padre.

Es verdad que en algunos textos se dice que había sido hijo de Mixcóatl, el caudillo de los chichimecas procedentes del norte. Sin embargo, no es menos insistente la afirmación del prodigioso origen de Quetzalcóatl, idea que habrá de repetirse a propósito de Huitzilopochtli, concebido por la diosa Coatlicue al caer en el seno de ésta un copo de plumas finas. De cualquier modo, la aparición de quien llegaría a ser sabio entre los sabios está rodeada de oscuridades. El historiador indígena Chimalpahin niega en una ocasión que Quetzalcóatl hubiera nacido en Tula y dice que sólo había ocurrido un nuevo retorno de él para hacerse presente entre los toltecas.

Como corrigiéndose a sí mismo, al tratar de narrar los orígenes de “Nuestro príncipe”, escribe:

*Entonces nació
Nuestro príncipe Acxítl, Quetzalcóatl,
allá en Tula.
Pero en verdad no nació,
porque sólo había regresado*



*para venir a manifestarse allí.
De dónde regresó,
no se sabe a punto fijo,
como lo refieren los ancianos...
(Chimalpahin, Memorial breve acerca
de la fundación de Culhuacán).*

Si Quetzalcóatl no nació en Tula, sino que únicamente ha regresado a ella; si no se sabe a punto fijo de donde ha venido, fuerza es admitir que se acrecienta el enigma que envuelve su origen como héroe cultural. Al final de sus días, Quetzalcóatl desaparecerá cuando abandone la metrópoli tolteca para ir en pos de la tierra del color negro y rojo. Los textos en lenguas del mundo maya hablan de sus nuevas llegadas a apartadas regiones de Yucatán, Chiapas y Guatemala. Allí también será él gran señor, juez supremo de todos los señoríos, quien transmitirá las insignias del mando, el arte de las pinturas y las nuevas formas de culto. Al leer estas crónicas nace la inclinación a pensar que uno de los rasgos característicos del héroe cultural es precisamente que su vida supone una serie de manifestaciones, desapariciones y retornos. En pleno siglo XVI el mundo azteca seguiría aguardando el último retorno de Quetzalcóatl. Así parece explicarse la trágica confusión que movió a los aztecas a pensar que Hernán Cortés era el gran sacerdote que regresaba.

La idea de las presencias y ausencias de las manifestaciones y los retornos de Quetzalcóatl da entrada a preguntas como éstas: ¿se trata de manifestaciones que suponen la identificación del sacerdote con la antigua deidad de la Serpiente emplumada? ¿Sería mera fantasía interpretar estos retornos como reencarnaciones o apariciones sucesivas de un héroe cultural que casi llega a hacerse omnipresente en el ámbito del México antiguo? ¿Fueron varios los sabios y sacerdotes que sucesivamente hicieron suyo el título de Quetzalcóatl para expresar su decidida vinculación con un mundo de antiguas creencias y prácticas religiosas?

Al abrir la puerta a posibles intentos de respuesta, concentraremos aquí la atención en aquello que nos dicen los códices y otros documentos acerca del espiritualismo introducido por Ce-Ácatl Topiltzin en el contexto de la cultura náhuatl. Volviendo al testimonio de los *Anales de Cuauhtitlán* encontramos que, siendo todavía joven, Quetzalcóatl marchó a la región de Tulancingo para dedicarse allí cuatro años a la meditación y la penitencia:



*Año 1-Conejo,
entonces llegó Quetzalcóatl
allá a Tulancingo.
Allí pasó cuatro años;
hizo su casa de penitencia,
su casa de travesaños verdes.
Allá vino a salir por Cuextlan;
por ese lugar atravesó un río;
hizo para ello un puente.
Se dice que todavía existe...
En este año fueron a tomar los toltecas a Quetzalcóatl
para que los gobernara
allá en Tula.
Y fuera también su sacerdote...*

(Anales de Cuauhtitlán).

El escogido por los toltecas habría de edificar en Tula cuatro grandes palacios orientados hacia los distintos rumbos del universo. Desde allí comenzaría a gobernar y a difundir el conocimiento de las distintas artes y de las doctrinas religiosas que él profesaba. Su pensamiento, como hoy podemos conocerlo, daba nuevo sentido a la antigua visión del mundo, preservada en la simbología y en varios mitos comunes a los distintos pueblos de Mesoamérica.

Según estos mitos, el mundo es una isla inmensa distribuida horizontalmente en cuatro grandes sectores o rumbos, más allá de los cuales sólo existen las aguas divinas. Estos cuatro rumbos convergen en el ombligo de la tierra e implican cada uno enjambres de símbolos. Lo que llamamos el oriente, es la región de la luz, de la fertilidad y la vida, simbolizadas por el color blanco; el norte es el cuadrante negro del universo, donde quedaron sepultados los muertos; en el poniente está la casa del sol, el país del color rojo; finalmente, el sur es la región de las sementeras, el rumbo del color azul. Verticalmente, el universo tiene una serie de pisos o divisiones superpuestas, encima de la tierra y debajo de ella. Arriba están los cielos, que juntándose con las aguas que rodean todas las regiones del mundo forman una especie de bóveda azul surcada de caminos por donde se mueven la luna, los astros, el sol, la estrella de la mañana y los cometas. Vienen luego los cielos de los varios colores y, por fin, el más allá metafísico: la región de los dioses.



Debajo de la tierra se encuentran los pisos inferiores, los caminos que deben cruzar los que mueren hasta llegar a lo más profundo, donde se encuentra el Mictlan, la región de los muertos.

Este universo, lleno de dioses y fuerzas invisibles, ha existido como realidad intermitente varias, veces consecutivas. A través de años sin número, las deidades creadoras, entre ellas de modo especial el dios Quetzalcóatl, han sostenido las grandes luchas cósmicas descritas en los mitos. Así han transcurrido las varias edades o soles. La época actual es la del sol de movimiento, que tuvo principio gracias, sobre todo, al mismo Señor de la Serpiente emplumada, allá en la hoguera divina encendida por los dioses en Teotihuacan.

El objeto de la reflexión y meditación del sacerdote de los toltecas giró en torno de esta imagen del mundo. La constante amenaza de nuevas destrucciones cósmicas, y la más inminente de la propia muerte personal, parecen haber incitado en el ánimo de Ce-Ácatl Topiltzin el apremio por encontrar lo que llamaríamos un urgente saber de salvación. De Quetzalcóatl se dice que en su meditación trataba de acercarse al misterio de la divinidad, *moteotía*, “buscaba un dios para sí”.

El principio supremo es Ometéotl, dios de la dualidad. Metafóricamente se le concibe con un rostro masculino: Ometecuhtli, Señor de la dualidad, y con una fisonomía al mismo tiempo femenina: Ome-cíhuatl, Señora de la dualidad. El es también Tloque Nahuaque, el Dueño de la cercanía y la proximidad, el que en todas partes ejerce su acción. El siguiente texto habla precisamente de la doctrina expresada por Quetzalcóatl. En él se mencionan además algunos de los tributos que creyó descubrir el sabio en la suprema divinidad dual:

*Y se refiere, se dice,
que Quetzalcóatl invocaba,
hacia dios para sí
a alguien que está en el interior del cielo.
Invocaba
a la del faldellín de estrellas,
al que hace lucir las cosas;
Señora de nuestra carne, Señor de nuestra carne.
La que se viste de negro,
el que se viste de rojo.
La que da estabilidad a la tierra,
el que es actividad en la misma.
Hacia allá dirigía sus voces,
así se sabía,*

*hacia el lugar de la dualidad;
el de los nueve travesaños,
con que consiste el cielo.
Y como se sabía,
invocaba a quien allí moraba,
le hacía súplicas,
viviendo en meditación y retiro.*

(Anales de Cuauhtitlán).

El pueblo tolteca comprendió la doctrina de Quetzalcóatl. Guiado por él, pudo relacionar la idea del dios dual con la antigua imagen del mundo y el destino del hombre en la tierra:

*Y sabían los toltecas que muchos son los cielos;
decían que son trece divisiones superpuestas.
Allí está,
allí vive el verdadero dios y su comparte.
El dios celestial se llama Señor de la dualidad
y su comparte se llama Señora de la dualidad, Señora celeste.
Quiere decir: sobre los cielos es rey, es señor.
De allí recibimos la vida
nosotros los macehuales (los hombres).
De allá cae nuestro destino,
cuanto es puesto,
cuando se escurre el niño.
De allá viene su ser y destino;
en su interior se mete:
lo manda el Señor de la dualidad...*

(Códice Matritense de la Academia de la Historia).

Quetzalcóatl insistía en la necesidad de acercarse a la divinidad para alcanzar lo más elevado de ella, su sabiduría. Así sería posible intentar la búsqueda del sentido del hombre en la tierra. Había que hacerse dueño de lo negro y lo rojo, las tintas que daban forma a los símbolos y a las pinturas de los códices. En el oriente, por el rumbo de la luz, más allá de las aguas inmensas, estaba precisamente el país del color negro y rojo, *Tlillan Tlapallan*, la morada del saber.

Marchando hacia esta casi metafísica región, podría tal vez superarse el mundo de lo transitorio, siempre amenazado por la muerte y la destrucción. Pero en tanto que podía llegarse al país de la luz, había que consagrarse en la tierra, imitando la sabiduría del dios dual, a la



creación de la *toltecáyotl*, el conjunto de las artes e instituciones de los toltecas. Precisamente la imagen que los sabios nahuas tuvieron de Quetzalcóatl implica el reconocimiento de lo que en este sentido fue la vida y la acción de Ce-Ácatl Topiltzin:

*Los toltecas eran sabios;
la toltecáyotl, el conjunto de sus artes,
su sabiduría,
todo procedía de Quetzalcóatl...
Los toltecas eran muy ricos,
eran muy felices,
nunca tenían pobreza o tristeza...
Los toltecas eran experimentados,
tenían por costumbre dialogar con su propio corazón...
Conocían experimentalmente las estrellas,
les dieron sus nombres.
Conocían su influjo,
sabían bien cómo marcha el cielo,
cómo da vueltas...
(Códice Matritense de la Academia de la Historia).*

Sin embargo, el cuadro maravilloso del mundo tolteca en el que todo era abundancia no llegó a confundirse con el más elevado ideal proclamado por el héroe cultural. La verdadera meta, la sabiduría, sólo podría alcanzarse con la superación de la realidad presente, en Tlillan Tlapallan. Por esto las colecciones de textos que hablan de la vida y obra de Quetzalcóatl culminan al describir su salida de Tula y su marcha definitiva a Tlillan Tlapallan. Tuvo que irse el sacerdote, forzado por hechiceros venidos de lejos, empeñados en introducir en la metrópoli tolteca el rito de los sacrificios humanos. Quetzalcóatl, hombre al fin, hubo de tener antes un momento de debilidad. Quebrantó su vida de abstinencia y castidad. Pero arrepentido luego, se irguió una vez más para reafirmar las ideas a las que había consagrado su existencia. Entregado ya totalmente a su propia concepción religiosa, decidió hacer realidad la búsqueda de la región de la luz:

*Se dice que cuando vivió allí Quetzalcóatl,
muchas veces los hechiceros quisieron engañarlo
para que hiciera sacrificios humanos,
para que sacrificara hombres.
Pero él nunca quiso, porque quería mucho a su pueblo,*

*que eran los toltecas...
Y se dice, se refiere,
que esto enojó a los magos;
así éstos empezaron a escarnecerlo,
a burlarse de él.
Decían los magos y hechiceros,
que querían afligir a Quetzalcóatl
para que éste al fin se fuera,
como en verdad sucedió.
En el año 1-Caña murió Quetzalcóatl:
se dice en verdad
que se fue a morir allá,
a la Tierra del color negro y rojo.
(Anales de Cuauhtitlán).*

Más que morir, Quetzalcóatl desapareció por las costas del Golfo. Se transformó en la estrella del alba nos refiere un mito; se embarcó en una balsa formada por serpientes afirma otra de las relaciones indígenas. Los textos en maya, quiché y cakchiquel son ahora los que hablan de él; es Kukulcan, Gucumatz, siempre con el mismo título de la Serpiente emplumada. El dios y el sacerdote, identificados a veces en el pensamiento indígena, continúan simbolizando el espiritualismo del México anterior a la Conquista. Cholula llega a ser el santuario por excelencia de Quetzalcóatl. En varios lugares de Yucatán y Centroamérica, y especialmente en Chichén-Itzá, se reproduce con mayor pujanza el esplendor de los símbolos de la antigua Tula. Bajo el título de Ehécatl, señor del viento y de la vida, se le consagra multitud de edificaciones sagradas. Entre otras, pueden recordarse los característicos templos redondos en Cempoala y Calixtlahuaca y aun dentro del gran recinto ceremonial de México-Tenochtitlan.

En la misma metrópoli de los aztecas, los dos supremos sacerdotes de la religión mexicana mantendrán hasta el fin el título de *Tótec Tlamacazqui Quetzalcóatl*, Ofrendador del fuego de nuestro Señor Quetzalcóatl. Paradigma de sabiduría debía ser entre los aztecas quien desempeñaba cargo tan elevado. Al hablar de su elección se afirma que:

Sólo se atendía a su género de vida..., a la pureza de su corazón, a su corazón bueno y humano, a su corazón firme... De él se decía que tenía a dios en su corazón, que era sabio en las cosas de dios... (*Códice Florentino*, libro III, cap. IX).



Y estas mismas gentes que, junto con el legado de Quetzalcóatl, habían aceptado también prácticas y sacrificios repudiados por el Señor de los toltecas, mantenían no obstante la esperanza y la fe en quien, según las antiguas tradiciones, habría de regresar un día para restaurar el esplendor y la pureza originales.

Así hablaban los viejos de tiempos antiguos —escribe el historiador Chimalpahin—, en verdad vive el mismo Quetzalcóatl, no ha muerto aún; una vez más habrá de volver, habrá de venir a reinar (*Memorial breve acerca de la fundación de Culhuacán*).

BIBLIOGRAFÍA

Anales de Cuauhtitlán y Leyenda de los soles en Códice Chimalpopoca, ed. fototípica y traducción de Primo Feliciano Velázquez, México, 1945.

Códice Borgia, ed. facsimilar con comentarios de Selser, México, 1963.

DURÁN, fray Diego, *Historia de las Indias de Nueva España y Islas de Tierra Firme*, 2 v. y Atlas, publicada por José Fernando Ramírez, México, 1867-1880.

Historia tolteca-chichimeca (Anales de Quauhtinchan), edición y traducción al alemán del texto náhuatl por K. Preuss y E. Mengin, Berlín, 1937-1938, Baessler Archiv, v. XXI, 1a. y 2a. partes.

LEÓN-PORTILLA, Miguel, *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, 3a. ed., México, 1966.

SÁENZ, C. A., *Quetzalcóatl*, México, 1961.

SAHAGÚN, fray Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España*, ed. preparada por Ángel María Garibay K., 4 v, México, 1956.

SÉJOURNÉ, Laurette, *El universo de Quetzalcóatl*, México, 1962.

4. RUINA Y DISPERSIÓN DE LOS TOLTECAS

Hemos tratado acerca de los orígenes de los grupos chichimecas acau-dillados por Mixcóatl. Vimos como sus descendientes, con el paso del tiempo, se transformaron en los célebres tolteca-chichimecas. Prestamos también particular atención, incluyendo la fundación de Tula-Xicocotitlan, a sus creaciones culturales. Al ocuparnos de esto último,

nos planteamos la problemática que existe en torno a la *toltecáyotl*, la toltequidad. Finalmente dedicamos capítulo especial a la figura de 1-Caña, Nuestro Príncipe, Quetzalcóatl, el sacerdote y héroe cultural de los toltecas, sobre el que tanto se ha lucubrado y acerca del cual mucho queda aún por esclarecer.

En nuestro estudio sobre esta primera etapa del periodo posclásico, en el que los tolteca-chichimecas desempeñaron papel de suma importancia, nos hemos fijado también en algunas de las interrelaciones culturales que tuvieron éstos con distintos grupos del altiplano central y de otras varias regiones de Mesoamérica. Más adelante, al tratar de la etapa posclásica en la gran zona maya y en el área de Oaxaca, las relaciones con la cultura tolteca volverán a hacérsenos presentes. Corresponde ahora dedicar la atención a lo que fue la etapa final de la ruina de Tula y la dispersión de sus antiguos pobladores.

Desde un principio puede decirse que el ocaso de los toltecas guarda paralelo con el que había tenido siglos antes la Ciudad de los Dioses, la metrópoli de los teotihuacanos. Sin duda hubo semejanzas entre los dos importantes centros, que fueron cabeceras de grandes estados, tuvieron extraordinario florecimiento, entraron luego en decadencia y terminaron abandonados. Mas, por encima de tales paralelismos, es difícil, si no imposible, adentrarse en ulteriores comparaciones acerca de las posibles causas de sus respectivos acabamientos. La razón de esto la tenemos en la carencia de fuentes escritas que hayan llegado hasta nosotros, capaces de ilustrar debidamente lo que fue la desintegración teotihuacana. En cambio, disponemos de cierto número de testimonios que se refieren específicamente a la ruina de Tula. No obstante esto último, tampoco puede afirmarse que el ocaso de Tula resulte de fácil comprensión. En realidad, las fuentes de que disponemos en este caso son fusión de lo histórico, lo legendario y lo mítico.

El problema de las dos decadencias de Tula

Según varios relatos indígenas, hacia fines del siglo X, 1-Caña, Nuestro Príncipe Quetzalcóatl se vio forzado a abandonar la metrópoli a cuyo florecimiento había consagrado su existencia. Precisamente, al hablar de esta partida de Quetzalcóatl con rumbo a la región del oriente, dichos textos insisten en que con tal acontecimiento se inició ya la decadencia de los toltecas.

Por otra parte —como lo vimos al ocuparnos de Tula-Xicocotitlan—, tras la desaparición de Quetzalcóatl hubo, al parecer, una se-



cuencia de gobernantes que mantuvieron, de un modo o de otro, la prepotencia de la antigua metrópoli durante casi una centuria, es decir, hasta fines del siglo XI. Es entonces cuando entra en escena la figura de Huémac, en cuyo reinado se va acentuando la decadencia, que al fin culmina con el definitivo colapso de Tula-Xicocotitlan y la dispersión de sus habitantes.

Varios investigadores se han planteado diversas cuestiones al percatarse de que en algunos de estos testimonios indígenas parece confundirse en ocasiones la decadencia que se inició cuando Quetzalcóatl partió de Tula y la que más tarde se dejó sentir cuando Huémac abandonó la ciudad y se estableció en Chapultepec, donde al fin pereció. Por nuestra parte reconocemos que la ya de por sí compleja problemática acerca de Quetzalcóatl se complica nuevamente al querer precisar sus posibles relaciones con quien fue asimismo gobernante supremo de los toltecas, o sea con Huémac. Sin embargo, creemos que, a pesar de oscuridades y aun confusiones en los antiguos relatos, la cuestión planteada tiene algunos visos de solución. En la respuesta que proponemos, hacemos nuestro el punto de vista expresado por el investigador Wigberto Jiménez Moreno. Se trata del reconocimiento de que efectivamente hay base para distinguir dos momentos distintos de decadencia, con dos formas, también diferentes, de abandono de la metrópoli por dos de sus respectivos gobernantes. Según esto, la primera decadencia tuvo lugar al tiempo de la partida de Quetzalcóatl, hacia fines de siglo X. La segunda, que vino a ser la definitiva, ocurrió a mediados del siglo XII con la salida de Huémac, su muerte en Chapultepec y la total dispersión de su pueblo. Adoptando este esquema, expondremos a continuación lo que historia y leyenda nos refieren.

La primera gran decadencia

Verdaderos poemas épicos son los textos en donde se recuerda cómo el sabio sacerdote tuvo que hacer frente a extraños forasteros que se presentaron en Tula con intención de hacerlo sucumbir y de que, a la postre, tuviera que abandonar a su pueblo. Quienes así actuaron en contra del sacerdote eran, según parece, seguidores del culto de una deidad opuesta a aquella cuyo nombre había hecho suyo Quetzalcóatl. Nos referimos a Tezcatlipoca, “el espejo que ahúma”, que en diversos mitos surge como el gran adversario del dios Serpiente de plumas. De hecho, como habremos de verlo al ocuparnos del pensamiento religioso de los pueblos nahuas, tanto Tezcatlipoca como Quetzalcóatl —a pe-

sar de sus antagonismos— se presentan también como advocaciones distintas de una misma divinidad suprema. Tal deidad era el hacedor de todas las cosas, el dios dual *Ometéotl*, conocido también como *Tloque Nahuaque*, “Dueño del cerca y del junto”, y como “*Yohualli, Ehécatl*”, “el que es noche y viento”

Repetidamente nos dicen los textos que la deidad Quetzalcóatl, o sea el dios supremo invocado con el nombre que hizo suyo el sacerdote 1-Caña, no se complacía con los sacrificios humanos. En cambio, los seguidores de Tezcatlipoca propugnaban la más amplia práctica de este rito. Algo semejante ocurría con otras formas de culto, que parecían opuestas a los ideales que el sabio 1-Caña Quetzalcóatl pretendía inculcar en su pueblo.

El hecho es que, en los relatos legendarios, quien se enfrenta al sacerdote Quetzalcóatl es un hechicero designado precisamente con el nombre de Tezcatlipoca. Allí podemos enterarnos de las presiones que ejerció Tezcatlipoca en el ánimo de Quetzalcóatl. Logró con dolo que el supremo gobernante de los toltecas llegara a embriagarse y transgrediera los principios que él mismo se había impuesto al adoptar una vida de castidad, abstinencia y meditación. En estado de embriaguez, Quetzalcóatl cohabitó con la princesa Quetzalpétatl. El adversario hechicero Tezcatlipoca comenzó luego a realizar una serie de portentos que trajeron consigo la muerte de muchos toltecas y la desolación más completa en la metrópoli de Tula. Es en verdad dramática la pintura de los portentos llevados a cabo por Tezcatlipoca, en tanto que Quetzalcóatl se afligía intensamente de su propia debilidad. Damos aquí la versión castellana de una parte del texto, donde con gran fuerza plástica se nos hace presente la lucha de los adversarios:

Otra vez el hechicero funesto se disfrazó de guerrero. Dio voces el heraldo, llamó a todos los moradores de Tula. Hizo venir a todos. Les dijo: ‘Gente toda de Tula, poneos en movimiento, tenéis que ir a la región de los jardines, a hacer jardines flotantes, a trabajar en ellos’. Acudieron luego los toltecas, se marcharon a la región de los jardines. Eran éstos los jardines que Quetzalcóatl tenía para sí. Cuando iban saliendo, cuando estaban ya reunidos los toltecas para ir juntos, el hechicero funesto les iba dando muerte, los golpeaba con un mazo, con él les quebraba la cerviz. Innumerables a manos suyas morían. Con ellos iba acabando. Aquellos que se alejaban, tratando de huir, se atropellaban entre sí. De este modo morían también magullados, pisoteados, golpeándose unos con otros...

Al igual que éste, acontecieron otros muchos portentos. De ellos nos hablan los testimonios legendarios. Si la interpretación que hemos adoptado es correcta, en tales relatos cabe entrever las consecuencias del enfrentamiento entre los grupos disidentes, que promovían el culto del dios Tezcatlipoca, y los seguidores del sacerdote Quetzalcóatl, que, según se reitera, rechazaba los sacrificios humanos. El desenlace de los violentos antagonismos —tal vez no sólo de índole religiosa, sino también social y política—, fue que 1-Caña, Nuestro Príncipe, Quetzalcóatl tuviera que abandonar la metrópoli de Tula. Con palabras que continúan siendo fusión de historia y leyenda nos enteramos luego de su marcha, de su paso por Cholula, de su travesía de la cordillera y de su llegada junto al “Señor de la niebla”, hasta alcanzar la orilla de las aguas inmensas, en busca de *Tlillan Tlapallan*, “el lugar del color negro y rojo”, el país de la sabiduría.

Estando todavía en camino, los hechiceros se le habían vuelto, una vez más, contradictorios. Tezcatlipoca habló entonces así a Quetzalcóatl: “¿A dónde te encaminas? ¿Por qué lo dejas todo en olvido? ¿Quién dará culto a los dioses en Tula?” El sacerdote respondió: “De ningún modo puedo ahora regresar. Debo irme. Voy al lugar de color negro y rojo. Voy a saber...” Los hechiceros dijeron entonces: “¡En este caso deja cuanto pertenece a la *toltecáyotl!*” Abandonó él todas sus artes, trabajos de orfebrería, piedras talladas, pinturas, adornos de plumas... “Los hechiceros de todo se adueñaron, de inmediato lo hicieron suyo...”

En manos ajenas quedó —según la relación— el legado tolteca. La huida de Quetzalcóatl significó así la primera gran decadencia de Tula, anticipo de lo que más tarde fue su ruina definitiva. Por lo que toca a los toltecas, a partir de este momento muchos de ellos salieron también de Tula y marcharon a apartadas regiones. De su influencia en lugares del mundo maya de Yucatán y Guatemala hay testimonios que aluden a lo que allí ocurrió desde los comienzos del siglo XI.

La segunda decadencia y el abandono definitivo de Tula

Mencionamos ya —en el capítulo referente a Tula y la *toltecáyotl*— los nombres de los gobernantes que sucedieron a 1-Caña Quetzalcóatl. Sin embargo, los *Anales de Cuauhtitlán*, que son la fuente indígena que proporciona tal información, nada de importancia añaden acerca de lo que fueron las actuaciones de dichos personajes o de los sucesos que entonces ocurrieron. En consecuencia, sólo nos es posible repetir aquí sus nombres: Matlacóchitl, que gobernó hasta 10-Conejo (1034), Nauhyotzin,

hasta 12-Casa (1049); Matlacoatzin, hasta 1-Casa (1077), y Tlicohuatzin, hasta 9-Conejo (1098). En este último año, o sea aproximadamente un siglo después de la salida de Quetzalcóatl de Tula, asumió el poder Huémac, que, según los citados *Anales*, “tuvo como nombre de soberano real el de Atecpanécatl”.

En cambio, del largo periodo en que Huémac gobernó a los toltecas existen noticias relativamente abundantes. Por una parte sabemos que fue entonces cuando vino a establecerse, al lado de los tolteca-chichimecas, otro grupo conocido con el nombre de nonohualca-chichimecas. Éstos, que convivieron pacíficamente durante algunos años con los otros pobladores de Tulá, llegarían a tener más tarde serias diferencias con ellos. Sabemos al menos que durante algún tiempo el largo reinado de Huémac conoció nuevas formas de florecimiento. La metrópoli de Tula logró entonces ensanchar ampliamente sus dominios.

Mas, como había ocurrido antes, cuando Quetzalcóatl era guía de los toltecas, también ahora encontramos que los textos indígenas comienzan a hablar de otra serie de perturbaciones y portentos. Los *Anales de Cuauhtitlán* refieren que en un año 7-Conejo “hubo muy grande hambre; se dice que los toltecas se vieron afligidos por el destino que trajo el signo calendárico del año 7-Conejo. Hubo entonces grandes aflicciones y muertes por causa del hambre”.

Otro texto, incluido en el que se conoce como *Manuscrito de 1558 o Leyenda de los Soles*, aludiendo a esto mismo, lo presenta con palabras menos escuetas, en términos de lo que puede describirse como un relato mítico. El hambre que se abatió sobre el pueblo tolteca se debía a un castigo de los dioses de la lluvia. Éstos, o sea los *tlaloque* se habían hecho presentes a Huémac y portentosamente lo habían llevado a hacer una apuesta en el juego de pelota. Huémac apostó allí sus jades y plumas de quetzal. Los dioses de la lluvia ofrecieron lo mismo en caso de pérdida.

Realizado el juego, Huémac salió vencedor. Entonces los dioses de la lluvia, en vez de entregarle jades y plumas de quetzal, pretendieron darle mazorcas tiernas de maíz y las hojas verdes entre las que crece la mazorca. El señor de los toltecas se disgustó por esto y exigió que los dioses de la lluvia cumplieran su promesa: jades y plumas finas. Con su desdén se atrajo la ira de los *tlaloque*. Obtuvo entonces los jades y las plumas pero también cuatro años de sequía. Lo que entonces ocurrió lo refiere así el mito indígena

Pronto cayó una helada, el granizo subió hasta la altura de la rodilla; destruyó el maíz, nuestro sustento. Esto hizo, trajo consigo el granizo

que caía con la helada. En Tula hubo ardiente calor. Se secaron todos los árboles, los magueyes y todas las piedras se quebraron, se partieron por el calor. Mucho sufren los toltecas, ya mueren de inanición, luego ya muere el cautivo de guerra...

El término de la hambruna no llegó hasta que aconteció otro portentoso. Esta vez fue un tolteca, de entre la gente del pueblo, a quien tocó presenciarlo. Hallándose éste en Chapultepec, los *tlaloque* se le hicieron presentes. Del interior del agua sacaron una mazorca tierna de maíz. Luego fue el propio Tláloc, el supremo dios de la lluvia, el que entregó al tolteca cuantas mazorcas pudo abarcar en sus brazos. Pero a la vez que se las daba, le ordenó transmitiera a Huémac el siguiente mensaje:

“Hombre del pueblo, he aquí estas mazorcas, dáselas a Huémac... Todavía habrán de comer, todavía un poco habrá de sustentarse el tolteca. Luego ya perecerán los toltecas, porque son los mexicas los que aquí habrán de habitar...”

La profecía de Tláloc tuvo así un doble sentido. Por una parte fue anuncio del acabamiento definitivo de los toltecas y, por otra, presagio del destino que llegaría a tener un pueblo hasta entonces no conocido. Semejante versión del mito, conservado precisamente por la tradición de los mexicas, debió de ser a estos particularmente grata.

De otra suerte de calamidades habla a su vez el manuscrito de la *Historia tolteca-chichimeca*. Tras ponderar la grandeza de Tula y enumerar las poblaciones principales que le estaban sometidas, incluye un relato acerca de las disensiones que surgieron entre los tolteca-chichimecas y los tolteca-nonohualcas. Según dicho texto indígena, Huémac, a diferencia de Quetzalcóatl, “era ofrenda del dios Tezcatlipoca, su hechura y su vestigio... Estaba allí para que los tolteca-chichimecas y los nonohualca-chichimecas se destruyeran y se enfrentaran”.

Al parecer, un hecho, trivial y extraño, fue la ocasión de que el latente antagonismo se trocara en violenta lucha. Huémac, que se hacía custodiar por los nonohualcas, tuvo un día la ocurrencia de exigir que le trajeran una mujer de caderas gruesas, de cuatro palmos de ancho. Los nonohualcas trataron de satisfacer tan caprichoso deseo. Sin embargo, las mujeres que le presentaron no fueron del agrado de Huémac. Así empezaron, según la *Historia tolteca-chichimeca*, el disgusto y, en seguida, la abierta rebelión de los nonohualcas.

Enardecidos ya los nonohualcas y atribuyendo el capricho de Huémac al consejo de los tolteca-chichimecas, iniciaron violenta lucha contra ellos. Voces de prudencia fueron entonces las de los caudillos toltecas

Ixcicóhuatl y Quetzaltehuéyac. Hablando a sus adversarios, les dijeron: “¿Acaso fuimos nosotros los que comenzamos, los que pedimos una mujer para que luego nos enfrentáramos, nos hiciéramos la guerra? ¡Mejor perezca Huémac, por causa del cual nos hemos enfrentado...!”

La relación legendaria describe luego los sentimientos y la actitud de Huémac. Fue entonces cuando tomó la determinación de marcharse de Tula y salir con rumbo a la cueva de Cincalco, en Chapultepec. Este hecho ocurrió en una fecha calendárica 1-Pedernal que se ha relacionado con el 1156. Huémac murió en el que fue lugar de su refugio tan sólo unos pocos años después.

De diversas formas, los textos indígenas hablan luego de la ruina definitiva de la metrópoli tolteca. Los *Anales de Cuauhtitlán* dicen: “En este año 7-Conejo se acabaron los años de los toltecas...” y por su parte la *Historia tolteca-chichimeca* asienta: “En seguida, en la noche, ocultaron todas las pertenencias, lo que correspondía a Quetzalcóatl, todo lo guardaron. Luego empezaron a salir de Tollan...”

La segunda decadencia de Tula y su abandono para siempre, según los hemos recordado a través del mito y la leyenda, provocaron de hecho la más completa dispersión de los toltecas y facilitaron también la penetración, por el norte, de nuevas oleadas de bárbaros chichimecas. Algunos toltecas permanecieron refugiados en distintos lugares del Valle de México, otros marcharon con rumbo a Cholula. Allí habían de ser dominados por los olmeca-xicalancas hasta que, casi un siglo más tarde, lograron sobreponerse a ellos y adueñarse de esta ciudad sagrada.

La dispersión tolteca dejó igualmente profunda huella en sitios mucho más apartados, en lo que hoy son Michoacán y Guerrero, en Oaxaca, Veracruz, Tabasco y en otras regiones de la gran área maya. Al parecer, en algunos casos estos emigrantes fueron a sumarse a otros grupos, también de estirpe tolteca, que habían salido un siglo y medio antes, al tiempo de la huida de 1-Caña, Nuestro Príncipe, Quetzalcóatl. En contrapartida, en la región de Tula y en las que habían sido tierras dominadas por los toltecas pronto comenzaron a irrumpir otros pueblos. Nuevamente iba a alterarse el panorama étnico, político y cultural de Mesoamérica.

BIBLIOGRAFÍA

Anales de Cuauhtitlán en Códice Chimalpopoca, ed. fototípica y traducción de Primo Feliciano Velázquez, México, 1945.



Anales de Quauhtinchan o Historia tolteca-chichimeca, versión preparada y anotada por H. Berlin, en colaboración con Silvia Rendón; prólogo de P. Kirshhoff, México, 1947.

GARIBAY K., Ángel María, *Epica náhuatl*, México, 1945.

LEÓN-PORTILLA, Miguel, *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, 3a. ed., México, 1966.

SAHAGÚN, Fray Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España*, edición preparada por Angel María Garibay, 4v, México, 1956.

5. ORÍGENES Y FLORECIMIENTO DE LOS MIXTECAS

Al estudiar la evolución cultural del valle de Oaxaca en el posclásico, se habló ya de la presencia y las influencias de grupos mixtecas en ese ámbito geográfico. Sin embargo, para valorar debidamente la importante significación que llegó a tener el pueblo mixteca en Mesoamérica, creemos que es necesario estudiar lo que puede conocerse acerca de sus orígenes y asimismo del florecimiento que alcanzaron más tarde sus diversos señoríos, establecidos en una área relativamente extensa. Esta abarcó la región occidental de Oaxaca, así como los territorios colindantes al oeste y al norte, dentro ya de los actuales estados de Guerrero y Puebla.

El país de los mixtecas —aunque comprende también zonas de altura media e incluso una región costera en el Pacífico— es en su mayor parte montañoso. Como su mismo nombre indica, *Mixtlan*, es “lugar de nubes o neblinas” en los estrechos y elevados valles y en las alturas de Sierra Madre. De hecho, en las designaciones con que hasta hoy se nombran las distintas porciones del área habitada por los mixtecas destacan claramente las diferencias en la configuración del territorio. Se habla así de la “Mixteca alta”, la más extensa, al centro de la zona y en la que florecían señoríos tan importantes como Tilantongo, Teozacualco, Coixtlahuaca y Tlaxiaco; la “Mixteca baja”, situada al oeste y al norte de la anterior, y finalmente la “Mixteca de la costa”, donde, a su vez, se erigió el antiguo señorío de Tututepec.

Para adentrarnos en el estudio de la evolución de la cultura mixteca, disponemos afortunadamente de los datos aportados por la arqueología y asimismo por una serie de testimonios históricos. Entre estos últimos ocupan papel de suma importancia los diversos códices mixtecos prehispánicos que se conservan. Gracias a ellos ha sido posible reconstruir las dinastías de varios señoríos mixtecas a partir del siglo VII d. C. Tal es el caso de los que se conocen como códices *Vindobonense* (o de Viena), *Bodley*, *Nuttall*, *Colombino*, *Becker I* y *II*, cuyo con-

tenido, fundamentalmente histórico, nos permite conocer, entre otras cosas, las genealogías de los señores de reinos como los de Tilantongo y Teoazacualco, así como sus más importantes actuaciones, guerras de conquista y contactos con otros señores, dedicaciones de templos, sin excluir otras formas de información, que en varios casos se relacionan directamente con los mitos y creencias religiosas.

Otras fuentes, dignas también de tomarse en cuenta, son los códices que se elaboraron posteriormente en la misma región mixteca en los días de la colonia e igualmente los relatos incluidos en las célebres *Relaciones geográficas del siglo XVI* y en los lugares de algunos cronistas españoles como fray Francisco de Burgoa, para citar sólo al más conocido.

Orígenes históricos de los mixtecas

Los estudios realizados acerca de la lengua mixteca han contribuido a esclarecer hasta cierto grado los orígenes de las gentes que la tenían por propia. Sabemos hoy que los idiomas que integraron la familia mixteca, es decir, el mixteco propiamente dicho, el amuzgo y el cuicateco, deben situarse dentro de la rama olmeca del grupo conocido como olmeca-otomangue.

El parentesco de la lengua mixteca con la de los denominados “olmecas históricos” (para distinguirlos de los más antiguos creadores de la cultura madre mesoamericana) ayuda a entrever los probables orígenes y vinculaciones étnicas de la nación que nos ocupa. Curiosamente fray Bernardino de Sahagún, al hablar en su *Historia general* acerca de “todas las generaciones que a esta tierra han venido a poblar”, había relacionado ya a los mixtecas con algunos grupos de filiación olmeca, específicamente con los llamados “olmecas huixtotin”, que habitaban, según nos dice, “hacia el rumbo del nacimiento del sol”. Efectivamente, sabemos que los huixtotin, es decir, los olmecas “salineros”, habían morado cerca de las costas del golfo de México, en territorio veracruzano. Los orígenes del pueblo mixteca aparecen así ligados en última instancia con los de otros hablantes de lenguas del tronco olmeca-otomangue. Pero si esto es lo que puede deducirse basándonos en las investigaciones de carácter etnolingüístico, no estará de más enterarse de lo que los propios mixtecas pensaban de su aparición en el territorio en el que al fin se asentaron.

Mitos de los orígenes

Varios son los relatos míticos que han llegado hasta nosotros acerca de los orígenes de este grupo. Así, de acuerdo con la tradición recogida por Francisco de Burgoa,

su origen atribuían a dos árboles altivos, soberbios y ufanos de ramas que deshojaba el viento a los márgenes de un río, de la soledad retirada de Apoala, entre montes, de lo que después fue población. Este río nace del encañado de dos montes... y al pie del uno hace boca una oquedad o cueva... Con las venas de este río crecieron los árboles que produjeron los primeros caciques, varón y hembra, que fingen sus ilusorios sueños, y de aquí, por generación, se aumentaron y extendieron, poblando un dilatado reino...

El mito del origen de los mixtecas, nacidos gracias a los sagrados árboles de Apoala, lo encontramos con algunas variantes en otras tradiciones indígenas. Recordemos, por ejemplo, la que conservó fray Antonio de los Reyes en su *Arte de la lengua mixteca*. He aquí el texto en cuestión:

Vulgar opinión fue entre los naturales mixtecas que el origen y principio de sus falsos dioses y señores había sido en Apoala, pueblo desta Mixteca, que en su lengua llaman Yuta tnoho, que es río donde salieron los señores, porque decían haber sido desgajados de unos árboles que salían de aquel río, los cuales tenían particulares nombres. Llamaban también a aquel pueblo Yuta tnoho, que es río de los linajes y es el más propio nombre y el que más le cuadra... En especial era tradición antigua que los dichos señores que salieron de Apoala se habían hecho cuatro partes y se dividieron de tal suerte que se apoderaron de toda la Mixteca...

Finalmente debemos aludir a otro texto, transcrito por fray Gregorio García, que lo tomó de un documento más antiguo debido a un vicario del convento de Cuilapan. Dicho vicario, a su vez, lo había redactado basándose en algunos códices indígenas y en el testimonio oral de ancianos nativos. El interés de este relato reside en que en él se relacionan íntimamente el mito del origen de los mixtecas en Apoala con el de la aparición de la pareja de dioses supremos, designados ambos por el nombre calendárico del 1-Ciervo.

Como ha notado Alfonso Caso, subrayando la antigüedad de estas tradiciones, tanto en el *Códice Vindobonense* como en el manuscrito

de origen posthispánico conocido como *Códice Dehesa*, existen representaciones plásticas que parecen tener directa relación con las tradiciones que se han citado. Específicamente en las primeras páginas del lado anverso del *Códice Vindobonense* aparece la antigua pareja de deidades creadoras. Sus nombres calendáricos son también allí los mismos 1-Ciervo. Por lo que se refiere al *Códice Dehesa*, en sus primeras láminas hay asimismo representaciones que aluden a la pareja creadora y a quienes, como fundadores de la nación mixteca, tuvieron su origen junto a la gran roca situada en el lugar de Apoala.

Complemento de los mitos anteriores es el que habla ya del establecimiento de los mixtecas en Tilantongo, lugar que llegó a ser cabecera del más importante de sus señoríos. Quienes habían venido a la vida en Apoala hubieron de realizar una amplia peregrinación o recorrido: de Apoala pasaron a Sosola, después a Achiutla y por fin a Tilantongo. Fray Francisco de Burgoa, incorporando en su obra estas tradiciones, escribe con su característico y barroco estilo:

Los hijos de aquellos árboles de Apoala, de donde fingen su origen, saliendo a conquistar tierras, divididos, el más alentado de ellos llegó al país de Tilantongo, y armado de arco, saetas y escudo, no hallando con quién ejercitar sus armas y fatigado de lo doblado y fragoso del camino, sintió que la braveza del sol le encendía grandemente, juzgó el bárbaro campeón que aquél era el señor de aquella tierra, y que se la impedía con los ardientes rayos que le enviaba. Y desenvainando las saetas de la aljaba, embrazó el escudo para defenderse de la estación del sol, y enviábale pedernales en las varas, que compitiesen con disimulado fuego a sus llamas. Y ya era hora de tarde, en que iba el padre de los vivientes declinando a la pira del ocaso, sobre una montaña con singularidad lóbrega, por la espesura de árboles y funestos peñascos que la enlutan, dejándola como trágica tumba o sepulcro. Y todo apadrinó a la quimera del desvanecido y sagitario gentil, presumiendo que, herido el sol de sus saetas, en mortales paroxismos desmayó vencido, dejándole por suya la tierra. Y de esta ridícula fábula hizo fundamento para ser su señorío y magnífico reino, el más estimado y venerado entre los reyes de esta Mixteca, con tanta estimación, que, para calificarse de nobles los caciques, alegan tienen algún ramo de aquel tronco, de donde se extendió el lustre de todos los caciques, que se dividieron en todas las cuatro partes de Mixteca alta y baja, de oriente y ocaso, norte y sur.

Tales eran los relatos que acerca de sus propios orígenes —ligados siempre al mundo de lo sagrado— expresaron una y otra vez los informantes nativos. Pero recordados ya estos antiguos mitos, corres-

ponde atender ahora a lo que, basado en la arqueología y en los testimonios históricos, podemos conocer acerca del desarrollo y el ulterior florecimiento del pueblo mixteca y de los varios señoríos que alcanzó a establecer.

Florecimiento de los varios señoríos mixtecas

A diferencia de lo que ocurrió en otras áreas de Mesoamérica, los pueblos mixtecas no lograron, a lo largo de su historia, alguna forma plena y permanente de unificación política. Gracias al testimonio de sus códices podemos conocer cómo, a pesar de la prepotencia que alcanzaron en determinados momentos algunos señoríos, los propósitos unificadores que a veces se dejaron sentir nunca tuvieron, en realidad, éxito completo. Hasta donde podemos conocer, entre los más antiguos señoríos ocupó lugar de especial importancia el de Tilantongo.

Tilantongo, no muy lejos de Achiutla y más cercano aún de la que hoy se conoce como arqueología de Monte Negro, llegó ciertamente a ser cabecera, con importante significación política e igualmente núcleo de irradiación cultural. Hemos referido ya que son varios los códices prehispánicos en los que se trata de las genealogías y formas de actuación de los gobernantes de Tilantongo, a partir de lo que allí ocurrió desde fines del siglo VII d. C. hasta la época inmediata a la conquista española. En este sentido el estudio de la historia del que algunos han llamado “reino de Achiutla-Tilantongo” puede constituir un ejemplo, si se quiere el mejor de todos, de cuánto transcurría en el ámbito cultural de los mixtecas. Fundamentalmente las noticias que proporcionan los códices a propósito de Tilantongo —juntamente con las genealogías y proezas de los gobernantes de sus diversas dinastías— nos permiten destacar acontecimientos que en cierto modo justifican poder hablar de tres etapas diferentes en la historia de los mixtecas durante el periodo posclásico mesoamericano.

La más antigua etapa con testimonios históricos

De hecho, esta etapa rebasa los límites del posclásico, desde el asentamiento en Tilantongo a fines del siglo VII d. C. (o sea que coincide en parte con el horizonte cultural zapoteca de Monte Albán III-B) y abarca hasta los tiempos en que se dejó sentir en el área mixteca la presencia de grupos toltecas, emigrantes de Tula, después de la ruina de dicha

ciudad. Las noticias que se conservan acerca de este primer lapso se refieren sobre todo a las actuaciones de diversos gobernantes, dirigidas a someter por conquista a otros señoríos o a establecer alianzas con ellos, muchas veces por medio de vínculos matrimoniales. Los nombres de otros principales señoríos se repiten ya con frecuencia. Entre ellos están los de Teozacualco, al sur de Tilantongo; de Coixtlahuaca, situado al norte, y de Tututepec, en la región de la costa, para sólo mencionar los más importantes.

A modo de ejemplo de la información proporcionada por los antiguos manuscritos citemos la lectura, hecha por Alfonso Caso, de una parte de la página 3 del *Códice Bodley*. Versa ésta sobre lo acontecido en un año 12-Pedernal, equivalente a 867 d. C.: “En este año vino la ‘guerra del cielo’ y murieron sacrificados los dos príncipes (cuyos nombres calendáricos eran) 4-príncipes-Casa y 3-Mono, y más tarde nació su hermano 10-Águila León, que murió en el río de la Muerte...”. En otro lugar de la misma página 3, de acuerdo con la interpretación de Alfonso Caso,

viene después, por primera vez en los códices, la ceremonia en la que tres sacerdotes ofrecen el señorío o quizá consagran como rey a un nuevo señor, a 9-Viento, Cráneo de Piedra. Los tres señores se llaman 4-Perro, Serpiente de Maíz, que lleva en la mano la codorniz; 10-Muerte, Humo o Nube, que lleva la rama de *axóyatl* (abeto), y 1-Lluvia, que lleva la antorcha y la cuenta de jade...

La segunda etapa: mayores contactos con otros grupos

La segunda etapa, en la que se hace patente la influencia de los inmigrantes de origen tolteca, se inicia desde mediados del siglo XI, después de la desaparición de la que se ha llamado primera dinastía de Tilantongo. Personaje importante, fundador de la segunda dinastía, fue entonces el señor 8-Venado, “Garra de tigre”. A su entronización había precedido una violenta crisis motivada por la sucesión en el poder. El señor 8-Venado, que había resultado triunfador, llegó a extender los dominios de Tilantongo por una amplia zona de la Mixteca e incluso, hacia el sur, en territorio de los zapotecas. Otro personaje sobre el que también hay información relativamente abundante es el que llegó a conocerse como señor 4-Viento, Serpiente de fuego, nacido en un año 2-Pedernal, correspondiente al de 1040. El príncipe 4-Viento aparece como personaje antagónico del ya mencionado señor 8-Venado. Tras varios años de persecuciones, 4-Viento se nos muestra empren-

diendo una peregrinación con rumbo a la metrópoli de Tula. La lectura que nos ofrece Alfonso Caso de una parte de la página 34 del ya citado *Códice Bodley* permite conocer lo que entonces ocurrió:

En el mismo año 3-Caña (1067), tres días después, en el día 1-Zopilote, sobre el asiento de tigre el señor 4-Tigre, rey de Tula, actuando como sacerdote, perfora la nariz y pone la nariguera a 4-Viento y lo hace *tecuhtli*, es decir, señor... Ya convertido en *tecuhtli*, 4-Viento recibe lo que parece ser las insignias del rango, que se detallan a continuación: un pez serpiente con un pedernal en la boca, una macana y un escudo cubiertos con plumas, un báculo de Quetzalcóatl que parece haber sido el cetro real, una bandera con representaciones de estrellas, una cabeza de tigre, una máscara probablemente de piedra, una bolsa que contiene probablemente copal, una flecha enflorada, una flor de cinco pétalos, una cabeza de águila con dos plumas, otra cabeza de tigre, un objeto en forma de arco, un adorno pectoral en forma de círculo negro con círculos blancos, otro en forma de disco con ocho círculos a la orilla.

Después de haber emprendido el regreso, 4-Viento aparece como señor de Coixtlahuaca. Cuatro años más tarde inicia una serie de conquistas. Entre otros somete a los siguientes lugares: Culhuacán rojo, Río del perro, Barranca de la boca, Cerro de la trompeta y Cerro de las flores enhiestas. Asimismo, a través de varias alianzas matrimoniales, entre otras con una hija del señor de Tilantongo, 8-Venado, continuó ensanchando sus dominios. De hecho algunos de sus descendientes, que llegaron a gobernar en distintos señoríos, hicieron hasta cierto punto realidad los propósitos unificadores del señor 4-Viento, cuya muerte registra el citado código en un año 9-Pedernal (1112 d. C.).

Las relaciones con el mundo tolteca, explícitamente recordadas a propósito de la ceremonia en que 4-Viento fue ungido como gobernante, fueron mucho más intensas varias décadas después con la llegada de inmigrantes procedentes de Tula, consumado ya el abandono de esa ciudad.

Conviene no olvidar además que, por ese tiempo, otros grupos toltecas habían entrado asimismo en contacto permanente con las gentes de filiación olmeca que, desde hacía ya varios siglos, se habían adueñado del gran centro de Cholula. Allí permanecieron sometidos a los dominadores olmecas durante casi un siglo hasta que, en un año 1-Pedernal (1292 d. C.), se convirtieron en señores de Cholula. El fin de relaciones que inevitablemente tuvieron que acrecentarse entonces entre olmecas, toltecas y mixtecas trajo implícita la aparición de numerosos rasgos y creaciones culturales compartidas por dichos pueblos.

Un ejemplo muy claro y patente de ello lo tenemos en la conocida como rica cerámica policromada cholulteca, muy semejante a la elaborada en varios centros mixtecas durante la misma época.

Etapas de máxima expansión y asimismo de penetración mexicana

Esta, indudablemente la mejor documentada en los códices y otros testimonios indígenas, abarca el lapso de mayor expansión de los señoríos mixtecas. Descendiendo de los altos valles, penetraron entonces en lugares que habían sido posesión permanente de los zapotecas. En muchos casos hubo guerras de conquista; en otros, la penetración se llevó a cabo a través de nuevas alianzas matrimoniales. De un modo o de otro, así se efectuó el proceso de penetración mixteca en Cuilapan, Yagul, Monte Albán, Tlacolula, Zaachila y diversos centros.

Justamente el hecho de la presencia mixteca en lugares como Monte Albán explica por qué determinados hallazgos arqueológicos de la última etapa de florecimiento prehispánico en dicho recinto (Monte Albán V) se han atribuido, con razón, a gentes de lengua y cultura mixtecas. Tal es el caso, para dar un solo ejemplo, del que se conoce como “Tesoro de la tumba 7”, que da testimonio del grado de desarrollo que habían alcanzado los mixtecas en la orfebrería.

Pero si esta etapa fue la de mayor expansión de los señoríos mixtecas, también durante el último siglo de ella se dejó sentir, cada vez con mayor fuerza, el incontenible afán expansionista de los mexicas. Éstos, desde los días del reinado de Motecuhzoma Ilhuicamina (1440-1468), habían establecido una guarnición en el pueblo de Tlaxiaco, en la Mixteca alta. El paso siguiente fue la conquista del señorío de Coixtlahuaca, famoso, entre otras cosas, por existir en él un mercado al que concurrían gentes de sitios muy apartados. Más tarde cayó también en poder de los mexicas Yanhuítlan y Tepozcolula. Axayácatl, sucesor de Motecuhzoma Ilhuicamina, prosiguió las conquistas, llevándolas hasta apartados territorios de Tehuantepec, es decir, plenamente en tierras zapotecas.

El constante estado de agresión por parte de los señores de Tenochtitlan obligó en distintos momentos a que mixtecas y zapotecas establecieran alianzas defensivas. No obstante esto, resultó difícil detener los propósitos de conquista, que se acentuaron aún más durante los reinados de Ahuítzotl y de Motecuhzoma II Xocoyotzin. Aunque la nación azteca no alcanzó a imponer de manera absoluta su imperio en la totalidad de los señoríos mixtecas y zapotecas, el hecho es que,

al tiempo de la conquista española, la prepotencia mexicana era una realidad en la mayor parte de lo que hoy es Oaxaca.

Tras haber estudiado la evolución histórica del pueblo mixteca, consideramos necesario destacar al menos algunos de sus logros más importantes en diversos campos de la cultura. Brevemente diremos algo acerca de aspectos tan importantes como su organización social y política, su economía, sus creencias religiosas y el rico conjunto de su arte.

Principales manifestaciones de la cultura mixteca

Respecto de su organización social y política, como ya hemos advertido, debe tenerse presente que, a pesar de múltiples intentos, la nación mixteca nunca logró una cabal unificación. Por lo que atañe específicamente a la estructura social prevalente en los distintos señoríos, se evidencia, como en otros lugares de Mesoamérica, la existencia de clases sociales. Al estrato superior o de los nobles pertenecían los gobernantes, los jefes guerreros, los sacerdotes de elevada jerarquía y asimismo quienes, como en el caso de los *pipiltin* del mundo de lengua náhuatl, habían logrado sobresalir de manera excepcional. La mayoría de la población componía, por otra parte, una clase muy semejante a la de los *macehualtin* del altiplano central. Entre las ocupaciones de los que integraban las fuerzas de producción en la economía mixteca estaban la agricultura y, en el caso de la Mixteca de la costa, también la pesca. Desempeñaban asimismo papel importante los alfareros, las tejedoras, los pintores, los talladores de piedra y los comerciantes. Consideración aparte requieren los orfebres, de los que trataremos al hablar de sus creaciones en el campo del arte.

En cuanto a la religión mixteca, recordemos primeramente sus creencias —mencionadas ya al ocuparnos de sus mitos de los orígenes— acerca de una suprema pareja de dioses, raíz última de todo cuanto existe. De esa deidad dual dan testimonio además varios códices de procedencia mixteca, entre otros el *Rollo Selden* y el *Códice Gómez de Orozco*. En forma muy semejante a lo que sabemos por los textos y otras representaciones del altiplano central, la suprema pareja de dioses tenía su lugar de residencia en lo más elevado de los pisos celestes. Ello no impedía que actuaran también en el mundo de los seres humanos, bien sea de modo directo, como en el caso de la creación del primer hombre y la primera mujer, o a través de otras deidades, concebidas frecuentemente como hijos de dicha divinidad dual.

Los propios códices mixtecas permiten conocer cuáles fueron los demás dioses principales adorados por este pueblo. Justamente la manifiesta semejanza estilística entre las representaciones de deidades en los manuscritos mixtecas y en otros de la región de Puebla-Tlaxcala (los que se conocen como del “grupo Borgia”) ayuda a identificar los númenes venerados por los mixtecas. Entre ellos están los que en lengua náhuatl se conocieron con los nombres de Tláloc, señor de la lluvia; Xipe-Tótec, señor de la fecundidad; Mictlantecuhtli, de la región de los muertos, y, de modo muy particular, también Quetzalcóatl. Finalmente, gracias a las *Relaciones geográficas* del siglo XVI, se conocen los nombres en lengua mixteca de determinadas deidades. Así, Hituayuta era dios de la generación; Cohuy, dios del maíz; Qhuay, de los cazadores; Dzahui, señor de la lluvia; Taandoco, el sol, patrono de los guerreros, y Yosotoyua, de los mercaderes. Debe mencionarse asimismo que, paralelamente con la adoración de los dioses, los mixtecas atendían también de modo muy especial al culto a los muertos. De esto dan testimonio las tumbas que se han descubierto en sitios como Coixtlahuaca, Tlaxiaco y otros, particularmente en algunos lugares que antes habían estado ocupados por los zapotecas. Tal es el caso de la célebre tumba 7 de Monte Albán y de otras descubiertas en Zaachila.

El sacerdocio en el mundo mixteca incluía varias jerarquías. Existían sumos sacerdotes a los que prestaban ayuda los que integraban los rangos inferiores. Papel de suma importancia ocupaban aquellos que sabían redactar los libros de pinturas, su lectura y consiguientes formas de interpretación.

El mundo del arte mixteca

Si, según hemos visto, fue una característica del pueblo mixteca la ausencia de una unificación política plena, puede también señalarse, como otro rasgo distintivo de su cultura, el que su producción artística se haya concentrado fundamentalmente en lo que se designa como campo de las artes menores. Al menos las investigaciones arqueológicas realizadas hasta ahora no han llevado a descubrir grandes conjuntos arquitectónicos ni otras producciones plásticas, por ejemplo esculturas de considerable magnitud. Refiriéndonos específicamente a la arquitectura, los principales testimonios para tener idea de lo que fueron sus templos y palacios siguen siendo las representaciones pictográficas que de tales edificios y monumentos ofrecen los códices. Y aunque cabe creer que ulteriores trabajos arqueológicos proporcionen eventualmente mayor pro-



porción en este punto, no por ello dejará de ser cierto que los mixtecas se distinguieron de modo muy especial por el refinamiento de sus artes menores. Buena prueba de esto la dan el preciosismo que lograron en su cerámica, en la pintura de los códices, en la orfebrería y en las tallas hechas particularmente en hueso, madera, jade y otros materiales.

La cerámica

Las más antiguas producciones hasta ahora descubiertas en el área mixteca guardan estrecha relación con la alfarería del horizonte clásico de Teotihuacan y del Monte Albán zapoteca. Ocurre un cambio significativo a partir de la época en que se intensificaron los contactos de los mixtecas con los inmigrantes procedentes de Tula y con aquellos que se habían establecido en el área de Cholula. Entonces aparece un nuevo estilo con creaciones que cuentan entre las más bellas de la alfarería prehispánica de Mesoamérica. Nos referimos al conjunto de producciones que, por provenir de una área que rebasa los límites de la Mixteca, ha sido conocido indistintamente como “cerámica policromada del tipo Mixteca-Puebla” y también como “cerámica de Cholula” y de “Puebla-Tlaxcala”.

Esta cerámica presenta formas muy variadas. Hay vasijas con tres soportes, vasos con asas vertederas, copas con base anular, especie de jarras de cuerpo redondo y cuello alto con asa, platos trípodes cuyos soportes rematan en cabezas de animales, así como vasijas zoomorfas y en ocasiones antropomorfas. Los colores empleados para su decoración fueron el rojo, negro, naranja, gris y blanco.

Basándose en la combinación de estos colores y en las firmes líneas de un cuidadoso diseño, proliferan en tales tipos de cerámica las representaciones de deidades, símbolos y jeroglíficos, personajes, cráneos, tibias, animales, grecas, plumas, flores, objetos ceremoniales y, en una palabra, multitud de motivos que llevan a recordar las representaciones y pinturas características de los códices de esa misma cultura. Tanto es así que, como señaló Alfonso Caso, insigne investigador de los códices mixtecas, no pocas piezas de esta alfarería policromada podrían considerarse como portadores plásticos de los jeroglíficos y el simbolismo de un códice en miniatura. El refinamiento de estas creaciones, finamente pulidas, policromadas y de brillante acabado, confirma por sí solo lo dicho sobre el sentido preciosista de los mixtecas.

Los códices como obra de arte

Hemos tratado ya acerca de los códices procedentes de este ámbito cultural, haciendo particular referencia a su importancia como testimonios históricos. Conviene añadir algo, contemplándolos ahora desde un punto de vista estético: pintados sobre tiras de piel de venado, unidas y preparadas luego con un recubrimiento probablemente de yeso o cal, se doblaban sus varias páginas o secciones, al igual que otros manuscritos del ámbito mesoamericano, a manera de biombo. Por el testimonio de fray Francisco de Burgoa sabemos que también se elaboraban en la Mixteca otros manuscritos “pintados en papel de corteza de árboles”, verosímilmente del amate, de la familia de los *ficus*.

Los colores empleados en la pintura de estos libros eran los mismos que los usados en la cerámica policromada. Como medio de expresión, su escritura comprendía diversas clases de jeroglíficos calendáricos, onomásticos, toponímicos y otros más de índole fonética e ideográfica; asimismo multitud de símbolos religiosos, representaciones de animales, de hombres y dioses con sus correspondientes atributos, templos y palacios, señalamientos de caminos, linderos, lagos y ríos y otras muchas cosas más. Pero lo que aquí nos importa notar es precisamente la maestría en la composición de las escenas de extraordinario dinamismo, sobre fondo de vivos colores que contrastan y realzan las distintas figuras y glifos. La investigadora Barbro Dalhgren de Jordán, al destacar el aspecto estético en la composición de muchas de las páginas de estos códices, señala atinadamente lo bien logrado de algunas escenas en las que se hace presente la fauna que conocieron los mixtecas:

Donde el artista mixteco muestra mejor su genio, sin trabas de orden simbólico-religioso, es en las figuras de animales. Así nos encontramos en algunas páginas con toda una deliciosa fauna marina, representada por peces, serpientes, moluscos y otros animales. En otras, el artista captó tigres flechados o numerosos insectos y pájaros, como una pareja de búhos que están retratados en el *Bodley*.

Algo semejante podría decirse a propósito de otras escenas en las que contemplamos distintas maneras de actuación de gobernantes, guerreros y sacerdotes. Particularmente es esto cierto en el caso de códices como el *Vindobonense* y el *Nuttall*, que con razón pueden considerarse, desde el punto de vista estético, como ejemplos extraordinarios del arte de los libros de pinturas en Mesoamérica.

La orfebrería mixteca

Si en la cerámica y en la elaboración de los códices destacaron sobre manera los mixtecos, otro tanto ocurrió en su orfebrería. Las técnicas de ésta, introducidas en Mesoamérica hacia los comienzos del posclásico, tras un lento proceso de difusión originado en Sudamérica, fueron admirablemente asimiladas e incluso enriquecidas por los artífices mixtecos. Sin hipérbole puede afirmarse que, en este campo, descollaron tales artífices por encima de los orfebres de las demás regiones mesoamericanas. Entre las técnicas que empleaban mencionemos la que se conoce como procedimiento de la cera perdida, el martillado, el proceso de la filigrana, así como el de la aleación con cobre y la soldadura de metales preciosos, oro y plata.

Sus creaciones de orfebrería incluyen una amplia gama de joyas: collares, pectorales, anillos, orejeras y narigueras, así como otros distintos trabajos, a veces con incrustaciones de mosaico de turquesas. Muestra extraordinaria de la orfebrería mixteca nos la ofrece el conjunto de objetos que integran el “tesoro de la tumba 7 de Monte Albán”, descubierto por Alfonso Caso. Recordemos los pendientes con efigies del dios solar y de Quetzalcóatl, el rico collar de cuentas de oro y doble orla de cascabeles, así como los pectorales que ostentan la máscara del dios Xipe-Tótec, señor de la fecundidad; la figura de Mictlantecuhtli, señor de los muertos, y aquel cuya placa superior es un juego de pelota, campo de enfrentamiento de dos deidades, unida a tres placas más en las que se evoca la concepción de los planos superiores del mundo. Quien conozca estas y otras de las maravillas de la orfebrería mixteca, relativamente abundantes, estará de acuerdo con la afirmación de Alfonso Caso en el sentido de que sólo buscando en el arte del renacimiento europeo podrían hallarse obras comparables con las que provienen de la inspiración y maestría alcanzadas por los mixtecos.

El arte del tallado

Aludiremos finalmente al arte del tallado en materiales como hueso, madera, jade, concha, obsidiana y cristal de roca. El hallazgo de la ya citada tumba 7 de Monte Albán constaba de treinta huesos de jaguar, tallados con preciosismo, en los que aparecen escenas muy semejantes, una vez más, a las representadas en los códices. Algo que no debe

pasar por alto es que en dichos huesos el fondo tiene incrustaciones de turquesa.

Trabajo en madera digno de mención en un *teponaxtli*, instrumento musical en forma de cilindro hueco, de madera, con dos lengüetas sobre las cuales se golpea haciéndolo resonar, que está bellamente tallado y es de antigua procedencia mixteca. Y por lo que respecta a otros materiales, diremos que se conocen ciertos objetos como una copa de cristal de roca, encontrada asimismo en la tumba 7 de Monte Albán, al igual que otros de distintas procedencias en obsidiana, concha, jade y diversas clases de piedra.

La breve recordación que hemos hecho de lo más significativo en el conjunto de las artes mixtecas, permite entrever aspectos de la personalidad de este pueblo. En el propósito de sus creaciones resalta, por una parte, su hondo sentido religioso; por otra, en los códices e incluso en algunas de las escenas pintadas en la cerámica se hace patente el afán por mantener vivo el recuerdo de la tradición y, si se quiere, de lo que hoy llamaríamos raíz histórica del propio ser. La maestría en las técnicas empleadas, la perfección en el acabado y su auténtico preciosismo nos hablan de la finura espiritual de gentes concentradas en su propio quehacer, en diálogo con su corazón y en busca siempre de significación y belleza en el ámbito, a la vez divino y humano, en el que les había tocado vivir.

La cultura mixteca, rebasando su propio ámbito geográfico, influyó de diversos modos en otras regiones de Mesoamérica. Precisamente los libros de pinturas de los grupos del altiplano central guardan estrecha relación con los elaborados por los escribanos o pintores mixtecos. Y cabe recordar que, desde los tiempos del señor Quinatzin de Tetzaco (hacia 1327 d. C.), gentes de ascendencia mixteca-tolteca, los nombrados *tlailotlaque* o “regresados”, fueron a establecerse en el Valle de México, donde traspasaron a los chichimecas buena parte de la antigua herencia de alta cultura. Sin duda alguna para comprender cabalmente la significación histórica del pueblo mixteca nunca será superfluo tener a vista su participación e influencia en el más amplio contexto de las relaciones interculturales en Mesoamérica.

6. LOS CHICHIMECAS DE XÓLOTL

Más allá de los relatos legendarios acerca de la ruina de la metrópoli tolteca, existe un hecho histórico bien establecido: el antiguo centro de alta cultura, donde de un modo o de otro la figura de Quetzalcóatl

había desempeñado papel primordial, se encontraba en decadencia hacia fines del siglo XI. Durante la centuria siguiente habría de producirse su abandono.

Como ya hemos visto, algunos de los herederos de la cultura tolteca marcharon a regiones sumamente apartadas. Las fuentes mayas de Yucatán, al igual que las quichés y cakchiqueles de Guatemala, hablan de grupos toltecas en estas regiones. La investigación arqueológica muestra que hubo otros establecimientos en distintos lugares de Michoacán, Guerrero y Oaxaca. Más cerca quedaron algunos grupos en Cholula, sometidos primero a los olmecas xicalancas que la habitaban y como dueños más tarde de este gran centro ceremonial. Finalmente, encontramos también gentes de estirpe tolteca en lugares influidos de tiempo atrás por su cultura, como Culhuacán, al sur del Valle de México, y en otros distintos puntos de la misma región. Se trataba a veces de pequeñas comunidades y, si damos crédito al cronista Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, aun de meras familias que se ocultaban, temerosas de los peligros que sobre ellas se cernían.

Los contrastes culturales

De hecho, como había ocurrido varios siglos antes, cuando tuvieron lugar la ruina y el abandono de Teotihuacan, el ocaso de Tula facilitó también la irrupción de nuevas hordas de chichimecas, procedentes de las llanuras del norte. Una vez más se hicieron patentes los grandes contrastes que había entre las formas de vida de los pueblos sedentarios, creadores de centros urbanos, y los belicosos inmigrantes, “los chichimecas que vivían como cazadores, que se vestían con pieles de animales, que comían tunas grandes, cactus, maíz silvestre...” Los descendientes de los toltecas hablaban el idioma náhuatl, que habría de perdurar y un día llegaría a ser *lingua franca* de Mesoamérica; los cazadores nómadas se expresaban en lengua como el pame y el mazahua. Estos con frecuencia eran nombrados *popolocas*, equivalente prehispánico de bárbaros.

Es cierto que los ancestros de los toltecas habían sido también invasores, cuando muchos siglos antes hicieron su entrada en la región central y fueron conocidos como los “chichimecas de Mixcóatl”. Mas su asentamiento, la asimilación de formas de cultura más antiguas, la fundación de Tula y la creación de un estado poderoso habían cambiado para siempre sus formas de vida. Por esto, aun estando ya en decadencia, quienes de entre ellos tuvieron que entrar en contacto con

las nuevas oleadas chichimecas no pudieron menos que horrorizarse ante las costumbres de los belicosos recién venidos.

Como caudillo tenían éstos al que llegó a ser célebre gran chichimeca Xólotl. De él nos hablan distintos textos indígenas y asimismo varios códices pictográficos, los que llevan los nombres de *Xólotl*, *Tlotzin*, *Quinatzin* y de *Tepechpan*. Comentando justamente lo que consigna el códice que lleva el nombre del caudillo chichimeca, el *Xólotl*, escribió así el cronista Alva Ixtlilxóchitl:

Los toltecas se habían destruido y estaba la tierra despoblada, cuando vino a ella el gran chichimeca Xólotl a poblarla, teniendo noticia por sus exploradores de su destrucción... Y habiendo entrado por los términos y tierra de los toltecas hasta llegar a la ciudad de Tolan, cabecera del imperio, en donde halló muy grandes ruinas despobladas y sin gente, por lo que no quiso hacer asiento en Tula, sino que prosiguió con sus gentes enviando siempre exploradores por delante para que viesan si hallaban alguna de la gente que hubiese escapado de la destrucción y calamidad de esta nación, y cuáles eran los mejores puestos y lugares para su habitación y población...

La primera lámina del *Códice Xólotl* es ilustración precisa de lo que dice Ixtlilxóchitl. En ella aparece el caudillo chichimeca, acompañado de su hijo Nopaltzin, contemplando desde la cima de los montes la superficie del Valle de México en busca de lugares de asentamiento. Nopaltzin y algunos otros capitanes, como lo indican las huellas de sus pasos que se dirigen por los distintos rumbos del valle, hacen los recorridos y exploraciones mencionados por Ixtlilxóchitl. El jefe chichimeca, tras permanecer algún tiempo en el lugar que, en honor suyo, se llamó Xóloc, se establece en definitiva en Tenayuca Oztopolco, del que dicen los cronistas que era sitio de “muchas cuevas y cavernas”.

En Tenayuca, donde existían ya diversas edificaciones, entre ellas una célebre pirámide, que en tiempos posteriores sería ampliada con nuevas estructuras superpuestas, se organiza la que Ixtlilxóchitl solemnemente llama “corte de los chichimecas”. Desde ella el príncipe Nopaltzin y, al igual que él, otros jefes de procedencias distintas, se acercarán con ojos asombrados a lugares como Teotihuacan, Culhuacán y Cholula. En los dos últimos se mantiene aún la antigua forma de vida. Claramente se representa esto en el *Códice Xólotl* con las figuras de artífices que aparecen trabajando los metales o esculpiendo la piedra en la región de Cholula. Hay otros muchos contactos que, si son casuales, son también más directos. A señas hablan los chichimecas con las pocas gentes de origen tolteca que han quedado dispersas fue-

ra de los grandes recintos urbanos. Poco a poco las gentes de Xólotl y otros grupos que por esta época han hecho ya también irrupción adquieren una imagen de lo que han sido y son las tierras que desean conquistar. A las primeras formas de contacto seguirán otras más permanentes y definitivas, como consecuencia de haber descubierto que la región es sitio adecuado para hacer asentamiento.

El asentamiento de los nómadas

La zona de los lagos era ciertamente atractiva. Además de las posibilidades de la pesca, las montañas cercanas ofrecían, más que las llanuras del norte, abundancia de caza. Los vestigios de cultivos y lo que quedaba de antiguas chinampas y de sistemas de irrigación, todo ello representado en el *Códice Xólotl*, interesaba menos por el momento a los chichimecas. La pesca y la caza, el agua y los bosques eran ya razones más que suficientes para adueñarse de la tierra que no tenía señor ni defensor. La única resistencia habría de provenir de las gentes de Culhuacán, pero aun éstas cederían tiempo después de que las primeras actitudes, que habían sido hostiles, se transformaron en contactos más pacíficos e incluso a veces en vínculos de familia.

A fines del siglo XIII, bien sea por intervención de Xólotl, como insistentemente los repite Ixtlilxóchitl, o de manera independiente, varios son los grupos que se han establecido ya en distintos lugares. Los tecpanecas están al noroeste, en Azcapotzalco; al norte, en Xaltocan, los otomazahuas, y, al oriente, en Coatlichan, los acolhuas. Nopaltzin, el sucesor de Xólotl, permanecerá en Tenayuca después de haberse casado con una princesa culhuacana de nombre Atotoztli. Los señoríos más antiguos del sur, en los que sobreviven elementos e instituciones toltecas, a no dudarlo miran temerosos el asentamiento de sus nuevos vecinos chichimecas. Transcurren así varias décadas, durante las cuales el solo hecho de que los antiguos nómadas contemplen a su vez los vestigios dejados por la cultura superior es ya lección de valor incalculable.

El nacimiento de Tlotzin, nieto de Xólotl, que será el primer jefe chichimeca mestizo, de ascendencia tolteca por línea materna, traerá consigo los comienzos de un nuevo interés que llevará a los bárbaros a ir modificando su modo de vida. Tlotzin, siguiendo el ejemplo de algunos caudillos que le precedieron, funda también un señorío. Surge éste dentro de la región dominada por los acolhuas de Coatlichan. Así como Tenayuca se conoció en un principio con el nombre de Ozto-

polco, “en el lugar de muchas cuevas”, también el sitio escogido por Tlotzin refleja en su designación la afición que los chichimecas sentían por cavernas y cuevas. Su nombre fue Tlatzallan-Tlallanóztoc, que significa “en las tierras y en las cuevas que están junto a ellas”.

Los que se decían oriundos de Chicomóztoc, “el lugar de las siete cuevas”, no sólo seguirían prefiriendo éstas para hacer su habitación, sino que se complacían en conservar en los topónimos la idea misma de la cueva. La toponimia en lengua náhuatl de muchos de los lugares habitados por chichimecas es prueba de ello: Tenayuca fue también Oztopolco; el señorío de Tlotzin se llamó Tlallanóztoc, hubo también un Tepetlaóztoc “en las cuevas de los montes”, y finalmente en las cercanías de Tetzcoco existieron Oztotícpac, “sobre las cuevas”, y Tzinaanóztoc, “en las cuevas de los murciélagos”. Aunque no conocemos con certeza cuál fue la lengua que hablaron los chichimecas de Xólotl, sabemos que no era ésta el náhuatl de los más antiguos pobladores de la región. Probablemente entre las lenguas chichimecas, llamadas también popolocas, han de incluirse el pame, el otomí y el mazahua. Verosímil es pensar que la toponimia, expresada originalmente en estos idiomas, se tradujo más tarde a la *lingua franca* de los nahuas, conservándose la idea originalmente expresada, como en el caso de todos los *óztoc*, “lugares de las cuevas”.

Establecido ya Tlotzin, el príncipe mestizo chichimeca-tolteca, en Tlazallan-Tallanóztoc, es ésta la época en que, según el testimonio de los códices y textos, se acrecienta la serie de procesos de contacto cultural. Ha pasado más de medio siglo desde la llegada de los chichimecas al Valle de México, y lo que en un principio fue asentamiento precario adquiere ya rasgos distintos por obra de los cada vez más amplios procesos de aculturación.

Asimilación de las instituciones de origen tolteca

Fuente principal para el estudio de lo que acontece en tiempos de Tlotzin es, como ya se ha dicho, el código tetzcocono que lleva su nombre. En él encontramos la representación y la relación en náhuatl de un hecho que bien puede aducirse como símbolo de lo que entonces ocurre. En una de las correrías de Tlotzin por la región de Coatlinchan, a la que había ido para dar salida a su afición de cazador, tiene lugar un encuentro que habrá de cambiar su vida. Quien le sale al paso es nada menos que un personaje de Chalco, de estirpe tolteca, que es-

pontáneamente va a convertirse en su maestro y guía. Veamos lo que dice el texto náhuatl incluido en el códice:

Plotzin había ido allá a Coatlinchan, iba a cazar. Por allí se le acerca un chalca, de nombre Tecpoyo Achcauhtli. Este como que tuvo temor cuando vio a Plotzin con su arco y su flecha. Tecpoyo Achcauhtli dijo entonces a Plotzin: “¡Oh hijo mío, déjame vivir a tu lado!

Plotzin no comprende su lengua porque es chichimeca. Sin embargo, desde este momento, el chalca acompañó a Plotzin en sus cacerías. Los venados, conejos, serpientes y aves que éste cazaba, Tecpoyo Achcauhtli los llevaba a cuestras.

Entonces por primera vez Tecpoyo Achcauhtli se puso a asar lo que había cazado Plotzin. Por primera vez le dio a comer alimentos cocidos, porque antes Plotzin comía crudo lo que había cazado.

Tecpoyo Achcauhtli largo tiempo vivió al lado de Plotzin. En una ocasión le dijo, le pidió permiso: “¡Oh hijo mío!, deja que vaya a decirles a tus servidores, los chalcas, los cuitlatecas; deja que vaya a referirles cómo he llegado a verte y cómo he vivido a tu lado.

Entonces Plotzin comprendió ya un poco la lengua del chalca. Con él envió conejos y serpientes en un huacal.

Pero Tecpoyo Achcauhtli regresó al lado de Plotzin. Le dijo: “¡Oh hijo mío, ven a visitar a los chalcas, que son tus servidores!

Plotzin entonces lo acompañó. Tecpoyo Achcauhtli llevaba la delantera. Los venados y conejos que flechaba Plotzin, los llevaba él a cuestras como la primera vez. Cuando llegó Plotzin, salieron a recibirlo los chalcas. Le hicieron sentarse, le trajeron presentes. Le dieron tamales, atole. Plotzin no comió los tamales, sólo bebió el atole. Entonces Tecpoyo Achcauhtli habló a los chalcas, les dijo: “¿Acaso no se ha hecho ya Plotzin como un príncipe, como un hijo?

En seguida los chalcas se disponen a hacer ceremonias; ellos veneraban así a sus dioses. Plotzin, como era chichimeca, no sabía cómo eran las ceremonias de los chalcas en honor de sus dioses. Porque los chichimecas sólo se ocupan en buscar venados y conejos que luego se comen. Ellos sólo tienen por dios al sol, al que llaman padre. Así veneran al sol, cortan la cabeza a las serpientes, a las aves. Hacen agujeros en la tierra, rocían con sangre el pasto. Tienen también por diosa a la tierra, la llaman madre de ellos...

El mismo códice que consigna este texto incluye la representación plástica de lo que se ha descrito. Vemos al noble personaje Tecpoyo Achcauhtli que ha hecho suyo el papel de educador y misionero de los chichimecas. A él se debe la iniciación de esta nueva forma de contacto amistoso que hará posible el cambio, deseado por quienes se ven forzados a tener por vecinos a los nómadas.

Gracias a Tecpoyo Achcauhtli, Tlotzin ha comenzado a aprender la lengua náhuatl, también ha gustado ya manjares como el atole y los tamales, clásico alimento de las gentes civilizadas del mundo mesoamericano. Más aún, ha tenido ocasión de contemplar, en compañía de los chalcas, las formas de culto de una religión de antiguo organizada.

Finalmente su acercamiento lo llevará a repetir lo que había hecho su padre, ya que, según lo refiere Ixtlilxóchitl, también él escogerá por esposa a una mujer de linaje tolteca, a Pachxochitzin (nombre que significa *Florecita de heno*), “hija de Cuauhtlápal, uno de los señores referidos de la provincia de Chalco...”.

Introducción de la agricultura entre los chichimecas

Nada tiene de extraño que, quien estaba ya tan estrechamente vinculado con las gentes sedentarias, sintiera pronto inclinación a introducir en su propio señorío usos y costumbres antes desconocidas para los chichimecas. Ixtlilxóchitl nos informa acerca de lo que entonces tiene lugar:

Una de las cosas en que más puso su cuidado (Tlotzin) fue el cultivar la tierra... Con la comunicación que allá tuvo con los chalcas y tultecas, por ser su madre su señora natural, echó de ver cuán necesario era el maíz y demás semillas y legumbres para el sustento de la vida humana. Y en especial lo aprendió de Tecpoyo Achcauhtli, que tenía su casa y familia en el peñón de Xico. Había sido su ayo y maestro, y entre las cosas que le había enseñado, era el modo de cultivar la tierra... Y aunque a muchos de los chichimecas les pareció cosa conveniente y la pusieron por obra, otros que todavía estaban en la dureza de sus pasados se fueron a las sierras de Metztitlan y Totepec y a otras más remotas...

Corroborando lo dicho por Ixtlilxóchitl acerca de la introducción de la agricultura en los dominios de Tlotzin, encontramos en el código del mismo nombre la representación gráfica de lo que parece haber sido primer intento de cultivos. Vemos allí una sementera de maíz que precisamente crece sobre agujeros hechos por las tuzas. La gente chichimeca, que desde luego prefería dedicarse a la caza y la pesca, tuvo la ocurrencia de arrojar los granos de maíz en los hoyos dejados por los roedores. Pensaban que así había ahorro de esfuerzo, pues aunque las alimañas se comieron la mayor parte de los granos, algunos habrían de prosperar. Tlotzin, que, según las fuentes, parece haber muerto a principios del siglo XIV, aunque se esforzó por cambiar la vida de su gente,

no logró ciertamente la plena realización de su deseo. Ello estaba reservado a su hijo Quinatzin y, de manera más cabal, a su nieto Techotlala.

Actuación del príncipe Quinatzin

Con Quinatzin la hegemonía de la región pasará de Coatlichan, donde se habían establecido los chichimecas acolhuas, a un nuevo centro, Tetzco, futura metrópoli en la que culminaría el proceso de aculturación y florecería nuevamente, años más tarde, la herencia tolteca. Pregonando la actitud decidida del hijo de Tlotzin, nos dice Ixtlilxóchitl:

Si Tlotzin tuvo muy particular cuidado de que se cultivase la tierra, fue con más ventajas el que tuvo Quinatzin en tiempo de su imperio, compeliendo a los chichimecas no tan sólo a ello, sino a que poblasen y edificasen ciudades y lugares, sacándolos de su rústica y silvestre vivienda, siguiendo el orden y estilo de los tultecas...

Pero aún entonces la realización de lo que se propuso Quinatzin no fue cosa fácil. Vale la pena recordar algunos de los ardidés de que se valió, así como varias circunstancias que al fin le fueron favorables. De esto informan el mismo *Códice Xólotl*, Ixtlilxóchitl y también, de manera particular, el código tetzcocano, conocido como *Quinatzin* en honor de este príncipe. El primero de los artificios empleado por Quinatzin para llamar la atención de los chichimecas sobre la importancia de la agricultura fue el siguiente:

Hizo tres cercas grandes, escribe Ixtlilxóchitl, la una por bajo de Huexutla hacia la laguna, y otra en la ciudad de Tetzcuco, que había comenzado a fundar. Estas dos para sembrar en ellas maíz y otras semillas que usaban los aculhuas y tultecas. Y la otra cerca en el pueblo de Tepetlaóztloc para venados, conejos y liebres; y dio el cargo de tener cuenta de esto a dos chichimecas caudillos, que el uno se decía Ocótoch y el otro Coácuech, los cuales, aunque en la una cerca les era de gusto, las otras dos de las sementeras, como cosa que jamás ellos habían acostumbrado, les fue muy pesada carga...

La idea, puesta ya en práctica desde los tiempos de Nopaltzin, de levantar cercados a manera de cotos de caza, se aplica ahora al campo de la agricultura. El propósito es persuadir a los chichimecas de que, si era atractiva la caza, y para hacerla más fácil se habían hecho los

cotos, el cultivo de plantas en sementeras era al menos igualmente importante, ya que libraba de la penosa recolección de pobres frutos y yerbas, al poner al alcance alimentos mejores como el maíz, el frijol, el chile y la calabaza. Cercados como éstos de que habla Ixtlilxóchitl se representan también en los códices *Xólotl* y *Quinatzin*. La experiencia dio a la larga los resultados apetecidos, aunque no sin tener que vencer antes resistencias y aun violentas rebeliones. En el caso de las cercas a que hemos aludido, los jefes que las tuvieron a su cargo, dando salida a su disgusto, iniciaron una revuelta que trajo consigo la huida de los grupos que antes que trabajar la tierra optaron por volver a las llanuras del norte, donde podrían mantener su vieja manera de vida.

El regreso de grupos de origen tolteca

Pero si los descontentos se retiran del escenario en que cada vez son más intensos los procesos de aculturación, existe en cambio la circunstancia favorable de la llegada de dos grupos de gentes portadoras de cultura, a las que Quinatzin recibe con beneplácito. Hacia el año 1327, según lo que nos dicen los códices y el cronista Ixtlilxóchitl, los llamados tlailotlaques y chimalpanecas, entre quienes se refiere que abundan los artífices y sabios, obtienen de Quinatzin autorización para establecerse al lado de los tetzcoanos.

Vinieron de las provincias de la Mixteca —escribe el cronista— dos naciones, que llamaban *tlailotlaques* y *chimalpanecas*, que eran asimismo del linaje de los toltecas. Los tlailotlaques... eran consumados en el arte de pintar y hacer historias, más que en las demás artes: los cuales traían por su ídolo principal a Tezcatlipoca. Los chimalpanecas traían por sus caudillos y cabezas a dos caballeros que se decían Xiloquetzin y Tlecatotzin... Quinatzin los casó con sus nietas... Y habiendo escogido de la mejor gente que traían y más a propósito, los hizo poblar dentro de la ciudad de Tetzcuco y a los demás dio y repartió en otras ciudades y pueblos por barrios, como el día de hoy permanecen sus descendientes con los apellidos de Tlailotlacan y Chimalpan, aunque antes habían estado estas dos naciones mucho tiempo en la provincia de Chalco.

Los nuevos inmigrantes no sólo llenan el hueco dejado por los grupos de chichimecas que se rehusaron al cambio, sino que, como podía esperarse, con su sola presencia aceleran lo que hoy llamaríamos el desarrollo cultural de Tetzcuco. Los tlailotlaques enseñarán a los chi-

chimecas lo más elevado de la antigua sabiduría, “el arte de pintar y hacer historias”. Por su parte, los chimalpanecas contribuirán al cambio en diversas formas, entre otras fomentando la agricultura. Gracias también a ambos grupos comenzarán a introducirse las prácticas y creencias religiosas de tiempo antiguo aceptadas por los pueblos sedentarios. Por primera vez, hacia fines del reinado de Quinatzin, es posible hablar de una transformación amplia y profunda. Como un símbolo de lo que es la aculturación de los chichimecas cabe recordar los usos y ceremonias que ha adoptado Quinatzin en su corte. Mejor que nadie describe esto Torquemada:

Como ya por estos tiempos había crecido en mayor número la gente y los señoríos estaban subidos y autorizados, y la policía de los reinos y provincias se había puesto más en punto, ya no se quiso tratar este rey con el uso común y ordinario, antes saliendo de él, como el que estaba criado en grande policía con los señores acolhuas y toltecas, hízose llevar en andas, las cuales fueron rica y costosamente labradas, por ser grandes artifices de toda obra los toltecas que las hicieron... Y de allí lo acostumbró todas las veces que salía de su casa para cualquier parte que fuese. Y de aquí quedó el uso que los demás después tuvieron de tratarse con este imperio y señorío...

Los tiempos de Techtolala

Un último testimonio ofreceremos sobre la rapidez con que se van introduciendo las prácticas que, reiteradamente se dice, son de origen tolteca. Trata éste del nacimiento de Techtolala, el futuro sucesor de Quinatzin. Oigamos a Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin en su *Tercera Relación*.

*Cuando nació el estimado hijo
de Quinatzin Tlaltecatzin,
el llamado Techtolala Coxcoxtzin,
habían transcurrido ya cincuenta y dos años
desde que gobernaba Quinatzin Tlaltecatzin.
Sólo dentro de una redecilla,
en una red,
habían criado a sus hijos
los chichimecas tetzcoanos.
Pero a él lo crió
una mujer noble de Culhuacán,*

*llamada Papaloxochitzin,
“Pequeña flor de mariposa”,
persona noble, de lengua náhuatl.
Ella lo crió ya en una cuna.
Pronto le enseñó la lengua náhuatl,
la lengua de los toltecas.
También lo vistió con su capa,
con su braguero.
La lengua que primero hablaron los tetzcoanos
era el idioma chichimeca,
hablaban como popolocas,
y por primera vez,
él llegó a hablar bien el náhuatl,
Techotlala Coxcoxtzin.*

Herederero de los logros de su padre y educado ya con el refinamiento que era herencia tolteca, Techotlala, que gobierna a Tetzco de 1357 a 1409, tendrá por misión consumir hasta donde le es posible el ya largo proceso de transformación de los chichimecas. Acertadamente nos dice Ixtlilxóchitl, como si hubiera entrevistado la idea y la realidad del futuro concepto de aculturación, que “ya en esta sazón los chichimecas estaban muy interpolados con los de la nación tulteca”. Las medidas que dictará Techotlala consumirán esta “interpolación” de gentes, usos, creencias e instituciones.

Las consecuencias del proceso de aculturación

Una breve reflexión sobre lo que ha sido el largo proceso de contacto cultural y la consiguiente transformación chichimeca nos permitirá destacar algunas de sus causas, al igual que las formas como tuvo lugar. En un principio fueron sólo contactos exploratorios y más o menos casuales. En seguida nace el deseo de adueñarse de las tierras en que hay abundancia de agua y de bosques y en que ha florecido la antigua cultura. En tiempos de Xólotl y Nopaltzin se producen así las primeras formas de asentamiento. Los contactos iniciales se convierten más tarde en primeras formas de vinculación familiar. Tlotzin tipifica una nueva especie de caudillo chichimeca, mestizo ya por su línea materna, de origen tolteca. Otra manera de acercamiento acontece entonces. Esta vez son los pueblos sedentarios los que se interesan en cambiar las costumbres de sus ya inevitables vecinos. El noble



Tecpoyo Achcauhtli de Chalco, que asume la misión de adoctrinar a Tlotzin, ejemplifica mejor que nadie esta actitud. Cuando Tlotzin, que ha asimilado sus enseñanzas, se empeña en transformar a su pueblo introduciendo entre otras cosas la agricultura, hay reacciones opuestas. Muchos aceptan, pero hay otros que se rebelan y prefieren volver a la vida nómada. Quinatzin continuará la empresa iniciada por su padre. También él acogerá la influencia y las enseñanzas de quienes poseen más desarrolladas instituciones culturales. Al recibir a los tlailotlaques y chimalpanecas fomenta nuevas formas de vencer la resistencia de los que no quieren cambiar. Sagazmente, con plena conciencia de que las transformaciones derivan a veces del contacto, pero también de la dirección que el soberano impone a su pueblo, encomienda la educación de su futuro sucesor a gentes de origen tolteca. Así llegará éste a conocer cuáles son los pasos que aún quedan por dar para hacer realidad plena esto que Ixtlilxóchitl llama acertadamente “interpolación” de gentes y culturas.

Por la historia sabemos que Techotlala llevó a feliz término lo que su padre y su abuelo habían iniciado. Con amplia visión de gobernante, dictó nuevas leyes, concertó alianzas y ensanchó considerablemente los dominios de Tetzco. También él dio la bienvenida a otros cuatro grupos de inmigrantes que iban a contribuir a consumir la deseada “interpolación”. Los recién venidos habían sufrido persecuciones por parte del señor de Culhuacán. Techotlala decide protegerlos y

les mandó poblar en la ciudad de Tetzco, por ser gente política y conveniente a sus propósitos para el buen gobierno de su república, y así se poblaron dentro de ella en cuatro barrios, por ser otras tantas las familias de esta gente tulteca, o según en este tiempo se llamaban culhuas: en un barrio poblaron los de la familia de los mexitin, cuyo caudillo se llamaba Ayocuan; el segundo barrio dio a los colhuaques, que tenían por caudillo a Naúhyotl, el tercero a los huitzimahuaques, cuyo caudillo se llamaba Tlacomihua, y el cuarto a los panecas, que su caudillo se decía Achitómetl.

Al sumarse a los grupos ya establecidos de los tlailotlaques y los chimalpanecas, se acrecienta la difusión de las antiguas prácticas y creencias religiosas, que van siendo asimiladas por los chichimecas tetzcocanos. Desde otro punto de vista su presencia también se deja sentir en el uso cada vez más frecuente de la lengua náhuatl en toda la región. Por considerarla como instrumento y vehículo de cultura, Techotlala, que desde pequeño la hablaba, decidió al fin imponerla a todo su pueblo:

Mandó que todos los de la nación chichimeca la hablasen, en especial los que tuviesen oficios y cargos de república, por cuanto en sí observaba todos los nombres de los lugares, y el buen régimen de las repúblicas, como era el uso de las pinturas y otras cosas de policía...

A la paulatina aceptación de los ritos y ceremonias de los pueblos sedentarios se suma la de la lengua náhuatl, que llegará a ser hablada, un siglo más tarde por la gran mayoría de los descendientes de los chichimecas establecidos en el Valle de México. La larga serie de contactos ha hecho posible a los nómadas la práctica de la agricultura, la vida en pueblos y ciudades, el esplendor de la corte a la manera antigua, nuevas formas de sincretismo religioso y de florecimiento en el campo de las artes. Todo ello tras superar naturales resistencias y aun abiertas rebeliones por parte de pequeños grupos. Sin embargo, la felicidad de los últimos años de gobierno de Techotlala no salvaba a Tetzco de la amenaza que se cernía sobre él.

El peligro de la prepotencia del señorío de Azcapotzalco

Los tecpanecas de Azcapotzalco, que también habían experimentado un proceso semejante, tenían por entonces la hegemonía en el valle y en otras varias regiones. El famoso soberano tecpaneca, Tezozómoc, contemporáneo de Techotlala, había hecho suya la región de Tenayuca, se había adueñado del reino de Xaltocan y ensanchaba sus dominios por la región del sur, incluyendo a Coyoacán, Chalco y Amecameca, y lograba que tributaran las gentes del señorío de Culhuacán. Tezozómoc había conquistado lugares más apartados, como Ocuila y Malinalco al occidente, y Cuauhnáhuac por el sur.

El arrogante *tlatoani* que, como lo hacen notar los *Anales de Cuauhtitlán*, se adjudicaba a manera de título el sobrenombre de Xólotl, pretendía en el fondo unificar bajo su mando a la totalidad de los estados chichimecas con el propósito de establecer lo que hoy llamaríamos un imperio. Su impulso, al parecer incontenible, pronto lo llevará a enfrentarse con Tetzco. La derrota infligida por Tezozómoc y la muerte de Ixtlilxóchitl, el príncipe hijo de Techotlala y padre a su vez de Nezahualcóyotl, tendrá por consecuencia una violenta interrupción en el proceso de cambio y florecimiento de Tetzco. Sin embargo, la transformación lograda desde los días de Techotlala no es ya algo que pueda suprimirse o ser reabsorbido por la fuerza dentro de un contexto diferente. Nezahualcóyotl, el más extraordinario de los prínci-

pes chichimecas ya aculturados, será, en alianza con los aztecas, el restaurador de la independencia de su pueblo. Más tarde aumentará su fama como gobernante, legislador, arquitecto, pensador, poeta y consejero de los señores de México-Tenochtitlan.

Refinamiento cultural

Imposible hubiera sido la aparición de hombres como él y su hijo Nezahualpilli sin el largo proceso de más de dos siglos de transformación. El refinamiento que prevalecerá en Tetzcoco a lo largo de sus reinados es fruto del nuevo arraigo cultural alcanzado ya por Techtotlala antes del asedio proveniente de Azcapotzalco. Elocuente descripción nos da el *Códice Matritense* de lo que era entonces la incipiente madurez cultural de los chichimecas y en particular de los tetzcocanos:

*Estos, según se dice,
se nombraban a sí mismos chichimecas,
pero se llamaban ya “los dueños de casas”;
quiere decir que eran ya como los toltecas...
Entonces adquirieron vigor
los señoríos, los principados, los reinos.
Los príncipes, señores y jefes
gobernaron, establecieron ciudades.
Hicieron crecer, extender,
aumentaron sus ciudades...*

Y como supremo elogio de esas poblaciones, entre las que descue-lla Tetzcoco, añade el texto acerca de ellas:

*Se establecía el canto,
se fijaban los tambores.
Se dice que así
pricipiaban las ciudades:
existía en ellas la música.*

Nada tiene de extraño que, ya desde fines del siglo XIV, en estos pueblos y ciudades, cuyo origen se relaciona con el comienzo de la música, al lado de los diversos grupos de artistas aparecieron también los *cuicapicque*, forjadores de cantos o poetas. Aduciendo una vez más el testimonio de Ixtlilxóchitl, recordaremos a uno de ellos, del que nos

dice “venía siempre a la corte de Tetzcocho a hallarse para cualquier ocasión y tratar de su buen gobierno”. El personaje en cuestión, que aparece como muestra excepcional del refinamiento alcanzado en el mundo chichimeca, tiene por nombre Tlaltecatzin, título que hemos visto se dio antes a Quinatzin como reconocimiento a su obra de “ordenador de la tierra”. Al parecer el poeta Tlaltecatzin conocía no poco de la antigua sabiduría de origen tolteca y del arte de la expresión cuidadosa en la lengua de los nahuas. De él se dice que “dejado a ti mismo, en tu casa, expresaste sentimientos y hablaste rectamente”.

La cita que ofreceremos de uno de sus poemas es reflejo de un aspecto de la vida en estas ciudades que han comenzado a existir con la música. Los chichimecas no son ya más errantes cazadores. Tienen ahora un famoso cantor que ha proclamado que, al lado de las flores preciosas, por encima del cacao que beben los príncipes y del humo del tabaco que anima la reunión de los amigos, está la admirable criatura, “la preciosa flor de maíz tostado” que es la mujer. Tlaltecatzin ha visto renacer en Tetzcocho una antigua profesión; sabe que en la ciudad hay grupos de *ahuianime*, “alegradoras”, mujeres de placer. Precisamente a una de ellas dedica su pensamiento y lo mejor de su canto. Al escucharlo, hemos de reconocer que, para bien o para mal, la aculturación de los chichimecas ciertamente había progresado:

*Yo tengo anhelo
—exclama Tlaltecatzin—,
lo saborea mi corazón,
se embriaga mi corazón,
en verdad mi corazón lo sabe.
¡Ave roja de cuello de hule,
fresca y ardorosa,
luces tu guirnalda de flores!
¡Oh Madre!
Dulce, sabrosa mujer,
preciosa flor de maíz tostado,
sólo te prestas,
serás abandonada,
tendrás que irte,
quedarás descarnada.
Aquí tú has venido,
frente a los príncipes,
tú, maravillosa criatura,
invitas al placer.*



*Sobre la estera de plumas amarillas y azules,
aquí estás erguida.
Preciosa flor de maíz tostado,
sólo te prestas,
serás abandonada,
tendrás que irte,
quedarás descarnada.
El floreciente cacao
ya tiene espuma:
se repartió la flor del tabaco.
Si mi corazón lo gustara,
mi vida se embriagaría.
Cada uno está aquí,
sobre la tierra,
vosotros señores, mis príncipes.
Si mi corazón lo gustara,
se embriagaría.*

Quienes vivían como flechadores y no tenían casas, no tenían tierras, quienes solamente se vestían con pieles de animales y se alimentaban con grandes tunas y cactus, son ahora gente de ciudad, gustan de escuchar la música, tienen poetas que forjan cantos en honor de las *ahuianime* o “alegradoras”. Todo esto ocurre a finales del siglo XIV. Contemplándolo a la luz de la historia, pensamos que no es exagerado afirmar que el proceso de aculturación de los chichimecas no era ya sólo deseo, sino que estaba a punto de convertirse en realidad consumada. Como en Europa habían asimilado los germanos la cultura mediterránea, también aquí los antiguos cazadores llegan a apropiarse la experiencia y la sabiduría de los toltecas. Y quizás algunos, como el poeta Tlaltecatzin, no sólo se aculturaron, sino que pasan a ser aventajados aprendices de una nueva forma de vida holgada y placentera.

BIBLIOGRAFÍA

- ALVA IXTLILXÓCHITL, Fernando de, *Obras históricas*, 2 v., México 1891-1892. “Mapa de Tepechpan”, *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, México, 1886 t. III, frente a la p. 368.
- Anales de Cuauhtitlán en Códice Chimalpopoca*, ed. fototípica y traducción de Primo Feliciano Velázquez, México, 1945.
- Códice Xólotl*, ed. preparada por Charles E. Dibble, México, 1951.



- DURÁN, fray Diego, *Historia de las Indias de Nueva España y islas de Tierra Firme*, 2 v. y atlas, publicada por José Fernando Ramírez, México, 1867-1880.
- LEHMANN, Walter, *Die Gesch ichte der Königreiche von Colhuacan und Mexico*, Stuttgart, 1938.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel, "El proceso de aculturación de los chichimecas de Xólotl", *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, 1967, v. VII, p. 59-86.
- SAHAGÚN, fray Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España*, 4 v. México, 1956.
- TORQUEMADA, fray Juan de, *Los 21 libros rituales y monarquía indiana*, 3 v. Madrid, 1723.

7. EL PRIMER SIGLO DE TENOCHTITLAN

La situación política prevaleciente en el Valle de México

Para valorar lo que significó el asentamiento definitivo del pueblo de Huitzilopochtli en el islote de Tenochtitlan, es necesario recordar cuáles eran entonces los distintos grados de poder y desarrollo cultural de los señoríos y reinos que, de tiempos atrás, florecían ya en las riberas de los lagos y en las regiones vecinas. Tres eran los reinos, Azcapotzalco, Culhuacán y Coatlichan, que sobresalían por encima de los otros señoríos, relativamente numerosos.

El reino de Azcapotzalco, situado al noroeste de Tenochtitlan, fue gobernado por el señor de estirpe tecpaneca Acolnahuacatzin (1304-1363). Había éste iniciado el periodo de expansión de su reino y en sus dominios se incluían buena parte de los lagos con los islotes de Tenochtitlan y Tlatelolco. Los tecpanecas de Azcapotzalco, al tiempo del asentamiento de los mexicas, habían demostrado una gran capacidad de organización política, militar y económica. Ello iba a permitirles alcanzar muy pronto la hegemonía entre los pobladores del Altiplano central. Y justamente en sus afanes de dominación no les tocó desempeñar un papel nada secundario a los mexicas que, como tributarios de Azcapotzalco, tuvieron que participar en muchas de sus empresas bélicas y de otra índole.

Al sur de los dominios de Azcapotzalco, en un territorio bien conocido por los mexicas, ya que en él habían vivido hasta su establecimiento en Tenochtitlan, continuaba existiendo el antiguo reino de Culhuacán. Sus gobernantes, de noble origen tolteca, habían hecho posible la pre-

servación de la herencia cultural proveniente de Tula. El señor Coxcoxtli, *huey tlatoani* o jefe supremo de Culhuacán, había tenido una amarga experiencia con los mexicas, que entre otras cosas, durante su estancia en Tizapán, habían sacrificado a una hija suya. Tal hecho, según algunos testimonios que se conservan, fue la gota de agua que colmó la tolerancia culhuacana y obligó a los mexicas a dar el paso decisivo hacia el lago y pasar al islote de Tenochtitlan.

Mas, a pesar de la antipatía por algún tiempo existente entre culhuacanos y mexicas, hubo también, desde los días en que estos últimos vivían en las cercanías de Culhuacán, algunas formas espontáneas de acercamiento y vinculación, concretadas en los matrimonios que, violando prohibiciones, existían entre mexicas y mujeres culhuacanas. Esto tuvo más tarde significativas consecuencias. Cuando el reino de Culhuacán, cuya decadencia iba en aumento, fue a la postre conquistado, brotó en los mexicas la idea de que eran ellos precisamente los legítimos herederos de su realidad política y su cultura, derivadas ambas del antiguo imperio tolteca.

Coatlichan era el tercero de los reinos con particular significación en este momento en el Valle de México. Situado en las riberas orientales del lago de Tetzaco, allí había gobernado un nieto del gran chichimeca Xólotl, el señor Huetzin. Gracias a un hijo de éste, Acolmiztli Huitzilíhuítl, Coatlichan se encontraba, aunque en menor grado que Azcapotzalco, en el umbral de un periodo de expansión. El señorío de Tetzaco, su vecino norteño, gobernado por Quinatzin, otro descendiente de Xólotl, era entonces tributario sumiso de los señores de Coatlichan.

Algunas décadas más tarde, el precario equilibrio de fuerzas, motivado de algún modo por la existencia de los tres reinos —alguna vez aliados— Azcapotzalco, Culhuacán y Coatlichan, se rompió de forma violenta. Primero tuvieron lugar las luchas entre Azcapotzalco y Culhuacán, en las cuales se produjo la derrota de este último.

Más tarde vino el debilitamiento de Coatlichan, atacado por sus vecinos, Tetzaco y Huexotla, apoyados por Azcapotzalco. En un lapso relativamente breve hubo profundas alteraciones en la situación política que había prevalecido en el Valle de México. En los cambios, muchas veces sangrientos, desempeñaron los mexicas un papel de gran importancia.

Dado que, desde su establecimiento en Tenochtitlan, vivían como tributarios de Azcapotzalco, su actuación a lo largo de casi un siglo fue la de aliados forzados o, si se quiere, de proveedores de tropas mercenarias, que debían prestar apoyo a los tecpanecas en sus empresas de conquista. Puede anticiparse que la relación de dependencia

con Azcapotzalco sirvió a los mexicas para adiestrarse en el oficio de la guerra y tomar conciencia de su capacidad y valor extraordinarios en los combates.

Además de los tres importantes reinos de Azcapotzalco, Culhuacán y Coatlichan, hubo también señoríos menores con los que, en diversas ocasiones, tuvieron también que entrar en contacto los mexicas. Los principales fueron: Tenayuca y Xaltocan, al norte, que habrían de sucumbir un día ante la fuerza de Azcapotzalco. Chimalhuacán-Atenco, Chalco y Amaquemecan, al sureste, en donde asimismo subsistían elementos culturales toltecas y de procedencia olmeca tardía, en fusión con los rasgos propios de los chichimecas. Otros estados, que serían también víctimas de la penetración tecpaneca y de sus obligados aliados los mexicas, eran Xochimilco, Mízquic, Cuitláhuac y, bastante más al sur, el señorío tlahuica de Cuauhnáhuac.

Al otro lado de los volcanes, ejercía su influencia el centro de antigua raíz cultural, Cholula, y comenzaban ya a florecer las cuatro cabeceras tlaxcaltecas, al igual que Huexotzinco. Todos estos señoríos, al pasar el tiempo, tendrían que ver, de un modo o de otro, con la nación mexica, que entonces apenas había tomado contacto con el lugar que le tenía predestinado su dios patrono Huitzilopochtli.

Los comienzos de México-Tenochtitlan

Lacónicamente consignan los *Anales de Cuauhtitlán* —fuente náhuatl, pero no mexica— lo que fueron los comienzos de la nueva población: “Entonces tuvo principio México-Tenochtitlan. Sólo unas cuantas chozas empezaron a edificarse. Allí fueron construidas en medio de los carrizales que había en el lugar...”.

Otros relatos de los descendientes directos del pueblo de Huitzilopochtli destacan por encima de todo lo que fue preocupación principal de los sacerdotes y jefes: levantar un primer templo en honor de su dios protector.

El cronista Alvarado Tezozómoc, en su *Crónica Mexicáyotl*, se hace eco de las palabras que entonces debieron decirse:

*Obtengamos piedra y madera,
paguémosla con lo que se da en el agua:
los peces, renacuajos, ranas,
camaroncillos, moscos acuáticos,
culebras del agua, gusanillos laguneros, patos,*

*y todos los pájaros que viven en el agua.
Luego dijeron:
Así se haga.*

*En seguida se pusieron a pescar,
atraparon, cogieron peces,
ajolotes, camaroncillos, ranas
y todos los pájaros que viven en el agua.*

*Y en seguida fueron a vender y a comprar.
Luego regresaron.
Vinieron hacia acá con piedra y madera,
la madera era pequeña y delgada.
Y con esta madera, nada gruesa,
toda ella, la madera delgada,
con ella cimentaron con estacas,
a la orilla de una cueva,
así echaron las raíces del poblado
y el templo de Huitzilopochtli.
El adoratorio aquel era pequeñito.
Cuando se vio la piedra,
cuando se vio la madera,
en seguida empezaron,
apuntalaron el adoratorio.*

*Y de nuevo, por la noche,
dio orden Huitzilopochtli,
habló, dijo:
Escuchad, oh Cuauhtlequetzqui, oh Cuauhcoatl,
estableceos, haced partición,
fundad señoríos,
por los cuatro rumbos del universo...*

Doble sentido había de tener esta orden de Huitzilopochtli. Entendida como profecía, fue un apuntamiento a lo que llegaría a ser el poderío de los mexicas. En un sentido más inmediato, señalaba asimismo el modo como debía distribuirse el poblado en cuatro sectores originales, a la manera de los cuadrantes cósmicos representados en los códices. Al noroeste quedó Atzacualco, “en donde está la compuerta del agua”, sede del barrio colonial de San Sebastián. Al noreste se erigió Cuepopan, “donde abren sus corolas las flores”, futuro barrio novo-

hispano de Santa María la Redonda. Al sureste quedó Zoquiapan, “en las aguas lodosas”, que más tarde se llamaría barrio de San Pablo. Finalmente, al suroeste, estuvo Moyotlan, “en el lugar de los moscos”, el barrio de San Juan, en los días de Nueva España. Estos cuatro sectores originales fueron el germen del poblado que, para transformarse en ciudad, debió de ir ganando tierra al lago. Esto se lograría por medio de las célebres *chinampas* o sementeras flotantes, que se construían haciendo una especie de armazón con varas y carrizos en donde se amontonaban la tierra y cieno del lago. A la postre las chinampas quedarían fijas y unidas al islote, divididas a veces entre sí por algunos canales.

Organizadas las cuatro grandes divisiones, se instalaron los dioses propios de los varios *calpulli*, o sea, de los grupos de distintos linajes que comenzaron a vivir allí. Según el mismo cronista Tezozómoc, unos cuantos años después de la fundación de Tenochtitlan por discordias internas algunos de los mexicas decidieron abandonar la ciudad. Ocurrió en un año 1-Casa, 1337. La consecuencia fue que se consolidara, como población gemela, la que se denominó Tlatelolco, en un islote más pequeño, al norte de Tenochtitlan, en donde, desde tiempos más antiguos, se habían asentado ya otros grupos, anteriores a los de estirpe mexica.

El caudillo Tenoch y los otros jefes del pueblo eran conscientes de que el lugar en donde se habían establecido, Tenochtitlan, pertenecía a los señores tecpanecas de Azcapotzalco. Por ello algunos pensaron que era necesario presentarse en dicha metrópoli aceptando la condición de vasallos y tributarios. Prevaleció, sin embargo, la opinión de que era preferible no hacer tal cosa y aguardar con cautela lo que pudiera ocurrir. El soberano de Azcapotzalco hubo de manifestar expresamente su disgusto ante lo que consideró una especie de invasión de los mexicas. El resultado fue que éstos tuvieron que reconocer su inevitable dependencia, manifestando hallarse prestos a cumplir con los tributos y servicios que les fueran asignados.

Algunos años más tarde, hacia 1367, un nuevo *huey tlatoani* o supremo señor fue entronizado en Azcapotzalco. Es éste el célebre tecpaneca Tezozomoc, que llegaría a desempeñar un papel de suma importancia en el desarrollo histórico de la región central durante más de cincuenta años.

Acerca de la actitud asumida por Tezozomoc con respecto a los tributarios mexicas, existen varios testimonios de particular interés. En ellos se describen las pesadas cargas que el soberano de Azcapotzalco impuso a los habitantes de Tenochtitlan.



Entre otras cosas hubo mandatos que se antojan inverosímiles. Por ejemplo, los mexicas debían traer, en tiempos determinados, una garza que estuviera empollando huevos. El momento en que debía ser ofrecida en Azcapotzalco tenía que coincidir con el nacimiento de los polluelos. Pero, en todos los casos, cuando se recuerdan exacciones como ésta, se añade que Huitzilopochtli acudía en auxilio de su pueblo. He aquí, como muestra, lo que manifestó el supremo sacerdote como mensaje del dios: “Decidles, padre mío, a vuestros hijos los mexicas que no tengan pena, y luego hagan y pongan esto en obra, que yo lo sé y entiendo el modo y arte que será, para que no exceda en un punto lo que piden estos tecpanecas”.

Y haciendo pronóstico de lo que algún día habría de suceder, al ordenar Huitzilopochtli que se cumplieran las exigencias de los tecpanecas, había también dicho: “Con estos mandos (de los tecpanecas) los compramos como esclavos, y lo serían en tiempo adelante sin remisión alguna”.

Veladamente el dios anticipaba que tanta exacción y tantas disposiciones arbitrarias y ofensivas habrían de colmar a la postre la paciencia de los mexicas y, en este sentido, buena cosa eran tales “mandos”, pues, gracias a ellos, los tecpanecas, de señores pasarían a convertirse en esclavos. Testimonios como éstos dejan ver, más que otra cosa, la conciencia que de sí mismos llegaron a tener los mexicas, en cuanto pueblo dueño del destino, y la misión que les tenía asignada su dios Huitzilopochtli.

La nueva organización política de Tenochtitlan

Habiendo muerto el viejo caudillo Tenoch hacia 1369, tuvieron los mexicas que conjurar, una vez más, el doble propósito de transformar su existencia y mantener sus propios valores y tradiciones. Sin hacer supresión de las raíces de su organización tribal, reconocieron que era necesario dar nueva estructura a su realidad social y política. Por esto se decidieron a buscar un *tlatoani* o gobernante supremo que, como sucedía en el caso de otras naciones vecinas, fuera apoyo y guía en futuras empresas. La decisión tomada implicaba además una vinculación con el linaje de origen tolteca. Y en ninguna otra parte mejor que en Culhuacán podía encontrarse lo que buscaban. Ya desde su estancia en tierras de ese señorío, muchos mexicas habían tomado como mujeres a hijas de los culhuacanos.

Aquel noble culhuacano de estirpe tolteca que aceptara gobernarlos tendría así algún parentesco con la nación mexicana. Se presentaron, en consecuencia, los principales y los sacerdotes ante el señor de Culhuacán y, con estas palabras, conservadas en la *Crónica Mexicáyotl*, le manifestaron su propósito:

*¡Oh señor, oh nieto nuestro,
oh rey...!
Venimos a pedirte humildemente
para tu ciudad de Tenochtitlan,
queremos llevarnos a tu siervo, tu recuerdo,
tu hijo y vástago,
nuestro collar, nuestra pluma de quetzal,
el llamado Itzpapálotl Acamapichtli.
Nos lo concederás,
es nuestro hijo mexicano,
también sabemos
que es nieto de los culhuacanos,
es cabello y uña de ellos,
de los señores, de los reyes culhuacanos.
El ha de cuidar
la pequeña ciudad de México-Tenochtitlan...*

El señor culhuacano oyó la súplica de los mexicanos. Hizo consultas y, tras larga deliberación accedió a la demanda. Su respuesta fue la siguiente:

*Que gobierne Acamapichtli
a la gente del pueblo,
a los que son siervos de Tloque Nahuaque
(el Dueño del cerca y del junto),
que es Yohualli Ehécatl,
el que es noche y viento,
de Yaotzin, Tezcatlipoca,
y del sacerdote Huitzilopochtli...*

El señor culhuacano, hablando desde el punto de vista del pensamiento de origen tolteca, se refirió al dios supremo Tloque Nahuaque, el dueño de la cercanía y la proximidad. Bien le pareció que “quien es como la noche y el viento” fuera también venerado por el pueblo de Huitzilopochtli. Tloque Nahuaque, en lo religioso, y el noble Acama-

pichtli, como primer rey o *tlatoani*, debían ser según el pensamiento del jefe culhuacano, los nuevos guías de los aztecas. La pequeña ciudad de Tenochtitlan podría así prosperar. Hubo de aceptar, sin embargo, y expresamente lo manifestó, que los mexicas siguieran siendo también “los siervos de Huitzilopochtli”.

De este modo, México-Tenochtitlan tuvo, como los otros pueblos herederos de la cultura tolteca, un *tlatoani* o supremo gobernante.

Los mexicas eran conscientes, sin embargo, de lo muy adversa que seguía siendo su situación. Tanto acerca de ella, como de sus ambiciones para el futuro, hablaron sin rodeos a Acamapichtli al tiempo de su entronización. Entre otras cosas, según la crónica indígena, le dijeron:

*Oh nieto nuestro, oh señor:
te hemos causado fatiga, has tenido que cansarte,
has llegado a tu pequeña casa,
en medio de los cañaverales, en medio de los carrizales.
Son menesterosos tus tíos, tus abuelos,
nosotros los mexicas chichimecas.
Tú tendrás que atender al servicio
del sacerdote, del portentoso Huitzilopochtli.
Bien sabe tu corazón
que nos hallamos en linderos,
en sitios que son de otra gente,
todavía no es nuestra esta tierra,
habrás de afanarte, de esforzarte,
de trabajar y de obrar como siervo,
pues éstas son tierras propiedad de Azcapotzalco...*

Acamapichtli gobernó durante veintiún años. Durante ese tiempo se prosiguió el mejoramiento de la ciudad. Pudo construirse un nuevo templo, todavía no muy suntuoso, en honor de Huitzilopochtli. Fueron edificándose casas más amplias que se consideraron auténticos palacios. El rostro de los mexicas comenzó a darse a conocer. Se seguían pagando tributos al señor Tezozomocli de Azcapotzalco y la juventud se ejercitaba ya en la guerra, luchando en calidad de forzados aliados de los tecpanecas. Entre otras cosas, Acamapichtli consumó en favor de los propósitos expansionistas de los tecpanecas las conquistas de Xochimilco, Mízquic, Cuitláhuac y Cuauhnáhuac.

Hacia 1396, por vez primera, tuvieron lugar en Tenochtitlan los ritos funerarios propios de la muerte de un *tlatoani*. El señor Acamapichtli, después de haber trabajado esforzadamente en el apoyo y

guía de su pueblo, había terminado su vida en la tierra. El y otros culhuacanos establecidos en Tenochtitlan habían dado origen, a través de uniones matrimoniales con las hijas de los mexicas, a una nueva forma de nobleza, considerada ya como parte integrante de los seguidores de Huitzilopochtli. No pocos de los antiguos principales mexicas se habían identificado con este grupo. Así empezó a existir la clase de los *pipiltin*, los nobles, con atributos y privilegios que, como se puede comprobar en la organización social y política de los aztecas, eran distintos de los que correspondían a la gente común, los hombres del pueblo o *macehualti*

El reinado de Huitzilíhuitl

En el año 1397 fue elegido como *huey tlatoani* uno de los hijos de Aca-mapichtli, el nombrado Huitzilíhuitl, al que correspondió continuar la obra iniciada, manteniendo a la vez la preponderancia de los *pipiltin* o nobles. Huitzilíhuitl, a través de enlaces matrimoniales, obtuvo sa-gazmente beneficios para su pueblo.

Primeramente escogió como mujer a una hija del viejo Tezozo-moctli de Azcapotzalco. Su parentesco con la nobleza de este lugar bien pronto significó la reducción de cargas y tributos. Igualmente le permitió alcanzar algo de suma importancia para el bienestar de Tenochtitlan. En el islote era escasa el agua y la que se sacaba del lago no siempre era aprovechable. Valiéndose de la intervención de un hijo suyo, Chimalpopoca, nieto del tecpaneca Tezozomocli, logró Huitzilíhuitl que el señor de Azcapotzalco consintiera en la construcción de un pequeño acueducto desde Chapultepec a México-Tenochtitlan. Entonces, por primera vez, la ciudad contó con agua traída de fuera. La condescendencia del viejo Tezozomocli provocó, sin embargo, el disgusto de algunos tecpanecas, entre ellos, de manera muy especial, el del príncipe Maxtlaton. Su odio a los mexicas había de acrecentarse y, años más tarde, sería la causa más visible de una guerra declarada que pondría en peligro la existencia de Tenochtitlan.

Huitzilíhuitl, que se había vinculado con la nobleza tecpaneca, consiguió, gracias a un matrimonio posterior, otra suerte de beneficios. Al desposarse con una hija del señor de Cuauhnáhuac, pudo traer fácilmente a la ciudad productos que abundan en la llamada “tierra caliente”. Entre otras cosas obtuvo, con el beneplácito de sus nuevos parientes, el algodón requerido para dar mejor indumentaria a su pue-

blo, así como gran variedad de frutos hasta entonces no probados en Tenochtitlan.

Como había acontecido durante los días de Acamapichtli, también ahora los mexicas guiados por Huitzilíhuítl tuvieron que participar, al lado de Azcapotzalco, en muchas acciones bélicas. El poder de Tezozomocitli había llegado a su máxima expresión. De tiempo atrás Culhuacán le estaba ya sometida. Por el norte, las conquistas abarcaban al antiguo reino de Xaltocan. Finalmente, en 1418 —con ayuda mexica— los tecpanecas vencieron a sus rivales de Tetzoco, tras haber dado muerte al señor Ixtlilxóchitl, el padre del príncipe Nezahualcóyotl.

Tezozomocitli —ya de edad muy avanzada— veía con condescendencia al pueblo gobernado por su yerno Huitzilíhuítl. Éste había dado de hecho pasos muy significativos en su constante empeño de superación. Así, en Tenochtitlan, el culto a los dioses, y particularmente a Huitzilopochtli, florecía como nunca. Las incipientes escuelas, los *tel-pochcalli* o casas de jóvenes y los *calmécac*, recintos de cultura superior, recibían cada vez mayor número de niños que debían formarse allí. También el mercado, con productos traídos de lugares apartados, empezaba a dar señales de prosperidad. En una palabra, aunque Tenochtitlan seguía siendo en rigor tributaria de Azcapotzalco, mostraba ya cambios extraordinarios.

El momento de la gran crisis

La muerte de Huitzilíhuítl, ocurrida hacia 1417, marcó el principio de una situación mucho menos propicia. El nieto de Tezozomocitli, el príncipe Chimalpopoca, fue elegido entonces como tercer *tlatoani* de Tenochtitlan. Unos cuantos años después, fallecía el anciano señor de Azcapotzalco. Los acontecimientos tomaron entonces un sesgo francamente desfavorable para la nación mexica. Maxtlaton, su antiguo enemigo, se adueñó del trono tecpaneca. Entre sus primeros propósitos figuró atajar cuanto antes el desarrollo de Tenochtitlan.

Numerosos son los relatos que se conservan sobre la actuación de Maxtlaton, que, entre otras cosas, eliminó a Chimalpopoca en el año 12-Conejo, 1426.

La situación de los mexicas, amenazados por los tecpanecas, se tornó en extremo difícil. La conmoción que todo ello produjo en Tenochtitlan nos la pinta con breves palabras el siguiente texto, que corresponde a la *Crónica Mexicáyotl*: “Mucho se afligían los mexicas cuando se les

decía que los tecpanecas de Maxtlaton los harían perecer; los rodearían en son de guerra...”.

La presencia en la ciudad de varios hombres excepcionales ayuda a comprender cómo la nación azteca superó entonces el peligro y se encaminó al logro de su propia grandeza. Figuras próceres fueron en este contexto el nuevo *tlatoani* Itzcóatl, hijo del señor Acamapichtli; Motecuhzoma Ilhuicamina, vástago de Huitzilíhuitl, y otro descendiente de este último, el célebre Tlacaélel, que actuaría más tarde como consejero de varios gobernantes mexicas. También la alianza del sabio Nezahualcóyotl, que por ese tiempo se esforzaba en liberar a Tetzco del yugo a que lo tenía sometido Azcapotzalco contribuyó sobremedera a alcanzar una victoria que parecía imposible.

A estos cuatro personajes —si nos fiamos de lo que refieren las fuentes indígenas— debe atribuirse la resistencia y después el triunfo, casi inverosímil, sobre los poderosos tecpanecas.

Acudiendo al testimonio del cronista indígena Chimalpahin se sabe que:

*Vencieron a los tecpanecas de Azcapotzalco
a los de Coyohuacan y Xochimilco
y a la gente de Cuicláhuac.
Fue Tlacaélel quien, levantándose,
combatió primero e hizo conquistas
y así sólo vino a aparecer
porque nunca quiso ser gobernante supremo
en la ciudad de México-Tenochtitlan,
pero de hecho a ella vino a mandar...*

Más lacónicamente consigna esto mismo la *Crónica Mexicáyotl* al expresar que, en un año 1-Pedernal, 1428, “fueron conquistados los de Azcapotzalco”. El usurpador Maxtlaton, tras la pérdida de la capital tecpaneca, huyó a sus antiguos dominios de Coyoacán. Allí, una vez más, las fuerzas de los mexicas lo asediaron hasta infligirle la más completa derrota.

El triunfo alcanzado por el ejército mexica y sus aliados tetzcoanos se completó con la ocupación de distintos señoríos que habían estado hasta entonces sojuzgados por los tecpanecas.

Tal fue el caso, entre otros varios, de Xochimilco y luego de Tetzco, cuya recuperación era uno de los objetivos principales del joven Nezahualcóyotl. La liberación de Tetzco y la consolidación de la ple-



na independencia de México-Tenochtitlan marcaron el comienzo de lo que iba a ser el último siglo de esplendor.

En tal aspecto, papel de suma importancia había de tener en los futuros acontecimientos la constitución formal de una triple alianza entre Tenochtitlan, Tetzcoco y Tlacopan, este último a modo de “estado pelele”, en sustitución de Azcapotzalco. El nuevo equilibrio en la región central facilitaría sobre todo la expansión de los mexicas, tanto a través del comercio como de las guerras de conquista, concebidas en función de su pensamiento místico-guerrero y de pueblo escogido del Sol.

BIBLIOGRAFÍA

BERNAL, Ignacio, *Tenochtitlan en una isla*, México, 1959.

CASO, Alfonso, “El águila y el nopal”, *Memorias de la Academia de la Historia*, México, 1946, t. V, p. 93-104.

———, *El pueblo del sol*, México, 1953.

DURÁN, fray Diego, *Historia de las Indias de Nueva España y Islas de Tierra Firme*, 2 v. y atlas, publicada por José Fernando Ramírez, México, 1867-1880.

KRICKEBERG, Walter, *Las antiguas culturas mexicanas*, México, 1961.

LEÓN-PORTILLA, Miguel, *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, 3a. ed., México, 1971.

8. CASI CIEN AÑOS DE GRANDEZA DEL PUEBLO DEL SOL

En los manuscritos de cantares prehispánicos se deja entrever cuál fue la actitud de los mexicas al sentirse libres de cualquier sujeción, como dueños absolutos de la tierra que les tenía asignada su dios. Varios son los himnos, verdaderos cantos épicos, en que los antiguos forjadores de poesía expresaron su orgullo de ser pueblo predestinado al triunfo en la guerra; seguidores de Huitzilopochtli, identificado con el Sol.

El poema literario en el cual se exalta a la ciudad de Tenochtitlan fue compuesto al parecer varios años después de la victoria sobre los tecpanecas de Azcapotzalco. En él, a través de un enjambre de símbolos, surge luminosa la imagen de la metrópoli edificada en medio de los lagos. Tenochtitlan es la casa del Dador de la vida. El a su vez la protege, la embellece y le da su palabra de mando: aurora de guerra, volun-



tad de conquista, atributo irrenunciable de la gente que allí mora. He aquí la versión del texto náhuatl:

*Haciendo círculos de jade se muestra la ciudad,
irradiando rayos de luz, cual plumas de quetzal,
se levanta México-Tenochtitlan.*

*Allí son llevados en barcas los nobles:
sobre ellos se extiende florida niebla.*

*¡Es tu casa, Ipalnemohuani, Dador de la vida!
Reinas tú aquí.*

*En Anáhuac se oyen tus cantos:
sobre los hombres se extienden.*

*En Tenochtitlan se yerguen los sauces blancos
aquí las blancas espadañas:
tú, cual garza azul, extiendes tus alas volando,
tú las abres y embelleces a tus siervos.*

*Huitzilopochtli revuelve la hoguera,
da su palabra de mando
hacia los cuatro rumbos del universo.
¡Hay aurora de guerra en la ciudad!*

La realización del destino de Tenochtitlan iba a depender en gran medida de la sagacidad y sabiduría de sus dirigentes, entre ellos los sacerdotes, sabios maestros y jueces, capitanes y guerreros, jefes de los mercaderes y artistas. Las decisiones más importantes tenían que corresponder, como es obvio, a los gobernantes supremos, a la serie de *tlatoque*, elegidos por los mexicas hasta los días de la Conquista.

Un periodo de transformaciones

Los años que siguieron al triunfo sobre Azcapotzalco constituyen —conviene reiterarlo— un periodo de cambios radicales. Itzcóatl, el *huey tlatoani* vencedor, asistido siempre por su eficaz consejero Tlaacélel, fue quien inició las reformas. Primeramente concedió títulos de nobleza a los capitanes que se habían distinguido en la guerra. Luego hizo distribución de las tierras conquistadas. No sólo los nobles o *pipiltin* se vieron favorecidos, sino también la gente del pueblo, los integrantes

de los *calpulli* o barrios, gozaron de semejante beneficio. Tanta importancia tuvo esta antigua distribución de tierras que, todavía en tiempos de Nueva España, en algunas reclamaciones formuladas por indígenas, como en la que se incluye en el *Códice Cozcatzin*, se apeló expresamente a esta temprana disposición de Itzcóatl y Tlacaélel.

Sobre la decisiva influencia que tuvo Tlacaélel en el ánimo de Itzcóatl, conviene recordar algunos testimonios sumamente expresivos. En el *Códice Ramírez* se dice: “No se hacía en todo el reino más que lo que Tlacaélel mandaba...”. Por su parte, la *Crónica Mexicáyotl* adjudica a Tlacaélel un título que no se ha encontrado atribuido a ningún otro señor o jefe de la nación azteca. Dicho título es el de *Cemanáhuac tepehua*, que, literalmente traducido, significa “conquistador del mundo”. He aquí un expresivo pasaje de la *Séptima relación* del cronista Chimalpain:

“El primero en la guerra, el varón fuerte, Tlacaélel, como se verá en los libros de años, fue quien anduvo proclamando, quien anduvo siempre persuadiendo a los mexicas de que su dios era Huitzilopochtli...”.

En realidad, si se da crédito al conjunto de testimonios que se conocen sobre la actuación de Tlacaélel, se habrá de reconocer su capital importancia no sólo durante el reinado de Itzcóatl, sino también a lo largo de posteriores gobiernos de Motecuhzoma Ilhuicamina y Axayácatl. A sugerencia de Tlacaélel, además de los títulos de nobleza otorgados y de la repartición de tierras, se implantaron otros cambios fundamentales en la organización política, social, económica y religiosa.

Una nueva conciencia histórica

Paso previo en el pensamiento del sagaz consejero fue forjar lo que hoy llamaríamos una “conciencia histórica”, de la que pudieran estar orgullosos los mexicas. Reunido Tlacaélel con Itzcóatl y otros jefes principales, se acordó quemar los antiguos libros de pinturas de los pueblos vencidos y algunos de los mismos mexicas, porque en ellos, en vez de reconocerse el verdadero destino de los escogidos de Huitzilopochtli, se daba cabida a apreciaciones erróneas. Se concibió entonces la historia como instrumento de exaltación de la propia grandeza y de la dominación sobre otros pueblos. Del *Códice Matritense* proviene el texto que refiere cómo tuvo lugar esta quema de libros de pinturas:

*Se guardaba su historia,
pero entonces fue quemada:
cuando reinó Itzcóatl en México.*



*Se tomó una resolución,
los señores mexicas
(Tlacaélel, Motecuhzoma Ilhuicamina y otros)
dijeron:
No conviene que la gente
conozca estos libros de pinturas.
Los que están sujetos,
se echarán a perder,
y andará torcida la tierra,
porque en ellas se guarda mucha mentira
y muchos en estas pinturas han sido tenidos
falsamente por dioses.*

Quemados los viejos libros de pinturas, se elaboró entonces una nueva visión de la historia. Las fuentes indígenas de procedencia mexicana que hoy se conservan son la mejor prueba. Concebidas para ser fundamento de la propia grandeza, se subraya en ellas la importancia del pueblo de Huitzilopochtli, relacionándolo de diversas formas con los toltecas y con otras naciones poderosas. Los antiguos númenes tribales, Huitzilopochtli y su madre Coatlicue, se sitúan en el mismo plano que las divinidades creadoras veneradas por los toltecas.

Visión místico-guerrera del mundo

No sólo la historia, sino también el pensamiento religioso fueron objeto de nuevos modos de interpretación. Esto sobre todo se hace patente en los mitos de contenido cosmogónico. De tiempo atrás se sabía que el mundo había existido de manera intermitente a través de varias edades o *soles*. En cada caso, después de un periodo de luz y de vida, había habido un cataclismo. Se sucedieron así las edades o soles de tierra, viento, fuego y agua. La edad presente, quinta de la serie, había tenido su origen en Teotihuacan, cuando los dioses, reunidos junto al fogón divino, crearon un nuevo sol, llamado de *movimiento*. En esta quinta edad vivió Quetzalcóatl en Tula, era el sol bajo el cual el pueblo mexicana debía desarrollar su historia.

El quinto sol, al igual que los anteriores, terminaría un día. Precisamente esta idea del acabamiento cósmico, que para otros era motivo de preocupación angustiada, fue para los mexicas raíz de su visión místico-guerrera del mundo. Debía haber también un modo de posponer indefinidamente el cataclismo final. Si los dioses se habían sacrificado

en Teotihuacan para que el sol se moviera y los hombres existieran, de igual forma, con el sacrificio de los humanos, con su sangre, debía fortalecerse la vida del sol. Multiplicando los sacrificios de hombres, cuyo corazón y sangre se ofrecieron al Sol-Huitzilopochtli, éste, lejos de desfallecer, mantendría henchida de luz la edad presente, los tiempos históricos, el ámbito de prepotencia de su pueblo escogido.

Los ideales mexicas de hegemonía y de conquista recibieron así su justificación más plena. Había que luchar —según lo expresó “Tlacaélel— para recoger y atraer a sí y a su servicio [del Sol-Huitzilopochtli] a todas las naciones con la fuerza de su pecho y de su cabeza...”. Situados los aztecas al lado de Huitzilopochtli, no dudaron ya de que realizaban una suprema misión al someter a otras naciones y obtener víctimas para el sacrificio. Las guerras de conquista, emprendidas por cuenta propia, y no como antes en servicio de Azcapotzalco, adquirían honda connotación religiosa y un sentido de místico acercamiento a la divinidad de cuya fuerza dependía el existir del mundo y la totalidad de los seres humanos.

Reestructuración del Estado azteca

Cimentada la nueva visión de la historia, con el pasado y la realidad entera concebida en función del destino del Pueblo del Sol, consagró Tlacaélel su atención al logro de sus ya proclamados ideales. Ello implicaba diversas formas de reorganización en la estructura del Estado azteca. En el campo político, además de haber otorgado títulos de nobleza y mando a los guerreros que se habían distinguido en la lucha contra Azcapotzalco, debía darse mayor agilidad a la administración pública en sus distintos niveles. Entre otras cosas se organizaron varios consejos o cuerpos colegiados, que debían auxiliar al *huey tlatocani* y al *cihuacóatl* en tareas específicas. El más importante de estos consejos, el *Tlatocan*, estaba integrado por cuatro nobles o *pipiltin*, que actuaban como jueces de la más alta jerarquía; su opinión siempre se tomaba en cuenta en asuntos particularmente difíciles o de primordial importancia; eran electores y posibles elegidos en caso de muerte del gobernante supremo.

Por sugerencia de Tlacaélel, se dispuso la organización de otros varios cuerpos auxiliares. El cronista fray Diego Durán, al describir con cierto detalle sus funciones, proporciona buen ejemplo de “una aculturación conceptual”. Es decir que, para hacer comprensible a sus lectores hispanos lo que desea exponer sobre los sistemas de organi-

zación indígena, se vale muchas veces de conceptos y vocablos tomados de la terminología política y judicial española. A pesar de esto — que puede ser un escollo para acercarse a la mentalidad mexicana— su exposición refleja lo que pudo él indagar basándose en testimonios nativos de primera mano. Entre otras cosas Durán escribió lo siguiente:

Puso [Tlacaélel] consejos casi tantos como los que hay en España. Puso diversos consistorios que eran como audiencias de oidores y alcaldes de corte; asimismo otros subordinados como corregidores, alcaldes mayores, tenientes, alguaciles mayores e inferiores, con un concierto tan admirable que, entendiendo en diversas cosas, estaban de tal suerte subordinados unos a otros, que no se impedían, ni confundían en tanta diversidad de cosas, siendo siempre lo más encumbrado el consejo de los cuatro príncipes que asistían con el rey, los cuales, y no otros, daban sentencias en otros negocios de menos importancia, pero habían de dar a éstos memorial de ello; los cuales daban noticias al rey cada cierto tiempo de todo lo que en su reino pasaba y se había hecho.

Puso asimismo este rey, por consejo e industria del sabio Tlacaélel, en muy gran concierto su casa y corte, poniendo oficiales que le servían de mayordomos, maestresalas, porteros, coperos, pajes y lacayos, los cuales eran sinnúmero, y en todo su reino sus factores, tesoreros y oficiales de hacienda. Todos tenían cargo de cobrar sus tributos, los cuales le habían de traer por lo menos cada mes, que era como queda ya referido, de todo lo que en tierra y mar se cría, así de atavíos como de comida.

Puso asimismo no menos orden que éste, ni con menos abundancia de ministros de jerarquía eclesiástica de sus ídolos, para lo cual había tantos ministros supremos e ínfimos que me certifican que venía a tal menudencia que, para cada cinco personas, había uno que los industriaba en su ley y culto de sus dioses....

A través de estos cuerpos y consejos, base de una más eficaz administración estatal, Tlacaélel fue consolidando la grandeza interna de la nación mexicana.

Las primeras conquistas de los mexicas

Los ejércitos de Tenochtitlan sometieron primeramente los señoríos de Cuitláhuac, Cuauhnáhuac, Tlachco (Taxco) y Yohuallan (Iguala), los dos últimos en territorio del actual estado de Guerrero. Por su parte el reino aliado de Tetzoco había ensanchado sus fronteras, contando con el apoyo de Itzcóatl. Los dominios de la Triple Alianza llegaron a

abarcar, por el oriente, varios señoríos, como los de Cuauhquechollan (Huaquechula) e Itzacan (Izúcar) en el estado de Puebla.

Reinado de Motecuhzoma Ilhuicamina

A Itzcóatl, que falleció en 1440, sucedió en el rango de *huey tlatoani* el príncipe Motecuhzoma Ilhuicamina. Este, de valor bien comprobado en la guerra de Azcapotzalco, era hijo de Huitzilíhuítl y medio hermano, por la rama paterna, de Tlacaélel. Entre los primeros empeños de Motecuhzoma debe mencionarse la orden de comenzar a edificar un templo mayor, más rico y suntuoso, en honor de Huitzilopochtli. En él debían sacrificarse numerosas víctimas de entre los cautivos hechos en las nuevas guerras, dirigidas a ensanchar los dominios del Pueblo del Sol.

Conquistas en tiempos de Motecuhzoma Ilhuicamina

Motecuhzoma Ilhuicamina sometió a los otomíes de Xilotepec y penetró hasta la región de Zimapán. Por el sur afianzó primeramente el poder mexica en tierras de los actuales estados de Morelos y Guerrero, preparándose para la penetración de sus ejércitos en varios puntos de Oaxaca y Veracruz. Hacia 1458 emprendió varias campañas contra el señorío mixteca de Coixtlahuacan, hasta que logró su completa sujeción tres años más tarde.

La ayuda proporcionada por los tetzcoicanos hizo posible el avance hacia la región del golfo de México. Hacia 1463, el territorio comprendido entre Cuetlaxtlan y Chalchiuhcueyehcan (donde existen hoy la ciudad y puerto de Veracruz) pasó a formar parte de las provincias tributarias de Tenochtitlan. Todavía en tiempos de Motecuhzoma Ilhuicamina, los mexicas se impusieron en la región de Chalco-Amaquemecan y en las de Tepeaca, al sur del estado de Puebla, y Ahuilizapan (Orizaba), muy cerca de los grandes núcleos de población totonaca.

Según los testimonios de varios cronistas, entre ellos de Alvarado Tezozómoc, la afluencia de tributos recibidos en la metrópoli azteca fue grande. Entre otras cosas llegaban a la ciudad grandes cantidades de oro en polvo y en joyas, piedras preciosas, cristales, plumas de todos los colores, cacao, algodón, paños labrados con diferentes labores y hechuras, escudos, pájaros vivos de apreciada pluma, águilas, gavilanes, garzas, pumas, tigres traídos en sus jaulas, conchas de mar, caracoles, tortugas, plantas medicinales, jícaras, pinturas curiosas, camisas y

enaguas de mujer, capas y bragueros, esteras y sillas, maíz, frijol, chía, madera, carbón y toda suerte de frutas.

Expedición en busca del mítico Aztlán

En medio de tal abundancia, Motecuhzoma Ilhuicamina, aconsejado por Tlacaélel, puso en marcha diversos proyectos dirigidos al engrandecimiento de la nación mexicana. Entre otras cosas, Motecuhzoma envió una expedición en busca del mítico lugar llamado *Aztlán*, de donde se decía que procedían los aztecas. La idea subyacente era descubrir de manera tangible las raíces del pasado remoto.

Confundiendo artificiosamente la realidad y el mito, cuando regresaron los enviados afirmaron haber descubierto el antiguo lugar de las siete Cuevas, *Chicomóztoc*, y el viejo *Culhuacán*, junto a una gran laguna, en donde todavía vivía la madre de Huitzilopochtli, la diosa Coatlicue. Los emisarios afirmaron haberla contemplado y haberle hecho presentes, a nombre de los aztecas y del señor de éstos, Motecuhzoma Ilhuicamina.

Esta expedición a las llanuras del norte, con la mítica visita a Coatlicue, que parece recordar la entrevista de Sancho con Dulcinea del Toboso, pone de manifiesto, una vez más, que los mexicanos estaban empeñados en encontrar y exaltar sus propios orígenes históricos.

Persiguiendo este mismo fin, y también por consejo de Tlacaélel, Motecuhzoma mandó esculpir en unos peñascos de Chapultepec su efigie y la del mismo Cihuacóatl, “para que viendo allí nuestra figura, se acuerden nuestros hijos y nietos de nuestros grandes hechos y se esfuercen en imitarnos”.

Crecía así cada vez más el prestigio y la gloria del Pueblo del Sol. Es cierto que también hubo que hacer frente a grandes problemas, no ya sólo de guerras, sino también de calamidades, como la famosa gran hambre, que comenzó el año de 1454 y duró otros dos más, debida a una sequía que asoló al Valle de México y sus alrededores. Sin embargo, de esta y de otras dificultades salieron adelante los mexicanos, apoyados siempre en su voluntad indomable, manifiesta desde los tiempos de su peregrinación.

El primero de los Motecuhzoma murió en un año 2-Pedernal (1468), tras un largo reinado de casi tres décadas. A su muerte, los electores mexicanos ofrecieron a Tlacaélel el rango supremo de *huey tlatoani*. Pero el sagaz consejero que, ya desde la muerte de Itzcóatl, había desechado otras sugerencias en el mismo sentido, rehusó nuevamente el car-



go. A instancias suyas se eligió entonces a Axayácatl, que, por cierto, era el menor de los tres hermanos que habrían de sucederse en el trono mexica. El padre de éstos había sido un noble, hijo de Itzcóatl, que nunca ocupó el rango de *huey tlatoani*. Su nombre era el mismo que el del célebre señor de Azcapotzalco, es decir, Tezozomocli.

Reinado de Axayácatl

El gobierno de Axayácatl prosiguió las conquistas llevadas a cabo por los ejércitos mexicas.

Entre éstas hubo una en extremo significativa, la de la ciudad gemela y hermana, situada en el islote vecino conocido con el nombre de Tlatelolco.

En apariencia, los motivos de la guerra fueron de índole familiar. Una hermana de Axayácatl, casada con el señor de Tlatelolco, Moquíhuix, se quejó de las ofensas e infidelidades de su esposo. Aunque esto fue la ocasión de la guerra, en el corazón de los mexicas existía ya la determinación de imponerse de manera absoluta sobre sus hermanos de Tlatelolco. La lucha, que estalló en 1473, fue rápida y fácil. De ella resultó la incorporación total de Tlatelolco a Tenochtitlán.

Consumada la victoria, Axayácatl dirigió personalmente una campaña contra varios señoríos mazahuas, matlatzincas y otomíes, establecidos en el valle de Toluca. Según cuenta Diego Durán, para poder salir al frente del ejército mexica, tuvo Axayácatl que interrumpir otras formas de actividad de mucho interés. Las antiguas doctrinas religiosas, la poesía y la ciencia del calendario, que le eran familiares desde sus días de estudiante en el *Calmécac*, seguían cautivando su atención. Hasta poco antes de emprender las conquistas, se hallaba ocupado en vigilar cómo se tallaba la que Durán describe como “piedra famosa y grande, muy labrada, donde estaban esculpidos las figuras de meses, años, días y semanas, con tanta curiosidad que eran cosa de verse”.

Interrumpiendo la supervisión directa del trabajo de los canteros, que estaban por terminar la que actualmente se conoce como “piedra del Sol”, marchó Axayácatl a someter a los mencionado grupos habitantes del valle de Toluca. Esta vez una grave herida en un muslo costó el triunfo a Axayácatl.

La guerra contra los tarascos

Las celebraciones de la victoria fueron largas y solemnes en Tenochtitlan. El anciano consejero Tlacaélel concibió con renovado entusiasmo la idea de emprender otra conquista de suma importancia.

Era absolutamente necesario imponerse sobre los habitantes de Michoacán y, con los cautivos que de allí habían de traerse, inaugurar al fin el recinto en donde iba a colocarse la piedra del Sol, obra en la que tanto empeño había puesto Axayácatl. Hacia 1478, el soberano y sus aliados, con un ejército que, según los cronistas, estuvo formado por veinticuatro mil hombres, marcharon con rumbo al occidente, hacia la región poblada por los renombrados purépechas. El historiador indígena Chimalpahin conserva un fragmento del discurso que, según la tradición, pronunció entonces Axayácatl:

*Ahora nos acercamos a Michoacán,
sobre ellos han caído,
habrán de caer los viejos guerreros mexicas,
allá vendrán a exponerse al peligro,
vendrán a terminar la obra de viejos águilas,
el guerrero,
el águila experimentada,
el Huitznáhuatl,
la antigua nobleza...*

Situados ya los mexicas en territorio enemigo, muy cerca de Tlaximaloyan (Tajimaroa), descubrieron por sus espías que el ejército de Michoacán era, según se dijo, más poderoso, puesto que tenía cerca de cuarenta mil hombres. Lo imprevisto e inevitable sucedió entonces. Los mexicas —citando las palabras de Diego Durán—

acometieron a los tarascos, y fue tan sin provecho la remetida, que como moscas —dice la historia— que caen en el agua, así cayeron todos en manos de los tarascos. Y fue tanta la mortandad que en ellos hicieron, que los mexicanos tuvieron por bien de retirar la gente que quedaba porque no fuese consumida y acabada...

Triste fue esta vez el regreso a Tenochtitlan. La descripción hecha por los cronistas indígenas, tanto de la llegada de los sobrevivientes derrotados como de las exequias y otras ceremonias religiosas que tuvieron entonces lugar, es ciertamente dramática:



Los viejos comenzaron a cantar, y todos atados y trenzados los cabellos, con cueros colorados, señal de tener tristeza por su capitán, y como buenos soldados y amigos, hacían aquel sentimiento, ayudando con lágrimas a las mujeres, hijos y parientes....

Axayácatl fue confortado y consolado por los sacerdotes, los nobles, los ancianos y en especial por Tlacaélel. Mas no por esto se apagó su profundo dolor, según refleja un poema suyo, compuesto, a lo que parece, poco tiempo después de su regreso a Tenochtitlan. En el manuscrito de cantares mexicanos, en el cual se incluye, aparece esta clara anotación:

Lo hizo cantar el señor Axayácatl cuando no pudo conquistar a los de Michoacán, sino que se regresó de Tlaximaloyan, porque no sólo murieron muchos capitanes y guerreros, sino que muchos se fueron huyendo...

“Canto de ancianos”, *huehuecuícatl*, se tituló la composición. En ella, si bien se hace patente el llanto por la derrota, tampoco falta una exhortación a los guerreros valientes para que recobren el ánimo y recuerden que quienes son conquistadores de tiempos antiguos, deben volver a la vida y al triunfo.

Tlacaélel

Como puede verse, las nuevas reformas de Tlacaélel se refieren a tres aspectos básicos: organización política y jurídica, cambios en la administración económica y finalmente modificaciones en la organización sacerdotal y en las formas de culto que debían darse a sus dioses. Respecto de este último punto, es conveniente recordar que ya mucho antes de los tiempos aztecas se practicaban los sacrificios humanos. Sin embargo, en lo que toca a la frecuencia de este rito, verosímilmente puede afirmarse que fue Tlacaélel quien elevó su número, de acuerdo con la idea de preservar la vida del Sol con la sangre de las víctimas.

En honor de Huitzilopochtli se empezó a edificar luego —por consejo también de Tlacaélel— un templo mayor, rico y suntuoso. En él se iban a sacrificar numerosas víctimas al Sol-Huitzilopochtli, que había llevado a los mexicas a realizar grandes conquistas: primero de los señoríos vecinos, y luego de los más lejanos de Oaxaca, Chiapas y Guatemala. Hablando con el rey Motecuhzoma Ilhuicamina, a propó-

sito de la dedicación del templo mayor de Tenochtitlan, se expresó así Tlacaélel:

Sacrifíquense esos hijos del Sol, que no faltarán hombres para estrenar el templo, cuando estuviese del todo acabado. Porque yo he pensado lo que de hoy más se ha de hacer; y lo que se ha de venir a hacer tarde, vale más que se haga desde luego, porque no ha de estar atenido nuestro dios a que se ofrezca ocasión de algún agravio para ir a la guerra. Sino que se busque un cómodo y un mercado donde, como a tal mercado, acuda nuestro dios con su ejército a comprar víctimas y gente que coma; y que bien así como a boca de comal de por aquí cerca halle sus tortillas calientes cuando quisiera y se le antojase comer, y que nuestras gentes y ejércitos acudan a estas ferias a comprar con su sangre y con la cabeza y con su corazón y vida las piedras preciosas y esmeraldas y rubíes y las plumas anchas y relumbrantes, largas y bien puestas, para el servicio del admirable Huitzilopochtli.

Disposiciones de Tlacaélel, introducidas después de la muerte de Itzcóatl, cuando reinaba ya en México-Tenochtitlan el valeroso Motecuhzoma Ilhuicamina:

Era entonces Tlacaélel ya hombre muy experimentado y sabio. Y así por su consejo e industria puso el rey Motecuhzoma, primero de este nombre, en mucho orden y concierto todas sus repúblicas.

Puso consejos casi tantos como los que hay en España. Puso diversos consistorios que eran como audiencias de oidores y Alcaldes de corte: asimismo otros subordinados como corregidores, alcaldes mayores, tenientes, alguaciles mayores e inferiores, con un concierto tan admirable que entendiendo en diversas cosas, estaban de tal suerte subordinados unos a otros, que no se impedían, ni confundían en tanta diversidad de cosas, siendo siempre lo más encumbrado el consejo de los cuatro príncipes que asistían con el rey, los cuales, y no otros, daban sentencias en otros negocios de menos importancia, pero habían de dar a éstos memorial de ello; los cuales daban noticias al rey cada cierto tiempo de todo lo que en su reino pasaba y se había hecho.

Puso asimismo este rey por consejo e industria del sabio Tlacaélel en muy gran concierto su casa y corte, poniendo oficiales que le servían de mayordomos, maestresalas, porteros, coperos, pajes y lacayos, los cuales eran sinnúmero, y en todo su reino sus factores, tesoreros y oficiales de hacienda. Todos tenían cargo de cobrar sus tributos, los cuales le habían de traer por lo menos cada mes, que era como queda ya referido, de todo lo que en tierra y mar se cría, así de atavíos, como de comida.

Puso asimismo no menos orden que éste, ni con menos abundancia de ministros de jerarquía eclesiástica de sus ídolos, para lo cual había tantos ministros supremos e ínfimos que me certifican que venía a tal menudencia que para cada cinco personas había uno, que los industriaba en su ley y culto de sus dioses:

Así fue consolidando Tlacaélel la grandeza mexícatl. Sirviéndose del brazo poderoso de Motecuhzoma Ilhuicamina, comenzó a extender los dominios del naciente imperio. Primero fue la conquista de Tepeaca. Más tarde los ejércitos aztecas se lanzaron sobre los huastecos, sobre la gente de Orizaba, sobre los mixtecos de Coaixtláhuac. Consecuencia inmediata de estas conquistas fue el engrandecimiento de México-Tenochtitlan.

Afluían a la capital azteca algunos tributos procedentes de las regiones sometidas. Fray Diego de Durán, copiando de una antigua crónica indígena, como lo dice expresamente, refiere que entre otras cosas llegaban a la ciudad grandes cantidades de oro en polvo y en joyas, piedras preciosas, cristales, plumas de todos colores, cacao, algodón, mantas, mantas labradas con diferentes labores y hechuras, escudos, pájaros vivos y las más preciadas plumas, águilas, gavilanes, garzas, pumas, tigres vivos y gatos monteses que venían en sus jaulas, conchas de mar, caracoles, tortugas chicas y grandes, plantas medicinales, jícaras, pinturas curiosas, camisas y enaguas de mujer, esteras y sillas, maíz, frijoles y chíá, madera, carbón, diversas clases de frutos. Tras esta larga enumeración de los principales tributos pagados, concluye el texto diciendo que:

Tributaban las provincias todas de la tierra, pueblos, villas y lugares, después de ser vencidos y sujetados por guerra y compelidos por ella, por causa de que los valerosos mexicanos tuviesen por bien de bajar las espadas y rodelas, y cesasen de matarlos a ellos y a los viejos y viejas y niños por redimir sus vidas y por evitar la destrucción de sus pueblos y menoscabos de sus haciendas. A esta causa se daban por siervos y vasallos de los mexicanos y le tributaban de todas las cosas criadas debajo del cielo...

Fin del reinado de Axayácatl

Algunos años vivió Axayácatl después de la infausta guerra de Michoacán. En ellos tuvo ocasión de alcanzar triunfos menores, como el logrado contra las gentes de la región de Tliluhquitepec. Para él fue



una gran satisfacción contemplar la solemne ceremonia que se hizo al inaugurar la piedra del Sol. Pero la tragedia de la derrota, única conocida por el pueblo de Huitzilopochtli, y las murmuraciones e intrigas que despertó, habían afligido de tal forma a Axayácatl, que nunca pudo ya recuperarse del todo. Poco después, hacia el año 1480, cayó gravemente enfermo. Su muerte acaeció en 1-Caña, 1481. El lapso de su reinado fue relativamente breve, ya que no pasó de trece años.

Quizá como único consuelo de sus últimos días, Axayácatl tenía la esperanza de que entre sus varios hijos al menos alguno habría de llegar al rango supremo de *tlatoani*. Sus hermanos mayores Tízoc y Ahuítzotl fueron sus sucesores inmediatos, pero al fin, no uno sino dos de sus hijos llegaron a sucederle, y por cierto en circunstancias más dramáticas aún que las que trajo consigo la derrota en Michoacán. Motecuhzoma II y Cuitláhuac, hijos de Axayácatl, vivirían los últimos días de grandeza de la nación azteca.

Respecto de Tlacaélel, que había sido sabio consejero de Itzcóatl, Motecuhzoma Ilhuicamina y Axayácatl, parece, por el testimonio de la *Crónica Mexicáyotl*, que murió durante los últimos años del reinado de Axayácatl. Su fallecimiento debió de ocurrir entre 1478 y 1480. Desaparecido el gran reformador, su influencia se siguió sintiendo, no obstante, hasta los tiempos de la conquista española. Es indudable que las muertes de Tlacaélel y Axayácatl trajeron consigo una declinación transitoria en la actividad guerrera del Pueblo del Sol.

Fugaz reinado de Tízoc

Tízoc, hermano de Axayácatl y nieto de Itzcóatl, fue el sucesor elegido. Su reinado duró tan sólo cinco años y en él mostró más bien pusilanimidad y poco ardor guerrero.

En su *Historia*, Diego Durán explica su muerte precisamente por esto: “Viéndolo los de su corte tan para poco, ni deseoso de engrandecer y ensanchar la gloria mexicana, creen que le ayudaron con algún bocado, de lo cual murió muy mozo y de poca edad. Murió el año de 1486...”.

Gobierno de Ahuítzotl

Hermano de Tízoc y Axayácatl, el nuevo *huey tlatoani*, Ahuítzotl, elegido el mismo año 1486, iba a convertir en colmada realidad muchos

de los ideales del Pueblo del Sol. Desde un principio, para hacer más solemne su entronización y más grandiosa la dedicación del nuevo templo mayor, Ahuítzotl decidió emprender una amplia campaña de conquistas.

En la Huasteca sometió varios señoríos y obtuvo numerosos cautivos. No satisfecho con esto, penetró luego hasta el valle de Oaxaca y consiguió significativas victorias sobre los zapotecas.

De regreso en Tenochtitlan, concluyó la edificación del suntuoso templo en honor de Huitzilopochtli y Tláloc. En las fastuosas ceremonias de su dedicación, un año más tarde, sacrificó en honor del Sol-Huitzilopochtli gran número de cautivos, botín sagrado de las conquistas realizadas por Ahuítzotl.

Nuevas campañas guerreras

Durante el reinado de Ahuítzotl se ensancharon en gran manera las fronteras de la nación mexicana. Los ejércitos de Tenochtitlan sometieron a distintos señoríos que se habían rebelado, aprovechando tal vez la fama de debilidad de Tízoc, el anterior soberano. La realización de nuevas conquistas tuvo como consecuencia que quedaran al fin bajo el imperio de los mexicas casi toda la región central y grandes porciones de los territorios que comprenden los actuales estados de Guerrero, Veracruz, Puebla, Oaxaca, algunos lugares de Chiapas y otros más allá del río Suchiate, que marca la moderna frontera entre México y Guatemala. La larga serie de empresas bélicas acometidas por Ahuítzotl mereció cálidos elogios de varios cronistas indígenas. El *Códice Ramírez* refleja lo siguiente:

Fue este rey tan valeroso que extendió su reino hasta la provincia de Guatemala, que hay de esta ciudad, de distancia, trescientas leguas, no contentándose hasta los últimos términos de la tierra que cae al mar del Sur...

Las relaciones con Tlaxcala, Huexotzinco y Cholula

Única excepción del predominio mexicana en la región central la constituían los antiguos señoríos de Cholula, Huexotzinco y las cuatro cabeceras de Tlaxcala. Circundados todos ellos por territorios dominados por Tenochtitlan, su destino en medio de frecuentes intrigas y

dimensiones internas fue mantenerse a la defensiva frente a los designios del Pueblo del Sol.

De hecho, entre Huexotzinco y Tlaxcala por una parte, y Tenochtitlan con los integrantes de la Triple Alianza por otra, se había establecido tiempo atrás una peculiar manera de pacto, que fue el origen de las “guerras floridas” (*xochiyaóyotl*).

Consistían éstas en luchas, que periódicamente debían tener lugar, con el propósito primordial de hacer prisioneros que pasaran luego a convertirse en víctimas de los sacrificios en honor de las deidades del pueblo vencedor. La práctica de las guerras floridas, iniciada por lo menos desde tiempos de Motecuhzoma Ilhuicamina, además del hondo antagonismo que implicaba, despertó también odios profundos entre los pueblos de las naciones contendientes. Esto último ayuda a comprender por qué, al tiempo de la aparición de Hernán Cortés y sus huestes, los tlaxcaltecas optaron por aliarse con ellos para combatir en contra de los mexicas, a quienes consideraban como sus más acérrimos enemigos.

Incremento del comercio y establecimiento de colonias mexicas en apartadas regiones

Prescindiendo del caso particular de las cuatro cabeceras de Tlaxcala y de los señoríos de Huexotzinco y Cholula, hay un hecho que conviene destacar en relación con el conjunto de territorios sometidos a la nación azteca durante el reinado de Ahuítzotl. Se trata del gran incremento que tuvo entonces el comercio, a través de las caravanas de mercaderes que, por rutas bien definidas, llegaban hasta apartadas regiones de Mesoamérica. Prueba de la significación que llegaron a alcanzar estas actividades en tiempos de Ahuítzotl es la abundancia de información que hay sobre este asunto en dicho periodo. El *Códice Matritense* refiere un testimonio en el que se habla del modo como comerciaban, por encargo de Ahuítzotl, quienes partían a las costas del Golfo o a la ruta del Pacífico. He aquí la porción más importante de este texto:

*Cuando había empezado el viaje,
los traficantes que van a las costas,
se dividían allá en Tochtepec (Oaxaca).
La mitad iba hacia la costa de Ayotla (el Pacífico),
la otra mitad entraba por allá,
por la costa de Xicalanco (golfo de México).*

*Los que entraban a Xicalanco
llevaban mercancía
del rey Ahuítzotl
para comerciar con ella,
lo que ya se dijo:
mantas para los nobles,
bragueros para los señores,
faldas finas,
bordadas o con flecos,
medias faldas y camisas bordadas...
Cintos de oro para la frente,
collares elaborados,
collares de oro con figuras de frutas,
hechos por los orfebres de México...*

*Cuando regresaban a México,
presentaban esto ante el rey Ahuítzotl.
Todo lo habían ido a traer los comerciantes,
habían ido en comisión real,
con esto prosperaba la ciudad,
el pueblo mexica...
Por esto el rey Ahuítzotl
tenía a los comerciantes en gran estima,
los equiparaba a los nobles,
los hacía iguales,
como si fueran caballeros de guerra,
los comerciantes eran así reputados,
eran así considerados...*

Precisamente para hacer posible la actuación de los distintos grupos de comerciantes se habían establecido por orden del soberano mexica diversas guarniciones a lo largo de las rutas recorridas por los traficantes. Con el fin más amplio de asegurar la dominación mexica en los territorios conquistados, ordenó asimismo el *huey tlatoani* que se fundaran allí diversas colonias de gentes de idioma náhuatl, procedentes preferentemente de las comunidades que de antiguo pertenecían a los estados miembros de la Triple Alianza.

Otras formas de actuación de Ahuítzotl

Consagró también su atención a embellecer aún más la ciudad de Tenochtitlan. De él se dice que edificó nuevos templos y palacios y, con particular énfasis, se refiere su empeño en traer agua de Coyoacán para uso de la ciudad y para lograr un nivel uniforme en el lago. Entre otros testimonios está el del *Códice Ramírez*, que describe con abundantes detalles las festividades celebradas cuando el agua de Coyoacán llegó a la capital azteca.

Esta obra realizada por Ahuítzotl vino a ser la causa de su muerte. En efecto, el exceso de agua produjo una inundación en la Ciudad de México. Ahuítzotl se hallaba en aquel momento en un aposento de su palacio; quiso salir rápidamente de él, con tan mala suerte que, siendo la puerta baja, se dio un golpe en la cabeza que le produjo la dolencia de la que al fin habría de morir. Aún tuvo tiempo para reparar los daños causados por la inundación y mejorar, como nadie hasta entonces, la ciudad. Incluso llegó a emprender una guerra para someter a los de Huitzotla, gente de origen huasteco, que se había rebelado contra la dominación azteca. Mas, al fin, su dolencia se recrudeció y tres años después de la inundación, en 1502, murió. De él puede afirmarse que consolidó mejor que nadie el poderío de su pueblo.

A Ahuítzotl sucedió, en el mismo año 10-Conejo (1502), Motecuhzoma Xocoyotzin, hijo de Axayácatl. Sus dieciocho años de gobierno hasta su trágica muerte en 1520, después de recibir como huéspedes a Hernán Cortés y su gente, marcan el último florecimiento de la nación, que alcanzó hegemonía en buena parte de Mesoamérica. Precisamente por darse en el reinado de Motecuhzoma II una máxima concentración de poder en un tiempo de presagios adversos que se vuelven realidad en la Conquista, se considera adecuado remitir su estudio al capítulo final de este acercamiento a la historia prehispánica de México.

Antes ha de quedar constancia de las principales instituciones, formas de organización, de pensamiento y de creación cultural, alcanzadas por los mexicas a lo largo del periodo de su pleno desarrollo autónomo. Aparecerá así el complejo universo de sus mitos y creencias, su ritual sagrado y su sacerdocio; también sus producciones literarias y lo que fueron sus fiestas y representaciones dramáticas, así como los resultados de recientes investigaciones sobre sus formas de gobierno, la estructuración de la sociedad, las fuerzas y relaciones de producción. Interesa también considerar la educación mexicana —como arte de



forjar rostros y corazones— tanto en el hogar como en los diversos tipos de escuelas, y valorar, finalmente, la significación de sus creaciones en lo que hoy se llama el universo de su producción artística.

Importa, en resumen, lograr una imagen de lo que alcanzaron los mexicas como forjadores de cultura. Ello permitirá comprender mejor el lugar que les corresponde en el desarrollo de la civilización mesoamericana y, asimismo, la hondura del trauma, cuando, consumada la conquista española, su herencia se redujo —según la expresión del poeta indígena— “a dardos rotos y a una red hecha de agujeros”.

BIBLIOGRAFÍA

- CASO, Alfonso, *El pueblo del sol*, México, 1953.
- Códice Borgia*, edición facsimilar con comentarios de Eduard Seler, México, 1963.
- DURÁN, fray Diego, *Historia de las Indias de Nueva España y Islas de Tierra Firme*, 2 v. y atlas, publicada por José F. Ramírez, México, 1867-1880.
- GARIBAY K., Ángel María, *Veinte himnos sacros de los nahuas*. Informantes de Sahagún 2, Seminario de Cultura Náhuatl, México, UNAM, Instituto de Historia, 1958.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel, *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, 3a. ed., México, 1966.
- LÓPEZ AUSTÍN, Alfredo, *Augurios y abusiones*. Textos de los informantes de Sahagún, México, 1969, IV.
- SAHAGÚN, fray Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España*, ed. preparada por Ángel María Garibay K., 4 v., México, 1956.

9. LA RELIGIÓN DE LOS MEXICAS

Para los mexicas —al igual que para los demás pueblos mesoamericanos— cuanto existía se hallaba integrado esencialmente en un universo sagrado. De aquí la suma importancia que tuvo para ellos lo que hoy se llama su religión. Está, lejos de ser una institución aislada, era el sustrato último en el cual todo tenía su fundamento y explicación. Los cálculos del tiempo, las edades cósmicas y cada una de las fechas eran portadores de símbolos y realidades divinas. A través de los ciclos de fiestas se vivía de nuevo el misterio de los orígenes y de la

actuación de los dioses. Los edificios sagrados evocaban, por sí solos, la antigua concepción religiosa del universo. Desde la infancia, quedaba de múltiples modos inserto el hombre indígena en ese mundo de símbolos. La educación en el hogar y en las escuelas, el trabajo, el juego, la guerra, el acontecer entero, desde el nacimiento a la muerte, encontraban en lo religioso un sentido unitario.

Tal manera de existir y pensar resulta hoy difícil de entender, precisamente porque vivimos en una época de secularización, en la que adjudicar un carácter sagrado a lo que existe se antoja hipótesis arcaica. Y, sin embargo, así integró la realidad de su cultura el hombre prehispánico y así realizó, con sentido unitario, creaciones tan extraordinarias como las que conocemos en el mundo de su arte o en su organización social y política.

Sincretismo religioso

El estudio de los ritos y creencias religiosas del pueblo mexica y del pensamiento de sus sacerdotes y sabios ha permitido llegar a una probable conclusión, que ha tenido como consecuencia el planteamiento de nuevos problemas. La probable conclusión se refiere al hecho de que en esta última etapa del México antiguo el fenómeno religioso fue resultado de una fusión de elementos de origen distinto. En él subsistían, al parecer tradiciones de muy antiguo arraigo, comunes a casi todos los pueblos de alta cultura en Mesoamérica. Como un ejemplo, puede recordarse el culto a la deidad del fuego, el dios viejo, que en náhuatl se llamó Huehuetéotl.

En la religión mexica existían creencias y ritos que se presentan como más característicos de este grupo desde los tiempos de su peregrinación. Puede mencionarse, como muestra, la adoración que daban a sus antiguas divinidades tutelares, o sea a Huitzilopochtli y a su madre Coatlicue. Entre los fundadores de México-Tenochtitlan era obvia la influencia de tradiciones de origen tolteca. No ya sólo las formas de culto a dioses como Tláloc y Quetzalcóatl, sino también la aceptación de doctrinas sumamente elaboradas, como las referentes al supremo dios dual, Ometéotl, corroboran la asimilación de elementos religiosos atribuidos originalmente a los toltecas.

El pensamiento religioso de los sabios y las creencias con mayor vigencia

En el mundo mexica coexistieron, influyéndose mutuamente en ocasiones, diversas creencias populares y verdaderos sistemas de pensamiento religioso debidos a los sacerdotes y los sabios. Estos reelaboraron conceptualmente los antiguos mitos y doctrinas en función de lo que ellos llamaron la *teotlamatiliztli* o sabiduría acerca de las cosas divinas. Numerosos textos permiten afirmar, por ejemplo, que el conjunto de los dioses de la religión popular vino a tener un sentido muy diferente en la concepción religiosa de los sabios. Algunos de ellos, ahondando en la herencia tolteca, llegaron a plantearse problemas en torno a la suprema divinidad, Tloque Nahuaque, Dueño del cerca y el junto, nombrado también con los títulos de *Moyocoyani*, el que se inventa a sí mismo, y *Ometéotl*, el Señor de la dualidad. Su pensamiento llegó a la formulación de otras cuestiones, como la del sentido y propósito de la existencia en la tierra y la del destino humano más allá de la muerte. Así se manifestó entre ellos el interés por inquirir las causas de las cosas, lo que en otras culturas ha sido calificado de pensamiento filosófico.

En resumen puede afirmarse que, dentro de la religión y el pensamiento de los mexicas, llegó a haber evidentes contrastes. En sus fiestas, a lo largo del calendario, perduraron ritos como los de los sacrificios humanos y florecieron otras expresiones de culto con un carácter que hoy parece distinto. De esto último dan testimonio, entre otras cosas, algunos de sus himnos, expresión de un sentido que se puede llamar teológico, en honor del Dador de la vida, el Dueño del cerca y del junto. De cualquier modo que se mire, el elemento religioso se hizo entrañable en la vida de este pueblo. No sólo en sus ceremonias de culto, sino también en cada momento de la existencia su reconocimiento y su actitud se hacían presentes ante un universo esencialmente sagrado.

Fuentes para el conocimiento de la religión mexica

Para el estudio de la religión y el pensamiento mexica se dispone de abundantes testimonios.

Los hallazgos arqueológicos realizados permiten conocer cómo eran sus recintos sagrados, pirámides, templos y monumentos. Los símbolos religiosos pueden estudiarse a través de sus esculturas, pin-

turas y representaciones en barro y en otros materiales. Cobran suma importancia, para asomarse a lo que fue la organización del sacerdocio y el culto a los dioses, los códices que se conservan y los textos que, en lengua náhuatl, se recogieron y transcribieron en alfabeto latino pocos años después de la Conquista. Pueden considerarse como fuentes secundarias algunos de los testimonios dejados en sus escritos por los cronistas españoles en los que se reflejan, sobre todo, sus propias ideas acerca de un fenómeno religioso incomprensible y al que casi siempre consideraron fruto de la inspiración del Demonio.

En las obras de los investigadores de tiempos más recientes son importantes las distintas conclusiones a que han llegado con base en las fuentes primarias. Algunos, de todas formas, parecen haberse limitado a una mera descripción de las distintas divinidades y formas de culto. El tema de los sacrificios humanos ha sido también objeto de múltiples consideraciones.

De muy particular interés resultan aquellas que constituyen un esfuerzo por comprender esos ritos en función del contexto integral de la cultura prehispánica. No han faltado ensayos exponiendo teorías del fenómeno religioso de los mexicas, como la que relaciona universalmente a las diferentes deidades con los astros. El tema del pensamiento cosmológico y las especulaciones de carácter filosófico han comenzado también a ser valoradas. Para ello se ha acudido fundamentalmente a los textos indígenas, si bien algunos estudiosos han analizado directamente el simbolismo de determinadas representaciones plásticas en busca de elementos explicativos de la visión indígena del mundo.

Aun cuando son relativamente abundantes los trabajos sobre la religión y el pensamiento de los mexicas, mucho queda todavía por esclarecer. Afortunadamente existen numerosas fuentes cuyo análisis y valoración críticos pueden llevar a un acontecimiento, cada vez más profundo, acerca de las creencias y lucubraciones de los antiguos mexicanos.

De la rica temática que aparece en el estudio de la religión mesoamericana, en su versión mexicana, serán tratados los siguientes puntos: los mitos del espacio-tiempo primordiales o de los orígenes cósmicos; los mitos sobre el ser y actuar de algunos dioses particularmente venerados por los mexicas; las doctrinas acerca de la suprema divinidad dual, destacando sus relaciones con la advocación de Quetzalcóatl; las distintas creencias sobre los destinos después de la muerte; el ritual y el sacerdocio.

Los mitos del espacio-tiempo primordiales o de los orígenes cósmicos

Según el pensamiento indígena, el mundo había existido no una, sino varias veces consecutivas. La que se llamó “primera fundamentación de la tierra” había tenido lugar hacía muchos milenios. Tantos, que, en conjunto, habían existido ya cuatro soles y cuatro tierras anteriores a la época presente. En esas edades, llamadas “soles” por los antiguos mexicanos, había tenido lugar cierta evolución en espiral, con la aparición de formas cada vez más perfectas de seres humanos, de plantas y de alimentos. Las cuatro fuerzas primordiales —agua, tierra, fuego y viento (curiosa coincidencia con el pensamiento clásico de Occidente y del Asia)— habían presidido esas edades o soles, hasta llegar a la quinta época, designada como la del Sol de Movimiento.

Tal vez partiendo de antiguos cultos al Sol y a la Tierra, concebidos como principio fecundante y como madre universal, llegó a concebirse la realidad de una deidad suprema de naturaleza dual. Sin perder su unidad, ya que los antiguos himnos lo evocan siempre en singular, se afirma de él que es Ometéotl, “Dios dual”, Señor y Señora de nuestra carne (Tonacatecuhtli y Tonacacíhuatl), el cual, en una misteriosa generación y concepción cósmica, ha dado origen a todo cuanto existe.

El es, como se repite con frecuencia, “Madre de los dioses, Padre de los dioses, el dios supremo”. En un primer desdoblamiento de su propia realidad dio origen a “cuatro hijos”, los Tezcatlipocas, “Espejos que ahúman”, blanco, negro, rojo y azul. Estos dioses, con uno de los cuales se identificará muchas veces Quetzalcóatl, símbolo de la sabiduría divina, constituyen las fuerzas primordiales que pondrán en marcha la historia del mundo. El simbolismo de sus colores permitirá seguir su acción múltiple, identificados algunas veces con los elementos naturales, con los rumbos del universo y con los periodos de tiempo que están bajo su influencia. Con los dioses, hijos de la suprema divinidad dual, entran de lleno en el mundo el espacio y el tiempo, como factores dinámicos que dan plenitud y vida a todo lo que es real.

En un principio, los hijos del dios dual obraron todos de acuerdo para echar los cimientos de la tierra, del cielo y de la región de los muertos. Apareció así el primero de los mundos que han existido en tiempos antiguos. Pronto, en un afán de prevalecer, trató de adueñarse de él uno de los Tezcatlipocas, transformándose en sol y haciendo venir al mundo, para su propio servicio, a los primeros seres humanos hechos de ceniza, que no tenían otro alimento que bellotas. Como consecuencia del disgusto de los otros dioses por la osadía de su hermano,

que trataba de imponerse por encima de ellos, intervino Quetzalcóatl y destruyó ese primer sol y esa tierra con cuanto en ella había. Entonces, “todo desapareció, todo se lo llevó el agua, las gentes se volvieron peces”. Así, con un cataclismo, concluyó esta primera edad o sol.

Otras edades más existieron antes de la actual, según el pensamiento de los antiguos mexicanos. Fueron consecuencia de otros tantos intentos de los hijos del dios dual, empeñado cada uno en sobresalir más que sus hermanos. La segunda edad o sol trajo consigo a los gigantes, aquellos seres extraños que, al saludarse, decían: “No se caiga usted, porque el que se cae, se cae para siempre”. Ese segundo sol pereció, porque se hundió el cielo y los monstruos de la tierra acabaron con todo. La tercera y cuarta edades terminaron también de un modo trágico. En la tercera, uno de los Tezcatlipocas hizo llover fuego y todo fue consumido por él. La cuarta edad finalmente, fue devastada por el viento que destruyó todo lo que había en la tierra. Entonces fue cuando existieron aquellos seres que el texto indígena llama *tlaca-ozomatzin*, “hombres-mono”.

La quinta edad en que ahora vivimos, la época del Sol de Movimiento, tuvo su origen en Teotihuacan y en ella surgió también la grandeza tolteca con Nuestro Príncipe Quetzalcóatl. Debe añadirse que, si bien el texto indígena, que a continuación se ofrece, no menciona expresamente la evolución que llevó a la aparición de alimentos cada vez más ricos, esta ausencia se suple en parte con el antiguo testimonio de la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, que asigna sucesivamente a cada una de las edades las siguientes formas de mantenimiento; primero bellotas de encina, en seguida “maíz de agua”, luego *cincoopi*, o sea “algo muy semejante al maíz”; y finalmente para la cuarta edad —última de las que han existido, según esa relación— el maíz genuino, nuestro sustento, descubierto por Quetzalcóatl.

Tales son los rasgos que parecen caracterizar el mito indígena de los soles. Cada edad o sol termina siempre con un cataclismo. Pero en vez de volver a repetirse una historia, fatalmente idéntica a la anterior, el nuevo ciclo ascendente en espiral va originando formas mejores. El texto que aquí se transcribe proviene de la recopilación de Cuauhtitlán:

*Se refería, se decía
que así hubo ya antes cuatro vidas,
y que ésta era la quinta edad.*

*Como lo sabían los viejos,
en el año 1-Conejo*



*se cimentaron la tierra y el cielo.
Y así lo sabían,
que cuando se cimentaron la tierra y el cielo
habían existido ya cuatro clases de hombres,
cuatro clases de vidas.
Sabían igualmente que cada una de ellas
había existido en un sol (una edad).*

*Y decían que a los primeros hombres
su dios los hizo, los forjó de ceniza.
Esto lo atribuían a Quetzalcóatl,
cuyo signo es 7-Viento,
él los hizo, él los inventó.
El primer sol (edad) que fue cimentado,
su signo fue 4-Agua,
se llamó Sol de agua.
En él sucedió
que todo se lo llevó el agua.
Las gentes se convirtieron en peces.*

*Se cimentó luego el segundo sol (edad).
Su signo era 4-Tigre.
Se llamaba Sol de tigre.
En él sucedió
que se oprimió el cielo,
el Sol no seguía su camino.
Al llegar el Sol al mediodía,
luego se hacía de noche
y cuando ya se oscurecía,
los tigres se comían a las gentes.
Y en este sol vivían los gigantes.
Decían los viejos
que los gigantes así se saludaban:
“No se caiga usted,
porque quien se cae,
se cae para siempre”.*

*Se cimentó luego el tercer sol.
Su signo era 4-Lluvia.
Se decía Sol de Lluvia (de fuego).
Sucedió que durante él llovió fuego,*

*los que en él vivían se quemaron.
Y durante él llovió también arena.
Y decían que en él
llovieron las piedrezuelas que vemos,
que hirvió la piedra tezontle
y que entonces se enrojecieron los peñascos.*

*Su signo era 4-Viento.
Se cimentó luego el cuarto sol,
se decía Sol de Viento.
Durante él todo fue llevado por el viento.
Todos se volvieron monos.
Por los montes se esparcieron,
se fueron a vivir los hombres-mono.*

*El quinto sol:
4-Movimiento su signo.
Se llama Sol de Movimiento,
porque se mueve, sigue su camino.
Y como andan diciendo los viejos,
en él habrá movimientos de tierra,
habrá hambre
y así pereceremos.
En el año 13-Caña,
se dice que vino a existir,
nació el Sol que ahora existe.*

*Entonces fue cuando iluminó,
cuando amaneció,
el Sol de Movimiento que ahora existe.
4-Movimiento es su signo.
Es éste el quinto sol que se cimentó,
en él habrá movimientos de tierra,
en él habrá hambres.*

*Este Sol, su nombre 4-Movimiento,
éste es nuestro Sol,
en el que vivimos ahora,
y aquí está su señal,
cómo cayó en el fuego el Sol,
en el fogón divino,*

*allá en Teotihuacan.
Igualmente fue este Sol
de Nuestro Príncipe, en Tula,
o sea de Quetzalcóatl.*

Destruído el universo cuatro veces consecutivas por las pugnas de los dioses, se preocuparon éstos por poner fin a tanta desgracia. Fue entonces cuando se reunieron en Teotihuacan para dirimir sus envidias y dar principio a una nueva edad, la quinta de la serie, en la que habían de nacer los hombres actuales. Esta quinta edad, que recibió el nombre de Sol de Movimiento, fue el resultado de la intervención y el sacrificio voluntario de todos los hijos del dios dual.

Los mitos relacionados con el origen de la quinta edad

El primer empeño de los dioses fue cimentar de nuevo a la tierra. Trajeron para esto a la que llegaría a ser diosa de la tierra. Era una especie de monstruo, lleno por todas partes de ojos y bocas. Transformándose en serpientes dos de los Tezcatlipocas, circundaron a la diosa de la tierra, apretándola con tal fuerza, que la partieron en dos. De una de sus mitades hicieron la superficie de la tierra y de la otra la bóveda del cielo. Hecho esto, para compensar de algún modo el daño que le habían causado, dispusieron los dioses que de ella nacieran todas las cosas. De sus cabellos se originaron los árboles, las flores y las hierbas. En su piel brotaron las hierbecillas. De sus múltiples ojos se originaron las fuentes y las cavernas pequeñas. De su boca nacieron los ríos y las cuevas muy grandes. Las montañas y los valles provinieron de su nariz y de sus espaldas. Así, de la realidad viviente de la diosa fue surgiendo todo lo que existe.

Restaurada la tierra, los dioses reunidos en la ciudad de Teotihuacan se preocuparon por formar de nuevo el Sol, la Luna y los seres humanos con lo que habría de ser su alimento.

“Aún era de noche, no había ni luz, ni calor”. Tales son las palabras con que se introduce el mito de la creación del Sol en Teotihuacan. Cuatro días estuvieron allí reunidos los dioses alrededor del “fogón divino”. Estuvieron deliberando acerca de quién habría de arrojar al fuego para convertirse en el astro que alumbraba el día. Hubo dos candidatos: el arrogante Tecuciztécatl, “Señor de los caracoles”, y el modesto Nahuatzin, “el bubosillo”. El primero de ellos, buscando la solemnidad y la gloria, hizo ofrendas con espinas de oro y plumajes de quetzal.

Nanahuatzin, en cambio, practicó su penitencia ritual, como la que más tarde habrían de adoptar los sacerdotes del México antiguo.

Llegó, por fin, el momento de la prueba. Tecuciztécatl se dispuso a lanzarse al fuego para convertirse en Sol, a la vista de todos los dioses. Pero el dios arrogante lo intentó cuatro veces y otras tantas tuvo miedo a las brasas encendidas. Los dioses consideraron que era ya tiempo de que el humilde Nanahuatzin probara a su vez. Nanahuatzin escuchó la invitación de los dioses y, cerrando los ojos, se arrojó al fuego, en el que bien pronto se consumió. Al ver esto Tecuciztécatl, tardíamente, se arrojó también a la hoguera. El humilde dios bubosillo, que fue el primero en arder, apareció al fin convertido en Sol; Tecuciztécatl, temeroso y tardío, sólo logró transformarse en la Luna. Sol y Luna aparecieron en el firmamento. Pero, con asombro de todos los dioses, no se movían. Fue necesario que los dioses allí reunidos aceptaran someterse al sacrificio de la muerte para que el Sol y la Luna se movieron al fin, uno durante el día y la otra durante la noche.

Así fueron restaurados y puestos en movimiento el Sol y la Luna, gracias al sacrificio de los dioses. Quedaba en el mito la semilla que mucho más tarde habría de fructificar en el ritual de los cultos religiosos aztecas. Si por el sacrificio de los dioses se hizo posible el movimiento y la vida del Sol, tan sólo por el sacrificio de los hombres, que desempeñarán en la tierra el papel de los dioses, podrá preservarse su vida y su movimiento, evitándose así el cataclismo que, como en las edades antiguas, podría poner fin a este Sol y a este tiempo en que viven los seres humanos.

De igual modo que para crear al Sol y la Luna, así también para restablecer a los hombres en la tierra, volvieron a deliberar los dioses. Esta vez fue Quetzalcóatl, símbolo de la sabiduría divina, quien aceptó ir a la región de los muertos en pos de los huesos preciosos de los hombres de otras edades. Acompañado tan sólo por su *nahual*, especie de doble de Quetzalcóatl, desciende éste al mundo de los muertos, donde tiene que hacer frente a una serie de pruebas y dificultades que le pone Mictlantecuhtli, “Señor de la región de los descarnados”. Al fin Quetzalcóatl reúne los huesos de hombre y mujer y los lleva al mítico lugar de Tamoanchan. Allí, una vez más, se reúnen los dioses y, después de moler los huesos en un barreño precioso, Quetzalcóatl sangra sobre ellos su miembro para comunicarles la vida. Una vez más el sacrificio sangriento vuelve a ser el origen del movimiento y la vida. Los hombres, como refiere el mito, se llamaron entonces *macehuales*, que quiere decir “los merecidos”, porque con el sacrificio de Quetzalcóatl fue posible su existencia en esta quinta edad.

Tales son algunas de las más antiguas creencias que, acerca de los orígenes del mundo, el Sol, la Luna y el hombre, referían los antiguos mexicanos, relacionándolos con Tamoanchan y el gran centro ritual de Teotihuacan. De estos mitos habrían de derivarse varios de sus ritos principales, dirigidos a repetir de algún modo la acción divina que hizo posible la vida y el movimiento en esta quinta edad del mundo.

Integración de la imagen espacio-temporal del universo

Los mitos tratados y otros testimonios, incluidos en varios de los antiguos códices, nos permiten reconstruir, al menos en forma general, la imagen que el antiguo pensamiento indígena llegó a forjarse de su universo espacio-temporal. Haciendo artificial pero necesaria distinción, he aquí, primeramente, su concepción del espacio.

La superficie de la tierra (*tlaltícpac*) es un gran disco situado en el centro de un universo que se prolonga horizontal y verticalmente. Alrededor de la tierra está el agua inmensa (*teo-atl*) que, extendiéndose por todas partes como un anillo, hace del mundo “lo-enteramente-rodeado-por-agua” (*cem-a-náhuac*). Tanto la tierra como su inmenso anillo de agua no son algo amorfo e indiferenciado. El universo se distribuye en cuatro grandes cuadrantes o rumbos, que se abren en el ombligo de la tierra y se prolongan hasta donde las aguas que rodean al mundo se juntan con el cielo y reciben el nombre de agua celeste (*Ilhuica-atl*). Los cuatro rumbos del mundo implican enjambres de símbolos. Los mexicas los describían colocándose frente al poniente y contemplando la marcha del sol: allá, por donde éste se pone, se halla su casa, es el país del color rojo; luego, a la izquierda del camino del sol, está el sur, el rumbo del color azul; frente a la región de la casa del sol está el rumbo de la luz, de la fertilidad y de la vida, simbolizadas por el color blanco; finalmente, a la derecha de la ruta del sol se extiende el cuadrante negro del universo, el rumbo del país de los muertos.

Tal era el aspecto horizontal de la imagen del universo. Verticalmente, arriba y abajo de este mundo o *cem-a-náhuac*, había trece cielos y nueve pisos inferiores. Estos últimos son planos cada vez más profundos, en donde existen las pruebas que deben afrontar durante cuatro años *los descarnados* (los muertos) antes de descansar por completo.

Arriba se extienden los cielos que, juntándose en un límite casi metafísico con las aguas que rodean por todas partes al mundo, forman una especie de bóveda azul surcada de caminos que corren en distintos planos, separados entre sí por lo que describen los nahuas como trave-

saños celestes. En los cinco primeros planos están los caminos de la Luna, las estrellas, el Sol, Venus y los cometas. Luego están los cielos de los varios colores y, por fin, el más allá metafísico: la región de los dioses. Por encima de todo está el Omeyocan (lugar de la dualidad), en donde existe el principio dual generador y conservador del universo.

Esta era la que se podría llamar, empleando anacrónicamente un concepto occidental y moderno, cosmología estática de los nahuas. Para completar la imagen es menester introducir los rasgos dinámicos, los ciclos del tiempo. En el centro del mundo, en su ombligo, como decían los nahuas, ejerce primordialmente su acción sustentadora el principio dual, que mora en lo más alto de todos los cielos. Ometéotl, actuando en el ombligo del mundo, da fundamento a la tierra (*tlallamánac*) y “la viste de algodón” (*tlallichcatl*).

Al lado de este primer principio dual, generador constante del universo, existen las otras fuerzas que en el pensamiento popular son los dioses innumerables; sin embargo, en lo más abstracto de la cosmología náhuatl constituyen las cuatro fuerzas en que se desdobra Ometéotl —sus hijos—, las deidades que presiden los elementos: tierra, aire, fuego y agua. Estas deidades, actuando desde los cuatro rumbos del universo, introducen en él conceptos de lucha, edades, cataclismos, evolución y orientación espacial de los tiempos.

En su afán de prevalecer y dominar, cada deidad trata de dirigir por sí misma la acción vivificadora del Sol. Comienzan entonces las grandes luchas cósmicas, simbolizadas por los odios entre Tezcatlipoca y Quetzalcóatl. Cada periodo de predominio es un sol, una edad. Luego viene la destrucción y el surgir de un nuevo mundo, en el que las plantas alimenticias y los *macehuales* (la gente) parecen ir evolucionando hacia formas mejores. Han terminado así cuatro soles. El nuestro es el quinto, el Sol de Movimiento. En él se ha logrado cierta armonía entre los varios principios cósmicos que han aceptado dividir el tiempo de su predominio, orientándolo sucesivamente hacia cada uno de los cuatro rumbos del universo desde donde actúan las fuerzas cósmicas fundamentales. Nuestra edad es, pues, la de los años especializados: años del rumbo de la luz o años de la región de los muertos, años del rumbo de la casa del Sol o de la zona azul a la izquierda del Sol. La influencia de cada rumbo se deja sentir no sólo en el universo físico, sino también en la vida de todos los mortales. El *tonalámatl* es el libro que permite señalar los varios influjos que sin cesar se van sucediendo, de acuerdo con una oculta armonía de tensiones que los astrólogos nativos —como los de todos los demás pueblos y tiempos— en vano se esfuerzan por conocer y dominar.

El destino final de nuestra edad será también un cataclismo: la ruptura de la armonía lograda. “Habrá movimientos de tierra, habrá hambre y con esto pereceremos”. Tal conclusión cósmica de carácter pesimista, lejos de hacer perder a los mexicas su entusiasmo vital, fue precisamente el móvil último que los llevó a orientarse por el camino de un misticismo guerrero. Persuadidos de que para evitar el cataclismo final era necesario fortalecer al Sol, tomaron como misión proporcionarle la energía vital encerrada en el líquido precioso que mantiene vivos a los hombres. El sacrificio y la guerra florida, que es el medio principal de obtener víctimas para mantener la vida del Sol, fueron sus ocupaciones centrales, el eje de su vida personal, social, militar y nacional. Su actitud, condensada en lo que se podría llamar “visión *Huitzilopóchtlica* del mundo”, hizo de ellos el pueblo guerrero por excelencia, “el pueblo del Sol”. Tal fue la reacción suscitada en lo más representativo de los mexicas por la amenaza del cataclismo final del quinto sol.

Dioses particularmente venerados por los mexicas

En un estudio completo acerca de la religión de los pueblos que florecieron en el Altiplano central de México, sería imprescindible ocuparse de los atributos y de las jerarquías propias de un considerable número de deidades, veneradas en algunos casos desde la época tolteca y en otros desde tiempos aún más antiguos. Para acometer semejante tarea podrían asumirse puntos de vista y criterios muy diferentes entre sí.

Por una parte, como lo han intentado en diversos grados varios investigadores, cabría ocuparse del estudio específico de los numerosos integrantes del panteón prehispánico. En cada caso habría entonces que valorar y analizar las informaciones aportadas por las distintas fuentes, tanto a propósito de la naturaleza de las deidades, como acerca de los ritos y otras formas de culto.

Otra manera de acercamiento, probablemente más penetrante, en el que se tomara en cuenta la búsqueda de una estructura en el pensamiento de los sacerdotes y sabios prehispánicos, podría conducir, en cambio, a percibir diversas formas de interrelación en el universo de sus realidades sagradas. Entre otras cosas cabría atender específicamente a las relaciones que guardan los distintos dioses dentro de la compleja precisión que suponen los cómputos calendáricos. Ello supondría estudiar el rico tema de los nombres calendáricos de los dioses. Alfonso Caso que, al menos en parte, aplicó tal tipo de enfoque a propósito de

la cuenta de 260 días (el *tonalpohualli*), escribió al respecto: “La gran cantidad de nombres calendáricos que pueden relacionarse con los dioses sugiere que todos los días del *tonalpohualli* deben haber sido considerados como nombres de alguna divinidad o por lo menos de algunas de sus atribuciones...”

A propósito de esto no parece fuera de lugar añadir que el ciclo de las fiestas, de acuerdo ya con el *xiuhpohualli* o calendario solar de 365 días, podría describirse como principio ordenador de la liturgia prehispánica en la que, con base en el transcurso y significación de los periodos de tiempo, se hacía presente el conjunto de los dioses que en cada momento debían ser propiciados. Así, para dar un solo ejemplo, en el que Sahagún designa como cuarto mes, o cuenta de veinte días, llamada *Hueytozoztli* (“gran vigilia”), se hacía particular fiesta a la deidad fomentadora de las sementeras, Cintéotl, cuyo signo calendárico era Chicome Cóatl (7-Serpiente). Entonces el signo calendárico, concebido como advocación de la diosa, adquiriría a su vez múltiples significados, en función de sus interrelaciones en el contexto de las distintas medidas del tiempo, tanto de las implicadas por el *xiuhpohualli* o año solar, como por el *tonalpohualli* o cuenta de los destinos de 260 días. Códices como los que integran el llamado “grupo Borgia” y textos en náhuatl, como los que sirvieron de base a Sahagún para redactar los libros II y IV de su *Historia general*, abren ciertamente el camino para un estudio de las deidades aisladas y del conjunto de las que integraron del mundo de los seres divinos en el pensamiento de los sabios prehispánicos.

Este capítulo se circunscribe a señalar diversas posibilidades de estudio. En función de ellas, podría enriquecerse lo que, a lo largo de este libro, se dice a propósito de dioses tan importantes y conocidos como Tláloc y Chalchiuhtlicue, el Señor de la lluvia y la Señora de las aguas terrestres; Xipe Tótec, nuestro Señor descarnado, dios de la fertilidad; Xiuhtecuhtli, el Señor del fuego, conocido también como Huehuetéotl, el dios viejo, o como Ixcozauhqui, el de rostro amarillo, venerado por lo menos desde la última etapa del horizonte preclásico, anterior a la era cristiana.

Para dar unos cuantos ejemplos, la correlación de estas deidades y sus nombres calendáricos podría hacer percibir que la fecha *9-Quiáhuitl* (9-Lluvia) era uno de los nombres con que se invocaba a Tláloc en el centro ceremonial de Cholula. A su vez, la fecha *9-Atl* (9-Agua) aparece en la página 25 del *Códice Laud* como estrechamente vinculada con Chalchiuhtlicue, la Señora de las aguas terrestres. El día *4-Ehécatl* (4-Viento), además de ser uno de los varios nombres de Quetzalcóatl,

se emplea también en el *Códice Telleriano Remensis*, folio 13 v., como advocación en la que Tláloc y Quetzalcóatl aparecen estrechamente vinculados. Por lo que toca a Xipe Tótec, el dios de la fertilidad, la fecha *1-Océlotl* (1-Ocelote), tal como se consigna en el *Códice Cospi*, página 29, marca la relación de esta deidad con Tlatlahuqui Tezcatlipoca, es decir, con Tezcatlipoca Rojo. Finalmente, entre las varias fechas relacionadas con Xiuhtecuhtli, el señor del fuego, pueden mencionarse las de *4-Cipactli* (4-Cocodrilo), *1-Itzcuintli* (1-Perro) y *3-Itzcuintli* (3-Perro), todas ellas cargadas de múltiples connotaciones.

Algo muy semejante podría decirse a propósito de deidades tan importantes como Tlaltecuhltli, que era a la vez Señor y Señora de la tierra; Xochipilli, el dios del canto y la danza; Yacatecuhtli, el Señor de los mercaderes, y de dioses, como Quetzalcóatl y los Tezcatlipocas de varios colores, que ocupan un lugar prominente desde todos los puntos de vista, incluyendo el de la complejidad de sus atributos y significaciones. Quetzalcóatl y los Tezcatlipocas tienen relaciones, a veces de identidad, con la suprema pareja, Ometecuhtli y Omecíhuatl, “el Señor y la Señora de la dualidad”.

Muchos nombres y rostros de deidades femeninas parecen participar, de un modo o de otro, como advocaciones distintas, en la naturaleza de la que tantas veces recibe el epíteto de Tonantzin “Nuestra madre”. Se trata de títulos de diosas como Chicome Cóatl, la del signo calendárico 7-Serpiente, “Señora de los mantenimientos”; Xochiquétzal, “Flor preciosa”; Toci, “Nuestra abuela”; Tlazoltéotl, “Señora de la inmunidia”; Itzpapálotl, “Mariposa de obsidiana”; Mictlancíhuatl, “Señora de la región de los muertos”, y, para mencionar ya a una deidad con especial veneración entre los mexicas, Coatlicue, “la del faldellín de serpientes”.

Precisamente el estudio de los atributos y actuaciones de la diosa Coatlicue, madre del numen tutelar de los mexicas, Huitzilopochtli, puede hacer comprender mejor las formas de sincretismo religioso que alcanzaron plena vigencia en el pensamiento y vida religiosos de los fundadores de México-Tenochtitlan. Si Coatlicue llegó a identificarse con la diosa madre, su hijo Huitzilopochtli vino a ser personificación de Tonatiuh, el Sol, invocado con títulos como el de Ipalnemohuani, “Dador de la vida”, e identificado con uno de los Tezcatlipocas, como dios que presidió uno de los soles o edades cósmicas que han existido. Respecto al papel que desempeñó Coatlicue, los textos indígenas y la gran escultura que de ella se conserva son muy elocuentes.

Coatlicue en la religiosidad de los mexicas

El distinguido investigador Justino Fernández, en su clásica obra acerca de *Coatlicue, estética del arte indígena antiguo*, se ocupó precisamente de estudiar el enjambre de formas y relaciones cosmológicas y sagradas que integran la imponente estatua de la diosa madre de los mexicas. Mostrando cuáles son las estructuras fundamentales que dan ser a la efigie de Coatlicue, piramidal, cruciforme y humana a la vez, Justino Fernández descubrió en ella “la concepción azteca del espacio cósmico con todas sus dimensiones”, transformada a la vez en realidad misma de la reiteradamente invocada como Tonantzin, “Nuestra madre”. El párrafo transcrito de la obra de Justino Fernández es elocuente por sí mismo. En él, atendiendo primeramente a la parte superior de la escultura, se ofrece la siguiente descripción:

Por último, o por principio, en lo más alto llegamos a Omeyocan, el lugar en que mora la pareja divina: Ometecuhtli y Omecíhuatl, creadora por excelencia, origen de la generación de los dioses y de los hombres. Si esta masa bicéfala (con representaciones de serpientes), toma el lugar de la cabeza y parece surgir de las entrañas mismas del todo, también hay un sentido de decapitación que alude a Coyolxauhqui, la Luna, con lo cual se completa el sistema astral.

Todavía hay que agregar las cuatro direcciones cardinales, que se expresan en forma de cruz, y la quinta dirección de arriba abajo, en cuyo centro estará Xiuhtecuhtli, “el Señor viejo”, el dios del fuego. Por último, la forma piramidal, de ascenso y descenso, que va desde el fondo de la tierra, el mundo de los muertos, hasta el más alto sitio: Omeyocan. Así, la escultura no sólo está concebida exteriormente, sino que los cuerpos de las serpientes, cuyas cabezas asoman en lo más alto, provienen de sus entrañas; hay que recordar, además, que bajo sus plantas se extiende el mundo de los muertos. Toda ella, pues, vibra, vive, por dentro y por fuera, toda ella es vida y muerte; sus significaciones abarcan todas las direcciones posibles y se prolongan en ellas. En resumen, Coatlicue es, *in nuce*, la fuerza cósmica-dinámica que da la vida y que se mantiene por la muerte en la lucha de contrarios, tan necesaria, que su sentido último y radical es la guerra...

Enjambre de símbolos, vida que se incorporó a la escultura de piedra, imagen del principio cósmico con apariencia femenina, cuerpo piramidal con orientación cruciforme hacia los rumbos del universo, dinamismo del tiempo en el que por medio de la lucha, todo se crea,



se destruye y renace, todo esto y más es la plástica representación, dramáticamente bella, de la diosa madre Coatlicue.

Si se recuerda ahora el mito mexica del nacimiento y primeras hazañas de Huitzilopochtli, se pueden comprender mejor los alcances del pensamiento del pueblo del Sol en torno a Coatlicue y a su hijo, el supremo numen protector de Tenochtitlan. De modo portentoso ocurrió la concepción de Huitzilopochtli, al introducirse en el vientre de Coatlicue una pequeña bola de plumas finas.

Al quedar encinta la diosa, sus otros hijos, Coyolxauhqui, “la de máscara de cascabeles”, y los Centzon Huitznahua, “los cuatrocientos guerreros del sur”, se irritaron grandemente, teniendo tal hecho por deshonra. Todo esto ocurrió en Coatepec, “la montaña de la serpiente”, allá por el rumbo de Tula. Coyolxauhqui, identificada con la Luna, y a su vez, los cuatrocientos guerreros del sur, con las innumerables estrellas de la Vía Láctea, iniciaron entonces una violenta lucha contra Coatlicue, que estaba a punto de dar a luz a quien debía convertirse en el Sol.

Pero el mito refiere que Huitzilopochtli hablaba con su madre estando todavía en su seno. Le decía: “No temas, yo sé lo que tengo que hacer”. Así, cuando los cuatrocientos guerreros del sur, guiados por Coyolxauhqui, se lanzaron a dar muerte a Coatlicue, entonces precisamente nació Huitzilopochtli. Ataviándose al momento con las insignias de capitán y armado con la serpiente de fuego, cortó la cabeza de Coyolxauhqui y acometió a sus 400 hermanos. Como lo relata el mito:

*Huitzilopochtli se irguió,
persiguió a los cuatrocientos del sur,
los fue acosando
desde la cumbre de la montaña de la serpiente.*

*Y cuando los había seguido
hasta el pie de la montaña,
los persiguió, los acosó cual conejos,
en torno de la montaña.
Cuatro veces los hizo dar vueltas.
En vano trataban de hacer algo contra él,
en vano se revolvían...
Huitzilopochtli los destruyó,
los aniquiló, los anonadó...*

Tras aniquilarlos, se apropió de lo que había sido su destino, hizo también suyas sus armas e insignias. Así nació, en la versión del mito, el doble portento de Coatlicue y de Huitzilopochtli, Señor de la guerra: el Sol, Dador de la vida.

El culto de Huitzilopochtli

La transcripción de un antiguo himno sagrado, en el que se invoca a Huitzilopochtli, muestra claramente la importancia que éste llegó a alcanzar dentro del conjunto de dioses venerados en Tenochtitlan. Si su madre Coatlicue había quedado identificada como uno de los rostros de la suprema deidad femenina, Huitzilopochtli recibió por su parte las más elevadas formas del culto. Su santuario se situó, con el de Tláloc, el Señor de la lluvia, en lo más alto de la pirámide principal, dentro del recinto del que se conoce como Templo Mayor.

El himno en honor de Huitzilopochtli se entonaba probablemente en forma de diálogo. Al principio un cantor habla haciendo alusión al joven guerrero que, identificado con el Sol, recorre su camino en los cielos. A él responde, por medio de un coro, el mismo Huitzilopochtli: él es quien ha hecho salir al Sol. De nuevo vuelve a hablar la voz de quien dirige el canto para ensalzar el portento que habita en la región de las nubes. La parte final es entonada por la comunidad, ensalzando al dios y concluyendo con varias exclamaciones de carácter guerrero:

*—Huitzilopochtli, el joven guerrero,
el que obra arriba, va andando su camino.*

*—“No en vano tomé el ropaje de plumas amarillas:
porque yo soy el que ha hecho salir al sol”.*

*—El Portentoso, el que habita en región de nubes:
¡uno es tu pie!*

*El habitador de la fría región de alas:
¡se abrió tu mano!*

*—Junto al muro de la región de ardores,
se dieron plumas.*

*El sol se difunde,
se dio grito de guerra... ¡Ea, ea, oh, oh!
Mi dios se llama Defensor de hombres.*



*Oh, ya prosigue, va muy ataviado de papel,
el que habita en región de ardores, en el polvo;
en el polvo se revuelve en giros.*

*—Los de amantla son nuestros enemigos:
¡ven a unirte a mí!*

*Los de Pipiltlan son nuestros enemigos:
¡ven a unirte a mí!*

*Con combate se hace la guerra:
¡ven a unirte a mí!*

Huitzilopochtli, el Sol, es quien da vida y conserva, alentando la guerra, la quinta edad o sol, es decir, la de los tiempos presentes. Es verdad que, desde antes, los mexicas y otros pueblos de Mesoamérica habían practicado las guerras floridas, para hacer cautivos cuyo destino era el sacrificio. Sin embargo, cuando los mexicas hicieron suya la idea de que su propia misión consistía en extender los dominios de Huitzilopochtli, para obtener víctimas con cuya sangre debía preservarse la vida del Sol, tal forma de rito se practicó ya con mayor frecuencia. De esto parecen dar testimonio las palabras de Tlacaélel, el gran consejero de varios gobernantes aztecas, de dos de cuyos discursos son las siguientes líneas.

“Este es el oficio de Huitzilopochtli, nuestro dios, y a esto fue venido: para recoger y atraer a sí y a su servicio todas las naciones con la fuerza de su pecho y de su cabeza...”.

Este testimonio, conservado por fray Diego Durán, se complementa, a su vez, con lo que en otra ocasión, según el mismo cronista, manifestó también el consejero Tlacaélel.

Sacrifíquense esos hijos del Sol, que no faltarán hombres para estrenar el templo (de Huitzilopochtli) cuando estuviese del todo acabado... Y que nuestras gentes y ejércitos acudan a estas ferias a comprar con su sangre y con la cabeza y el corazón y vida las piedras preciosas y esmeraldas y rubíes y las plumas anchas y relumbrantes (las víctimas de los sacrificios) para el servicio de admirable Huitzilopochtli.

Así, el sacrificio y las guerras floridas, medio este último de obtener víctimas para fortalecer al Sol, fueron sagrada ocupación del pueblo mexica e interés de su vida social, militar y nacional. Orientados por el camino del misticismo guerrero, a través de él integraron su pecu-

liar visión del mundo, fundada en el concepto y la realidad de la lucha. Seguían en esto el antiguo ejemplo de los enfrentamientos cósmicos entre las antiguas deidades, cuya culminación había sido el nacimiento del quinto sol, el astro identificado con el portentoso Huitzilopochtli.

Tras haber destacado estos aspectos de la religiosidad de los mexicas, importa considerar las más antiguas doctrinas acerca de la suprema divinidad dual. Tales formas de pensamiento, con vigencia entre los mismos mexicas, tenían hondas raíces, como legado de Tula y quizá de épocas más remotas.

Antiguas doctrinas acerca del supremo dios dual

En contraste con las creencias y formas de culto, como las mencionadas a propósito de Huitzilopochtli, identificado con el Sol, Dador de la vida, encontramos que hubo, en el contexto de los pueblos de idioma náhuatl, sacerdotes y sabios que continuaron especulando acerca de las antiguas doctrinas relacionadas con Ometecuhtli y Omecíhuatl. “el Señor y la Señora de la dualidad”. Sobre todo en las colecciones de cantares en lengua indígena hay varios textos en los que se formulan diversas cuestiones que apuntan directamente a este tema. Por ejemplo, en lo que toca a los posibles caminos que llevan a la morada por excelencia del dios de la dualidad, algunos forjadores de cantos se plantearon preguntas como éstas:

¿Adónde iré?

¿Adónde iré?

¿El camino del dios de la dualidad?

¿Por ventura es tu casa en el lugar de los descarnados?

¿Acaso en el interior del cielo?

¿O solamente aquí en la tierra

es el lugar de los descarnados?

En busca de respuesta, los interrogantes mencionan tres posibilidades distintas: ¿Vive Ometéotl, el dios de la dualidad, en las regiones celestes, o abajo en el lugar de los descarnados, o solamente aquí en la tierra, donde se habla acerca de él?

Una respuesta, atribuida a la tradición tolteca pero enriquecida nuevamente por los sabios del periodo mexica, lleva una y otra vez a pensar que quien todo lo engendra y concibe, Ometecuhtli y Omecíhuatl, habita en las aguas color de pájaro azul, en la región de las

nubes, más allá de los cielos, en Omeyocan, el lugar de la dualidad. Pero asimismo se afirma que el dios supremo ejerce su acción sustentadora en el ombligo de la tierra y se hace presente también en la región de los muertos. Identificado en más de un antiguo texto con Huehuetéotl, “el dios viejo”, de quien se dice que es “madre y padre de los dioses”, se proclama expresamente que Ometéotl penetra la realidad entera con su realidad y su acción:

*Madre de los dioses, padre de los dioses, el dios viejo:
tendido en el ombligo de la tierra,
oculto en un encierro de turquesas,
el que está en las aguas color de pájaro azul,
el que está sobre las nubes,
el que habita en las sombras de la región de los muertos...*

El texto anterior, que forma parte de uno de los *huehuehtlahtolli*, discursos de los ancianos, queda corroborado por la afirmación de los sabios que, recordando tradiciones de origen tolteca, señalan como sitio principal de residencia de Ometéotl el ya mencionado Omeyocan, lugar de la dualidad, más allá de todos los pisos celestes:

*Y sabían los toltecas
que muchos son los cielos
decían que son doce divisiones superpuestas.
Allá vive el verdadero dios y su comparte.
El dios celestial se llama Señora de la dualidad,
y se comparte se llama Señora de la dualidad, Señora celeste;
quiere decir:
sobre los doce cielos es rey, es señor.*

De interés resulta destacar el sentido de la frase en que se habla del “verdadero dios y su *comparte*”. Para expresar la idea de “comparte” se emplea una forma verbal sustantivada: *i-námic*. Esta última palabra, derivada del verbo *namiqui* (encontrar, ayudar) y del prefijo posesivo *i-*, significa, según Alonso de Molina en su clásico diccionario, “su igual, o cosa que viene bien y embona con otra”. Considerando el sentido estricto de la palabra, puede traducirse *i-námic* como *su comparte*, indicando así la relación en que se halla el dios supremo con “su igual o lo que con él embona”. En consecuencia Ometecuhtli y su comparte Omecíhuatl no constituyen principios o realidades distin-

tas, sino que *comparten* una misma naturaleza, característica de un supremo ser que es único y dual a la vez.

Existen otros varios textos que enriquecen y muestran el hondo sentido que llegó a tener esta doctrina en torno al dios dual. Se le menciona unas veces con el nombre más abstracto de Ometéotl “dios de la dualidad”. Otras se le invoca como Tonacatecuhtli y Tonacáhuatl, “Señor y Señora de nuestra carne”. Se alude a él también con frecuencia bajo la referencia de In Tonan, In Tota, In Huehuetéotl, “Nuestra madre, nuestro padre, el dios viejo”.

El fraile franciscano Juan de Torquemada, tratando de dilucidar lo que acerca de tal concepción religiosa llegó a percibir a través de cuanto le contaban, acertadamente escribe lo siguiente:

“Podemos decir que estos indios quisieron entender en esto que había Naturaleza Divina repartida en dos dioses (dos personas), conviene a saber hombre y mujer...”.

Pero si esto es lo que pudo captar fray Juan de Torquemada, los textos indígenas son todavía más ricos y reflejan mejor la profundidad de las lucubraciones de los sacerdotes y sabios en este punto. Existe un poema, tal vez la versión más antigua de las ideas acerca del principio dual, que incluye aspectos de suma importancia para comprender el meollo de esta forma de pensamiento. Es un poema incluido en la *Historia Tolteca-chichimeca*, redactada sobre la base de los informes dados por indígenas de Tecamachalco, en el actual estado de Puebla, hacia 1540; se trata de una de las mejores fuentes que poseemos para el estudio de las antiguas tradiciones de varios grupos que habían emigrado de Tula. He aquí la versión castellana del poema:

*En el lugar del mando,
en el lugar del mando gobernamos:
Es el mandato de mi señor principal.
Espejo que hace aparecer las cosas.*

*Ya van, ya están preparados,
embriágate, embriágate,
obra el dios de la dualidad,
el inventor de los hombres,
el espejo que hace aparecer las cosas.*

Para comprender mejor la significación de este poema conviene recordar brevemente las circunstancias en que, según la *Historia Tolteca-chichimeca*, fue cantado. Dos jefes de origen tolteca habían llegado frente

a la cueva del “cerro encorvado” para invitar a un grupo de chichimecas a unirse con ellos. “Venimos —les dicen— a apartaros de vuestra vida cavernaria y primitiva...” Entonces los chichimecas, que se hallaban en el interior de la cueva, exigieron que los visitantes se dieran a conocer con un cantar que los identificara. El poema que entonaron los jefes toltecas se relaciona precisamente con lo que pensaban acerca del supremo dios dual.

Entre los atributos de Ometéotl que se enumeran en el cantar citado están las advocaciones de ser “señor principal” e “inventor de los seres humanos”. Pero además se dice que este mismo dios de la dualidad es también “espejo que hace aparecer las cosas”: Tezcatlanextía.

Este último término se contrapone claramente al más conocido de Tezcatlipoca, “Espejo que ahuma”. Tal era el nombre de los primeros cuatro hijos o desdoblamientos del ser de Ometéotl: Tezcatlipoca rojo del oriente, negro del norte, blanco del poniente y azul del sur.

La atribución del concepto de Tezcatlanextía, “espejo que hace aparecer las cosas”, sugiere que en un principio Tezcatlipoca y Tezcatlanextía fueron dos fases a aspectos del mismo Ometéotl, considerado en cuanto señor que oculta la realidad y asimismo la vuelve manifiesta. Hay más de un texto que refiere la identificación del rostro masculino de Ometéotl con el astro que “hace lucir las cosas”, Citlallatónac, en tanto que su aspecto femenino parece ocultarse con el nocturno “faldellín de estrellas”, Citlalinicue.

A este respecto pueden citarse las palabras que pronunciaba la partera cuando, después de cortar el cordón umbilical al recién nacido, lo lavaba y hacía la siguiente invocación:

*Señor, amo nuestro,
la de la falda de jade,
el de brillo solar de jade.
Llegó el hombre,
lo envió acá nuestra madre, nuestro padre,
el Señor dual, la Señora dual,
el del sitio de las nueve divisiones,
el del lugar de la dualidad.*

“La del faldellín de jade”, Chalchiuhtlicue, y “el de brillo solar de jade”, Chalchiuhtlatónac, se muestran como dos títulos más de la Señora y el Señor de la dualidad. Para penetrar en el sentido de estas formas de atribución, en el texto se afirma que Ometéotl es deidad que reside y actúa en las aguas color de pájaro azul, que vive y obra

por encima de las nubes. El jade (*chalchihuitl*), símbolo del agua y la vida, se asocia ahora plenamente a la deidad dual. Las metáforas del faldellín que cubre a Omecíhuatl y del resplandor propio de Ometecuhtli se conservan. Pero en realidad el nuevo elemento jade-agua enriquece todavía más el enjambre de atributos metafóricamente expresados.

Las palabras de la partera al lavar a la criatura están apuntando a relaciones dignas de tomarse en cuenta. Dado que Chalchiuhtlicue aparece en múltiples lugares en asociación directa con Tláloc, antigua deidad a quien se debe el beneficio de las aguas celestes, espontáneamente surge una pregunta: ¿Tláloc, bajo el nombre de Chalchiuhtlatónac, “el del brillo de jade”, y Chalchiuhtlicue, “la del faldellín de jade”, llegaron también a ser pensados, en un determinado momento, como otros aspectos del mismo supremo principio dual? En tal sentido parecen haberse encaminado las lucubraciones de los sacerdotes y sabios prehispánicos.

Las ideas expuestas en este capítulo constituyen un breve esbozo acerca del dios dual. Sus múltiples interrelaciones eran consideradas como deidades distintas por la religiosidad popular. La investigación en los códices y en los textos redactados en idioma indígena permite afirmar, además, que Ometéotl, concebido también como Tonacatecuhtli y Tonacacíhuatl, “Señor y Señora de nuestra carne”, al habitar asimismo en la región de los descarnados, coincide en última instancia con la doble presencia de quien gobierna en el mundo de los pisos inferiores, Mictlantecuhtli y Mictlancíhuatl, “Señor y Señora del lugar de los muertos”.

Ometéotl y Quetzalcóatl

Es importante considerar la identificación, que encontramos formulada en varios testimonios, entre Ometéotl y Quetzalcóatl. Bernardino de Sahagún recoge un *huehuehtlahtolli* expresado en los siguientes términos:

*¿Es verdad acaso?
¿Lo mereció el señor Quetzalcóatl,
el que inventa hombres, el que los hace?
¿Acaso lo determinó el Señor y la Señora de la dualidad?
Así fue transmitida la palabra.*

Aparece en este contexto la distinción, que expresamente hacen algunos textos, entre el sacerdote 1-Caña, Nuestro Príncipe, Quetzalcóatl (el sabio gobernante de Tula) y el dios Quetzalcóatl, del que se dice era considerado por los toltecas como divinidad suprema. Así,

según el *Códice Matritense*: “Un dios tenían (los toltecas), lo tenían por su único dios, lo invocaban, le hacían súplicas, su nombre era Quetzalcóatl...” En relación con esto mismo conviene destacar que la significación de la voz Quetzalcóatl no es solamente la de “Serpiente preciosa o de plumas de quetzal”. Dado que la palabra *cóatl*, además de serpiente, significa también mellizo (*cuate*), es interpretación igualmente válida la de “mellizo precioso”, entendiendo el término *quetzal* como metáfora de “algo muy estimable”, adoptado el sentido que tiene en otros muchos contextos. Tal forma de interpretar el nombre de Quetzalcóatl permite comprender por qué en expresiones como la citada se dice que es “el que inventa a los hombres, el que los hace”, y a continuación se precisa que ello es atributo del Señor, Señora de la dualidad.

Naturaleza del dios dual en sí mismo

La oscura complejidad del panteón náhuatl se ilumina de diversas formas al atender a lo que dejaron dicho los sabios acerca del dios dual, Ometéotl. Por una parte no es posible negar que en la religión popular se tuvieron como dioses, en número creciente, los muchos “Señores” de la lluvia, el viento, el fuego, la fertilidad, los mantenimientos, la región de los muertos, la guerra, la caza, el comercio e incluso la embriaguez. Por otra parte, es menester aceptar que todas esas deidades —con frecuencia formando parejas— llegaron a ser pensadas como personificaciones del supremo principio dual que asume rostros distintos en función de sus diversas maneras de obrar. Mas para ahondar un poco más en las antiguas doctrinas que así relacionaron la multiplicidad con el ser uno y dual, se deben reflejar varias de las designaciones aplicadas fundamentalmente a Ometéotl, con breve comentario acerca del sentido que tuvieron. He aquí las principales.

In Tloque, in Nahuaque: “el dueño del cerca y del junto”, es decir, aquel que está presente en todas partes, o, como con acierto tradujo fray Juan de Torquemada, “cabe quien está el ser de todo lo que existe”.

Totecuyo, in ilhuicahua, in tlalticpaque, in mictlane: “el señor nuestro, dueño del cielo, de la tierra, de la región de los muertos”.

Yohualli, ehécatl: “noche, viento”; advocación que tradujo Sahagún como “invisible e impalpable”.

Moyocoyani, teyocoyani, tlayocoyani: “el que a sí mismo se inventa, el inventor de los hombres, el inventor de las cosas”.

La omnipresencia de Ometéotl, su misterio y la plenitud de su capacidad creadora constituyen el meollo de lo que, con estos vocablos,

quisieron expresar los sabios del México antiguo. La identificación de su doble rostro con las manifestaciones, también duales, de otras muchas deidades, fue probable consecuencia de su ser omnipresente, su misterio y su fuerza de creador.

De este modo, los sabios prehispánicos, en su afán de atinar con aquello que es verdadero, aprisionaron en su pensamiento, por el camino de los símbolos y metáforas —flores y cantos—, el más hondo sentido de lo que para ellos debía implicar la divinidad. Dijeron así que Ometéotl era “nuestra madre, nuestro padre”, “origen de todos los dioses”, “inventor de sí mismo”, “invisible e impalpable como la noche y el viento”, “espejo que ahúma y que hace aparecer a las cosas”, “mellizo precioso”, el que habita en el lugar de la dualidad, en el ombligo de la tierra y en la región de los muertos, el dios supremo, Tloque Nahuaque, dueño del universo que, engendrando y concibiendo en sí mismo, da ser a todo cuanto existe.

Si la doctrina acerca de Ometéotl contrastaba en múltiples aspectos con las creencias de la religión popular, también difería en mucho de aquello que proclamaba la actitud oficial, místico-guerrera, de los mexicas. No significa esto, sin embargo, que la preservación y el enriquecimiento del antiguo legado hayan sido ajenos a Tenochtitlan. En otros sitios dentro del Valle de México, como en Tetzco, donde floreció el sabio y poeta Nezahualcóyotl, las antiguas doctrinas habían cobrado nueva vida, pero también existieron hombres en Tenochtitlan que, sin prescindir del culto a dioses como Huitzilopochtli, mantuvieron abierto su espíritu a las lucubraciones en relación con Tloque Nahuaque, el dueño del cerca y del junto, que es como la noche y el viento.

Creencias acerca de los destinos después de la muerte

Respecto de las creencias acerca de los lugares adonde marchaban los muertos, no poco es lo que se ha escrito desde los tiempos de los cronistas del siglo XVI hasta el presente. Para un estudio más pormenorizado son varias las fuentes que deben tomarse en cuenta. Por una parte están los testimonios de varios códices; por otra, algunos textos indígenas escritos ya con el alfabeto latino, entre ellos los tres primeros capítulos del apéndice al libro tercero, en la recopilación de testimonios, incluida en el *Códice Florentino*.

Los mexicas, en estrecha relación con su pensamiento místico-guerrero, creían que todo aquel que moría en la guerra se convertía en compañero del Sol, marchando para ello al Tonatiuhílhuicac, al “cielo

del Sol”. Transformados los guerreros en aves preciosas, formaban el cortejo del astro que ilumina el día. De igual modo que los guerreros hechos cautivos en el combate, las mujeres que morían de parto, es decir, con un prisionero en su vientre, tenían por destino ser compañeras del Sol. Su lugar de residencia estaba en la parte occidental del cielo. Por esto el poniente, además de ser “la casa del Sol.”; era también Cihuatlampa, “hacia el rumbo de las mujeres”, la región de la tarde, desde donde salían al encuentro de Tonatíuh las que se llamaban también *cihuateteo*, “mujeres divinas”.

Otros sitios existían en el más allá, a los que iban determinadas clases de muertos. El Tlalocan, mansión de Tláloc, dios de la lluvia, era lugar de deleite y felicidad. A él marchaban los elegidos del Señor de la lluvia, que les enviaba la muerte en forma directa: los que perecían ahogados o fulminados por un rayo, los hidrópicos y los gotosos. A todos éstos no se les quemaba como a los demás fallecidos, sino que sus cuerpos recibían sepultura.

En relación con el destino de quienes iban al Tlalocan, hay en el himno de Tláloc una estrofa que parece implicar cierta forma de vida ulterior del alma o corazón de quien pereció como elegido de Tláloc. Se trata de algo así como una velada doctrina sobre otra posible existencia en la tierra. He aquí el fragmento del himno que habla acerca de esto:

*En cuatro años, allá hay resurgimiento,
ya no se fija la gente, perdió la cuenta,
en la casa de plumas de quetzal, allá,
hay transformación de lo que pertenece
al que da nueva vida a los hombres.*

Al parecer, tal forma de retorno a la tierra se refería principalmente al caso de los niños pequeños que morían sin haber alcanzado el uso de razón. Tales criaturas, cuando su vida se rompía, moraban en el Chichihuaquauhco, “el lugar del árbol nodriza”, cuya ubicación se situaba en función del Tlalocan. Los niñitos eran allí alimentados por ese árbol, de cuyas ramas goteaba leche. En el *Códice Florentino* encontramos buena descripción de lo que era allí su existencia:

Se dice que los niñitos que mueren como jades, turquesas, joyeles, no van a la espantosa y fría región de los muertos. Van allá a la casa de Tonacatecuhtli (el señor de nuestro sustento); viven a la vera del árbol de nuestra carne. Chupan las flores de nuestro sustento: viven junto al árbol de nuestra carne; junto a él están chupando.

El *yólotl* o corazón de tales niñitos, después de cierto tiempo, podía volver a la tierra. Su realidad y su destino, a modo de gotas, podían penetrar en el seno de quienes iban a ser sus madres en una nueva oportunidad de existir.

El sitio, morada de la gran mayoría de los humanos fallecidos, se conocía con el nombre de *Mictlan*, “lugar de los muertos”. Existía éste en lo más profundo de los nueve pisos inferiores, situados debajo de la superficie de la tierra. El *Mictlan* recibía también otros nombres que reflejan lo que acerca de él pensaba el hombre prehispánico. Se le designaba: “nuestra casa común, nuestra casa común de perdernos, sitio adonde todos van, el lugar donde de algún modo hay existencia, la región de los descarnados...”. Al *Mictlan* iban todos los que morían de muerte natural, sin distinción de personas y sin que hubiera de tomarse en cuenta su comportamiento en la tierra.

Conviene destacar en este punto que, en el pensamiento de los mexicas, el destino final estaba determinado no precisamente por la conducta moral desarrollada en la vida, sino por el género de muerte con que se abandonara este mundo. Los que morían de rayo, ahogados o de hidropesía, iban al *Tlalocan*; los que perecían en el combate y las mujeres que morían de parto, pasaban a ser acompañantes del Sol; los que acababan sus días siendo aún niños iban al lugar del árbol nodriza y, por fin, los que terminaban de otro modo cualquiera llegaban al *Mictlan*, que parecía ser el menos codiciado de los destinos. Esto quizá suscitará extrañeza en el modo de pensar que, influido por el cristianismo, relaciona conducta moral y destino después de la muerte. Sin embargo, las concepciones éticas del hombre prehispánico tenían raíces distintas. En vez de la amenaza de un castigo o de la esperanza de un premio más allá de la muerte, influían sobre todo en la conducta el deseo de alcanzar en la tierra el beneplácito divino, el perfeccionamiento del propio rostro y corazón y, en consecuencia, la felicidad de que son capaces los humanos. Por lo que tocaba al posible destino después de la muerte, la opinión era que ello correspondía a la decisión de los dioses.

Tales eran las creencias de los pueblos nahuas y, por tanto, también de los mexicas, acerca de los posibles destinos más allá de la muerte. Frente a estas maneras de pensar hay otros testimonios de inquietud y duda en el ánimo de algunos sabios y poetas prehispánicos. Si en algún punto, en el contexto de las tradiciones religiosas nahuas, es evidente la separación entre lo que cree y acepta el hombre del pueblo y lo que lucubraron los sabios, es precisamente aquí, a propósito del tema de una posible supervivencia en el más allá. En un poema, a

modo de ejemplo, se refleja que, tras reconocerse lo inevitable de la muerte, surge en seguida la duda y la inquietud angustiadas, anhelo de nuevas formas de comprensión:

*Muy cierto es:
de verdad nos vamos, de verdad nos vamos.
Dejamos las flores y los cantos,
cuanto existe en la tierra.
¡Es verdad que nos vamos,
es verdad que nos vamos!
¿Pero adónde iremos, adónde iremos?
¿Estamos allá muertos o vivimos aún?
¿Otra vez viene allí el existir?
¿Otra vez el gozar del Dador de la vida?*

El afán de encontrar respuestas que muestren algún camino para escapar a la propia destrucción, llevó a los sabios y poetas a afirmaciones muy distintas entre sí. Hubo quienes, con pesadumbre, aceptaron la idea de que con la muerte todo termina. Siendo esto así, a modo de consejo se proclama la conveniencia de encontrar al menos cuanto puede hacer feliz al hombre en la tierra:

*Lloro, me siento desolado,
recuerdo que hemos de dejar
las bellas flores, los bellos cantos.
¡Deleitarnos entonces, cantemos ahora!*

*Ya que un día totalmente nos iremos,
totalmente habremos de perdernos...
Así, en paz y en placer,
pasemos la vida.
¡Venid y gocemos!
¡Ojalá siempre se viviera,
ojalá nunca tuviera uno que morir!*

Postura diferente fue la de quienes no creyeron posible superar la duda. Para ellos el más allá continuó siendo “región de misterio”. Así, ante lo que no puede conocerse y es destino inexorable, la única palabra de consuelo es la que lleva a liberar de aflicción los corazones. El siguiente poema es muestra de esta forma de pensar:

*¿Acaso allá habremos de existir?
¿Vivimos donde sólo dicen que hay tristeza?
¿Acaso es verdad,
acaso no lo es, como dicen?
No se aflijan nuestros corazones.
¿Cuántos de cierto dicen:
qué es verdad o qué no lo es allí?
Tú sólo te muestras inexorable, Dador de la vida.
No se aflijan nuestros corazones.*

Hubo entre los sabios una tercera tendencia, la de aquellos que, aceptando el carácter de experiencia única, inherente a esta vida, y el misterio que rodea al más allá, se atrevieron a afirmar que de alguna manera continúa la existencia después de la muerte. Partiendo de que la tierra no es lugar de felicidad cumplida y reconociendo a la vez el anhelo que impulsa a buscarla, a modo de conclusión se afirma que “hay que ir a otra parte”, al lugar de la rectitud y el bien, ya que de otra suerte habría que aceptar “que sólo en vano se ha venido a existir en la tierra”.

*En verdad no es éste el lugar de la rectitud y el bien.
Ciertamente hay que ir a otra parte, más allá:
allá tendrá que existir la felicidad.
¿O es que sólo en vano vinimos a la tierra?
Ciertamente otro sitio debe ser el de la vida.*

Tales fueron, en sus principales variantes, las formas como llegaron a plantearse los sabios prehispánicos el viejo problema de la supervivencia más allá de la muerte. En México-Tenochtitlan, en Tetzaco y en otros muchos sitios de la región central, al lado de las creencias populares florecieron también la duda, la búsqueda y el atisbo que, una y otra vez, encontramos expresados en el caudal de poemas y cantares que por fortuna ha llegado hasta nuestros días.

El ritual sagrado

En los códices y en otros textos en lengua indígena hay información para adentrarse en el conocimiento de lo que fue la liturgia prehispánica, con sus distintos ritos, sacrificios y otras maneras de culto. Con suma frecuencia las ceremonias religiosas eran evocación de los he-

chos primordiales, de aquello que constituía el meollo mismo de los relatos míticos. El ofrecimiento de la sangre, que hacía posible la preservación de la vida del Sol, revivía la inmolación de los dioses que aceptaron la muerte al principio de la quinta edad en Teotihuacan. Los ritos para alcanzar la benevolencia de Tláloc y de las otras deidades de la lluvia evocaban el recuerdo de la ayuda que habían prestado a Quetzalcóatl en la obtención del maíz para hacer posible la alimentación de los hombres. La escenificación de la historia del sacerdote Quetzalcóatl su salida de Tula y su huida hacia el Oriente, hacía renacer la esperanza en su retorno que quizá sería el comienzo de una nueva época de tanto esplendor como la que conocieron los toltecas. En las celebraciones y sacrificios de los mexicas a lo largo del año, la interpretación de mitos y creencias estaba enraizada además en los propios ideales místico-guerreros. Todo esto tenía lugar en los recintos sagrados, con numerosos templos, erigidos en Tenochtitlan y en otros muchos sitios de la región central y de fuera de ella, hasta donde llegaban los dominios del pueblo del Sol.

En la recopilación de testimonios indígenas llevada a cabo por fray Bernardino de Sahagún se encuentran abundantes testimonios en los que, con considerable detalle, aparece la descripción de una rica gama de sacrificios y ritos, tal como se practicaban en cada una de las veintenas de días, a lo largo del calendario solar, el *xihpohualli*. La sola enumeración de los principales ritos es de por sí elocuente.

Tlamanaliztli era la voz empleada para expresar el concepto de ofrenda, la cual podía hacerse de muchas maneras. En diversas circunstancias se ofrecían a los dioses alimentos, mazorcas tiernas de maíz, semillas de chía, flores, aves y otros animales. Las ofrendas del fuego y del copal, o incienso de la tierra, tenían particular importancia. También se presentaban para el culto de los dioses lechos de grama, ramas de abeto, cargas de leña y retoños de diversas plantas recogidas en el campo. Entre los sacrificios propiamente dichos, el elenco de los principales deja ya ver su considerable variedad. Sin duda el que con mayor frecuencia se menciona era el que, de un modo o de otro, implicaba la muerte de víctimas humanas. Tal forma de sacrificio recibía, de manera general, el nombre de *tlacamictiliztli*, “muerte sacrificial”. En el *Códice Matritense* se ofrece la siguiente descripción, asimismo de carácter genérico:

Así se hacía la muerte sacrificial; con ella mueren el cautivo y el esclavo. Se llamaban “muertos divinos”. Así lo suben delante del dios, lo van cogiendo de sus manos, y el que se llamaba colocador de la gente,

lo acostaba sobre la piedra del sacrificio. Colocado en ella quien había de morir, cuatro hombres lo estiraban de sus manos y pies. Estando de este modo tendido, se ponía allí el sacerdote sacrificador con el cuchillo con que debía abrir el pecho a la víctima. Después de haberle abierto el pecho, le arrancaba primero su corazón, cuando aún estaba vivo aquel a quien había abierto el pecho. Tomando su corazón, se lo presentaba al Sol:

Para estudiar la amplia gama de ceremonias en que tenía lugar el rito de la muerte sacrificial, necesariamente hay que acudir a los relatos acerca de las fiestas en las dieciocho cuentas de veinte días del año solar. Las diferentes deidades y las distintas clases de víctimas, que en su honor se sacrificaban, se hacen allí presentes.

Además del ofrecimiento del corazón de las víctimas humanas, había otras formas de sacrificio. Entre ellas estaba la que se nombraba *tlaquehcotonaliztli*, “acción de cortar el cuello a las codornices”. Consistía ésta, como su misma designación indica, en decapitar a tales avejillas delante de la imagen del dios y en arrojar luego su cuerpo sobre las gradas del templo. Papel de suma importancia tenían, por otra parte, los distintos actos de autosacrificio, como el atravesamiento de varas en las orejas, en la lengua o en otras partes del cuerpo. También el punzarse con espinas, el sangrarse con un cuchillo de obsidiana, la abstinencia penitencial, el tenderse sobre espadañas, el horadarse los labios formaban parte del ritual de penitencia y merecimiento personales. Como ejemplo de las ocasiones en que se practicaban estas penitencias, un breve relato acerca de la fiesta del día que tenía por signo 4-Ollin, 4-Movimiento dice:

Así se hacía su fiesta, en el signo 4-Movimiento, el día 203 de la cuenta. Cuando ya se acercaba el día, la gente hacía penitencia; cuatro días ayunaba la gente.

En el día de dicho signo, cuando llegaba ya su fiesta, cuando estaba el Sol en el medio, tomaban las flautas, se atravesaban sus miembros con jarillas y a los niños, que yacían en sus cunas, les hacían cortaduras en las orejas, sangrándose también toda la gente. No se hacía ningún otro saludo al Sol. Todos únicamente se sangraban, se atravesaban con jarillas, ofrecían copal. Toda la gente; nadie se quedaba sin hacer esto.

En donde estaba la imagen del Sol, en el llamado Cuauhxicalli, Vaso del águila”, allí estaba puesta su efigie. De este modo estaba pintada: tenía una como cara de hombre, de allí salía su resplandor. Su aderezo solar era redondo, grande, como hecho de mosaico de plumas de guacamaya. Allí, delante de él, se hacía el sangramiento ritual,

el atravesamiento de los miembros con jarillas, la ofrenda, el sacrificio de codornices.

En su fiesta también había sacrificios de muchos cautivos; se decía que el que murió en la guerra va a la casa del sol y vive allí junto a él.

Ante la imposibilidad de penetrar en el complejo conjunto del ritual de los pueblos nahuas, y especialmente de los mexicas, he aquí al menos la lista de los objetos que se requerían en los templos para el servicio del culto, según lo refiere el *Códice Matritense*. La enumeración parece elocuente por sí sola: “piedras del sacrificio, pedernales, sahumadores, papel de amate, copal o incienso de la tierra, altares, espinas, navajas de obsidiana, leña, madera fina, ramas de abeto, ortigas, huesos, hule, tabaco comestible, caracoles, jícaras para el copal, sandalias de hule, bolsas para el tabaco, chalequillos ceremoniales, jarros para el tabaco, mantos de mariposas, mantos para la penitencia, cuerdas”.

Existe otra enumeración, también de considerable interés, en la que se mencionan los nombres de los distintos sitios dentro de un recinto sagrado: *teucalli*, templo o casa del dios; *cuauhxicalli*, vaso del águila; *calmécac*, hilera de casas, centro superior de educación; *ixmomoxtli*, altar frontal; *cuauhcalli*, casa de las águilas, es decir, de los guerreros; *teutlachtli*, juego de pelota divino; *tzompantli*, hilera de palos donde se colocan los cráneos de los sacrificados; *temalácatl*, rueda de piedra para el llamado sacrificio gladiatorio; *ithualli*, patio; *cohuatenámitl*, muro o muralla de culebras; *teuquiyáhuatl*, puerta o entrada sagrada.

Organización sacerdotal

Si nada se ha podido decir respecto de alguna forma especial de culto a la suprema deidad dual, Ometéotl, se encuentra, en cambio, el hecho de que, en los más altos rangos de la jerarquía religiosa, eran siempre dos los sacerdotes que desempeñaban funciones estrechamente relacionadas entre sí. En el mundo mexica dos eran los supremos sacerdotes, designados con los títulos de Quetzalcóatl-Tótec-tlamacazqui, “el ofrendador de nuestro señor Quetzalcóatl”, y Quetzalcóatl-Tláloc-tlamacazqui, “el ofrendador de Tláloc-Quetzalcóatl”. Ostentando ambos el nombre de Quetzalcóatl, como reminiscencia de la religiosidad y sabiduría de quien fue a la vez señor de los toltecas, correspondía al primero el culto especial de Huitzilopochtli; al segundo, el de Tláloc, dios de la lluvia. Cabe recordar, en este contexto, que Huitzilopochtli y Tláloc eran precisamente las deidades cuyos santuarios se encontra-

ban arriba de la pirámide principal, dentro del recinto del templo mayor de Tenochtitlan.

En lo más elevado de la organización política de los mexicas puede percibirse otro reflejo de la misma forma de concepción dual. Al lado del *Huey tlatonani* o supremo gobernante estaba el *Cihuacóatl*, que, entre otras cosas, atendía asuntos de índole religiosa. La voz *cihuacóatl*, interpretada generalmente como “serpiente femenina” o “mujer serpiente”, tiene asimismo el sentido de “mellizo o *cuate* femenino”, es decir, de comparte o complemento del *tlatonani*, como lo era, en el universo de la divinidad, Omecíhuatl, la Señora dual, respecto de Ometecuhtli, el Señor dual.

En otros rangos, dentro de la jerarquía sacerdotal, se encuentra la presencia del *Mexicatli teohuatzin*, “el sacerdote mexicano”, que tenía como complemento y colaborador al *Huitznáhuac teohuatzin*, “el sacerdote de la región de las espinas”. El primero de éstos, según se refiere en varios testimonios, era “como padre de los del *calmécac*”, la escuela o centro de formación superior. Era también el que presidía a los sacerdotes de todas partes. “El daba órdenes en los templos de diversos sitios, indicando lo que debían hacer los otros sacerdotes”. Por lo que toca al *Huitznáhuac teohuatzin*, se cuenta que “guardaba también sus costumbres”, así como las guardaba el *Mexicatli teohuatzin*, incluyendo lo referente a la educación en el *calmécac*.

Rangos inferiores tenían los que genéricamente se designaban como *teopixque*, “guardianes del dios” o *tlenamacaque*, “ofrendadores del fuego”. A éstos, que desempeñaban muy variadas funciones, los seguían, en niveles más bajos, los *tlamacazque*, “ofrendadores”, y los *tlatlamacazton*, que literalmente significa “ofrendadorcillos”, título que correspondía generalmente a los estudiantes o novicios en las escuelas y templos en donde se impartía la formación sacerdotal. Finalmente deben mencionarse las mujeres consagradas al culto, algunas de ellas auténticas sacerdotisas. Un ejemplo de estas últimas lo ofrecen las que ostentaban el nombre de *cihuacuacuilli*, “mujeres tonsuradas”, cuyo oficio consistía en disponer las ofrendas de flores, tabaco y cosas con que se rendía culto a la diosa Toci, “Nuestra abuela”.

Para mostrar de algún modo la gran variedad de ocupaciones propias de los distintos sacerdotes, tanto de los *tlanamacaque* como de los *tlamacazque*, a continuación se citan algunos textos que tratan de esta materia. El *Códice Matritense* describe cuál era el oficio del que se nombraba *tlapixcatzin*, “el conservador”:

Tenía cuidado de los cantos de los dioses, de todos los cantares divinos. Para que nadie errara, se esmeraba en enseñar él a la gente los cantos divinos en todos los barrios. Daba pregón para que se reuniera la gente del pueblo y aprendiera bien los cantos.

Ocupación relacionada con la anterior tenía el llamado *Epcohua cuacuiltzin*, “el sacerdote tonsurado de la Serpiente de nácar”, o sea del dios Tláloc, invocado bajo tal nombre. He aquí lo que se consigna:

Disponía lo referente a los cantos. Cuando alguien componía cantos, se lo decía a él para que presentara, diera órdenes a los cantores, de modo que fueran a cantar a su casa. Cuando alguien componía cantos, él daba su fallo acerca de ellos.

Paralelamente con los encargos propios de estos sacerdotes, la relación, incluida en los primeros memoriales del *Código Matritense*, describe cuáles eran las ocupaciones y atributos de quienes ostentaban más de treinta títulos diferentes en el conjunto de la jerarquía religiosa de los mexicas. A varios de ellos correspondía, de manera específica, el culto a una determinada deidad. Se habla así de los sacerdotes de Ometochtzin, la deidad cuya fecha calendárica era el día 2-Conejo, es decir, el patrono del pulque; de los que cuidaban de la diosa Xilonen, “la de la mazorca tierna de maíz”; de Izcoauhqui, “el Señor del rostro amarillo”, el dios del fuego; de Xipe Tótec, “Nuestro señor el desollado”, dios de la fertilidad; de Yacatecutli, “el Señor de la nariz puntiaguda”, patrono de los comerciantes; de Chalchiuhtlicue, “la del faldellín de jade”, diosa de las aguas terrestres; de la diosa madre bajo su advocación de Iztaccíhuatl, “la mujer blanca”, y, en fin, de otros dioses más, que debían ser venerados con los ritos que correspondían a cada uno.

Había otras diversas formas de actuación que requerían también la presencia y el cuidado especial de los sacerdotes. Una era la docencia en los *calmécac* o centros de educación superior y en los *telpuchcalli*, “casas de jóvenes”. Debe mencionarse asimismo el quehacer de los que —según refieren los textos— “se dedicaban a observar el curso y el proceder ordenado del cielo, las divisiones del día y de la noche, de los años y de los otros periodos de tiempo”. Finalmente, oficio en verdad primordial era el de aquellos que se conocían como *tonalpouhque*, “los que leen y refieren cuáles son los destinos”, con base siempre en lo que se consignaba en los *tonalámatl* y *xiuhámatl*, “los libros de los días y los libros de los años”. Acerca de éstos los testimonios conser-

vados son sumamente abundantes. Como muestra, *El libro de los coloquios*, con información recogida por Bernardino de Sahagún, consigna:

Los *tonalpouhque* están mirando, leyendo, refieren lo que hay en sus libros; vuelven ruidosamente sus hojas. En su poder está la tinta negra y roja, la sabiduría, las pinturas. Ellos nos llevan, nos guían, nos muestran el camino. También ordenan cómo cae un año, cómo avanza la cuenta de los destinos y los días y cada una de las veintenas. De esto se ocupan, a ellos les toca hablar de las cosas divinas...

Resta añadir que, en el contexto de los rangos superiores del sacerdocio y de quienes, de un modo u otro, mantenían particular relación con los “guardianes de los dioses”, hombres de gran finura de espíritu, tal vez pertenecientes a la nobleza y en ocasiones a la gente del pueblo, fue donde mejor florecieron la creación literaria y determinadas formas de pensamiento que bien merecen el calificativo de profundización filosófica. Del pensamiento y las obras de estos sabios algo ha llegado hasta nosotros. Además de algunas de las cuestiones que se plantearon en torno al tema de la supervivencia más allá de la muerte, pueden conocerse con más detalle sus inquietudes y lucubraciones, expresadas con frecuencia por la vía de la metáfora y el símbolo, en discursos y poemas. Por este camino precisamente se puede penetrar un poco en su concepción del ser humano como “dueño de un rostro y un corazón”; en sus doctrinas a propósito de quienes “saben estar dialogando con su propio corazón”; o en los sentidos de su expresión de “flor y canto”, el acercamiento por la poesía, para hallar “las palabras verdaderas en la tierra”.

La comprobada existencia de testimonios dejados por estos sabios y maestros deja entrever un hondo sentido espiritualista, también herencia del México antiguo. Al lado de la religiosidad orientada hacia la guerra florida y los sacrificios sangrientos, destinados a fortalecer la vida del Sol, surgió la diferente actitud de los “forjadores de cantos”, *cuicapicque*, y los sabios, *tlamatinime*, que insistentemente buscaron en “lo secreto, lo oculto”, posibles resquicios a través de los cuales se pudieran atisbar los misterios y destinos de la existencia del hombre sobre la tierra. La realidad operante de estos pensadores, que percibieron problemas en aquello mismo que aceptaba el pueblo mexica, abre otras perspectivas en el estudio del desarrollo religioso en los tiempos prehispánicos.

Asunto complejo y, por tanto, de muy difícil indagación, es el de la religión en Mesoamérica. La riqueza de testimonios —hallazgos ar-



queológicos, códices y otros textos— son ciertamente invitación a proseguir la búsqueda. El estudio de la religiosidad prehispánica encierra sorpresas de interés para el historiador de la cultura, el psicólogo, el filósofo y, en una palabra, para todos los que de un modo o de otro valoran los afanes del hombre, empeñado en atisbar los misterios de su propia existencia.

BIBLIOGRAFÍA

- CASO, Alfonso, *El pueblo del sol*, México, 1953.
- Códice Borgia*, edición facsimilar con comentarios de Eduard Seler, México, 1963.
- DURÁN, fray Diego, *Historia de las Indias de Nueva España y Islas de Tierra Firme*, 2 v. y atlas, publicada por José F. Ramírez, México, 1867-1880.
- GARIBAY K., Ángel María, *Veinte himnos sacros de los nahuas*. Informantes de Sahagún 2, Seminario de Cultura Náhuatl, México, UNAM, Instituto de Historia, 1958.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel, *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, 3a. ed., México, 1966.
- LÓPEZ AUSTIN, Alfredo, *augurios y abusiones*, Textos de los informantes de Sahagún IV, México, 1969.
- SAHAGÚN, fray Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España*, ed. preparada por Ángel María Garibay K., 4 v., México, 1956.

10. PENSAMIENTO Y LITERATURA DE LOS MEXICAS

Entre las más importantes aportaciones a la cultura intelectual de los pobladores del México antiguo se encuentran numerosos textos de contenido literario. Así como los arqueólogos han descubierto durante las últimas décadas incontables piezas de arte prehispánico, también los lingüistas y filólogos han hallado en archivos y bibliotecas, principalmente de México, Estados Unidos y Europa, numerosos textos en idioma indígena. El estudio, traducción y publicación de muchas de esas composiciones ha puesto de manifiesto que es posible hablar de literaturas prehispánicas, pertenecientes, principalmente, a pueblos de idioma náhuatl (azteca o mexicano) y a varias lenguas mayenses.

Trayectoria del conocimiento e investigaciones acerca de la literatura en náhuatl

Ya desde los días de la Conquista, Hernán Cortés y Bernal Díaz del Castillo, entre otros, expresaron su admiración por la suntuosidad de los templos y palacios y recibieron por lo menos una vaga noticia acerca de cantares y poemas de los nativos, como aquellos “a los que Moctezuma era aficionado”, o como otros que los mismos indios “dirigían a sus demonios”. Alusiones como éstas, y como la que expresó el mismo Bernal sobre “las casas de ídolos, donde se guardaban muchos libros de papel cogidos a dobleces, a manera de paños de Castilla”, deben recordarse entre los primeros testimonios acerca de las formas de que dispuso el hombre prehispánico para conservar el recuerdo de sus mitos y tradiciones.

Lo que los conquistadores sólo entrevieron, llegó a ser más tarde objeto de estudio por parte de algunos frailes humanistas, como Olmos, Motolinía, Durán, Mendieta, Sahagún y Torquemada. Sobre todo Olmos y Sahagún, iniciadores de un método de investigación directo, pudieron recoger, de los ancianos informantes, fragmentos de códices, de pinturas y también algunos *huehuetlahtolli* o discursos de los viejos, leyendas y crónicas, cantares que se decían en honra de los dioses, poemas y otros textos de contenido mitológico. Debe mencionarse expresamente que en esta labor participaron, unas veces como auxiliares de los frailes y otras por cuenta propia, grupos de indígenas empeñados en rescatar del olvido cuanto pudieran.

De los textos literarios, que entonces se transcribieron por medio del alfabeto latino, nada o muy poco se dio a conocer durante los siglos de la época colonial, debido al ambiente claramente desfavorable al efecto. Solamente algunos estudiosos como Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, Carlos de Sigüenza y Góngora y, después, Lorenzo Boturini y el jesuita Francisco Javier Clavijero pudieron reunir y estudiar algunos documentos. Pero, una vez más, por circunstancias adversas, no pudieron publicarlos ni en su lengua original ni en otra.

En un ambiente más propicio, ya en las últimas décadas del siglo XIX, se hizo realidad la presentación de algunos de estos testimonios. Muchos de ellos habían salido de México, por lo que comenzaron a ser estudiados en el extranjero. Los que quedaron en México fueron igualmente valorados. Para dar un ejemplo, José María Vigil, siendo director de la Biblioteca Nacional de México, hizo pública la noticia de haber encontrado en 1880, como él mismo refiere, “entre muchos

libros viejos amontonados”, el precioso manuscrito de *Cantares mexicanos* en idioma náhuatl.

Entre los estudiosos que, en México o en el extranjero, tradujeron y publicaron documentos en náhuatl, de contenido histórico o literario, merecen destacarse los nombres de Daniel G. Brinton, Rémi Siméon, Francisco del Paso y Troncoso, Eduard Seler, Ernst Mengin, Konrad Preuss, Walter Lehmann, Gerdt Kutscher y Leonhard Schultze Jena.

A partir de Del Paso y Troncoso, otros investigadores mexicanos señalaron también la importancia de la rica documentación en náhuatl, entre ellos Luis Castillo Ledón, Mariano Rojas, Rubén M. Campos y Pablo González Casanova. A este último, al igual que a Wigberto Jiménez Moreno, se debió principalmente el renacimiento de los estudios nahuas sobre la base de la lingüística y la filología modernas. En lo referente al estudio de los textos literarios, ocupó lugar prominente, desde la década de 1930, Ángel María Garibay. Mérito suyo fue ofrecer una serie de obras en las que, con un criterio genuinamente humanista, dio a conocer no pocas muestras de esta literatura. En los estudios llevados a cabo por Garibay, las antiguas composiciones nahuas fueron valoradas desde el punto de vista de la estética literaria para buscar a través de ellas la capacidad de expresión y los sentimientos e ideas de hombres que, aislados del contacto con el Viejo Mundo, desarrollaron una cultura en muchos aspectos extraordinaria.

Jiménez Moreno y Garibay han tenido varios discípulos que, de un modo o de otro, han proseguido el estudio directo de los textos en náhuatl, atendiendo a su valor literario. Relativamente abundante es en la actualidad la bibliografía en torno a estas producciones de los antiguos mexicanos. Incluso se ha logrado relacionar, hasta donde las fuentes lo permiten, determinadas composiciones con sus mismos autores, sabios y poetas, anteriores a la Conquista. Tal ha sido el propósito del libro *Trece poetas del mundo azteca*, de Miguel León-Portilla.

Orígenes y formas de transmisión de esta literatura en la época prehispánica

Dos hechos fundamentales han permitido responder a la cuestión del origen y modo de transmisión de la literatura; por una parte, la existencia de escritura jeroglífica en las altas culturas mesoamericanas y, por otra, la de los antiguos sistemas educativos suficientemente organizados. Los *tlacuiloque* o escribanos —como ya se ha dicho en capítulos anteriores— valiéndose de glifos pictográficos, ideográficos e incipientemente fonéticos, podían consignar en sus códices cuanto

se refería a los cómputos calendáricos e, igualmente, al esquema y los elementos fundamentales de su mitología, la descripción de los atributos de sus dioses y del ritual religioso, la memoria de sus peregrinaciones, la sucesión de sus gobernantes, de sus guerras y otros acontecimientos particularmente significativos.

No hay base para afirmar que se consignaran composiciones literarias en los códices o libros de pinturas. Recordando, sin embargo, el modo como eran estudiados y comentados esos códices, sobre todo en los *calmécac* del mundo náhuatl, se ha precisado la forma en que, paralelamente al contenido de los libros de pinturas, aparecieron algunos textos de contenido religioso, histórico y literario. Por el testimonio de algunos cronistas, sobre todo Bernardino de Sahagún y Diego Durán, se sabe que en las escuelas nativas los maestros explicaban las pinturas de los códices y hacían aprender de memoria a los estudiantes, a modo de comentario, himnos, poemas, antiguos discursos y relatos. Los textos así aprendidos provenían, a su vez, de la tradición de los sabios y sacerdotes. En ocasiones se debían a la creación personal de determinados *tlatiminime*, “los sabedores de algo”, o de algunos célebres *cuicapicque*, “los forjadores de cantos”.

De esta forma quedó organizada la transmisión sistemática que fielmente se perpetuaba de una a otra generación. También había entre los *calpulli* sacerdotes que tenían por oficio mantener vivo el recuerdo de lo que se había memorizado en las escuelas. Finalmente, las fiestas, ceremonias religiosas y también lo que muchos de los cronistas llamaron *areitos* ofrecían reiterada ocasión de seguir escuchando cada día los himnos sagrados, los discursos, los poemas y las leyendas.

Al sobrevenir la Conquista ocurrió, respecto de muchos de esos antiguos textos, un doble fenómeno. Algunos de los sabios supervivientes, que aprendieron el alfabeto latino, se interesaron por cuenta propia en consignar por escrito, en su propia lengua, determinadas tradiciones. Así se conservó, para dar un ejemplo, la serie de textos transcritos en 1528, conocidos hoy como *Unos anales históricos de la nación mexicana*. Muchos documentos se salvaron gracias al empeño de misioneros como Olmos y Sahagún. Este último, con sus discípulos indígenas de Tlatelolco, recogió de labios de ancianos indígenas los célebres veinte himnos sacros, la serie de *huehuehtlahtolli* incluida en el libro sexto de su manuscrito original y otros muchos mitos, leyendas, descripciones e incluso relatos indígenas acerca de la Conquista, que constituyen la que hemos llamado “visión de los vencidos”.

Tal es la respuesta que ha podido darse a las cuestiones sobre el origen y modo en que se preservaron muchos de los textos literarios

en lengua náhuatl. Varios son los estudios críticos que se han llevado a cabo para precisar su autenticidad. El acercamiento directo a esas composiciones, su análisis y valoración, son quizá la mejor confirmación. Las producciones que se conocen de esta literatura pueden distribuirse en distintas categorías según su contenido y formas de expresión. En el mundo prehispánico se designaban con diferentes términos que describían ya sus características propias.

Las diversas formas de composición literaria

Con el propósito de distribuir en distintas categorías literarias las producciones nahuas prehispánicas se ha empleado en ocasiones una terminología derivada de contextos culturales por completo ajenos. Resulta más adecuado atender a los conceptos y vocablos de que se valieron los *tlamatinime* y los *cuicapicque* (sabios y forjadores de cantos) para caracterizar sus propias formas de expresión. Para ellos, que mantenían antiguas tradiciones, toda composición se situaba o en la rica gama de los *cuícatl*, cantos y poemas, o en la de los *tlatolli*, relatos y discursos. Estas dos categorías, tal vez afines a las de poesía y prosa, daban cabida a muchas variantes.

Los *cuícatl*, según dijo el forjador de cantos Ayocuan Cuetzpaltzin, “del interior del cielo vienen”; son inspiración y también sentimiento. En ellos afloran los recuerdos y el diálogo con el propio corazón. En ritmo, la medida y a veces la entonación, acompañada de la música, son sus atributos exteriores. En las culturas antiguas fue frecuente que las composiciones sagradas, conservadas por tradición oral, tuvieran en la medida y en el ritmo auxiliares poderosos que facilitaban su retención en la memoria. Entre los nahuas fue muy amplia la gama de creaciones con estas características, implícitamente evocadas por la voz *cuícatl*.

Las varias formas de “cuícatl”

En primer lugar deben mencionarse los múltiples *teocuícatl*, cantos divinos o de los dioses. Constituían la materia principal en la enseñanza impartida en los *calmécac*. Atendiendo a diferentes textos, puede afirmarse que los antiguos himnos de carácter mítico en los que se recordaban la serie de creaciones de las distintas edades o soles fueron auténticos *teocuícatl*. Igualmente se puede decir de poemas como el

conocido acerca del origen del quinto sol en Teotihuacan o aquellos en los que se refieren las actuaciones entre los toltecas de Quetzalcóatl, el dios o el sacerdote; y de los mitos en torno a otros dioses: Tláloc, Coatlicue y Huitzilopochtli, conservados en la recopilación en náhuatl de Sahagún y, con variantes, también en otras fuentes, como los *Anales de Cuauhtitlán*.

Otros *teocuícatl* fueron los veinte himnos sacros que se entonaban, con acompañamiento de música, en las correspondientes fiestas religiosas. El análisis literario de estas composiciones pone de manifiesto algunas de sus características: además del ritmo y el metro, existe en ellas el paralelismo y la repetición, con variantes, de un mismo pensamiento. La expresión propia del *teocuícatl* es de necesidad solemne, muchas veces esotérica. En ellos no hay palabras que estén de más. Son el recuerdo de los hechos primordiales o la invocación por excelencia que se dirige a la divinidad. Un ejemplo, incluido en el *Códice Matritense*, el *teocuícatl* de Xochipilli, el dios protector de los cantos, que aquí aparece en relación esencial con Tláloc, muestra algo de lo que fueron este tipo de composiciones:

*Sobre el campo del juego de pelota
bien canta el precioso faisán.
Responde a Cintéotl, dios del maíz.
Ya cantan nuestros amigos,
ya canta el precioso faisán,
en la noche resplandece Cintéotl.
Sólo escuchará mi canto,
el que tiene cascabeles,
el que tiene máscara en el rostro,
sólo Cipactonalli escuchará mi canto.
Yo ordeno en Tlalocan,
sacerdote, yo ordeno...
He llegado a donde se divide el camino,
sólo soy Cintéotl.
¿Adónde habré de ir?
¿Por dónde seguiré el camino?
En el Tlalocan, el sacerdote:
los dioses hacen llover.*

Aunque en la mayor parte de las composiciones, que genéricamente recibían el nombre de *cuícatl*, solía estar presente el tema de las realidades divinas, no todas ellas eran himnos sagrados, *teocuícatl*. La serie

de designaciones que se conservan y el contenido mismo de muchos cantares y poemas confirman la variedad de expresiones.

Así, *teponazcuícatl* era voz que designaba a los cantos que requerían el acompañamiento musical. Precisamente en muchos de ellos estuvo el germen de las primeras formas de actuación o representación entre los nahuas.

Cuauhcuícatl, cantos de águilas, *ocelocuícatl*, cantos de ocelotes, *yao-cuícatl*, cantos de guerra, eran diversas maneras de nombrar a las producciones en las que se enaltecían los hechos de capitanes famosos y las victorias de los mexicas o de otros grupos. También estos poemas eran a veces objeto de actuación, canto, música y baile, en las conmemoraciones y fiestas. Una muestra la ofrece el siguiente poema de la colección que se conserva en la Biblioteca Nacional de México:

*Desde donde se posan las águilas,
desde donde se yerguen los tigres,
él solo es invocado.
Como un escudo que baja,
así se va poniendo el sol.
En México está cayendo la noche,
la guerra merodea por todas partes,
¡oh Dador de la vida, se acerca la guerra!
Orgullosa de sí misma
se levanta México-Tenochtitlan.
Aquí nadie teme la muerte en la guerra.
Esta es nuestra gloria, éste es tu mandato,
¡oh Dador de la vida!*

En contraste con estas formas de poesía, eran frecuentes los conocidos como *xochicuícatl*, cantos de flores, *xopanquícatl*, cantos de primavera, *icnocuícatl*, cantos de tristeza, todas ellas composiciones de tono lírico. Unas veces eran ponderación de lo bueno que hay en la tierra: la amistad de los rostros humanos, la belleza misma de las flores y los cantos; otras, reflexión íntima y apesadumbrada en torno a la inestabilidad de la vida, la muerte y el más allá. Precisamente la existencia de estos poemas, en los que, no una, sino muchas veces, se plantean preguntas semejantes a las que se formularon en otros tiempos y latitudes los primeros filósofos, ha llevado a afirmar que también entre los *tlamatinime* prehispánicos hubo quienes cultivaron parecidas formas de pensamiento al reflexionar sobre los enigmas del destino humano, la divinidad y el valor que debe darse a la fugacidad de lo

que existe. Y como en los manuscritos en náhuatl aparecen en ocasiones los nombres de quienes concibieron estas lucubraciones o aquellas otras más despreocupadas y alegres, ha sido posible relacionar algunos poemas con sus autores, desterrando así un supuesto anonimato universal de la literatura prehispánica.

Forjadores de cantos de rostro conocido

Entre quienes observaron en la región de Tetzaco una actitud espiritualista, perceptible en algunos de sus *icnocuícatl*, estuvieron Tlaltecatzin, que vivió desde la segunda mitad del siglo XIV y llegó a gobernar en Cuauhchinanco, y Cuacuauhtzin de Tepechpan, contemporáneo del más famoso poeta y sabio señor de Tetzaco, Nezahualcóyotl. También el hijo de éste, Nezahualpilli, y otros forjadores de cantos de esa región dejaron composiciones que son testimonio de igual tendencia. El área que hoy se conoce como poblano-tlaxcalteca tuvo *tlamatinime* distinguidos en Tecayehuatzin de Huexotzinco, Ayocuan Cuetzpaltzin de Tecamachalco y el viejo Xicoténcatl de Tizatlan. Oriundo de México-Tenochtitlan, hijo del gran *tlatoani* Itzcóatl, fue Tochihuitzin Coyolchiuhqui, prototipo del sabio entre la gente del pueblo del Sol. Lo mismo puede decirse de Temilotzin, amigo y compañero de Cuauhtémoc, que supo aunar la profesión de guerrero con la de forjador de poesía.

Composiciones de hondo sentido lírico, reflexión profunda y metáforas que son inconfundibles fueron obra de estos y otros personajes de la última época anterior a la llegada de los españoles. Su expresión fue unas veces la de los *xochicuícatl* y *xopançuícatl*, cantos de flores y de primavera; otras auténticos *icnocuícatl*, cantos de tristeza, meditación e interrogantes de sentido metafísico en relación con *Tloque Nahuaque*, el Dueño del cerca y del junto, o sobre *Ximohuayan*, el país de los descarnados, y acerca de *in ixtli*, *in yóllotl*, los rostros y los corazones humanos. De Tochihuitzin Coyolchiuhqui es el siguiente *icnocuícatl*, versión náhuatl del viejo tema de la concepción de la vida como un sueño:

*Así lo dejó dicho Tochihuitzin,
así lo dejó dicho Coyolchiuhqui:
De pronto salimos del sueño,
sólo vinimos a soñar,
no es cierto, no es cierto,
que venimos a vivir sobre la tierra.
Como yerba en primavera es nuestro ser.*



*Nuestro corazón hace nacer,
germina flores de nuestra carne.
Algunas abren sus corolas, luego se secan.
Así lo dejó dicho Tochiuhuitzin.*

Y de casi treinta composiciones, que con fundamento son atribuidas al célebre Nezahualcōyotl, pueden recordarse el *xopanquícatl* en que las aves y el poeta parecen estar en competencia en la casa de las pinturas que es la primavera. Se halla incluida esta producción suya en el manuscrito conocido bajo el título de *Romances de los señores de Nueva España*, que se conserva en la Colección Latinoamericana de la Universidad de Texas.

*En la casa de las pinturas comienza a cantar,
ensaya el canto, derrama flores,
alegra el canto...
Sobre las flores canta el hermoso faisán,
su canto despliega en el interior de las aguas.
A él responden varios pájaros rojos,
el hermoso cuello de hule bellamente canta.
Libro de pinturas es tu corazón,
has venido a cantar,
haces resonar tus tambores,
tú eres el cantor,
en el interior de la casa de la primavera,
alegras a las gentes.*

Como otra muestra de la hondura de reflexión del señor de Tetzco-
co está el poema en el que se atribuye a *Tloque Nahuaque*, la suprema
deidad, ser un *tlacuilo*, pintor de códices que, con flores y cantos, da
vida e ilumina a cuanto existe en la tierra, para después, con tinta ne-
gra y a su debido tiempo, borrar y suprimir las cosas.

*Con flores escribes, Dador de la vida,
con cantos das color,
con cantos sombreas
a los que han de vivir en la tierra.
Después destruirás a águilas y tigres,
sólo en tu libro de pinturas vivimos
aquí sobre la tierra.
Con tinta negra borrarás lo que fue la hermandad,*

*la comunidad, la nobleza.
Tú sombreamos a los que han de vivir en la tierra.*

Los pocos ejemplos aquí presentados y lo que se ha dicho acerca de las distintas formas de *cuícatl*, cantos y poemas, dejan ver algo acerca de la riqueza propia de esta expresión en la época prehispánica.

Las varias formas de "tlatolli"

Categoría literaria distinta es la que, con otro concepto también genérico, describieron los nahuas como *tlatolli*, es decir, palabra, discurso, relato, historia, exhortación. En el término *tlatolli* se comprendía todo aquello que, no siendo pura inspiración o recordación poética, se ofrecía como fruto de inquisición y de conocimiento en diversos grados sistemáticos.

Entre las principales formas de *tlatolli* que cultivaron los nahuas pueden percibirse marcadas diferencias, expresadas por ellos con vocablos distintos: los *huehuehtlahtolli*, palabras o discursos de los ancianos; los *teutlatolli*, disertaciones divinas o acerca de la divinidad, incluidas muchas veces en los mismos *huehuehtlahtolli*, los *ye uecauh tlatolli*, relatos acerca de las cosas antiguas, o también *itolloca*, "lo que se dice de algo o de alguien", versión nativa de la historia; los *tlamachiliztlatol-zazanuilli*, que literalmente significa "relaciones orales de lo que se sabe", es decir, leyendas y narraciones ligadas muchas veces con tradiciones de contenido mitológico; los *in tonalli itlatlatollo*, conjunto de palabras acerca de los destinos en función del *tonalámatl* y, finalmente, los *nahuallatolli* (de *nahualli* y *tlatolli*), conjuros, o sea, aquello que pronunciaban los que se dedicaban a la magia.

Numerosos son los "discursos de los ancianos" que han llegado hasta nosotros. Las transcripciones que de ellos hicieron principalmente Olmos y Sahagún permiten valorar esta peculiar forma de expresión náhuatl. En opinión de fray Bernardino, en ellos podía hallarse el mejor testimonio "de la retórica y filosofía moral y teológica de la gente mexicana, donde hay cosas muy curiosas, tocantes a los primores de su lengua, y cosas muy delicadas tocantes a las virtudes morales".

En varios de los *huehuehtlahtolli* hay exhortaciones paternales o maternas, henchidas de enseñanzas para los hijos que han llegado a la edad de discreción. También se conservan diversas formas de pláticas, como las que se dirigían al *tlatoani* recién electo, "demandándole, como escribe Sahagún, favor y lumbre para hacer bien su oficio", y

otros discursos clásicos de los mismos señores o *tlatoque* que, como modelo de expresión, se conservaron vivos en el recuerdo. Los consejos e invocaciones de la partera ante el niño recién nacido; las palabras de enhorabuena con motivo del nacimiento; las consultas de los padres con los *tonalpouhque*, que debían interpretar los destinos del nuevo ser; la promesa de llevar a los niños, cuando tuvieran edad para ello, al *telpuchcalli* o al *calmécac*; los discursos de los maestros de tono moral o dirigidos a enseñar las artes del bien hablar y de la cortesía; las palabras de preparación para el matrimonio, y, finalmente, determinadas formas de oración o imprecación a modo de discurso, todo esto, referido a momentos diferentes a lo largo de la vida entera, integraba el contenido de los distintos *huehuehtlahtolli*.

Atendiendo a la peculiaridad misma de los *huehuehtlahtolli*, a aquello que muestra, como dice Sahagún, “los primores de su lengua”, aparecen varios rasgos dignos de ser notados. Entre todas las formas de *tlatolli*, es ésta una de las más refinadas, que podía merecer en rigor el título de *tecpillatolli*, “lenguaje propio de gente noble”. Toda la gama de las fórmulas de respeto, en las que abundó tanto esa cultura, se hacen presentes en los *huehuehtlahtolli*. Hay en ellos proliferación extraordinaria de metáforas. Al ser humano se le nombra casi siempre “dueño de un rostro y de un corazón”. Para aludir al poder y al mando se mencionan el *icpalli* y el *pétlatl*, “la silla y la estera”. De la suprema deidad se dice siempre que es *Yohualli*, *Ehécatl*, como “la noche y el viento”. La niña pequeña es *chalchiuhcózcatl*, *quetzalli*, “collar de piedras finas, plumaje de quetzal”.

Los “tlatolli” de tema histórico

Relativamente abundantes son los testimonios nahuas de contenido histórico. Por una parte existían, como es sabido, determinados libros, principalmente los *xiuhámatl*, “papeles de los años”, en los que, en forma de anales, se inscribían y pintaban, al lado de la correspondiente fecha, los sucesos más dignos de recuerdo. Algunos de estos manuscritos, de origen prehispánico o en copias que datan de los primeros tiempos de Nueva España, han llegado hasta nuestros días.

Una vez más la relación oral fue complemento esencial de lo que se consignaba en los códices. En los centros de educación, sobre todo en los *calmécac*, tenía lugar importante la memorización de los *ye uecauh tlatolli*, relatos sobre lo que sucedió en tiempos antiguos. En ellos se fijaba, a modo de *itoloca*, “lo que permanentemente se dice de alguien o de

algo". Se conservan varios textos que, memorizados en la antigüedad prehispánica, se transcribieron más tarde con el alfabeto latino. Entre ellos están los *Anales históricos de la Nación Mexicana*, conocidos también como *Anales de Tlatelolco*, los *Anales de Cuauhtitlán*, la *Historia Tolteca-Chichimeca* y otros manuscritos en parte pictográficos y redactados parcialmente en náhuatl con el alfabeto latino. El ejemplo que se ofrece, tomado del *Códice Aubin*, es prueba del permanente propósito de los mexicas de situar dentro del calendario la memoria de su pasado, en este caso el recuerdo de su peregrinación.

Año 2-Caña: aquí se hizo por vez primera la atadura de los años. Sobre el cerro de Coatépetl se encendió el fuego en el año 2-Caña. En 3-Pedernal los mexicas vinieron a trasladarse a Tula... En el año 9-Caña cumplieron veinte años en Tula los mexicas. Año 10-Pedernal: vinieron a llegar a Atlitlalaquian. Aquí permanecieron once años. En el año 8-Caña vinieron a Tlemaco. Allí permanecieron cinco años. En el año 13-Pedernal vinieron a trasladarse a Atotonilco. Cuatro años permanecieron los mexicas en Atotonilco...

En contraste con el carácter escueto de anales como éstos, los *ye uecauh tlatolli* se enriquecieron también muchas veces con narraciones y leyendas, verdaderos *tlamachilliz tlatol-zazanilli*, relatos de lo que se sabía, que permitían conocer con más detalles la vida y la actuación de los gobernantes y lo que había acontecido a la comunidad en las distintas épocas. Ejemplo de esto son las célebres leyendas acerca de Quetzalcóatl, incluidas en el *Códice Matritense* de Sahagún y en los *Anales de Cuauhtitlán*, o lo que refiere esta última fuente acerca de la vida del señor de Tetzco, Nezahualcóyotl.

Otras formas de *tlatolli* hubo en el mundo prehispánico, además de las que se han mencionado. Entre las más importantes estuvieron los *in tonalli itlatlatollo*, discursos de los *tonalpouhque* que hacían la lectura de los destinos. A esta materia se dedica íntegramente el libro IV del *Códice Matritense de la Real Academia*, en donde aparecen los testimonios en náhuatl que recogió Sahagún de sus informadores. Hay vestigios de otra forma de expresión esotérica, que se designó con el vocablo *nahuallatolli*: el *tlatolli* de los *nahualli*, lenguaje encubierto o mágico, propio de brujos. Material para su estudio lo ofrece el *Tratado de las supersticiones de los naturales de esta Nueva España*, de Hernando Ruíz de Alarcón. Allí se conservan en su original algunos de los conjuros que recogió éste entre los brujos nahuas que aún ejercían sus funciones a principios del siglo XVIII. Aunque literatura por esencia esotérica, el *nahuallatolli* encierra sorpresas del mayor interés.



Variada y rica, más de lo que pudiera sospecharse, fue la producción literaria del México antiguo. Mucho se perdió, pero son numerosos los textos que se conservan. No es exageración afirmar que algunas de las composiciones en náhuatl, especialmente las de carácter religioso, tienen una antigüedad de, por lo menos, varios siglos. En ellas está la clave para ahondar en el sentido de las instituciones prehispánicas, en particular el arte y las normas de la vida cotidiana. Como en toda literatura, también en la que se expresó en náhuatl, quedó testimonio de los ideales que dieron ser y forma a una cultura. A lo largo de este libro, se acude en multitud de ocasiones al acervo de este rico caudal de producciones con el fin de fundamentar e ilustrar, con expresión indígena, lo que aquí ha sido tema de estudio.

BIBLIOGRAFÍA

- BARRERA VÁZQUEZ, Alfredo, *El libro de los libros de Chilam Balam*, México, 1948.
- , *El libro de los cantares de Dzitbalché*, México, 1965.
- GARIBAY K., Ángel María, *Poesía indígena de la altiplanicie*, 2a. ed., México, 1952.
- , *Historia de la literatura náhuatl*, 2 v., México, 1953-1954.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel, *Literaturas precolombinas de México*, Editorial Por-mac, 1964.
- , *Trece poetas del mundo azteca*, México, Sepsetentas, 1972.
- RECINOS, Adrián, ed., *Popol Vuh. Las antiguas historias del Quiché*, 2a. ed., México, 1953.

LOS HUEHUEHTLAHTOLLI

En los *huehuehtlahtolli* es frecuente el paralelismo, o sea la repetición de un mismo pensamiento con ligeras variantes, indicio del propósito de que estas palabras pudieran conservarse más fácilmente en la memoria. Sin duda el estudio de los *huehuehtlahtolli* es uno de los mejores caminos para acercarse a la cultura intelectual del hombre prehispánico. A modo de ejemplo, se ofrece un fragmento de las palabras del padre náhuatl que revela a su hija, con sencillez pero con hondura de pen-

samiento, la doctrina de los ancestros. Así se adentraba aquella pequeña niña en el sentido que daban a la existencia los mexicas:

Aquí estás, mi hijita, mi collar de piedras finas, mi plumaje de quetzal, mi hechura humana, la nacida de mí. Tú eres mi sangre, mi color, en ti está mi imagen.

Ahora recibe, escucha: vives, has nacido, te ha enviado a la tierra el Señor Nuestro, el Dueño del cerca y del junto, el hacedor de la gente, el inventor de los hombres.

Ahora que ya miras por ti misma, date cuenta. Aquí es de este modo: no hay alegría, no hay felicidad. Hay angustia, preocupación, cansancio. Por aquí surge, crece el sufrimiento, la preocupación.

Aquí en la tierra es lugar de mucho llanto, lugar donde se rinde el aliento, donde es bien conocida la amargura y el abatimiento. Un viento como de obsidiana sopla y se desliza sobre nosotros.

Dicen que en verdad nos molesta el ardor del sol y del viento. Este es lugar donde casi perece uno de sed y de hambre. Así es aquí en la tierra.

Oye bien, hijita mía, niñita mía: no es lugar de bienestar en la tierra, no hay alegría, no hay felicidad. Se dice que la tierra es lugar de alegría penosa, de alegría que punza.

Así andan diciendo los viejos: para que no siempre andemos gimiendo, para que no estemos llenos de tristeza, el Señor Nuestro nos dio a los hombres la risa, el sueño, los alimentos, nuestra fuerza y nuestra robustez y finalmente el acto sexual, por el cual se hace siembra de gentes.

Todo esto embriaga la vida en la tierra, de modo que no se ande siempre gimiendo. Pero, aun cuando así fuera, si saliera verdad que sólo se sufre, si así son las cosas en la tierra. ¿acaso por esto se ha de estar siempre con miedo? ¿Hay que estar siempre temiendo? ¿Habrá que vivir llorando?

Porque se vive en la tierra, hay en ella señores, hay mando, hay nobleza, águilas y tigres. ¿Y quién anda diciendo siempre que así es en la tierra? ¿Quién anda tratando de darse muerte? Hay afán, hay vida, hay lucha, hay trabajo. Se busca mujer, se busca marido...

Tal era, de acuerdo con la antigua sabiduría, la condición del hombre en la tierra, tan bellamente expresada en el fragmento de este *huehuetlahtolli*.

En él y en varias exposiciones parecidas se destacan sobre todo ideas de hondo sentido moral. Otros discursos hay a los que, por su contenido, debe aplicarse la designación más específica de *teutlatolli*, disertaciones acerca de la divinidad. Tal es el caso de varios de aquellos que, a modo de oración, se dirigen a *Tloque Nahuaque*, el Dueño de la cercanía y la proximidad.

11. LA EDUCACIÓN ENTRE LOS MEXICAS

Tal vez no haya modo mejor de acercarse al conocimiento de una cultura que estudiando el concepto alcanzado en ella sobre la educación. Al investigar la evolución de la *Paideia*, o sea del concepto y la realidad de la educación entre los griegos, señaló acertadamente Werner Jaeger que ésta puede entenderse como “la expresión de una voluntad altísima mediante la cual (cada grupo humano) esculpe su destino”. Efectivamente, a través de sus sistemas educativos, las distintas comunidades y naciones se han empeñado en comunicar a niños y jóvenes las experiencias y el legado intelectual de las generaciones anteriores, con el doble fin de formarlos e incorporarlos eficientemente a la vida de la sociedad, para que, a su debido tiempo, contribuyan también ellos, con sus propias ideas y actuaciones, al desarrollo del grupo al que pertenecen.

Como es obvio, las distintas culturas han llegado a matizar de modos diferentes sus propios conceptos acerca de la educación. En el caso de la cultura náhuatl prehispánica, sabemos que hubo en ella doble tipo de escuelas o centros de educación. Igualmente consta, gracias a los textos que se conservan, que sus antiguos sabios expresaron de hecho los principios y normas en relación con éste, que consideraron asunto de primordialísima importancia.

De ello dan testimonio las pinturas de códices como el *Mendocino* y el *Florentino*, así como varios textos en lengua indígena e igualmente las crónicas e historias de autores como Motolinía, Sahagún, Durán, Mendieta, Torquemada e Ixtlilxóchitl, para citar a los más conocidos.

Sobre los datos aportados por estas fuentes se han publicado varios estudios, en los que se describe el funcionamiento de los *telpochcalli* o casas de jóvenes, donde se preparaba a la gran mayoría de éstos. Se menciona también la existencia de centros de educación superior, los *calmécac*, en los que se trasmitían los conocimientos más elevados de la cultura náhuatl.

Finalmente, se añade que funcionaban también entre los nahuas las llamadas *cuicacalli*, “casas de canto”, en las cuales se daba enseñanza a los jóvenes acerca tanto del canto como de la danza y la música.

Sin embargo, tanto como estudiar el funcionamiento de los distintos tipos de escuelas prehispánicas, creemos que importa indagar, hasta donde ello sea posible, si hubo o no en la cultura náhuatl clara conciencia de un concepto preciso sobre lo que hoy llamamos *educación*. En otras palabras, pensamos que resulta de interés dar cabida a

una pregunta como ésta: ¿existen textos en los que los sabios nahuas, los *tlamatinime*, se hayan expresado acerca de una concepción, debidamente elaborada, de lo que debía ser la educación que se impartía en centros como los *calmécac* y los *telpochcalli*?

“Rostro y corazón”: punto de partida del concepto náhuatl de la educación

Para penetrar un poco en los ideales de la educación entre los nahuas es necesario atender antes a otra concepción suya fundamental. Nos referimos al modo como llegaron a considerar los sabios nahuas lo que llamamos “persona humana”. Ante el peligro de desviarnos de nuestro asunto principal, diremos brevemente que encontramos en los textos algo que se repite, especialmente en pláticas o discursos, al referirse el que ha tomado la palabra a aquél con quien está hablando, aparece la siguiente expresión idiomática náhuatl: “vuestro rostro, vuestro corazón”. Obviamente designa con estas palabras la persona del interlocutor. Y hallamos esto no en casos aislados, sino en la casi totalidad de los discursos pronunciados de acuerdo con las reglas del que llamaban los nahuas *tecpilatolli*, ó sea, “lenguaje noble o cultivado”.

In ixtli, in yóllotl, “la cara, el corazón”, simbolizan siempre lo que hoy llamaríamos fisonomía moral y principio dinámico de un ser humano. Y resulta interesante notar, aunque sea de paso, el paralelismo que existe en este punto entre la cultura náhuatl y la griega. En esta última se concebía también la fisonomía moral e intelectual del hombre, ó sea la persona, como un *prósopon* o rostro. Sólo que entre los nahuas se yuxtaponía a la idea de “rostro” la del “corazón”, órgano al que atribuían el dinamismo de la voluntad y la concentración máxima de la vida.

Pues bien, la concepción náhuatl de la persona como “rostro y corazón” es punto clave en la aparición de su concepto de la educación. El siguiente texto, recogido por Sahagún, en el que se describe el supremo ideal del “hombre maduro”, mostrará mejor que un largo comentario el papel fundamental del “rostro y corazón” dentro del pensamiento náhuatl acerca de la educación.

*El hombre maduro:
corazón firme como la piedra,
corazón resistente como el tronco de un árbol;
rostro sabio.*



*Dueño de un rostro y un corazón,
hábil y comprensivo.*

Ser “dueño de un rostro y un corazón”, he aquí el rasgo definitivo que caracteriza a un auténtico hombre maduro (*omáxic oquichtli*). De no poseer alguien un “rostro y un corazón”, tendría entonces que ocultar “su corazón amortajado” y cubrir con una máscara su falta de rostro, como se afirma expresamente en otro texto, hablando de lo que se presupone para llegar a ser un artista.

Pero hay algo más. En el texto citado no se dice únicamente que el auténtico hombre maduro “es dueño de un rostro y un corazón”, sino que se añade que posee “un rostro sabio” y “un corazón firme como la piedra”. Estos calificativos están presuponiendo, como vamos a ver, que el *omáxic oquichtli*, “el hombre maduro”, ha recibido el influjo de la educación náhuatl.

“Ixtlamachiliztli” : acción de dar sabiduría a los rostros ajenos

Dos textos que vamos a transcribir a continuación nos hablan, según parece, con la máxima claridad de la finalidad asignada por los nahuas a su forma de educación. El primero describe precisamente la figura del sabio náhuatl en su función de maestro, *temachtiani*:

*Maestro de la verdad,
no deja de amonestar.
Hace sabios los rostros ajenos,
hace a los otros tomar una cara,
los hace desarrollarla.*

*Les abre los oídos, los ilumina.
Es maestro de guías,
les da su camino,
de él uno depende.*

*Pone un espejo delante de los otros,
los hace cuerdos y cuidadosos,
hace que en ellos aparezca una cara...*

*Gracias a él, la gente humaniza su querer,
y recibe una estricta enseñanza.*

*Hace fuertes los corazones,
conforta a la gente,
ayuda, remedia, a todos atiende.*

Entre los diversos atributos del *temachtiani*, o maestro náhuatl, podemos distinguir claramente dos clases. Por una parte, aquellos que se refieren a “hacer que los educandos tomen un rostro, lo desarrollen, lo conozcan y lo hagan sabio”. Por otra, los que nos lo muestran “humanizando el querer de la gente” (*itech netlacaneco*) y “haciendo fuertes los corazones”.

El solo análisis lingüístico de cinco términos nahuas con que se describe en el texto ya citado la figura del maestro o *temachtiani*, constituirá el más elocuente comentario acerca de su misión dentro del mundo náhuatl.

Es el primero, *teixcuitiani*: “que-a-los-otros-una-cara-hace-tomar”. Magnífico ejemplo de lo que hemos llamado “ingeniería lingüística náhuatl”. Está compuesto de los siguientes elementos: el prefijo *te-* (a los otros); el semantema radical de *ix-* (*tli*: rostro); y la forma participial *cuitiani* (“que hace tomar”). Reunidos estos elementos, *te-ix-cui-tiani* significa a la letra (el que) “a-los-otros-un-rostro-hace-tomar”.

El segundo término es *te-ix-tlamachtiani*: “que-a-los-rostros-de-los-otros-da-sabiduría”. De nuevo indicamos los elementos que lo forman: *te-* (a los otros); *ix-* (*tli*: rostro o rostros); *tlamachtiani* (el que hace sabios, o hace saber las cosas). Reunidos los diversos semantemas, *te-ix-tlamachtiani* vale tanto como “el-que-hace-sabios-los-rostros-de-los-otros”.

Tercer término, *tezcahuiani*: “que-a-los-otros-un-espejo-pone-delante”. Compuesto de *te-* (a los otros); *tézcatl* (espejo), palabra que a la vez forma el verbo *tezcahuiani*: “que espejea”, o pone delante un espejo. La finalidad de esta acción claramente se indica al añadirse en el texto citado que obra así para que se vuelvan “cuerdos y cuidadosos”.

Cuarto término, *netlacaneco (itech)*: “gracias a él, se-humaniza-el-querer-de-la-gente”. Se aplica al maestro, diciendo que *itech* (gracias a él); *ne-* (la gente); *tlacaneco* (es querida humanamente). Este último término es a su vez compuesto de *neco* (forma pasiva de *nequi*: “querer”) y de *tláca (tl)*, “hombre”.

Quinto término, *tlayolpachiuitia*: “hace-fuertes-los-corazones”. Compuesto de *tla-*, prefijo de carácter indefinido que connota una relación con “las cosas o las circunstancias más variadas”; *yól-* (*otl*: corazón); *pachiuitia* (hace fuertes). Reunidos pues los diversos elementos: *tla-yol-pachiuitia* significa precisamente “con relación a las cosas, hace fuertes los corazones”.

Tal es el significado de estos cinco atributos del maestro náhuatl. En ellos se destaca como en acción, el concepto de la educación náhuatl, que a continuación vamos a ver formulado con la máxima claridad en el segundo de los textos que antes mencionamos, recogido por fray Andrés de Olmos. Al lado de una breve enumeración del carácter moral de la educación náhuatl, se formula en él lo que constituía la raíz misma de su sentido y finalidad, “dar sabiduría a los rostros ajenos”:

*Comenzaban a enseñarles:
cómo han de vivir,
cómo han de obedecer a las personas,
cómo han de respetarlas,
cómo deben entregarse a lo conveniente, lo recto,
y cómo han de evitar lo no conveniente, lo no recto,
huyendo con fuerza de la perversión y la avidez.
Todos allí recibían con insistencia:
la acción que da sabiduría a los rostros ajenos, la educación,
la prudencia y la cordura.*

Difícil sería querer desentrañar aquí el sentido de todos los conceptos expresados en este texto. Pero, al menos, sí hemos de analizar el pensamiento fundamental en el que se describe precisamente la concepción náhuatl de la educación.

Después de indicarse en el texto varios de los temas que constituían el objeto de la educación entre los nahuas: “cómo han de vivir, cómo han de obedecer a las personas..., cómo deben entregarse a lo conveniente, lo recto (criterio náhuatl de lo moral), pasa a formularse expresamente aquello que era la inspiración y el meollo de lo que se impartía a los estudiantes: “todos allí recibían con insistencia, la acción que da sabiduría a los rostros ajenos”, la *ixtlamachiliztli* náhuatl.

Un breve análisis lingüístico del término *ixtlamachiliztli*, nos revelará los matices de su significado. Se trata de un compuesto de los siguientes elementos: *ix-* (*tli*: al rostro, o a los rostros), y *tlamachiliztli*, sustantivo de sentido pasivo y de acción aplicativa. Se deriva del verbo *macho*, voz pasiva de *mati*: “saber”. En su forma terminada en *-liztli*, toma el sentido unas veces abstracto, y otros de acción que se aplica a alguien. Aquí, al anteponérsele el semantema radical de *ix-tli*, “rostro”, obviamente se indica que se aplica precisamente a éste, como sujeto pasivo, la transmisión de la sabiduría. Por consiguiente, creemos aproximarnos al sentido original del término *ixtlamachiliztli* al traducirlo como “acción de dar sabiduría a los rostros ajenos”.

Visto el sentido de esta palabra, parece importante tocar ahora siquiera un punto que ayudará a comprender mejor el alcance de este concepto náhuatl de la educación: la gran resonancia que alcanzó esta idea en los más variados órdenes de la vida cultural nahua.

Muchos son los textos que pudieran aducirse para mostrar lo que estamos diciendo. Así, por ejemplo, cuando se describe la figura del sumo sacerdote que llevaba el título de *Quetzalcóatl*, se afirma que una de las condiciones para llegar a tan elevada dignidad era precisamente poseer “un rostro sabio y un corazón firme”.

Igualmente significativo es otro texto en el que, al mostrarse el ideal del *amantécatl*, o artista de los trabajos de plumería, se dice ya en las primeras frases:

*El amantécatl, artista de las plumas:
nada le falta:
es dueño de un rostro y un corazón.*

Y finalmente, para no alargar más esta serie de testimonios, transcribimos un texto en el que, hablando de los *pochtecas* o comerciantes, quienes, como se sabe, tenían que emprender largos y penosos viajes a lugares a veces tan distantes como el *Xoconochco* (Soconusco), se refiere que todo esto suponía en ellos:

*Un rostro que sabe hacer que
las cosas se logren...
y un corazón recto,
un corazón respetuoso de Dios.*

En resumen, volviendo a citar aquí las líneas más significativas acerca del supremo ideal humano entre los nahuas, el “varón maduro”, *omáxic oquichtli*, debía poseer:

*Un corazón firme como la piedra,
resistente como el tronco de un árbol;
un rostro sabio.
Ser dueño de un rostro y un corazón.*

La educación en el hogar

Empecemos por tratar de la primera educación dada en la casa paterna. Giraba ésta, ya desde su comienzo, alrededor de la idea de fortaleza y control de sí mismos, que de manera práctica y por vía de consejos se inculcaba en los niños. Así, el *Códice Mendocino* nos ilustra acerca de lo reducido de la ración alimenticia que se les daba, para enseñarles a controlar su apetito, al igual que sobre los primeros quehaceres de tipo doméstico, como los de acarrear agua o leña, en que eran ejercitados. Por lo que toca a los consejos paternos, es elocuente el siguiente texto de los informantes indígenas de Sahagún, en el que se describe la primera misión educadora del padre:

El padre de gentes: raíz y principio de linaje de hombres.
Bueno es su corazón, recibe las cosas, compasivo, se preocupa, de él es la previsión, es apoyo, con sus manos protege.
Cría, educa a los niños, les enseña, los amonesta, les enseña a vivir.
Les pone delante un gran espejo, un espejo agujereado por ambos lados, una gruesa tea que no ahuma...

Como podrá comprobarse, varias de las funciones que se asignan aquí al “padre de gentes” (*te-ta*) guardan estrecha semejanza con algunos de los rasgos del *tlamatini* o sabio en su misión de educador. Ya en la segunda línea del texto que ahora citamos es descrito como un hombre de buen corazón (*in qualli iyollo*), previsión, sostén y protección de sus hijos. Pero es sobre todo en las líneas siguientes donde aparece claramente la forma como desempeña su papel de educador en el hogar; no sólo cría a sus hijos, atendiendo al aspecto meramente biológico, sino que su misión principal está en enseñarlos y amonestarlos.

Y esta idea, que evoca la de largos discursos paternos dirigidos al hijo en diversas ocasiones, la encontramos repetida por la gran mayoría de los cronistas, que incluso han llegado a conservar, en versión castellana, varias de las que hoy llamaríamos exhortaciones morales.

Y como para dar mayor fuerza a la idea de que el padre es quien primero amonesta y enseña a sus hijos a conocerse y gobernarse a sí mismos, encontramos aquí la misma metáfora aplicada al sabio: el padre también “les pone delante un gran espejo” para que aprendan a conocerse y a hacerse dueños de sí mismos.

Eran, pues, dos principios fundamentales los que guiaban la educación náhuatl impartida ya desde el hogar: el del autocontrol por medio de una serie de privaciones a que debía acostumbrarse el niño

y el del conocimiento de sí mismo y de lo que tenía que alcanzar, inculcado a base de repetidas exhortaciones paternas.

Una segunda etapa en el proceso de la *Neixtlamachiliztli* (“acción de dar sabiduría a los rostros ajenos”) se abría con la entrada del niño a los centros de educación que hoy llamaríamos públicos.

*El modo de formar “rostros sabios y corazones firmes”
en las escuelas prehispánicas*

Este es el último punto que nos hemos propuesto tocar, para acabar de mostrar algo de lo más importante del pensamiento náhuatl acerca de la educación. Entre los informes recogidos por Sahagún existen varios textos que pudieran describirse como “los reglamentos”, en los que se especifica qué es lo que se enseñaba a los jóvenes nahuas, y cómo se llevaba a cabo la formación de su “rostro y corazón”. Aquí sólo vamos a transcribir dos de los más significativos.

El primero, proveniente del *Códice Florentino*, menciona, por una parte, toda una serie de prácticas exteriores, como “ir a traer a cuestras la leña, barrer los patios, ir a buscar puntas de maguey”, dirigidas principalmente a desarrollar en los estudiantes el sentido de obligación y responsabilidad, aun en el cumplimiento de quehaceres que podían parecer de poca importancia. De este modo se iba dando firmeza a la voluntad, o como decían los nahuas, “al corazón” de los educandos. Pero la parte más interesante del texto, y que es la que aquí transcribimos, presenta lo que constituía la enseñanza propiamente intelectual en los *calmécac*, dirigida a formar “rostros sabios”.

*Se les enseñaban cuidadosamente
los cantares,
los que llamaban cantos divinos;
se valían para esto de las pinturas de los códices.
Les enseñaban también la cuenta de los días,
el libro de los sueños
y el libro de los años (los anales).*

Abarcaba por tanto esta “acción de dar sabiduría a los rostros ajenos” (*ixtlamachiliztli*) la transmisión de los cantares, especialmente de los llamados “divinos”, donde se encerraba lo más elevado del pensamiento religioso y filosófico de los nahuas. Aprendían asimismo el manejo del *tonalpohualli* o “cuenta de los días”; la interpretación de los

sueños y los mitos, así como los anales históricos, en los que se contenía, indicándose con precisión la fecha, la relación de los hechos pasados de mayor importancia.

Y como un complemento de lo dicho en el texto citado, encontramos, en uno de los *huehuehtlahtolli* recogidos por Olmos, otro testimonio de máxima importancia para acabar de conocer lo que constituía el núcleo de enseñanzas en los centros nahuas de educación, ahora principalmente en los *telpochcalli*, las escuelas que existían en cada uno de los distintos barrios o *calpulli*:

*Cuando han comido,
comienzan otra vez a enseñarles:
a unos cómo usar las armas,
a otros cómo cazar,
cómo hacer cautivos en la guerra,
cómo han de tirar la cerbatana,
o arrojar la piedra.*

*Todos aprendían a usar
el escudo, la macana,
cómo lanzar el dardo y la flecha
mediante la tiradera y el arco.
También cómo se caza con la red
y cómo se caza con cordeles.
Otros eran enseñados en las variadas artes
de los toltecas...*

Así, mientras en los *calmécac* se ponía más empeño en la enseñanza de tipo intelectual, en los *telpochcalli* se preocupaban especialmente por lo que se refiere al desarrollo de las habilidades del joven para la guerra y la caza. Sin embargo, aun allí no se descuidaba la transmisión de “las variadas artes de los toltecas”.

Mucho es lo que puede añadirse, presentando en su integridad los varios “reglamentos” en náhuatl, principalmente de los *calmécac*, transmitidos a Sahagún por sus informantes. Igualmente podrían estudiarse los discursos y exhortaciones de índole moral que se repetían con frecuencia a los estudiantes. Pero todo esto alargaría este capítulo más allá de toda proporción razonable.

Mencionaremos al menos un hecho que, por su importancia, ayudará a comprender en toda su extensión las resonancias de la *ixtla-*

machiliztli: “acción de dar sabiduría a los rostros ajenos”, en el mundo náhuatl prehispánico.

Mientras en la época actual, por varias razones que no nos toca discutir aquí, hay aún en México escasez de escuelas, lo que impide a muchos niños y jóvenes recibir los beneficios de la educación, en el mundo náhuatl prehispánico, y aunque parezca sorprendente este hecho, sabemos por numerosos testimonios que no había un solo niño privado de la posibilidad de recibir esa “acción que da sabiduría a los rostros ajenos”. Concretamente, los informantes indígenas de Bernardino de Sahagún hablan precisamente de esto al tratar de sus distintas prácticas rituales:

*Cuando un niño nacía,
lo dedicaban sus padres
o en el calmécac o en el telpochcalli.
Prometían al niño como un don:
habrían de llevarlo un día al calmécac,
para que llegara a ser sacerdote,
o al telpochcalli,
para que fuera un guerrero.*

Y hablando en relación con esta práctica que obligaba a todos los padres de familia nahuas a atender la educación de sus hijos, factor indispensable para que pudieran ocupar su puesto dentro de la comunidad, nos dice fray Juan de Torquemada lo siguiente: “Todos los padres en general tenían cuidado, según se dice, de enviar a sus hijos a estas escuelas o generales (por lo menos), desde la edad de seis años hasta la de nueve, *y eran obligados a ello...*”

Frente a este hecho, que permitía a todo niño o joven nahua poder recibir la formación necesaria para hacer de sí mismo “un rostro sabio y un corazón firme”, creemos que no hay mejor comentario que las palabras de Jacques Soustelle en su libro *La vida cotidiana de los aztecas*:

Es admirable que, en esta época y en este continente, un pueblo indígena de América haya implantado la educación obligatoria para todos y que no hubiera un solo niño mexicano del siglo XVI, cualquiera que fuese su origen social, que estuviera privado de escuela.



BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA, José de, *Historia natural y moral de las Indias*, edición preparada por Edmundo O'Gorman, México, 1962.
- CLAVIJERO, Francisco Javier, *Historia antigua de México*, 4 v., México, 1945.
- DURÁN, fray Diego, *Historia de las Indias de Nueva España y Islas de tierra Firme*, 2 v. y atlas, publicada por José Fernando Ramírez, México, 1867-1880.
- GARIBAY K., Ángel María, *Historia de la literatura náhuatl*, 2 v., México, 1953-1954.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel, *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, 3a. ed., México, 1966.
- SAHAGÚN, fray Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España*, ed. preparada por Ángel Ma. Garibay K., 4 v., México, 1956.
- TORQUEMADA, fray Juan de, *Los Veintiún Libros rituales y Monarquía Indiana*, 3 v., 2a. ed., 1723, Madrid, publicada en facsímil México, 1943.

12. EL ARTE DE LOS MEXICAS

Como en otros campos de la cultura, también en el de la creación artística actuaron los mexicas, por una parte, como herederos de los pueblos que los habían precedido, y, por otra, enriqueciendo el antiguo legado con formas y estilos, fruto de su propia inspiración. En su arte se renovaron concepciones, criterios y símbolos que habían florecido en centros como Teotihuacan, Cholula, Xochimilco, Tula y Culhuacán. Piénsese, por ejemplo, en su extraordinario sentido urbanístico o en lo que fue su arquitectura sagrada, con edificaciones a base de terrazas superpuestas y con taludes inclinados, escalinatas centrales con alfardas y el santuario en la parte más alta; todo ello probable imagen plástica de los varios pisos celestes, por encima de los cuales se encuentra la morada de la divinidad suprema.

Un antecedente en la concepción de lo que fueron las ciudades prehispánicas con sus centros ceremoniales y palacios lo ofrece Teotihuacan, que fue una metrópoli en sentido estricto. Otro tanto puede decirse de creaciones como las pinturas murales, la escultura, la cerámica y, en general, el rico mundo de los símbolos de connotación religiosa, cuyas raíces estuvieron en Teotihuacan y se conocieron, más tarde, como atributo de los toltecas y parte esencial de la *toltecáyotl* o toltequidad.

Las grandes creaciones del arte mexica no fueron, sin embargo, mera copia o servil repetición de lo alcanzado por sus predecesores en el mismo ámbito de cultura. Sus realizaciones, inspiradas en el pensamiento místico-guerrero de sus guías, que habían ahondado en la conciencia de pertenecer al pueblo escogido del sol, tuvieron características propias, muchas veces extraordinarias. Auténtico arte hubo en la cada vez más esplendorosa realidad urbanística de Tenochtitlan, con su recinto central del templo mayor, sus palacios, escuelas, cuarteles, grandes mercados, jardines botánicos y zoológicos, casas de nobles y gente del pueblo, todo eficazmente comunicado por canales y calzadas.

Si bien los mexicas destacaron por su sentido urbanista, su arquitectura, pintura mural, orfebrería, arte plumario y cerámica, fue la escultura en piedra el campo en que alcanzaron más renombre entre todos los pueblos de Mesoamérica. De esto último dan prueba las numerosas efigies de dioses y hombres y también las obras en bajo relieve que se conservan sobre todo en el Museo Nacional de Antropología de México y, en menor grado, en algunas zonas arqueológicas y en varios museos de Europa y los Estados Unidos.

Testimonios sobre la evolución urbanística de Tenochtitlan

Profunda significación tuvieron las varias transformaciones urbanísticas de Tenochtitlan, la ciudad que fue marco de la actividad de no pocos hombres consagrados a distintas formas de creación artística. Sabido es que fueron modestas las primeras edificaciones en el poblado, erigido en donde se había realizado el portento del águila, anunciado por el dios Huitzilopochtli. En la *Crónica Mexicáyotl*, el historiador indígena Tezozómoc refiere que, en los primeros tiempos, sólo se levantaron chozas de madera y carrizos y sólo se erigió un pequeño adoratorio, desprovisto de cualquier forma de ostentación.

Lo que se conoce del poblado, cuya vida se inició hacia 1325, contrasta radicalmente con lo que, con sus propios ojos, contemplaron hombres como Bernal Díaz del Castillo. Maravillado ante la grandeza de la ciudad, poco menos de dos siglos después, en 1519, el cronista español escribió que “parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís... Algunos de nuestros soldados decían que si aquello que veían era entre sueños...” Así nada tiene de raro que dedicara luego varias páginas a describir las maravillas de la ciudad, sus grandes calzadas, plazas, templos y casas reales, el gran mercado de Tlatelolco, los jardines y huertas. El mismo Bernal afirma que “hubo soldados que ha-

bían estado en muchas partes del mundo y en Constantinopla y en toda Italia y Roma, y dijeron que plaza (como la de Tlatelolco), tan bien compasada... y llena de tanta gente, no la habían visto...”.

Entre los dos extremos, la modesta fundación de Tenochtitlan y la grandeza de la metrópoli que contemplaron los conquistadores, había habido una evolución, con logros cada vez mejores. Parece oportuno hacer referencia a un momento, particularmente significativo, dentro de la serie de cambios. Es el de las transformaciones, verdaderamente importantes, que conoció la ciudad poco después de que su supremo gobernante, el señor Ahuítzotl, hubiera sido causante involuntario de una gran inundación. Empeñado Ahuítzotl en aumentar el caudal de agua potable, edificó un acueducto a partir de una fuente, situada más allá del lago, en la región de Coyoacán. Cuando la obra se concluyó y se dejó entrar el agua, el golpe de ésta fue tan brusco que Tenochtitlan quedó inundada.

Ahuítzotl, que se hallaba entonces en un aposento de su palacio, pretendiendo salir de él con la mayor prisa posible, se dio un golpe en la cabeza, consecuencia del cual fue su muerte, acaecida algún tiempo más tarde. Al menos, durante los años que sobrevivió, pudo atender a la reparación de los daños sufridos en la ciudad y a echar las bases de lo que llegó a ser luego su transformación definitiva. Buen testimonio de esto lo ofrece Diego Durán en su clásica *Historia de las Indias de Nueva España*.

Cegaron —nos dice— toda el agua en los lugares que había entrado, quedando debajo del agua muchos de los edificios antiguos, y tomaron a edificar México, de mejores y más curiosos y galanos edificios, porque los que tenía eran muy antiguos y edificados por los mismos mexicanos en tiempo de su pobreza y poco valor. Y así había cosas muy viles y soeces...

Y así quedó de aquella vez México muy ilustrado y curioso y vistoso, con casas grandes y curiosas, llenas de grandes recreaciones de jardines y patios muy galanos; de acequias muy estancadas y cercadas de arboledas de sauces y álamos blancos y negros, con muchos reparos y defensas para el agua que, aunque fuesen muy llenas no hiciesen ningún perjuicio.

Todo lo cual el rey Ahuítzotl lo mandó pagar y satisfacer a todos los oficiales y comunidades, dándoles mantas, ceñidores, cacao, chile, frijol, esclavos, todo sacado de sus tesoros. Con lo cual todos quedaron muy satisfechos y la ciudad de México, muy ilustrada.

Otros testimonios existen que, como éste, llevan a ponderar lo que, con fino sentido urbanístico, lograron en Tenochtitlan sus gobernantes.

tes. La cita de la obra de Durán tiene el particular interés de referirse a uno de los más importantes momentos de cambio y consiguiente florecimiento en la metrópoli del pueblo del Sol.

La cultura entre los mexicas

Precisamente en los recintos sagrados, en donde era visible lo mejor de la arquitectura —pirámides, santuarios, altares, escuelas, juegos de pelota y otras edificaciones—, también la pintura mural y la escultura tenían un papel de suma importancia. Se sabe, por ejemplo, que las pirámides y templos estaban muchas veces recubiertos con pinturas policromas y símbolos estrechamente relacionados con los dioses que allí se veneraban. Por lo que toca a la escultura, consta que dentro del recinto del templo mayor había no pocas efigies talladas en piedra, así como otros monumentos con bajos relieves. Allí estuvieron la colosal escultura de la diosa Coatlicue, la gran cabeza de Coyolxauhqui, el Océlotlcuauhxicalli, el gran recipiente en forma de ocelote; algunas representaciones de Mictlancíhuatl, la Señora de la región de los muertos; la piedra de Tízoc, y el que se conoce como “Calendario azteca” o piedra del sol.

La presencia de monumentos y esculturas como éstas en el templo mayor o en otros de los muchos santuarios que había en Tenochtitlan y en distintas poblaciones fuera de ella era complemento esencial en la concepción del espacio sagrado, objeto de culto y a la vez plástica representación del mensaje religioso que se transmitía a la comunidad entera. Además de las esculturas y bajos relieves, de connotación fundamentalmente religiosa, se esculpían algunas para recordar determinados acontecimientos y personajes que habían dejado profunda huella en la vida del pueblo del Sol. Un ejemplo de esto lo tenemos en las efigies que, a sugerencia del célebre consejero Tlacaélel, mandó tallar Motecuhzoma Ilhuicamina en Chapultepec. El cronista Diego Durán recuerda esto e incluso transcribe las palabras que, según los testimonios de que disponía, pronunció en esa ocasión Tlacaélel. El sagaz consejero había hablado a Motecuhzoma de esta manera.

Hermano, ya veis los trabajos y aflicciones con que hasta el día de hoy hemos sustentado esta república y cómo hemos ensanchado y engrandecido la nación mexicana, venciendo en muchas guerras. Justo será quede memoria de vos y de mí, para lo cual tengo determinado que se labren dos estatuas, una mía y otra vuestra, dentro, en el cercado de Chapultepec, y que allí, en la piedra que mejor pareciere a los can-

teros, quedemos esculpidos para perpetua memoria, en premio de nuestros trabajos. Para que, viendo allí nuestra figura, se acuerden nuestros hijos y nietos de nuestros grandes hechos y se esfuercen a imitarnos.

El trabajo se llevó a cabo y en él se indicó el glifo de un año Ce-Tochtli (1-Conejo), correspondiente al de 1454, ya que Motecuhzoma, algún tiempo antes de morir, dispuso se dejara constancia de esa fecha. No es éste el único ejemplo que puede citarse de tal tipo de monumentos en el mundo mexica. Por ello, quien desee alcanzar una apreciación sobre el desarrollo y maestría de los antiguos mexicanos en el arte del tallado de la piedra, deberá tener en cuenta la existencia de una amplia gama de producciones, a veces muy diferentes entre sí. Si fue rica en extremo la temática de lo que se esculpía, conviene insistir en que —a pesar de limitaciones técnicas— los trabajos abarcaron desde la finura y complejidad del bajo relieve hasta la escultura de grandes o pequeñas proporciones, e, incluso, obras, como la del extraordinario templo de Malinalco en donde águilas y ocelotes quedaron incorporados a la roca en la plástica simbología de un santuario para siempre adosado a la montaña.

Hablando de la variedad de producciones escultóricas, se ha tocado el punto de las limitaciones técnicas de los canteros y escultores prehispánicos. Para mejor ilustración en esta materia debe acudirse de nuevo al testimonio de Diego Durán que, al referirse a la forma como se talló un cuauhxicalli, hecho a semejanza del sol, dice lo que pudo conocer sobre el modo de trabajar de estos artistas.

Por no tener mazos ni escoplos de hierro, como los canteros de nuestra nación usan, sino con otras piedras sacar las figuras pequeñas tan al natural, era cosa de admiración, y aun de poner en historia, la curiosidad de los canteros antiguos y particular virtud que, con otras piedrezuelas, labrasen las piedras grandes e hiciesen figuras chicas y grandes, tan al natural como un pintor con un delicado pincel o como un curioso platero podría con un cincel sacar una figura al natural...

Admirable es ciertamente que, con medios a todas luces precarios, el arte de la escultura haya llegado a alcanzar entre los mexicas tan alto grado de desarrollo. El solo acercamiento a algunas de sus creaciones más conocidas da base para comprender por qué se ha dicho, sin soslayar el punto de las limitaciones técnicas, que en el tallado de la piedra los mexicas fueron maestros supremos en Mesoamérica. Efigies colosales, como la de Coatlicue, o pequeñas, como la de Xólotl, “el doble de Quetzalcóatl”, conservada esta última en el Museo de

Stuttgart, a pesar de sus obvias diferencias, nunca podrían ser tenidas por otra cosa que lo que realmente son: producto de la inspiración que floreció en el mundo azteca.

En las esculturas de Coatlicue y de Xólotl o de la diosa decapitada, Coyolxauhqui; de Xochipilli, “dios del canto y la danza”, encontrado en Malinalco; del Océlotl-Cuauhxicalli, el vaso del águila en forma de jaguar; de la diosa Chicomecóatl, la Señora de los mantenimientos; de Mictlancíhuatl, la compañera del dios de los muertos; de las cabezas del hombre muerto, o del caballero águila hay un estilo y una fuerza de expresión que claramente denotan origen cultural común. Entre los principales rasgos y elementos, que parecen configurar el estilo escultórico mexica, primeramente se halla un empleo frecuente de formas geométricas, aunque muchas veces atenuadas y casi desvanecidas, sin que por ello se pierda su función y sentido, como principio que integra y hace posible unificar los símbolos y la plenitud del tema de la obra.

En el caso de Coatlicue salta a la vista su gran estructuración geométrica, piramidal y cruciforme, en la que se incorporan elementos de un cuerpo femenino y otra multitud de formas y símbolos que van desde las dos cabezas de serpiente en lo más alto —incluyendo el adorno del collar de corazones y manos, los pechos colgantes, un cráneo en el centro del vientre, el faldellín de serpientes entrelazadas— hasta los pies que rematan con garras de águila. La presencia de lo geométrico —atenuado muchas veces o suavemente desvanecido— resulta también patente, como receptor de formas y símbolos, en las otras esculturas que se han mencionado y en varias más que podrían citarse, producciones todas de los mexicas.

Como ya se apuntó al hacer referencia a la efigie de Coatlicue, otro rasgo característico del arte escultórico azteca parece ser la abundancia de elementos que, en sí mismos y originalmente, son representaciones que cabría describir como *naturalistas*. Así, por ejemplo, los cráneos en el caso de las diosas de la muerte, los tatuajes de cascabels en el rostro de Coyolxauhqui, las serpientes, las manos, los corazones, los pechos y las garras de Coatlicue, las flores en la efigie de Xochipilli, contempladas aisladamente, no puede negarse que son afortunadas muestras, reproducción casi viviente de lo que existe en la naturaleza. Sin embargo, el gran cúmulo de elementos, calificables de naturalistas, adquiere en la escultura mexica propósitos y sentidos que le confieren un carácter inconfundible. Las representaciones de serpientes, flores, caracoles, corazones, cráneos, garras, jeroglíficos y otras muchas cosas —incorporadas a veces a estructuras geométricas— llegan

a integrar verdaderos enjambres, de riqueza y significación no siempre inmediatamente perceptibles. Allí, cada elemento, en sí mismo o en su yuxtaposición con otros, contribuye plásticamente a la realización de los símbolos: verdadera madeja de insinuaciones e interrelaciones en el universo sagrado de dioses y hombres.

Toda esta complicación, cuya realidad unitaria surge en función, de la misma escultura, origina a su vez formas de un dinamismo en el que con frecuencia late o se manifiesta la oposición de contrarios. De todo esto se derivan, en esculturas como las mencionadas y en otras muchas, debidas también a los mexicas, desusadas maneras de belleza, siempre acercándose a lo divino, a veces atisbo del misterio, connotación de lo cósmico y, al menos de modo implícito, conciencia de lo que significa existir en la tierra. Pero el sentido trágico, humano y sagrado, inherente a tal forma de belleza, en una palabra la posible significación de este arte, sólo se tornará comprensible a quienes hayan penetrado siguiera un poco en el conocimiento de la simbología nativa, portadora de mensajes.

Se ha destacado, como rasgo sobresaliente en la escultura de procedencia mexicana, la frecuente presencia de formas geométricas, el empleo de elementos en apariencia naturalista, la integración de éstos, a modo de enjambres, que son ya insinuación al universo de lo divino y lo humano, la tensión de contrarios, todo ello dando lugar a lo que se ha descrito como desusada belleza, unas veces trágica, otras veces como imagen que connota el misterio, pero siempre con el dinamismo que bebe su fuerza en las raíces más hondas de la propia cultura. Precisamente por esto se insiste en que la significación de este arte sólo se hará alcanzable para aquellos que se han interesado previamente en el estudio de las instituciones prehispánicas, sus mitos, sus creencias y sus maneras de vida. En tales intentos de comprensión, búsqueda a la vez de una más íntima vivencia del arte indígena, ayudará la existencia de textos, provenientes de la cultura nativa, en los que se habla de los orígenes históricos de la creación artística, de la predestinación de quienes la realizaban, así como de sus atributos y distintas obras.

Entre los materiales recogidos por Bernardino de Sahagún, se encuentra la documentación que permite conocer algo de lo que los antiguos sabios pensaron sobre estas materias, haciendo referencia expresa al arte náhuatl y, en consecuencia, al que fue propio de los mexicas. Justamente la indagación sobre el tema de los orígenes ayudará a conocer cuáles fueron los conceptos y vocablos con que los antiguos mexicanos expresaron aquello que, para nosotros, son su arte y sus artistas.

Realismo en el arte náhuatl

En el arte náhuatl se buscaba la representación de la vida, no por simbólica menos dinámica. Al crear en el oro o en la plata la figura de un huasteco, de una tortuga, de un pájaro o de una lagartija, se iba en pos de una imagen de la vida en movimiento. El texto que a continuación se transcribe, debido también a los informadores de Sahagún, es elocuente por sí mismo:

*Aquí se dice
cómo hacían algo
los fundidores de metales preciosos.
Con carbón, con cera diseñaban,
creaban, dibujaban algo,
para fundir el metal precioso,
bien sea amarillo, bien sea blanco.
Así daban principio a su obra de toltecas...*

*Si comenzaban a hacer la figura de un ser vivo,
si comenzaban la figura de un animal,
grababan, sólo seguían su semejanza,
imitaban lo vivo,
para que saliera en el metal,
lo que se quisiera hacer.*

*Tal vez un huasteco,
tal vez un vecino,
tiene su nariguera,
su nariz perforada,
su flecha en la cara,
su cuerpo tatuado con navajillas de obsidiana.
Así se preparaba al carbón,
al irse raspando, al irlo labrando.*

*Se toma cualquier cosa,
que se quiera ejecutar,
tal como es su realidad y su apariencia,
así se dispondrá.*

*Por ejemplo una tortuga,
así se dispone del carbón,
su caparazón como que se irá moviendo,
su cabeza que sale de dentro de él,
que parece moverse,
su pescuezo y sus manos,
que las está como extendiendo.*

*Si tal vez un pájaro,
el que va a salir de metal precioso,
así se tallará,
así se raspará el carbón,
de suerte que adquiera sus plumas, sus alas,
su cola, sus patas.*

*O tal vez cualquier caso que se trate de hacer,
así se raspa luego el carbón,
de manera que adquiera sus escamas y sus aletas,
así se termina,
así está parada su cola bifurcada.
Tal vez es una langosta, o una lagartija,
se le forman sus manos,
de este modo se labra el carbón.*

*O tal vez cualquier cosa que se trate de hacer,
un animalillo o un collar de oro,
que se ha de hacer con cuentas como semillas
que se mueven al borde,
obra maravillosa pintada,
con flores.*

Origen histórico del arte náhuatl

Los informadores indígenas de Sahagún dan una versión del origen histórico de sus creaciones artísticas. Su versión es, más que nada, un testimonio de lo que creían y pensaban acerca de esto los ancianos y los sabios, por lo menos desde fines del siglo XV y principios del XVI. Como en casi todas las grandes culturas, se habla de maravillosos tiempos pasados, en los cuales todo fue bueno y hermoso: en ellos nació la *toltecóyotl*, el conjunto de las artes y los ideales de los toltecas.

La descripción que de la cultura tolteca nos ofrecen los informadores es muy expresiva. Después de mencionar los varios sitios en que los toltecas moraron antes, narran lo que se sabe acerca de Tula. Es interesante que estos datos son fruto de un conocimiento directo, casi experimental, de los restos dejados en Tula por los toltecas:

*De verdad allí estuvieron juntos,
estuvieron viviendo.
Muchas huellas de lo que hicieron
y que allí dejaron, todavía están allí, se ven,
las no terminadas, las llamadas columnas de serpientes.
Eran columnas redondas de serpientes,
su cabeza se apoya en la tierra,
su cola, sus cascabeles están arriba.
Y también se ve el monte de los toltecas
y allí están las pirámides toltecas,
las construcciones de tierra y piedra, los muros estucados.
Allí están, se ven también restos
de la alfarería de los toltecas,
se sacan de la tierra tazas y ollas de los toltecas
y muchas veces se sacan de la tierra collares de los toltecas,
pulseras maravillosas, piedras verdes, turquesas, esmeraldas...*

A continuación, explicando el origen de todas esas creaciones, toltecas, los sabios y ancianos ofrecen la visión del ideal de la antigua cultura, de la que los nahuas afirmaban ser herederos:

*Los toltecas eran gente experimentada,
todas sus obras eran buenas, todas rectas,
todas bien hechas, todas admirables.

Sus casas eran hermosas,
sus casas con incrustaciones de mosaicos turquesa,
pulidas, cubiertas de estuco, maravillosas.
Lo que se dice una casa tolteca,
muy bien hecha, obra en todos sus aspectos hermosa...
Pintores, escultores y labradores de piedras,
artistas de la pluma, alfareros, hilanderos, tejedores,
profundamente experimentados en todo,
descubrieron, se hicieron capaces
de trabajar las piedras verdes, las turquesas.*

*Conocían las turquesas, sus minas,
encontraron las minas y el monte de la plata,
del oro, del cobre, del estaño, del metal de la luna...
Estos toltecas eran ciertamente sabios,
solían dialogar con su propio corazón...
Hacían resonar el tambor, las sonajas,
eran cantores, componían cantos,
los daban a conocer,
los retenían en su memoria,
divinizaban con su corazón
los cantos maravillosos que componían...*

Después de haber descrito así los informadores de Sahagún las que consideraban extraordinarias dotes artísticas de los toltecas, resulta superfluo acumular citas de otros textos indígenas o de cronistas posteriores. Tal vez la mejor forma de ponderar esto la da el hecho de que la palabra *toltécatl* vino a significar en la lengua náhuatl lo mismo que artista. En todos los textos en los que se describen la figura y los rasgos característicos de los cantores, pintores, orfebres, etc., se dice siempre de ellos que son “toltecas”, que obran como “toltecas”, que sus creaciones son fruto de la *toltecáyotl*. Hay incluso un texto en el cual, en forma general, se describe la figura del artista, refiriéndose precisamente a él como a un *toltécatl*. El mencionado texto, testimonio eloquente de la atribución que hacían los nahuas del origen de su arte a la cultura tolteca, queda así transcrito:

*Toltécatl: el artista, discípulo, abundante, múltiple, inquieto.
El verdadero artista: capaz, se adiestra, es hábil;
dialoga con su corazón, encuentra las cosas con su mente.
El verdadero artista todo lo saca de su corazón;
obra con deleite, hace las cosas con calma, con tiento,
obra como tolteca, compone cosas, obra hábilmente, crea;
arregla las cosas, las hace atildadas, hace que se ajusten.*

Tras atender así a la que pudiéramos llamar conciencia histórica acerca del origen de su arte, pasamos a considerar, como un segundo punto, la predestinación que —según se decía— debía de tener todo artista dentro del mundo náhuatl.

Predestinación y características personales del artista prehispánico

No sólo en el mundo náhuatl, sino también en nuestra propia cultura, es verdad aceptada que se requieren numerosas cualidades para llegar a ser artista. En la ciencia y en el arte no deja de ser verdadero el refrán latino que dice: *Quod natura non dat, Salmantica non praestat* (lo que la naturaleza no da, Salamanca no lo suple). Pues bien, esto mismo, pero en función de su mitología y su pensamiento astrológico, lo repitieron también los sabios indígenas respecto de los artistas.

Para llegar a ser como los toltecas, hacía falta estar predestinado a ello. Esa predestinación se manifestaba de doble manera. Por una parte era necesario poseer una serie de cualidades: ante todo ser “dueño de un rostro y un corazón”, es decir, tener una personalidad bien definida. Además, como se ve en el texto que a continuación se transcribe, convenía haber nacido en una de las varias fechas que, según los conocedores del calendario adivinatorio, eran favorables a los artistas y a la producción de sus obras. Pero esto último estaba necesariamente condicionado a que el artista tomara en cuenta su destino, se hiciera digno de él y aprendiera a “dialogar con su propio corazón”. De otra suerte, él mismo acabaría con su felicidad, perdería su condición de artista. He aquí el pensamiento de los sabios:

*El signo 7-Flor,
se decía que su destino era bueno y malo.*

*En cuanto bueno: mucho lo festejaban,
lo tomaban muy en cuenta los pintores,
hacían la representación de su imagen,
le hacían ofrendas.*

*En cuanto a las bordadoras,
se alegraban también con este signo.
Primero ayunaban en su honor,
unas por ochenta días, o por cuarenta,
o por veinte ayunaban.*

*Y he aquí por qué hacían estas súplicas y ritos:
para poder hacer algo bien,
para ser diestras,
para ser artistas, como los toltecas,*



*para disponer bien sus obras,
para poder pintar bien,
sea en su bordado o en su pintura.*

*Por esto todos hacían incensaciones.
Hacían ofrendas de codornices.
Y todos se bañaban, se rociaban
cuando llegaba la fiesta,
cuando se celebraba el signo 7-Flor.*

*Y en cuanto malo (este signo),
decían que cuando alguna bordadora
quebrantaba su ayuno,
dizque, merecía
volverse mujer pública,
ésta era su fama y su manera de vida,
obrar como mujer pública...*

*Pero la que hacía verdaderos merecimientos,
la que dialogaba con su propio corazón,
le resultaba bien:
era estimada,
se hacía estimable,
dondequiera que estuviese,
estaría bien al lado de todos,
sobre la tierra.*

*Como se decía también:
quien nacía en ese día,
por esto será experto
en las variadas artes de los toltecas,
como tolteca obrará.
Dará vida a las cosas,
será muy entendido en su corazón,
todo esto, si se amonesta bien a sí mismo.*

Al igual que los textos anteriores pudieran aducirse otros en los que se habla de la educación especial que recibían los distintos artistas: por ejemplo, la severidad y los métodos de enseñanza, en las *cuicacalli* o casas de canto, o la forma como se proponían los maestros dar a los bisoños artistas “un rostro y un corazón firme como la pie-

dra”. Los mismos nahuas describieron las principales clases de artistas con sus características fundamentales.

Diversas clases de artistas o “toltecas”

El texto que describe la figura del *amantécatl*, artista de las plumas, señala ya dos cualidades fundamentales del artista náhuatl en general: poseer una personalidad definida, o como decían los sabios “ser dueño de un rostro y un corazón”, y “humanizar el querer de la gente”, suprema finalidad de su arte. Después de presentar el lado positivo del *amantécatl*, que como se sabe trabajaba penachos, abanicos, mantos y cortinajes hechos de plumas finas, se traza en el mismo texto el lado negativo, aplicable a los torpes artistas de las plumas:

Amantécatl: el artista de las plumas.

Integro: dueño de un rostro, dueño de un corazón.

El buen artista de las plumas:

hábil, dueño de sí,

de él es humanizar el querer de la gente.

Hace trabajos de plumas,

las escoge, las ordena,

las pinta de diversos colores,

las junta unas con otras.

El torpe artista de las plumas:

no se fija en el rostro de las cosas,

devorador, tiene en poco a los otros.

Como un guajolote de corazón amortajado,

en su interior adormecido,

burdo, mortecino,

nada hace bien.

No trabaja bien las cosas,

echa a perder en vano cuanto toca.

La figura del *tlahcuilo*, pintor, era de máxima importancia dentro de la cultura náhuatl. El era quien pintaba los códices y los murales. Conocía las diversas formas de escritura náhuatl, así como todos los símbolos de la mitología y la tradición. Era dueño del saber que se expresaba con la tinta negra y roja. Antes de pintar, debía de haber

aprendido a dialogar con su propio corazón. Su meta era convertirse en un *yoltéotl*, “corazón endiosado”, en el que había entrado el simbolismo y la fuerza creadora de la propia religión. Teniendo a la divinidad en su corazón, trataría entonces de transmitir su simbolismo a las pinturas, los códices y los murales. Para lograr esto, debía conocer mejor que nadie los colores de todas las flores.

*El buen pintor:
tolteca (artista) de la tinta negra y roja,
creador de cosas con el agua negra...*

*El buen pintor: entendido,
Dios en su corazón,
que diviniza con su corazón a las cosas,
dialoga con su propio corazón.*

*Conoce los colores, los aplica, sombrea.
Dibuja los pies, las caras,
traza las sombras, logra un perfecto acabado.
Como si fuera un tolteca,
pinta los colores de todas las flores.*

La descripción del pintor y del artista de las plumas nos han dado ya varios rasgos del artista en el mundo náhuatl. La figura del alfarero, *zuquichiuhque*, “el que da forma al barro”, “el que lo enseña a mentir”, para que aprenda a tomar figuras, aparece en seguida. Sin ser un perrillo, la figura de barro semejará un perrillo; no siendo una calabaza, parecerá serlo. El alfarero, dialogando con su propio corazón, “hace vivir las cosas”. Su acción da vida a lo que parece más muerto. “Enseñando a mentir a la tierra”, tomarán forma en ella y parecerán vivir toda clase de figuras:

*El que da un ser al barro:
de mirada aguda, moldea,
amasa el barro.*

*El buen alfarero:
pone esmero en las cosas,
enseña al barro a mentir,
dialoga con su propio corazón,
hace vivir a las cosas, las crea,*

*todo lo conoce como si fuera un tolteca,
hace hábiles sus manos.*

*El mal alfarero:
torpe, cojo en su arte,
mortecino.*

La presentación de textos acerca del origen histórico del arte náhuatl, la predestinación y características personales del artista y finalmente la descripción de los artistas de la pluma, los pintores, los alfareros, los orfebres y plateros, dan al menos una idea de la riqueza documental de que se dispone para un estudio especializado acerca de la concepción náhuatl del arte. Ese estudio podría aprovechar los textos aducidos y otros más que se omiten. Se podría asimismo acudir a códices en los que se ilustra pictográficamente mucho de lo encontrado en los textos. Resultan fundamentales a este respecto los *Códices mendocino y florentino*.

Después de estudiar en códices, textos indígenas y cronistas, lo que se podría llamar el pensamiento estético de los nahuas, el paso definitivo consistirá en tratar de descubrir la aplicación que hacían de estas ideas los artistas nativos en las obras que hoy se conocen por la arqueología. Solamente así, relacionando códices, textos, cronistas y hallazgos arqueológicos, será posible penetrar, por lo menos un poco, en las modalidades y simbolismo del arte de esta cultura.

Podrá verse entonces al artista, heredero de la gran tradición tolteca, al predestinado en función del *tonalámatl* (libro de los destinos), convertido en un ser que “dialoga con su propio corazón”, *moyolnotzani*, que rumia por así decirlo, los viejos mitos, las tradiciones, las grandes doctrinas de su religión y filosofía. Dialogando con su corazón, podrá atraer al fin sobre sí mismo la divina inspiración. Se convertirá entonces en un *yoltéotl*, “corazón endiosado”, que equivale a decir visionario, anhelante de comunicar a las cosas la inspiración recibida. Podrá ser el papel de ámate de los códices, el lienzo de un muro, la piedra, los metales preciosos, las plumas o el barro.

El proceso psicológico que ha precedido a la creación artística logrará entonces su culminación. El artista, *yoltéotl*, “corazón endiosado”, se esfuerza y se angustia por introducir a la divinidad en las cosas. Al fin, como se ha visto en los textos, pasa a ser un *tlayolteuhuiani*, “aquel que introduce el simbolismo de la divinidad en las cosas”. “Enseñando a mentir”, no ya sólo al barro, sino también a la piedra, al oro y a todas las cosas, crea entonces los enjambres de símbolos, incorpo-



ra al mundo de lo que no tiene alma, la metáfora de la flor y el canto, mientras permite que la gente del pueblo, los *macehuales*, viendo y “leyendo” en las piedras, en los murales y en todas sus obras de arte esos enjambres de símbolos, encuentren la inspiración y el sentido de sus vidas aquí en *tlalticpac*, sobre la tierra. Tal es quizás el meollo de esa concepción náhuatl del arte, humana y de posibles consecuencias de validez universal.

Conocer el alma del artista y el sentido del arte en el mundo del México antiguo no es algo estático y muerto. Puede constituir una verdadera lección de sorprendente novedad dentro del pensamiento estético contemporáneo. En la concepción náhuatl del arte hay atisbos e ideas de una profundidad apenas sospechada. Recuérdese solamente que, para los sabios nahuas, la única manera de decir las palabras verdaderas en la tierra era encontrando “la flor y el canto de las cosas”, o sea, el simbolismo que se expresa por el arte.

BIBLIOGRAFÍA

- CASO, Alfonso, *Trece obras maestras de la arqueología mexicana*, México, 1938.
- FERNÁNDEZ, Justino, *Coatlícue, estética del arte indígena antiguo*, prólogo de Samuel Ramos, 2a. ed., México, 1959.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel, *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, 3a. ed., México, 1966.
- TOSCANO, Salvador, *Arte precolombino de México y de la América Central*, prólogo de Miguel León-Portilla, notas de Beatriz de la Fuente, México, 1970.
- WESTHEIM, p. *Arte antiguo de México*, 1960.

13. LOS MEXICAS DURANTE EL REINADO DE MOTECUHZOMA XOCOYOTZIN

En capítulos anteriores hemos tratado sobre la evolución histórica de los antiguos mexicanos, desde la época de su peregrinación hasta el reinado del *huey tlatonani* Ahuítzotl. Según vimos, en tiempos de la muerte de este monarca, acaecida en un año 10-Conejo (1502), la nación azteca alcanzó una bien cimentada grandeza y una amplia expansión aun en las más apartadas regiones de Mesoamérica. Para conocer cuál era el grado de desarrollo conseguido por los mexicas hemos estudiado

sus principales instituciones y formas de creación cultural. Entre otras cosas nos interesó atender a lo más sobresaliente de su religión, al pensamiento de sus sabios, a la literatura, las celebraciones religiosas y representaciones dramáticas. Nos ocupamos asimismo de su organización sociopolítica y de las fuerzas y relaciones de producción económica. Finalmente tratamos de sus sistemas de educación y del rico universo de su arte.

Todo ello nos permite intentar ahora una valoración de lo que fue la vida de la nación mexica en vísperas de la conquista española. Con este enfoque nos acercaremos a los postreros años de existencia autónoma del pueblo del Sol, durante el reinado de Motecuhzoma II Xocoyotzin. Debemos anticipar que, como en el caso de los monarcas mexicas que le precedieron, importa mucho conocer los rasgos más sobresalientes de la personalidad del último Motecuhzoma para mejor comprender lo que significó su actuación en la cada vez más compleja realidad de México-Tenochtitlan y del mundo azteca en general.

La personalidad de Motecuhzoma Xocoyotzin

A modo de introducción citaremos dos expresivos testimonios: “Sabio, astrólogo, astuto, experimentado en todas las artes, en las militares y en otras..., en comparación con sus antecesores ninguno llegó a tener tanto poder y majestad como Motecuhzoma Xocoyotzin”. Tal es la imagen que del soberano mexica nos dejó el comentarista del *códice Mendoza*, manuscrito destinado a informar a Carlos V sobre la historia y la cultura del México antiguo.

A su vez, el conquistador Bernal Díaz del Castillo, recordando la apariencia física del que llamó gran Moctezuma, nos dejó este retrato de él:

Era de buena estatura, bien proporcionado, delgado, y el color no muy moreno... y traía los cabellos no muy largos y pocas barbas, oscuras y bien puestas, y el rostro algo largo y alegre y los ojos de buena manera, y mostraba en su persona, en el mirar, por un lado amor y, cuando era menester, gravedad. Era muy pulido y limpio. Bañábase cada día una vez. Tenía muchas mujeres... Cuando alguien le iba a hablar, había de entrar descalzo, y los ojos bajos, puestos en tierra, sin mirarlo a la cara, y con tres reverencias que le hacían, le decían señor, mi señor, mi gran señor...

Motecuhzoma II Xocoyotzin, hijo de Axayácatl y de una noble señora de Iztapalapa, había nacido en la Ciudad de México hacia 1467. Hombre de gran talento, desde muy joven ocupó elevados puestos y actuó como sabio y sacerdote. Fue así, por algún tiempo, *tlacatécatl*, “comandante de hombres”, rango al que con frecuencia se refieren los textos con descripciones como ésta:

gran águila y gran tigre, águila de amarillas garras y poderosas alas...
El genuino *tlacatécatl* instruido, hábil, de ojos vigilantes, dispone las cosas, hace planes, ejecuta la guerra sagrada. Entrega las armas, las rige. Dispone y ordena las provisiones, señala el camino, inquiera acerca de él...

Siendo verdad que Motecuhzoma ya antes de ocupar el trono de Tenochtitlan se distinguió como guerrero y en sus funciones de *tlacatécatl*, consta igualmente como hombre de honda sensibilidad, escudriñador de las cosas divinas e incluso inspirado forjador de cantos. De esto último son muestra algunos poemas atribuidos a él en las colecciones de antiguos cantares en lengua mexicana. Un solo ejemplo recordaremos. Se trata de un fragmento de la composición en la que Motecuhzoma evoca a su hermano Tlacahuepan muerto en la lucha al ir a socorrer a los de Huexotzinco, en un año 3-Caña, 1495. He aquí la expresión de Motecuhzoma:

*Allá vas, tú, príncipe Tlacahuepan:
todo se oscurece con el humo,
el dios lo remueve,
él es quien hará de ti un descarnado.*

*Sobre ti se cierne, se revuelve,
hace ondulaciones la hoguera;
hace estruendo, reverbera.*

*Flores de oro se esparcen,
aquí estás tú, mi príncipe, Tlacahuepan.
Estoy afligido, mi corazón está triste:
contemplo al príncipe desafortunado,
se estremece cual si fuera una pluma.*

*Voy al lugar de las flores,
con ellas os adornáis*



*unos a otros, vosotros, oh príncipes.
Contemplo al príncipe desafortunado,
se estremece cual si fuera una pluma...*

Además de esta evocación del infortunado Tlacahuepan se conservan otros varios poemas de Motecuhzoma, entre ellos algunos que son exaltación de Tenochtitlan y del pueblo mexicana. Y como otra prueba del profundo interés de Xocoyotzin por cuanto se refería a la cultura y la creación espiritual, sabemos que cuando los electores aztecas lo escogieron como gobernante supremo se vieron precisados a buscarlo en el recinto del templo de Huitzilopochtli, donde disponía de un aposento para consagrarse a la meditación y al estudio.

Entronización de Motecuhzoma II

Motecuhzoma, ascendido al rango de *huey tlatoani* en un año 10-Co-nejo (1502), fue el último de los señores que escuchó, estando en paz Tenochtitlan, las antiguas palabras que sacerdotes y ancianos repetían al nuevo soberano. Sus dos sucesores, Cuitláhuac y Cuauhtémoc, entronizados durante las luchas de la Conquista, tal vez apenas tuvieran tiempo de atender a más discursos, puesto que el escudo y la flecha requerían por entero su atención. A Motecuhzoma Xocoyotzin se dirieron estas palabras:

Señor, poderoso sobre todos los de la tierra: se han deshecho ya las nubes y se ha desterrado la oscuridad en que estábamos. Ya ha salido el Sol, ya la luz del día nos es presente, la cual oscuridad se nos había causado por la muerte del rey tu tío; pero este día se tornó a encender la candela y antorcha que ha de ser luz de México.

Hásenos hoy puesto delante un espejo, donde nos hemos de mirar; hate dado el alto y poderoso Señor su señorío, y hate enseñado con el dedo el lugar de su asiento. Era, pues, hijo mío, empieza a trabajar en esta labranza de los dioses, así como el labrador, que labra la tierra, saca de su flaqueza un corazón varonil, y no desmayes ni te descuides...

Las ceremonias de la coronación de Motecuhzoma II fueron solemnes como ninguna antes. Establecido ya en el poder, tomó luego medidas que permiten descubrir en él una personalidad bien definida que en cierto modo trazó su propio camino.

Nuevas disposiciones tomadas por Motecuhzoma

Ante todo ordenó que fueran despedidos los antiguos oficiales y servidores reales de tiempos de Ahuítzotl. Expresamente, Motecuhzoma II afirmó —según refiere Diego Durán— que él “quería llevar las cosas de su gobierno por la vía que a él le diese más contento y por otra vía de la que su antecesor había gobernado...”.

Mandó luego le trajeran varios jóvenes, hijos de los señores de México, Tetzco y Tacuba, de los que habían estudiado en los centros superiores de educación, que él mismo había dirigido antes, para encomendarles los puestos de más importancia en su gobierno. Teniéndolos ya en su palacio, dice la historia indígena que los reunía con frecuencia en un gran aposento para continuar su enseñanza e instrucción, hasta que lograba infundir en ellos sus propios ideales.

Otro hecho también muy significativo de este cambio de actitud manifestado por Motecuhzoma puede hallarse en monumentos conmemorativos tales como el monolito circular, conocido como “piedra de Tízoc”, que, en lugar de ensalzar las grandes conquistas de Ahuítzotl, conmemora las más bien limitadas hazañas del rey Tízoc, el cual, como se sabe, no se había mostrado muy inclinado a la guerra.

¿Son estos hechos indicio de algún oculto propósito de Motecuhzoma II por apartarse de algún modo o pretender modificar quizá la antigua actitud del pueblo del Sol, tan bien representada por su antecesor Ahuítzotl? ¿Es que tal vez Motecuhzoma II estuvo influido por las ideas de hombres como Nezahualcóyotl y Nezahualpilli de Tetzco, de Teyatehuatzin y Ayocuan de Huexotzinco, que pretendían renovar la antigua concepción tolteca con un sentido religioso y humano tan distinto del misticismo guerrero del pueblo del Sol?

Parece difícil responder a tales preguntas. Pero al menos sí puede afirmarse que la actitud de Motecuhzoma II, como mostrará más tarde al recibir las primeras noticias de la llegada de los españoles, era muy distinta de la de Ahuítzotl. En vez de empuñar las armas desde un principio y rechazar a los forasteros, Motecuhzoma consultó sus antiguos códigos y se preguntó si acaso Quetzalcóatl y los dioses habían regresado. Así, lo que en Motecuhzoma se describe a veces como una actitud vacilante, parece que fue realmente consecuencia de la posición personal de un hombre eminentemente religioso y muy versado en las antiguas doctrinas.

Para corroborar lo dicho recordemos otro hecho. En su palacio y en medio del boato extraordinario con que rodeó su corte, Motecuh-



zoma se preocupó también por conocer y acercarse de algún modo al culto religioso de los pueblos vencidos por los mexicas. Mandó edificar con este fin un adoratorio dentro del recinto del gran templo de Huitzilopochtli y Tláloc, al que llamó *Coateocalli*, “casa de diversos dioses”. Según el cronista Diego Durán, la explicación de esta medida es la siguiente:

Parecióle al rey Motecuhzoma que faltaba un templo que fuese conmemoración de todos los ídolos que en esta tierra adoraban y, movido con celo de religión, mandó que se edificase, el cual se edificó contenido en el de Huitzilopochtli, en el lugar que son ahora las casas de Acevedo: llámanle *Coateocalli*, que quiere decir casa de los diversos dioses que hay en todos los pueblos y provincias; los tenían allegados dentro de una sala, y era tanto el número de ellos y de tantas maneras y visajes y hechuras...

Estos son algunos de los distintos indicios que permiten sospechar cierto cambio de actitud en el pensamiento de Motecuhzoma II. Sin embargo, ello no significa que hubiera descuidado las guerras floridas, las conquistas de pueblos lejanos, ni el engrandecimiento de su ciudad.

La postrera expansión mexicana

Poco tiempo después de ser entronizado Motecuhzoma marchó en contra de los de Atlitxco, a los que infligió completa derrota. Más tarde, en el tercer año de su reinado, iniciaría nuevas campañas en tierra de los tlaxcaltecas, que frecuentemente incitaban a pueblos sometidos al imperio de Tenochtitlan a que se levantaran en rebelión. Acción asimismo de suma importancia fue la emprendida en contra de los mixtecas que habían dado muerte a los soldados de la guarnición azteca de Huaxyáac. En resumen, por no ser posible hacer aquí el elenco de la larga serie de victorias alcanzadas por los ejércitos de Motecuhzoma Xocoyotzin, bastará decir que, al tiempo de la aparición de los hombres de Castilla, sus dominios se extenderían por la mayor parte de lo que son los estados de México, Hidalgo, Puebla, Veracruz, Morelos, Guerrero, Oaxaca y llegarían hasta apartadas regiones de Chiapas e incluso más allá de los actuales límites con la república de Guatemala.



El florecimiento de Tenochtitlan

Ensanchadas las fronteras de la nación azteca, México-Tenochtitlan llegó también al clímax de su esplendor. Hacía ya tiempo que por el Norte se había unido con el vecino islote de Tlatelolco, sometido al poderío azteca en 1473. Además, la gran ciudad seguía creciendo gracias al terreno ganado a las aguas como resultado de lo que podría calificarse como hábil empresa de ingeniería lacustre. Su superficie, en forma de cuadrado más o menos regular, tendría algo más de tres kilómetros por lado. La población rebasaba probablemente la cifra de 300 000 habitantes.

En el interior de la metrópoli las comunicaciones se efectuaban a través de calles y canales. Para salir a tierra firme existían las calzadas que tanto admirarían más tarde los conquistadores hispanos. La del Norte, partiendo de Tlatelolco, conducía hasta el Tepeyácac, donde estaba edificado el santuario de la diosa madre Tonantzin. Del Sur de la ciudad salía otra calzada que, llegada al punto conocido con el nombre de Xóloc, se bifurcaba. La rama del Suroeste llegaba a Coyoacán, en tanto que la enderezada al Sureste remataba en Iztapalapa. Finalmente, partiendo del centro de Tenochtitlan con rumbo a Occidente se encontraba la calzada que se dirigía al señorío aliado de Tlacopan y por la cual tuvieron que escapar los españoles en la célebre “noche triste”.

México-Tenochtitlan estaba dividida en cuatro grandes sectores orientados hacia cada uno de los rumbos del universo. Al Noroeste, Cuepopan, “el lugar donde se abren las flores”, que corresponde al actual barrio de Santa María la Redonda. Al Suroeste, Moyotlan, “el lugar de los mosquitos”, sección consagrada posteriormente por los misioneros a San Juan Bautista. Al Sureste se enclavaba Teopan, “el lugar del dios”, donde se erigía el gran recinto del templo mayor, barrio conocido más tarde, durante la colonia, con el nombre de San Pablo. Finalmente, al Noreste estaba Atzacolco, “en el lugar de la compuerta”, que llegó a convertirse en barrio de San Sebastián.

Dos eran los sitios más destacados en Tenochtitlan: uno, el amplio recinto sagrado en el que se levantaban los setenta y ocho edificios que constituían el templo mayor con sus adoratorios, escuelas y dependencias. Otro lo constituía la gran plaza de Tlatelolco, donde tenía lugar el mercado en el que se vendían y compraban los más variados productos, procedentes en su mayoría de lejanas tierras. El recinto del templo mayor estaba circundado por un muro que formaba un gran cuadrado de aproximadamente 500 m. de lado. En la actualidad tan

sólo unos cuantos vestigios pueden contemplarse frente al costado oriental de la catedral de México. Allí mismo, y también en la estación “Zócalo” del ferrocarril subterráneo, se han instalado maquetas que permiten contemplar reducida la grandeza extraordinaria de esa verdadera ciudad dedicada al culto de los dioses.

Frente al templo mayor y por su costado occidental se levantaba el palacio de Axayácatl, antiguo gobernante azteca de 1469 a 1481. Allí fue precisamente donde se alojaron los españoles al llegar a la ciudad en calidad de huéspedes. El palacio imperial de Motecuhzoma, situado frente a la gran plaza, ocupaba aproximadamente el mismo espacio donde hoy se levanta el Palacio Nacional de México.

Además de estas edificaciones principales y otras que no nombramos había infinidad de templos menores y construcciones de cal y canto reservadas a habitación de nobles, comerciantes, artistas y gente del pueblo.

Las calles eran más bien estrechas, muchas de ellas con canales que permitían la entrada de embarcaciones provenientes de las riberas del lago. Entre los atractivos de la ciudad pueden mencionarse los jardines botánicos y zoológicos, que tanta admiración provocaron en los conquistadores españoles.

Eran múltiples las actividades de los habitantes de Tenochtitlan. Por una parte figuraban las ceremonias en honor a los dioses, así como los sacrificios y el solemne ritual. A esto hay que añadir la presencia de sabios y maestros que, con sus grupos de estudiantes, entraban y salían de los calmécac y telpuchcalli, centros prehispánicos de educación. El ir y venir de las canoas cargadas de mercaderías y la continua actividad de los comerciantes y la gente del pueblo en el mercado de Tlatelolco resultaban tan impresionantes que a los conquistadores pareció todo aquello algo así como un hormiguero. Los ejercicios militares y la partida o llegada de los guerreros constituían asimismo un espectáculo de por sí interesante.

En pocas palabras, puede decirse que la vida de Tenochtitlan era la de una metrópoli; cabeza de lo que, en forma análoga, puede llamarse un inmenso imperio. A ella llegaban embajadores y gobernantes de lejanas regiones. Por sus canales y calles se recibían los tributos, joyas de oro y plata, plumajes finos, cacao, papel hecho de corteza de amate, incluso los esclavos o las víctimas elegidas para el sacrificio. México-Tenochtitlan era, en verdad, un hormiguero en el que todos sus integrantes trabajaban incansablemente al servicio de los dioses y en favor de la grandeza del que habría de conocerse como “pueblo del Sol”.

Presagios funestos

De paso que el mundo azteca alcanzaba la plenitud de su desarrollo, ciertos rumores y presagios empezaron a alterar el ánimo de Motecuhzoma y, a la postre, también la tranquilidad de cuantos vivían en Tenochtitlan. Un primer hecho fue la expedición de Francisco Hernández de Córdoba, que con tres naves había partido de Cuba en febrero de 1517 y llegado a las costas de Yucatán; después, a las de Campeche y hasta Potonchán, no muy lejos de lo que hoy se conoce como el puerto de Frontera, en Tabasco. Los extraños forasteros habían combatido contra los indígenas en Potonchán. Más de una noticia acerca del caso debió de llegar a oídos de Motecuhzoma.

En abril de 1518, un año más tarde, cuatro navíos a las órdenes de Juan de Grijalva, procedente también de Cuba, habían alcanzado la isla de Cozumel. Luego, tras seguir costeano, arribarían a la laguna de Términos y al río de Tabasco, para desembarcar después en la isla de Sacrificios, frente a la actual Veracruz. Los expedicionarios hispanos establecieron esta vez un contacto directo con los indígenas vasallos del gran señor de Tenochtitlan. Los informes recibidos por el soberano mexicana no dejan lugar a dudas: gente nunca vista antes, que venía a bordo de casas del agua, grandes como montañas, y que empeñosamente se afanaba por conocer el país y tal vez por penetrar en él.

Motecuhzoma, profundamente versado en las doctrinas y tradiciones de los tiempos toltecas, comenzó a hacer pública su preocupación, ansioso por conocer cualquier posible indicio de la voluntad de los dioses. De él se ha dicho con frecuencia que era propenso a la incertidumbre y las supersticiones. Los libros de pinturas y los textos indígenas insisten en su honda religiosidad y describen la inquietud y las dudas a las que necesariamente tuvo que dar cabida el señor de Tenochtitlan.

Historia y leyenda parecen aunarse cuando se alude a que Motecuhzoma afirmó haber observado varios portentos o presagios. Algunos de éstos fueron también percibidos por el pueblo. Apareció en la ciudad una espiga como de fuego, como aurora al rojo vivo punzando al cielo. Se veía por la noche y dejaba de manifestarse cuando la hacía huir el sol. En una ocasión ardió el templo de Huitzilopochtli. La gente del pueblo fue testigo de que cayó sobre el santuario de Xiuhtecuhtli una especie de rayo, aunque sin trueno. Pudo observarse también un cometa y hervir el agua del lago. Se escucharon las voces de la diosa Cihuacóatl, que por las noches lloraba.

La diosa decía: “¡Hijitos míos, ya tenemos que irnos lejos!”. Y a veces añadía: “Hijitos míos, ¿adónde habré de llevaros?”.

Pero únicamente Motecuhzoma contempló en su “casa de lo negro”, lugar donde se encerraba para orar y meditar, cierto pájaro ceniciento que le llevaron quienes lo atraparon en la laguna. En la molleja del pájaro había un espejo. Motecuhzoma lo miró y descubrió allí el cielo estrellado. Lo contempló por segunda vez y percibió en él grupos de seres humanos que marchaban apresuradamente y dándose empujones. Venían sobre animales similares a venados. El señor mexica consultó a los sabios y conocedores de las cosas ocultas. Examinaron éstos el espejo, pero nada vieron en él.

Los textos indígenas refieren también cómo llegaron a Motecuhzoma noticias de la aparición de los forasteros blancos por las costas del Oriente, venidos, según se decía, de más allá de las aguas inmensas. De nuevo Motecuhzoma consultó a los sacerdotes y a los sabios. Hizo venir a algunos desde tierras lejanas, como Yohualichan y Mitla, en Oaxaca. Se preguntó e incluso se insinuaría si no eran Quetzalcóatl y los dioses que habían regresado.

Lo que ocurriera a partir de entonces es asunto que habremos de estudiar en detalle al ocuparnos de la confrontación de dos mundos con culturas diferentes: el indígena de Mesoamérica y el hispano. Poco será en consecuencia, lo que aquí podamos añadir. Las crónicas indígenas hablan extensamente de las idas y venidas de los mensajeros que envió Motecuhzoma al encuentro de los hombres de Castilla. Relatan también su afán por impedir que se acercaran a México-Tenochtitlan. El soberano por todos temido, el hombre sagaz, verdadero sabio en asuntos políticos, se afligió entonces más allá de lo previsible.

Un texto nos dice que “estaba dispuesto a huir y anhelaba esconderse de la presencia de aquellos extranjeros, que tal vez serían los dioses que regresaban. Pero al fin no pudo ocultarse. Dominó su corazón, quiso ver y admirar lo que tenía que suceder”. Recibió a los hombres de Castilla como huéspedes en su ciudad. Al encontrarse con Hernán Cortés, el retorno de Quetzalcóatl parecía hacerse verdad. Los testimonios en lengua náhuatl, y asimismo aquellos que nos dejaron los cronistas hispanos, hacen posible el estudio de los acontecimientos que entonces se sucedieron. Y cabe añadir que, justamente en crónicas como la de Bernal Díaz del Castillo y asimismo las célebres *Cartas de relación* de Cortés, hay páginas donde se refleja lo que era el esplendor de México-Tenochtitlan y de ese mundo hasta entonces desconocido. Sin exageración puede decirse que los capítulos que consagró Bernal a describir la metrópoli mexica constituyen algo así como una guía

para el visitante de la Tenochtitlan prehispánica, urbe que antes de dos años sería arrasada por completo.

Alojados los hombres de Castilla en los palacios de la ciudad, acabaron por percatarse de la grandeza y del poderío mexica. Pero, como apreciaremos más adelante al inquirir sobre sus causas y efectos, la permanencia de los hispanos en México-Tenochtitlan se interrumpió violentamente debido al ataque perpetrado a traición por Pedro de Alvarado en ausencia de Cortés. Motecuhzoma fue hecho prisionero de quienes había hospedado. Durante la gran fiesta de Tóxcatl, celebrada en fecha cercana a la Pascua de Resurrección del año 1520, tuvo lugar la que se conoce como matanza del templo mayor. Hernán Cortés, de regreso ya a la ciudad, comprendió que sería necesario sacar cuanto antes de ella a su gente. El soberano mexica, forzado por el conquistador, habló a su pueblo tratando de pacificarlo. Nos cuentan algunos cronistas que los mexicas le lanzaron piedras y que murió a consecuencia de ello. Otros afirman que le dieron muerte los españoles.

El dramático fin de Motecuhzoma vino a ser la nueva forma del presagio: pronto la nación azteca también habría de sucumbir. El gobernante que había consolidado mejor que nadie el poderío del pueblo del Sol no alcanzó a comprender la significación de hombres y realidades de un origen tan distinto, que de pronto se habían hecho presentes en la tierra de Anáhuac.

En el enfrentamiento de culturas y fuerzas desiguales, el universo de los símbolos indígenas, con su preciosa carga de pensamiento mágico, quedó desgarrado para siempre. Grandeza trágica de Motecuhzoma fue permanecer hasta lo último aferrado a sus creencias como si en sí mismo pudiera salvar, al menos, la verdad de un mundo inexorablemente destinado a dejar de existir.

BIBLIOGRAFÍA

BERNAL, Ignacio, *Tenochtitlan en una isla*, México, 1959.

CASO, Alfonso, *El pueblo del Sol*, México, 1953.

DIÁZ DEL CASTILLO, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas, 2 v., México, 1955.

DURÁN, fray Diego, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme*, edición de Ángel Ma. Garibay, 2 v., México, 1967.



LEÓN-PORTILLA, Miguel, *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, México, 1971.

———, *Trece poetas del mundo azteca*, México, 1967.

MARQUINA, Ignacio, *El templo mayor de México*, México, 1960.

14. SIGNIFICACIÓN CULTURAL DE MESOAMÉRICA

Apoyándonos en diversas formas de investigación —hallazgos arqueológicos, estudio de los códices, de los textos indígenas redactados a raíz de la Conquista, de las obras de cronistas e historiadores— hemos realizado un acercamiento a la trayectoria milenaria del pasado prehispánico de México. Ciertamente algo podemos conocer hoy, a partir de su compleja prehistoria y de la aparición de la alta cultura en el área olmeca. Otro tanto puede decirse de lo que serían luego, en términos de auténtica civilización, los distintos florecimientos, con alternancias de la decadencia y nuevo desarrollo a lo largo de los periodos clásico y posclásico mesoamericanos. Pero si los resultados de las investigaciones, por fortuna cada vez más amplias y mejor encaminadas, han revelado y continúan mostrándonos aspectos antes ignorados de este rico mundo cultural, debemos reconocer que, paralelamente, se ha incrementado el planteamiento de problemas, con la consiguiente toma de conciencia de que es aún mucho lo que queda por esclarecer. Así, como en otros campos del conocimiento, también en el estudio de la evolución cultural mesoamericana cada descubrimiento se presenta como nuevo incentivo para proseguir la tarea inacabable de la investigación.

Por ello, ante la obvia imposibilidad de ofrecer conclusión alguna con visos de definitiva, optamos por dar aquí cabida a algunas reflexiones sobre la posible significación de la trayectoria cultural de Mesoamérica, basándonos en lo que hasta hoy conocemos acerca de ella. Esto, según creemos, contribuirá sin duda a una valoración más profunda de lo logrado y también de la problemática inherente a nuestro estudio.

Enfoques distintos

Pueden adoptarse diversos puntos de vista al investigar sobre la significación cultural del pasado prehispánico, ya que suele constituir el

sustrato más profundo del ser histórico de la moderna nación mexicana. Es obvio que nadie alcanzará una comprensión de esta realidad contemporánea si desatiende los orígenes prehispánicos, aunque también es cierto que, debido a este tipo de acercamientos, en ocasiones afloran enconados antagonismos. Nos referimos a las exaltaciones del pasado indígena hechas con el anacrónico propósito de oponerlo al otro legado hispánico y occidental, raíz también del propio perfil mestizo. Y lo mismo podría decirse, a la inversa, de las expresiones formuladas desde aristocrática torre de marfil que desdeñan las que, por ignorancia, se califican de “culturas primitivas”.

Desde el punto de vista mestizo, y superadas ya las antiguas fobias, se comprende el enfoque de quienes investigan y valoran como antecedente, y también por sí mismas, las creaciones y formas de vida del mundo prehispánico. La riqueza de los hallazgos arqueológicos, el contenido de los códices y los textos en idiomas nativos se nos ofrecen como portadores de sentido estricto y campo abierto a la indagación de un universo de cultura.

Otro modo de acercamiento —también necesario— es el que además toma en cuenta la presencia contemporánea de varios millones de indígenas descendientes de los antiguos creadores de alta cultura en México. Resulta claro que tampoco puede intentarse estudio alguno sobre los grupos nativos ni acerca de sus relaciones de participación en la vida política, social y económica del país si se hace caso omiso de sus antecedentes precolombinos.

Significación a la luz de la historia universal

Pero si las culturas que florecieron en el México precolombino han sido objeto de ciertos intentos de comprensión, cabe también preguntarse por su posible significación en un contexto todavía más amplio, libre de cualquier limitación. El punto de vista al que deseamos referirnos es precisamente el de la historia universal. Para precisar en qué sentido puede enfocarse la trayectoria cultural prehispánica en términos de la historia universal, debemos recordar previamente cuál ha sido la atención que ha concedido ésta al nacimiento y desarrollo de las más antiguas civilizaciones del Viejo Mundo.

Los investigadores de la historia universal se han ocupado ya tiempo atrás de lo que fue, por vez primera, el paso a la alta cultura y la civilización en aquellos ámbitos geográficos donde tal cosa sucedió de manera autónoma y plenamente. Su atención se ha concentrado en Egipto-

to y Mesopotamia, en el valle del río Indo y en el del río Amarillo en China. Con razón se nos dice que en dichas regiones acaecieron cambios radicales, uno de los cuales se conoce como “revolución urbana”, adoptando la terminología de Gordon Childe. De hecho, las transformaciones que fueron enraizándose en los distintos ámbitos del Viejo Mundo implicaron la superación definitiva de los tiempos prehistóricos.

A partir del desarrollo de las más antiguas comunidades de agricultores y alfareros, los procesos evolutivos trajeron consigo más complejas maneras de organización económica, social, religiosa y política. La tecnología se enriqueció también con nuevos recursos, entre ellos la domesticación de animales, la aplicación de la rueda, el trabajo del cobre. Unas veces por la necesidad de colaborar en empresas de interés mutuo —como serían los sistemas de irrigación— y otras como resultados de guerras o diversos contactos, varias de esas comunidades llegaron a tener vinculaciones permanentes, apareciendo así las primeras estructuras de carácter estatal. En el centro, constituido en cabecera, comenzó a existir lo que hoy llamamos vida urbana. Se manifestó ésta en la planificación de las distintas edificaciones, templos, palacios, mercados, escuelas y habitaciones de sus diferentes moradores. Surgió asimismo un arte, de proporciones antes desconocidas, en la escultura, la pintura y los objetos suntuarios.

Todo esto ocurrió primeramente en Egipto y en Mesopotamia; más tarde también en los valles del Indo y del río Amarillo. Dentro de esos contextos geográficos se dieron otros descubrimientos de enorme importancia: calendarios cada vez más precisos y formas de escritura, o sea, el medio de preservar de modo seguro cuanto interesaba conocer o recordar.

Esta conjunción de novedades constituyó el paso a la alta cultura. A su vez la aparición de metrópolis, y en general de ciudades propiamente dichas, marcó el inicio de lo que se ha llamado “civilización”. En el caso de Egipto y Mesopotamia tales transformaciones, alcanzadas allí desde el III milenio a. C., habrían de propagarse por el Mediterráneo hasta llegar a ser la raíz más antigua de la ulterior trayectoria de los pueblos del continente europeo. El florecimiento en el valle del Indo, hacia el II milenio a. C., fue, por su parte, antecedente de la revolución cultural de la India y de otras regiones adyacentes. El foco, un poco más tardío, originado en el valle del Hoang Ho o río Amarillo tuvo luego amplia difusión en lo que hoy es China y en diversas áreas del Asia que incluyen la península de Corea, el archipiélago japonés y algunos lugares más. En última instancia todas las naciones, estados, señoríos, reinos e imperios que posteriormente habrían de

surgir en distintos lugares del Viejo Mundo —Asia, África y Europa— derivaron de los antiguos focos de alta cultura y civilización que hemos mencionado, el impulso inicial que hizo posibles nuevas formas de desarrollo.

Ahora bien, y es aquí donde entra la cuestión que queremos plantearnos, ¿cabe pensar que las transformaciones culturales alcanzadas en el México antiguo tienen, a su vez, un lugar y una significación específica precisamente en términos de la misma historia universal? Obviamente la pregunta podría referirse no sólo al caso del México prehispánico, sino también al de las culturas indígenas del área andina en la América del Sur. Nuestro enfoque, sin embargo, se restringe aquí al ámbito que constituye el tema de este estudio.

Los testimonios para investigar la realidad cultural del México prehispánico

Por una parte están los abundantes vestigios materiales que continúan descubriendo los arqueólogos y, por otra, el rico caudal de fuentes genuinamente históricas: las inscripciones, los códices pictográficos, los textos en lenguas indígenas, la recopilación de antiguas tradiciones e incluso las obras escritas por algunos conquistadores y por cronistas del siglo XVI. Quien haya visitado zonas arqueológicas con restos de las ciudades y centros prehispánicos o haya contemplado en los museos ejemplos del arte, escultura, pinturas, trabajos en metal precioso y en simple barro o que, al menos por lo que se ha publicado, tenga noticia de las inscripciones y los antiguos textos históricos y literarios, aceptará que ese gran conjunto de creaciones ofrece una base firme para investigar la evolución cultural del México antiguo. Sin hipérbole puede afirmarse que —fuera de las civilizaciones clásicas del Viejo Mundo— no hay otro contexto geográfico del que provenga tan grande caudal de testimonios como en el caso de Mesoamérica. Sobre todo, esto es válido respecto de la existencia de códices y textos, donde llegó a expresarse una auténtica conciencia histórica.

Las investigaciones realizadas con adecuado método desde hace ya varias décadas han permitido establecer una secuencia que abarca varios milenios de cultura en Mesoamérica. Otro tanto puede decirse de los estudios que comienzan a revelar lo más sobresaliente del legado espiritual de esos pueblos, manifiesto en su arte, simbología, visión del mundo y literatura. Los conocimientos alcanzados han permitido, a su vez, descubrir nuevos problemas, antes ni siquiera sospechados. De continuo se abren así otros caminos a la investigación, lo que implíci-

tamente confirma la riqueza de sentidos inherentes a este ámbito, donde, de hecho, llegaron a florecer la alta cultura y la civilización.

Algunos riesgos en nuestro acercamiento

Al plantearnos ahora el tema de la significación que cabe adjudicar al México antiguo en términos de la historia universal, reconocemos que, no obstante la abundancia de testimonios y fuentes, son muchos los peligros y obstáculos capaces de desviar nuestra búsqueda. Y no nos referimos ya a las eventuales críticas de estudiosos para quienes las civilizaciones del Nuevo Mundo —la mesoamericana y la del área andina— sólo merecen, a la luz de la historia universal, una fugaz consideración dentro de los capítulos dedicados a los viajes y descubrimientos de fines del siglo XV y principios del XVI. En realidad, semejante actitud, manifiestamente etnocéntrica, implica que la única posible significación del México y Perú prehispánicos debe derivarse del hecho de que los europeos los hayan descubierto y conquistado a continuación. Corolario de tal postura —hoy anacrónica— ha sido la idea de considerar la totalidad del Nuevo Mundo como tierra virgen y escenario de pueblos primitivos, donde a la postre tuvo que implantarse la cultura, a imagen y semejanza de lo que habían sido las respectivas potencias colonizadoras.

Riesgo más sutil es el enfoque de otros investigadores, empeñados en valorar las creaciones de estas culturas buscando, en todos los casos, semejanzas con lo que hoy conocemos de las civilizaciones clásicas del Viejo Mundo. Y no deseamos fijarnos precisamente en las cuantiosas y desacreditadas hipótesis y teorías fantásticas. Creemos que existen trabajos muchas veces valiosos desde otros puntos de vista, en los que, al estudiar la secuencia cultural del México antiguo o algunas de sus etapas e instituciones, se adopta un marco de referencia casi idéntico al empleado, en otros tiempos y latitudes, para analizar realidades culturales muy distintas. Y algo parecido podría decirse de los intentos de explicar procesos específicamente mesoamericanos basándose en determinados sistemas de filosofía de la historia. Para dar un solo ejemplo, recordemos que se han aplicado indiscriminadamente al caso del México antiguo los esquemas del método de producción asiática y otras categorías derivadas de la dialéctica materialista de la historia.

Por todo esto, la búsqueda de una posible significación de lo mesoamericano en función de la historia universal ha corrido el riesgo



de convertirse en un problema que, aunque debe plantearse, difícilmente deja de ser campo de meras especulaciones.

Una pregunta queremos formularnos ante tal situación: ¿no es posible encaminar la búsqueda en el sentido de discernir lo que se presenta como característico de los procesos y creaciones prehispánicas, o sea, aquello que, de un modo o de otro, ha individualizado esta realidad cultural? Si el caso particular del México prehispánico —alejado culturalmente en el espacio y tiempo respecto del Viejo Mundo— puede tener un sentido diferente y específico en el contexto de la historia universal, éste sólo podrá descubrirse atendiendo directamente a su particular trayectoria y a las características de las creaciones que a lo largo de ella se alcanzaron.

Lo peculiar en la evolución cultural del México prehispánico

Comencemos por recordar algo de lo que se ha llamado su prehistoria. Un elemental acercamiento deja ver ya que este concepto básico adquiere aquí una connotación muy peculiar. La presencia del hombre en América tiene probablemente una antigüedad de 30 ó 35 mil años, por lo que es imposible utilizar para ella los mismos términos que para el larguísimo paleolítico de centenares de milenios en el Viejo Mundo, periodo durante el cual culminó en éste la evolución de la especie humana. Los prehistoriadores hasta hoy han encontrado en el continente americano vestigios y fósiles de individuos que tuvieron plenamente los atributos del *homo sapiens*. Cuantos hallazgos se han hecho dan testimonio acerca de los primeros grupos de cazadores y recolectores nómadas que, con escaso desarrollo cultural, habían penetrado por el estrecho de Behring y quizás asimismo provenientes, en mucho menor grado, de las islas meridionales del Pacífico. Específicamente, en el área de Mesoamérica el instrumental lítico u óseo y los restos humanos de mayor antigüedad que se han descubierto limitan aún más el ámbito temporal de lo prehistórico. El célebre “hombre o mujer de Tepexpan” vivió, al parecer, hacia el año 8000 a. C.

Gracias a investigaciones efectuadas durante las últimas décadas, sabemos hoy algo más sobre la evolución cultural de estos primeros pobladores. Puede afirmarse que, por lo menos desde mediados del VI milenio a. de Cristo apareció en Mesoamérica una incipiente forma del cultivo de plantas: el maíz, la calabaza, el frijol y el chile. Basándose en el método del carbono 14, Richard S. MacNeish pudo asignar

tal antigüedad a los hallazgos que hizo en el suroeste de Tamaulipas y después en la cueva de Coxcatlán, municipio de Tehuacán, en Puebla.

Querer aplicar en este punto los conceptos propio de la prehistoria concebida al modo clásico daría lugar a una serie de paradojas. Comparando el proceso que entonces se inició en Mesoamérica con lo que, a partir igualmente de las primeras formas de cultivo, ocurrió en el Viejo Mundo, nos lleva a advertir, en vez de semejanzas, grandes diferencias. Es cierto que cuando en algunas comunidades del México precolombino aparecen las actividades agrícolas, paulatinamente se va enriqueciendo su cultura y se desarrollan técnicas como la cestería, la cerámica y los tejidos. Pero, en cambio, hay aquí ausencia total de muchos de los descubrimientos que se generalizaron entre los primeros pueblos agrícolas del Viejo Mundo.

En Mesoamérica nunca se empleó utilitariamente la rueda. Por consiguiente, la alfarería se logró siempre por obra únicamente de las manos. Tampoco hubo molinos de ninguna especie y en su lugar se usó, como utensilio doméstico que hasta hoy perdura, el tradicional metate. No se conocieron otros telares que los que fijaban a su cintura los tejedores. Por lo que a la misma agricultura se refiere, el hombre prehispánico jamás llegó a emplear otro instrumento que la “coa”, el largo pedazo de madera aguzado y endurecido al fuego.

Y completando el elenco de las diferencias que en este caso son limitaciones, en el México antiguo fue prácticamente desconocida la domesticación de animales. La razón es obvia, ya que no había equinos, ni bovinos, ni lanares. Sólo los perrillos, como acompañantes en la vida y más allá de la muerte, fueron excepción. La única fuerza de trabajo hubo de ser necesariamente la de los propios seres humanos. Y en la explotación de otros recursos, particularmente los metales, tampoco se llegó muy lejos. De hecho, jamás se trabajaron en Mesoamérica el bronce y el hierro. La conclusión que de todo esto podía deducir el prehistoriador, habituado a pensar en función de los esquemas clásicos del Viejo Mundo, era que estos pueblos, que nunca llegaron a disponer de un más elaborado instrumental ni desarrollaron técnicas esencialmente superiores, permanecieron estancados en una incipiente forma de desarrollo cultural.

El paso a la alta cultura y la civilización (1 milenio a. C.)

Pero las investigaciones arqueológicas sobre la ulterior secuencia cultural de Mesoamérica, contrariando la aplicación de los esquemas,



obligan a plantear nuevas cuestiones. Los mesoamericanos, tan necesitados de instrumental técnico, dieron principio, hacia fines del II milenio a. C., a lo que llegaría a ser, rigurosamente hablando, una civilización. En su libro sobre los olmecas, Ignacio Bernal analiza las transformaciones que entonces comenzaron a ocurrir. A lo largo de las costas del golfo de México, en los límites de los actuales estados de Veracruz y Tabasco, aparecen los primeros centros ceremoniales y con ellos las más antiguas formas de un arte que nadie puede denominar primitivo. Las grandes esculturas en basalto, los refinados trabajos en jade y el preciosismo en la cerámica de los olmecas, juntamente con los recintos ceremoniales, dan testimonio de cambios radicales.

Asimismo surgen nuevas formas de organización social, religiosa, política y económica. En lugares como San Lorenzo, La Venta, Tres Zapotes y algunos más de esta área existen ya diversas formas de especialización en el trabajo y en otras suertes de actividades. Hay sacerdotes y sabios, guerreros, agricultores, artesanos y artistas. También allí se efectúa un descubrimiento que habrá de ser esencial en la ulterior trayectoria de Mesoamérica. En el mundo olmeca, y verosímilmente en el I milenio a. C., nace el calendario y con él los primeros vestigios de escritura.

Los núcleos originales de esta cultura, quizás a través del comercio, de conquistas o de otra clase de contactos, difundieron sus creaciones por muchos lugares del México antiguo. Hoy sabemos que su influencia se dejó sentir en la región del altiplano, en el área del Pacífico y también en Oaxaca e igualmente en lo que llegaría a ser el mundo maya y todavía más lejos. La presencia de los olmecas, que coexistieron en el tiempo con otros grupos mesoamericanos con mucho más precario desenvolvimiento, confiere nuevo sentido al periodo que los arqueólogos designan como preclásico, ya que es entonces cuando en esta parte del continente se inició definitivamente el proceso que culminó en una civilización. Así, los que, por sus limitaciones técnicas —según los esquemas aplicados en el caso del Viejo mundo—, debían ser situados en un incipiente neolítico, aparecen, gracias al análisis de lo que realmente fueron, dentro del marco de una peculiar forma de alta cultura.

Características del esplendor clásico mesoamericano (siglos I-IX)

Siglos después, desde poco antes de la era cristiana, el surgimiento de Teotihuacan en el altiplano central, el nuevo esplendor de Monte Albán

y otros sitios en Oaxaca e igualmente en el área maya, la proliferación de centros religiosos y urbanos son precisamente consecuencia de la implantación de una cultura superior. Los teotihuacanos, los zapotecas y los mayas, por sólo mencionar a los grupos más conocidos, fueron tributarios culturalmente de la herencia olmeca. Sus creaciones revelan la personalidad propia de cada uno, pero, a su vez, dejan entrever la influencia recibida en común de la que ha sido llamada cultura madre.

Por lo que atañe a Teotihuacan, recientes investigaciones evidencian que el gran centro ceremonial llegó a convertirse en una enorme metrópoli. Al lado de las pirámides y adoratorios se edificaron también, siguiendo una admirable concepción urbanística, gran número de palacios y residencias, escuelas para sacerdotes y sabios, almacenes y mercados. La grandiosidad de la traza teotihuacana, con multitud de espacios abiertos, calzadas y plazas, se hace hoy patente ojeando los planos de Teotihuacan que, gracias a la arqueología, han podido confeccionarse. De hecho, esa ciudad donde, según los mitos, había ocurrido la transformación de los dioses, fue paradigma no superado en el que habrían de inspirarse los futuros pobladores de la región del altiplano.

Y otro tanto podría decirse respecto de su arte: pintura, murales, esculturas, bajos relieves y cerámica de formas muy distintas, pero siempre refinadas. La antigua visión del mundo y las creencias y prácticas religiosas habían de ejercer gran influencia en las culturas de otros grupos de la altiplanicie y de fuera de ella.

Un proceso semejante se desarrolló en Monte Albán, donde, desde algún tiempo antes de los comienzos de la era cristiana, fue conocido el arte de las inscripciones y de las medidas del tiempo. La secuencia de las culturas de Oaxaca, sobre todo la zapoteca y la mixteca, constituye otra variante en la asimilación de la antigua herencia olmeca enriquecida por pueblos que, hasta los días de la Conquista, se mantuvieron a nivel de la alta cultura.

Finalmente, los mayas, mejor tal vez que cualquier otro grupo en Mesoamérica, aparecen como testimonio viviente de lo que, comparado con categorías procedentes de fuera, resulta paradójico. Recordemos el florecimiento de centros tan importantes como los de Tikal, Uaxactún, Yaxchilán, Palenque, Copán y otros muchos más. Aquellos que no pudieron superar la mencionada serie de limitaciones técnicas, sí alcanzaron, en cambio, a producir un arte extraordinario y asimismo sistemas calendáricos de precisión inverosímil.

Seguramente que desde los tiempos olmecas se asignaba ya un valor a los números en función de su posición. Esto condujo a un concepto y un símbolo de completamiento muy semejantes a lo que en-

tendemos por cero. Las cuentas de los días, de los años y de otros grandes periodos que por obra de los sabios mayas se perfeccionaron cada vez más, nos muestran que el cero y el valor de los números por su colocación fueron elementos de constante uso en los cómputos. Los resultados de las observaciones de los astros, las complejas anotaciones calendáricas y mucho más que no ha podido descifrarse quedó en las inscripciones, sobre todo en las estelas de piedra. Precisamente la lectura de algunas ha permitido afirmar que lograron un acercamiento al año astronómico superior en una diezmilésima al del año gregoriano.

Durante el periodo llamado clásico, la civilización mesoamericana se expandió hasta apartadas regiones que sólo habían habitado antes comunidades de incipientes agricultores y alfareros. Un universo de símbolos, en el que quedaron reflejados los mitos y las creencias religiosas, denota cierta afinidad cultural, profunda dentro de una vasta área, a pesar de las variantes.

El periodo posclásico a partir del siglo X

La decadencia que sobreviene entre los siglos VIII y IX al ser abandonados muchos centros y ciudades, plantea problemas que tampoco pueden esclarecerse basándonos en criterios y esquemas tomados de otros contextos culturales. Por lo menos sabemos que el declinar del antiguo florecimiento no significó el fin de la civilización en Mesoamérica. La reacomodación de pueblos y la penetración por el norte de tribus con precarias formas de vida hacen entrever un dinamismo que sólo en parte ha comenzado a valorarse. Lugares como Cholula y Xochicalco y después Tula, la metrópoli de Quetzalcóatl, confirman que sobrevivió buena parte del antiguo legado. Y otro tanto puede decirse de lo ocurrido en sitios como El Tajín o por la ruta de Oaxaca, sin excluir a Monte Albán, lo mismo que en el área maya, donde perduraron centros importantes como Chichén-Itzá y Uxmal entre los más célebres de Yucatán. En esta época comienza a laborarse el oro, la plata y un poco el cobre. Estas técnicas se adquieren como resultado de una lenta difusión originada, al parecer, en el ámbito andino y desde las costas de América del Sur.

De manera especial debemos destacar el florecimiento de los toltecas, que marcó una renovación cultural en Mesoamérica. A ellos se debió la ulterior difusión de múltiples elementos e instituciones heredadas del periodo clásico, tales como el culto al dios Quetzalcóatl. En Tula, según los relatos indígenas, vivió y actuó el célebre sacerdote

y gobernante, especie de héroe cultural, cuyo nombre fue asimismo Quetzalcóatl. A él se atribuyen la invención de muchas de las artes de los toltecas, la edificación de grandes palacios y templos, así como la formulación de una doctrina teológica acerca del dios supremo, identificado en algunos textos con Quetzalcóatl, y concebido como principio dual, masculino y femenino a la vez, que engendra y concibe cuanto existe.

Son ya abundantes los testimonios que permiten conocer algo del pensamiento, las prácticas religiosas y la historia a lo largo de esta nueva etapa en la evolución del México antiguo. Gracias a los hallazgos arqueológicos y también a los códices y textos en lenguas indígenas de épocas posteriores, pero que se refieren a sucesos ocurridos varios siglos antes, es posible estudiar las formas de gobierno, la organización social y religiosa que entonces hubo. Recordemos, por ejemplo, códices como los seis que integran el llamado “grupo Borgia”, así como los siete de procedencia mixteca y de tema histórico, sin olvidar los tres importantes manuscritos de origen maya prehispánico. Puede citarse también la información que proporcionan ciertas crónicas en náhuatl como la *Historia tolteca-chichimeca*, los *Anales de Cuauhtitlán* y los *Anales de la Nación Mexicana*. Entre los documentos escritos en varios idiomas de la familia mayanese, se cuentan los libros de *Chilam Balam*, el *Popol Vuh*, los *Anales de Cakchiqueles* y algunos otros. En el caso de los mixtecos de Oaxaca, como fue comprobado por Alfonso Caso en la reciente investigación que concluyó poco antes de su muerte, es posible, a través del desciframiento de los códices, conocer las genealogías y biografías de varios centenares de figuras prominentes a partir del siglo VII de nuestra era.

A lo largo del periodo que nos ocupa fueron más intensos y frecuentes los contactos entre las diversas zonas de desarrollo cultural en Mesoamérica. Entre otras cosas, la arqueología nos permite percibir no pocos elementos del altiplano que se difundieron en lo que hoy es Guatemala y asimismo en Yucatán, con huellas tan obvias como el “Templo de los Guerreros”, en Chichén-Itzá, tan semejante al de *Tlahuizcalpantecuhtli*, “el Señor de la aurora”, en Tula. El comercio y las guerras de conquista fueron instituciones que alcanzarían cada vez mayor importancia.

La decadencia de Tula y su definitivo abandono hacia mediados del siglo XI permitieron un nuevo proceso, plenamente documentable, de fusión y asimilación culturales de otros grupos procedentes del norte, como los célebres chichimecas de Xólotl. Se inició así en el Valle de México y en otros lugares del ámbito mesoamericano una nueva eta-



pa cultural, dentro de la que hizo su aparición, en el siglo XIII, el pueblo mexica, que a la postre se convertiría en amo y señor de buena parte del México antiguo.

Dinamismo y paradojas culturales de la nación mexicana

En el ulterior reajuste, que inevitablemente se produjo, fue destino de los mexicas determinar más que nadie la postrera fisonomía que tuvieron la alta cultura y la civilización nativas de Mesoamérica. Los viejos mitos resonaron de nuevo, pero expresados en términos de la visión del mundo azteca. Una decidida voluntad de conquista llevó a los mexicas a extender sus dominios por diversas regiones, desde el Golfo hasta el Pacífico y por las tierras del Sur. El idioma náhuatl fue entonces *lingua franca* en Mesoamérica. Con una herencia de más de dos mil años de evolución cultural, el pensamiento y la literatura nahuas habrían de escapar al olvido y llegarían a ser objeto de estudio en los códices y textos que hasta hoy se conservan en bibliotecas de América y de Europa. En esa rica documentación figuran anales históricos, ordenamientos rituales y tradiciones religiosas, pláticas de los ancianos y —dando testimonio de elevado refinamiento espiritual— una rica poesía en la que se hizo presente cuanto puede preocupar al hombre en la tierra.

A través de esas fuentes y de los descubrimientos de la arqueología es posible comprender el sentido que dieron a su vida los mexicas y otros pueblos, sin excluir las prácticas y ritos que, como los sacrificios humanos, nos resultan hoy tan sombríos. Así se hacen patentes de nuevo el dinamismo, las tensiones y paradojas que caracterizan la trayectoria cultural de Mesoamérica. Por una parte están los *tlamatinime*, los sabios que cultivaban la poesía y se planteaban problemas sobre la divinidad y el hombre, y, por otra, los guerreros que, para mantener la vida del sol, hacían conquistas y ofrecían el agua preciosa y el corazón de sus víctimas.

Hemos recordado únicamente algunos de los momentos mejor conocidos en la secuencia cultural del México antiguo. En vez de buscar semejanzas con otros contextos de cultura, nos ha interesado señalar circunstancias y rasgos que parecen característicos y propios de la realidad mesoamericana. Con antecedentes prehistóricos relativamente limitados en el caso del Nuevo Mundo, los primeros pobladores desarrollaron aquí, en aislamiento, su propia cultura. Si algún contacto



hubo con el exterior, éste debió de haber sido transitorio y accidental, ya que no dejó vestigios que hayan podido comprobarse.

Una serie de peculiaridades a veces paradójicas muestra, en cambio, las radicales diferencias de los procesos que aquí ocurrieron. Por lo menos desde el I milenio a. C., cuando nació entre los olmecas la alta cultura, se lograron múltiples creaciones en el campo del espíritu sin que hubieran desaparecido las impresionantes limitaciones materiales y técnicas. Repetiremos que nunca se empleó utilitariamente la rueda, ni se pasó a la llamada edad de los metales, ni pudo disponerse de bestias domesticables, ni se llegó a tener mejor instrumental que el hecho de piedra, pedernal y madera. Y, sin embargo, proliferaron los centros ceremoniales y urbanos. La organización social, política y religiosa se tornó compleja. Lo que hoy llamamos su arte adquirió grandes proporciones en la arquitectura, en los murales y esculturas, y aun en el barro alcanzó preciosismo. Finalmente se registraron las medidas del tiempo, apareció la escritura en las inscripciones y en los códices y se hizo posible poder preservar definitivamente el testimonio histórico.

El rostro distinto de la civilización mesoamericana

La individualidad esencial de este mundo de cultura parece derivarse del hecho de que aquí dinámicamente se integraron instituciones y creaciones que son ya atributo de una alta cultura urbana, con un instrumental y con recursos técnicos que nunca dejaron de ser precarios. Nos parece que ha llegado el momento de hacer comparaciones. Pensemos en aquellos contextos en los cuales, de manera autónoma, se había dado antes el paso decisivo de crear una civilización. En Egipto y Mesopotamia, en el valle del Indo, en las márgenes del río Amarillo en China, el desarrollo cultural supuso siempre una radical transformación en las técnicas, empleo constante de rueda, elaboración de instrumentos de bronce y de hierro; en una palabra, nuevos medios para aprovechar cada vez mejor las potencialidades naturales. Distinta comparación puede hacerse también con lo que sucedió en la otra zona nuclear fuertemente del Viejo Mundo, donde asimismo floreció una alta cultura: el caso de los pueblos andinos en la América del Sur. Su realidad cultural, aunque semejante en muchos aspectos a la de Mesoamérica, alcanzó mayor desarrollo en algunas de sus técnicas, pero jamás llegó a la invención de la escritura.

El solo enunciado de estas comparaciones permite afirmar que la evolución del México antiguo siguió caminos distintos de los que recorrieron, en otros tiempos y latitudes, los pocos pueblos que autónomamente llegaron a la alta cultura y la civilización. De hecho, fuera del ámbito del Viejo Mundo, el caso de Mesoamérica se presenta como el del único núcleo que, en su aislamiento de milenios, también por obra de sí mismo, desarrolló una civilización con escritura y con historia. Sólo liberados del afán de aplicar criterios y esquemas que fueron pertinentes en ámbitos muy distintos, y analizada la peculiaridad esencial mesoamericana, llegaremos a percibir la significación que puede tener ésta dentro de la historia universal.

En el México antiguo se hizo realidad una hipótesis muy diferente: lo que ocurrió a los humanos cuando, en un medio distinto y básicamente aislado, lograron superar de nuevo el primitivismo y la barbarie. Para el filósofo de la historia y para cuantos se interesan por conocer la trayectoria del hombre como creador de instituciones y de diversas formas de arte y pensamiento, el pasado precolombino de México surge como experiencia de excepcional atractivo. Su lugar en la historia universal no puede ya circunscribirse a una anacrónica mención en el capítulo sobre los viajes y descubrimientos en los siglos XV y XVI. La civilización mesoamericana, aunque alejada en el tiempo y en el espacio de las altas culturas del Viejo Mundo, se sitúa por propio derecho al lado de ellas como el otro único caso de pueblos que, con múltiples limitaciones técnicas, desarrollaron auténticas formas de vida urbana, tuvieron un arte excepcional y conocieron los medios para preservar, en inscripciones y códices, el testimonio de su pasado de milenios.

Por vía de conclusión recordemos un viejo mito del mundo náhuatl que precisamente habla de una reinvenición de la cultura, acontecimiento que se sitúa en tiempos remotos, anteriores incluso al florecimiento de Teotihuacan. Las palabras del mito describen la presencia y actuación de un grupo de sabios, dueños ya de la escritura, el calendario y extraordinarias creaciones artísticas. Esos hombres sabios vivían cerca de las costas del Golfo, por cierto no muy lejos de lo que hoy, gracias a la arqueología, conocemos como área influida por la cultura olmeca. Según el antiguo relato, entre esas gentes sucedió algo imprevisto. Los sabios poseedores de “la tinta negra y roja”, es decir, los códices o libros de pinturas, recibieron de su dios la orden de abandonar a su pueblo.

*Y allí estaban los sabedores de cosas,
los llamados poseedores de códices.*

*Pero éstos no permanecieron mucho tiempo,
los sabios luego se fueron...
Dicen que les venía hablando su dios...
Y cuando se fueron,
se dirigieron hacia el rumbo del rostro del sol,
se llevaron la tinta negra y roja,
los libros de pinturas,
se llevaron la sabiduría,
todo lo tomaron consigo,
los libros de cantos
y la música de las flautas...*

La relación indígena presenta entonces el cuadro, de verdad dramático, de quienes ven partir a los poseedores de los libros y las artes y se sienten privados de la antigua sabiduría. Ha aflorado la conciencia de lo que significa la cultura para el existir humano. El mito nos conserva el clamor de quienes ven en la partida de los sabios la pérdida de la luz que guiaba su existencia en la tierra:

*¿Brillará el sol, amanecerá?
¿Cómo irán, cómo se establecerán los macehuales (el pueblo)?
Porque se ha ido, porque se ha llevado
la tinta negra y roja (los códices).
¿Cómo existirán los macehuales?
¿Cómo permanecerá la tierra, la ciudad?
¿Cómo habrá estabilidad?
¿Qué es lo que va a gobernarnos?
¿Que es lo que nos guiará?
¿Qué es lo que nos mostrará el camino?
¿Cuál será nuestra norma?
¿Cuál será nuestra medida?
¿Cuál será el dechado?
¿De dónde habrá que partir?
¿Qué podrá llegar a ser la tea y la luz?*

Pero en medio de la confusión reinante se advirtió que habían quedado cuatro viejos sabios. A instancias del pueblo, los viejos se reunieron y, tras largo deliberar, pudieron volver a hacer suya la antigua sabiduría, las medidas del tiempo y el recuerdo del pasado:



*Entonces inventaron la cuenta de los destinos,
los anales y la cuenta de los años,
el libro de los sueños,
lo ordenaron como se ha guardado,
y como se ha seguido
el tiempo que duró
el señorío de los toltecas,
el señorío de los tepanecas,
el señorío de los mexicas
y todos los señoríos chichimecas.*

El viejo mito es el reflejo de los empeños de un pueblo con conciencia de la historia. El saber calendárico, el contenido de los códices y el conjunto de las artes —meollo mismo de la alta cultura— eran el hachón que iluminaba la significación de las cosas y el transcurrir de los tiempos.

Lo que hoy conocemos de la civilización mesoamericana debemos considerarlo como un estímulo para penetrar en el sentido que dieron a su vida y pensamiento los pueblos prehispánicos. Como florecimiento con grandes limitaciones técnicas y trayectoria diferente, el México antiguo, no a pesar de esto, sino precisamente por todo ello, se presenta como un capítulo antes olvidado en la historia universal. En rigor, su rostro distinto debe situarse al lado de aquellos que igualmente propiciaron el nacimiento de las otras civilizaciones clásicas. Cuanto ocurrió en Egipto y Mesopotamia, en los valles del Indo y del río Amarillo, en México y el Perú prehispánicos es, en verdad, antecedente y herencia de la humanidad entera.